

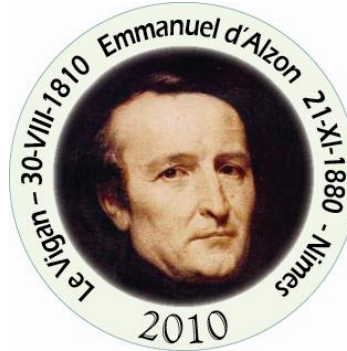
**LOS ASUNCIONISTAS
EN LA ARGENTINA
(1910-2000)**

Serie de Cuadernos del Bicentenario del nacimiento
del P. Manuel d'Alzon (1810-2010)

P. ROBERTO FAVRE, A. A.

Colección de Cuadernos del Bicentenario d'Alzon 2010¹

- N° 1 *Tour du monde assumptionniste en 41 pays, 2007*
- N° 2 *Il y a deux cents ans, année 1810, octobre 2007*
- N° 3 *Emmanuel d'Alzon : Bibliographie commentée et référencée, décembre 2007*
- N° 4 *L'Orient Chrétien, mars 2008*
- N° 5 *Le P. d'Alzon et l'Assomption vus par des contemporains, des historiens et des Assomptionnistes, mai 2008*
- N° 6 *La Mission d'Orient de l'Assomption, octobre 2008*
- N° 7 *L'Assomption A.A. et O.A. : Bibliographie commentée et référencée, janvier 2009*
- N° 8 *Los Asuncionistas en la Argentina (1910-2000), febrero 2009*



¹ El Consejo General ha decidido que los libros de esta colección, una vez traducidos en inglés y español, podrían ser divulgados informáticamente (CD), medio práctico y económico.

*A Carlos Antonio Di Pietro
y Raúl Eduardo Rodríguez,
que con su sangre derramada
fueron testigos del amor de Dios a los hombres.*

Prefacio

He leído el manuscrito de este libro al menos tres veces. Y cada vez he quedado más fascinado por el contenido de estas páginas y por lo ameno de su lectura. El Padre Roberto Favre dice que no es historiador, pero aquí demuestra lo contrario.

En primer lugar, hay que decir que esta Historia de “*Los Asuncionistas en la Argentina*” es fruto de muchos años de paciente investigación: ¿veinte años?, ¿treinta años? En todo caso, como dice el autor, es fruto sobre todo de “lo escuchado de los mayores a lo largo de 50 años”.

Y esto es, para mi gusto, lo más interesante de esta “Historia”. Es un relato de familia. Es el relato de una historia viva, que está en la memoria de cada uno de los religiosos Asuncionistas que han vivido en la Argentina y de tantos amigos laicos, religiosas, sacerdotes, colaboradores que han sido testigos de los hechos o los han escuchado de los mayores. Una historia transmitida hasta ahora oralmente de generación en generación es plasmada en estas páginas según un plan, es iluminada por el contexto sociopolítico y eclesial de cada época y es leída críticamente por el autor conforme al espíritu y al carisma de la vida religiosa asuncionista.

Lo propio del Padre Roberto es su meticulosidad, que aquí demuestra con creces. No sólo para escarbar en lo ya sabido y hacer resaltar el detalle escondido, sino también para hacernos releer las páginas escritas en su momento y ya olvidadas. ¡Bien sabemos cuántos relatos, cartas, informes nos dejaron nuestros hermanos mayores, que sabían escribir y transmitir la historia en el día a día! Pero además, el Padre Roberto sabe recordarnos tantas anécdotas significativas que dan sentido a los acontecimientos, como el diálogo del Padre Antonio Silbermann con el Obispo de La Plata (p. 52): –¿Cuánto va a costar construir la nueva iglesia de Lourdes? –De uno a dos millones. –¿Y cuánto tiene? –¡Cincuenta mil pesos!

Porque este libro es en verdad una Historia hilvanada a la luz de la fe y es al mismo tiempo la historia de hombres de fe. ¡Cuántas “Figuras” nos recuerda aquí el Padre Roberto, de hombres audaces, creativos, educadores, sensibles a los más pobres, figuras de apóstoles, de santos, de fundadores! ¡Y cómo supieron encarnar en realidades distintas, o adversas o de martirio, el espíritu de nuestro Fundador, el Padre Manuel d’Alzon! También encontramos aquí retazos de la historia de las Hermanitas de la Asunción, de las Religiosas de la Asunción, de las Orantes de la Asunción y el testimonio de fe y de apostolado de tantos laicos. No es una historia del pasado, sigue su curso en el presente.

Pienso que para nuestra Congregación este libro es de una gran riqueza: como historia, como memoria, como testimonio. Pero creo que es también un valioso aporte para la historia de la Iglesia en la Argentina y del país. Basta con leer las páginas que se refieren al Movimiento Noelista argentino o a la Acción Católica o a los tiempos de la represión y dictadura.

Finalmente, hay que decir que el propio Superior General, Padre Richard E. Lamoureux, quiso que este libro se pusiera en la colección *Cuadernos del Bicentenario* como homenaje a los 200 años del nacimiento de nuestro Fundador, el Padre Manuel d’Alzon (nació el 30 de agosto de 1810 en El Vigán, Francia). Será también un homenaje a los 100 años de la presencia de los Religiosos Asuncionistas en la Argentina, cuya fecha oficial de fundación en Buenos Aires es el 30 de septiembre de 1910.

¡Gracias, Padre Roberto, por estas páginas!

P. Julio Navarro Román, a.a.
Vicario General de la Congregación

Introducción

Los primeros asuncionistas que vinieron a la Argentina buscaban “la hora de Dios”. Sabían que buscar la hora de Dios es lo mismo que “discernir las señales de los tiempos” (Mt 16, 3), porque el Creador “determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde [los hombres] habían de habitar, con el fin de que buscaran a Dios” (Hch 17, 26 y 27).

El tiempo era 1910; el lugar, esta Buenos Aires desde donde era posible llegar -presentían- a todos los rincones del país. Pero había que averiguarlo por las señales anunciadoras. Y esas señales fueron “una tierra inculta pero no estéril”; la multitud hambrienta que esperaba, a las puertas y en los barrios de “la gran ciudad”, agresiva porque herida por el desdén de los que llenaban la crónica social “con su incansable actividad de ardilla”, escribiría más tarde Rafael A. Arrieta. Y fue señal, también, aquella sociedad que recibía, “muy asustada”, a los adelantados, pero que poco a poco iría sintiendo por ellos “una pizca de simpatía”. Lo fueron, no menos todavía, los amigos, a los que veremos infundir aliento, “no sólo de palabra, sino también por sus actos”.

Esto vale para el período inicial, al que el P. Francisco de Paula Blachère da el nombre de “fundacional” (1910-1926). Después vendrá un tiempo que podría llamarse de “arraigo y desarrollo”, durante el cual la Congregación afirma su presencia en el país, a pesar de un desarrollo que seguirá siendo modesto en cuanto al número de reclutas nativos. El último período del siglo XX encierra los años agitados del tiempo posterior al Vaticano II, de la violencia armada que asoló al país, de la democracia recuperada.

El autor de estas páginas no es historiador, sino simple lector de historia, al que también le gusta escuchar lo que guarda la memoria de los mayores. Tratará de resumir aquí 90 años de historia asuncionista en la República Argentina, a partir de 1910. Veremos pasar acontecimientos y

figuras. No todos; pero sí aquellos que le han parecido poseer mayor fuerza para discernir el sentido de la activa presencia de unos hombres de Dios. Pero en algunas de estas páginas, la historia puede dejar lugar al recuerdo de familia o la crónica; lo cual no parece que deba sorprender al lector, dado el carácter casi doméstico que las mismas asumen.

La bibliografía utilizada es la que mencionamos en las citas que figuran al final de cada parte de nuestro trabajo. Si bien diversas circunstancias nos han impedido acceder a otras fuentes, incluso importantes, lo averiguado gracias a ella, junto con lo escuchado de los mayores a lo largo de 50 años, nos convence de que hemos podido reconstruir los momentos de una historia que, ciertamente, interesará a muchos.

Roberto Favre

Bibliografía

Un mínimo de material bibliográfico será de provecho para completar la lectura de esta historia. El que ponemos aquí conforma una bibliografía muy breve, pero es de fácil acceso y lectura. El mismo se puede consultar junto con el que se cita a lo largo del texto.

Argentina:

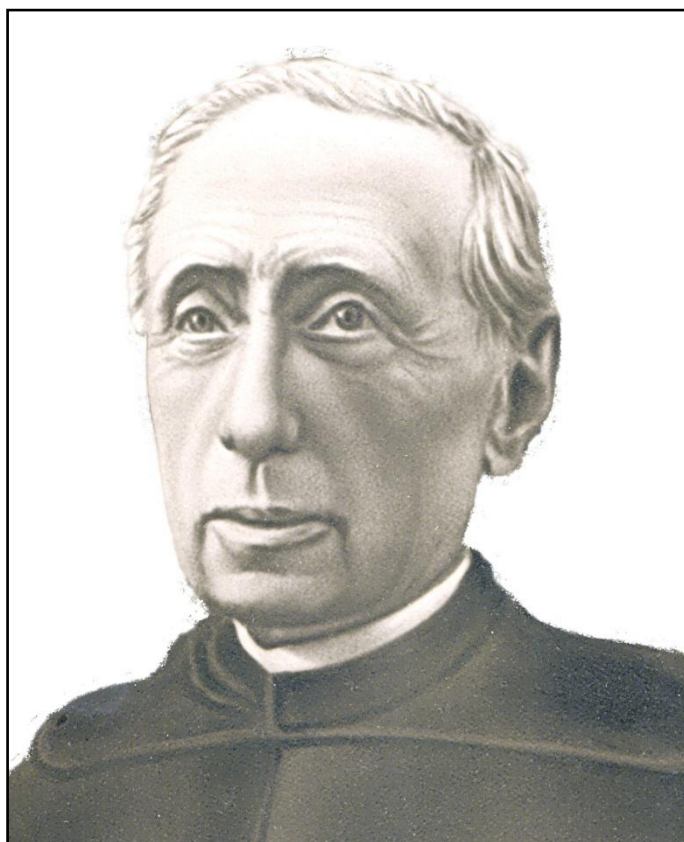
- ENRIQUE MARIO MAYOCHI y otros, *La Argentina en el siglo XX*, una mirada sobre el siglo, publicada por el diario *La Nación*, de Bs. Aires, 260 p., 30 x 20 cm.

La Iglesia:

- JUAN CARLOS ZURETTI, *Nueva historia eclesiástica argentina*, Itinerarium, Bs. Aires, 1972, 528 p.
- PEDRO SIWAK, *500 años de evangelización americana*, Del Encuentro y Paulinas, Bs. Aires, 1992, t. III, 216 p.
- NÉSTOR TOMÁS AUZA, *La Iglesia argentina*, una historiografía de la Iglesia con una introducción (p. 7-23) que será útil leer, Ciudad Nueva, Bs. Aires, 1999.

Asuncionistas:

- FRANCISCO DE PAULA BLACHÈRE, *Génesis de la Asunción argentina*, traducción de Juan Donoso Zavala, Asuncionistas, Bs. Aires y Santiago de Chile, 1990, 51 p. (Fuera de comercio, se puede hallar en bibliotecas asuncionistas).
- AGUSTÍN LUCHÍA-PUIG, *El Padre Román*, Difusión, Bs. Aires, 1949, 228 p. (Agotado en el comercio, se puede hallar en bibliotecas asuncionistas).
- LUIS ENRIQUE COMANDI, *Capellanía de los Santos Lugares*, Archivo Histórico Dr. Ricardo Levene, La Plata, 1969, 219 p. (Fuera de comercio).



R. P. José MAUBON (1849-1932),
Asistente General (1899-1923)
y Superior de la Misión de Chile (1901-1918),
decide en 1910 la fundación en la República Argentina

I. Período Fundacional (1910-1926)

1. Buenos Aires en la mira	13
2. “La Nueva Colmena”	19
3. Breve panorama de la época	23
4. Por las comunidades	27
5. Los Fundadores	43
6. Espíritu de los primeros tiempos	53
7. La obra de la educación	57
8. Importancia de la fundación	61

Buenos Aires en la mira

Primer intento de fundación

La primera noticia que he podido obtener, acerca del propósito de fundar en estas márgenes del Río de la Plata, se halla en una carta del entonces Arzobispo de Buenos Aires, Mons. León Federico Aneiros. La misma está dirigida “al Re.mo Padre General de los Agustinos de la Asunción”, y ha sido fechada en esta ciudad el 19 de enero de 1891 (1). Se trata de una carta que llama la atención por dos razones. Una, la brevedad de su texto, que se completa con nueve líneas; lo que no parece excesivo para un asunto de bastante importancia. Sin duda, tanta economía de palabras quedaría justificada por el hecho de que la gestión la realizara una tercera persona, y no el mismo Superior general. El otro aspecto que llama la atención se encuentra en la satisfacción que el propósito de fundar provoca en el Arzobispo, quien dice: La noticia “me llenó de júbilo y grandes esperanzas”, y manifiesta “la mejor voluntad” para prestar todo el apoyo necesario para que la fundación alcance “su mejor éxito”.

La carta ha sido confiada a “la respetable señora” que trasmitió el deseo de concretar la fundación; la cual consistiría en “establecer un Colegio en esta Arquidiócesis”. Todo esto se ve confirmado en una hoja aparte, firmada y sellada por Mons. Aneiros, mediante la cual éste autoriza una “suscripción iniciada para traer de París a los Padres Agustinos de la Asunción, para fundar un colegio de varones en esta capital”. Los encargados de la colecta son el “señor Canónigo Don Luis I. de la Torre y Zúñiga, cura Rector de la Concepción”, y el “señor Canónigo Don Marcos Ezcurra”, quienes deberán entregar el monto recaudado “á los Padres Agustinos á su llegada á Buenos Aires” (2). Pero, ¿quién era “la respetable Señora” a la que se confía la carta? Por lo que se puede ver en otra correspondencia, de

1901, debió ser doña Magdalena de Elía y Ramos Mejía de Ezcurra, quien aparece encabezando la lista de donantes con la suma de \$ 1.000 m/n. Los nombres de los otros donantes, entre los cuales figuran los Canónigos ya mencionados, pertenecen todos a familias de la clase alta de Buenos Aires. La suma recaudada hasta el momento de confeccionarse la lista llegaba a \$ 6.500 m/n (3).

Preparando “la hora de Dios”

Aquel primer intento de fundación en la Argentina no produjo los resultados esperados, al parecer debido a la situación por la que se atravesaba en Francia (4). Años más tarde, los Padres Luis Bellot (nacido en Francia en 1861, desconocemos la fecha de su fallecimiento), y Crispín Esgueva (español; 1866-1915) estuvieron en La Plata por espacio de unos tres meses, estudiando el terreno y realizando gestiones en vistas de una posible fundación.

Antes de finalizar el mes de junio de 1908, en efecto, el P. Luis Bellot tenía hecho un primer contacto con Mons. Juan N. Terrero, Obispo de La Plata, donde parecía posible establecer una comunidad. Para esta fecha, también había conocido, por medio del Obispo, a la señora Elvira Elizalde de Jacobé, gran amiga de las Hermanitas de la Asunción, que conocía muy bien a los Padres de la Buena Prensa de París y que desde entonces, lo mismo que el doctor Martín Jacobé, quedará estrechamente relacionada con los Padres Asuncionistas de la Argentina. El P. Bellot se empeñará en convencer a las Hermanitas de la conveniencia de fundar en nuestro país, por lo que doña Elvira se interesaba sobremanera, lo mismo que por la fundación de los Padres. En una carta fechada en La Plata el 24 de junio de 1908, el Padre le escribía: “Le agradezco, muy estimada señora, su interés por nuestra instalación. También nosotros esperamos que llegue la hora de Dios. Sin dudar un instante que se haga nuestra fundación” (5). Sin embargo, el 2 de julio de 1908 volvía a escribirle: “Tenga la bondad de un piadoso recuerdo delante de Dios por nuestra fundación en La Plata, que avanza

bien bien [sic] lentamente. ¡Casi tengo temor de que las hermosas esperanzas del comienzo se esfumen!... Pero es posible que tampoco para nosotros haya llegado la hora de Dios” (6).

El 11 de julio de 1908, desde la capital de la Provincia, el P. Bellot volvía a escribir a la misma señora: “Cuán agradecido le estoy por el aliento que Ud. me proporciona, no sólo de palabra, sino también por sus actos. Ud. ha pensado establecer un curso de instrucción religiosa y se ha dignado hacerme la proposición. Se trata de una obra de apostolado cuyos resultados en Francia son excelentes y no dudo que sean buenos aquí. Por otra parte, estos cursos, a los cuales podrían concurrir numerosas jóvenes de la mejor sociedad de Buenos Aires, nos pondrán en contacto con los padres de estas jóvenes y nos brindarán la ocasión de darnos a conocer y suscitar tal vez las simpatías de esta elite de la sociedad. Su idea es excelente y le estoy muy agradecido por la proposición que me hace.

“Antes de hacer cualquier arreglo, tenga la bondad de permitirme que le haga algunas confidencias. El jueves por la tarde, mediante un telegrama, la señora [Magdalena de Elía] de Ezcurra me daba una entrevista en su casa para el día siguiente al mediodía; deseaba conversar conmigo a propósito de sus gestiones ante las personas a las que ha solicitado ayuda para nuestra fundación. Ayer, pues, he tenido una larga entrevista con esta apreciada dama, enteramente adicta a nuestras obras. Como Ud. sabe, la señora de Ezcurra deseaba sobre todo proponerme que prefiriéramos la fundación de Buenos Aires, porque, me decía, los Padres tendrían allí un campo de acción más vasto, y además porque ella misma encontraría más facilidad y también mayor éxito al pedir limosnas para una fundación que pudiera ser de provecho para Buenos Aires. Yo no encontré difícil aceptar su parecer, haciéndole notar solamente que la dificultad podría venir del señor Arzobispo [...] Cuando me despedí, hacia la una y media, la señora de Ezcurra y su hija se disponían a ir a ver a Mons. Espinosa [...] Si la respuesta es favorable, es posible que vayamos a alquilar un departamento en Buenos Aires, en el cual quizá pudiéramos disponer de una pieza suficientemente amplia como para servir de capilla al comienzo [...] Mi permanencia

más prolongada en La Plata me ha convencido de que nuestra fundación en esta ciudad encuentra una cantidad de dificultades. Las esperanzas de Mons. Terrero se han frustrado y el proyecto de la Parroquia que nos había presentado no marcha; veo con toda claridad que el clero secular es adverso a esta fundación, y además Mons. Terrero no puede ofrecernos otra cosa que una pequeña capilla en Los Hornos, muy alejada del centro de la ciudad y donde cada domingo se reúnen apenas de 25 á 30 personas [...] Aun en cuanto a las Hermanitas, pienso que les resultará más atractivo establecerse primero en la capital, ya que allí encontrarán más trabajo y podrán contar sobre todo con mayor número de *Dames Servantes* que en La Plata, donde al fin de cuentas existe una reducida sociedad” (7).

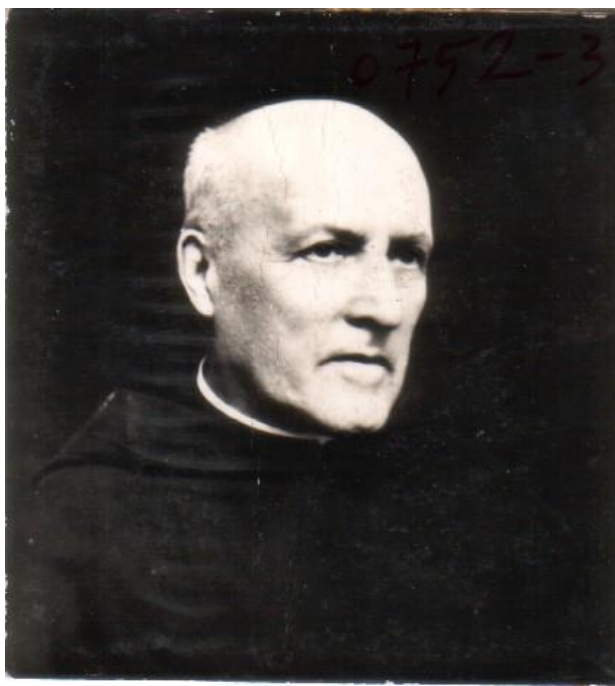
En otra carta, del 3 de agosto de 1908, el P. Bellot manifiesta a la señora de Jacobé que ha informado al Padre Visitador, en Chile, sobre los proyectos en curso y las dificultades que los mismos encuentran; por lo que espera una respuesta antes de decidir (8). Pero el 22 de septiembre de 1908 escribe nuevamente a la misma para decirle, con pena, que “el Padre Visitador nos pide regresar a Chile y renuncia por el momento a la fundación en la Argentina. Esperamos en oración que la hora de Dios llegue. Estoy persuadido de que nuestra partida no retardará la venida de las Hermanitas de la Asunción” (9). El 25 de septiembre de 1908, vuelve a escribirle desde La Plata: “Su carta de esta mañana ha sido para nosotros un estímulo en medio de la prueba; permítame, pues, expresarle mi mayor gratitud. Cuando le escribí la última vez, todavía no sabía la fecha de la partida, que ha sido fijada para el miércoles 30 de septiembre” (10).

Aparentemente, lo que impidió al Arzobispo Espinosa -influenciado tal vez por el espíritu que imperaba en la sociedad argentina de esa época- recibir en esta primera oportunidad a los asuncionistas, fue la “mala fama” que los enemigos de la religión les habían hecho en Francia y que los precedió en su llegada a Buenos Aires. La negativa hallada en la capital de la República parece haber sido la razón por la cual los Padres se dirigieron a La Plata, donde fueron muy bien recibidos; pero aquí, presionado por algunos miembros del clero, el Obispo consideró en cierto momento que debía

retirar el ofrecimiento que les había hecho para que tomaran a su cargo la Parroquia San Ponciano, y la capilla de Los Hornos no satisfacía los anhelos de los misioneros. Acerca de este asunto, durante la recepción del 25 de mayo de 1966 en la Iglesia Argentina de Roma, el autor que escribe tuvo una amable conversación con el Cardenal Santiago Luis Copello, en la cual Su Eminencia refirió que, siendo él su Secretario, propuso al Obispo que, en lugar de San Ponciano, entregara a los asuncionistas la capilla de Santos Lugares. Mons. Terrero, movido sin dudas por el deseo de no perder la colaboración de los Padres, resolvió ofrecerles este lugar, solitario y bastante alejado de la Sede Episcopal, pero cercano de la ciudad de Buenos Aires. En 1966, después de las transformaciones de orden religioso operadas en Santos Lugares gracias a la labor pastoral de los asuncionistas, el prelado, que ahora era Cardenal y Canciller de la Iglesia, expresó con total sencillez y humildad lo siguiente: “Mire usted, Padre, por una prevención mía, todo el bien que se pudo hacer”.

El 24 de marzo de 1910, desde Los Andes (Chile), el P. Bellot se dirige a la señora de Jacobé: “Me encontraba en Santiago cuando su grata carta vino a encontrarme aquí, trayéndome la excelente noticia de la próxima llegada de las Hermanitas [...] Pronto tendré el placer de volver a verla y conversar largamente con Ud. a propósito de todo esto. Debo acompañar a la Argentina al Padre Visitador, el R.P. José Maubon, que ha debido anunciarle el viaje y su próxima visita. Cuando el Padre haya terminado su misión allí regresará a Chile y yo me embarcaré para Europa”, con el propósito de “ir a celebrar en Francia, rodeado por los míos, el 25 aniversario de mi ordenación sacerdotal” (11).

La fundación tan deseada se hará exactamente otro 30 de septiembre, esta vez de 1910. En efecto, la firme decisión de fundar y el apoyo prestado por quienes más tarde seguirán brindando a la Asunción tanta simpatía y estímulo, triunfarán sobre las dificultades y suspicacias encontradas en 1908.



P. Román HEITMAN (1869-1941)
fundador de la Asunción en Buenos Aires
el 30 de septiembre de 1910

“La Nueva Colmena”

El ferrocarril que unía Buenos Aires con el Océano Pacífico llegaba, finalmente, fatigado y humeante, hasta los andenes de la Estación Retiro, situada donde terminaba el Paseo de Julio (hoy Leandro N. Alem), frente a las instalaciones de la desaparecida Compañía de Gas (hoy Plaza Fuerza Aérea). Envuelto en el bullicio de quienes volvían a encontrarse con familiares y amigos, descendía un religioso asuncionista. Era el P. Román Heitman, nacido hacía casi 45 años en los suburbios de Lila. En la estación lo aguardaba el P. Enrique Jauzion, Superior de los sacramentinos, en cuya casa de la calle San Martín gozará de generosa hospitalidad.

Venía desde Chile, donde la Congregación se había establecido en 1890. Enviado por el P. José Maubon, que había tomado la decisión de fundar en la República Argentina, venía desandando la ruta del sol, como si pretendiera avanzar a contramano, y junto con otros que se le unirían más tarde sería el origen de las comunidades asuncionistas surgidas aquí.

Una carta escrita por el P. Román Heitman el 22 de octubre de 1910, apenas 22 días después de su llegada a Buenos Aires, nos permite medir las primeras impresiones del misionero y reconstruir en parte aquel clima difícil. La misma fue publicada en las *Lignes Argentines* (12), y dice:

“La fundación de la Asunción en Buenos Aires es ya una realidad, desde el 30 de septiembre. Fue la casa de Los Andes la que preparó y envió a uno de los suyos a la Argentina, para empezar la nueva colmena. Según parece, las abejas deben llegar numerosas desde Europa.

“Mientras tanto, estoy alojado en la casa de los Rev. Padres del Smo. Sacramento, quienes, con una caridad generosa y delicada, me han ofrecido

la más fraternal hospitalidad por tiempo ilimitado. Espero que la Providencia nos dará pronto los medios para formar una comunidad asuncionista independiente, con obras apostólicas plenamente desarrolladas.

“Las Hermanitas de la Asunción están establecidas en el primer piso de una vieja casa, en un barrio populoso, a un kilómetro y medio de mi residencia actual. Todas las mañanas voy a decirles la Misa y les ayudo en la evangelización de algunos niños que ellas atraen a su casa. Los enfermos que cuidar son todavía poco numerosos. Las Hermanitas no son muy conocidas, y además... los prejuicios populares impiden a los pobres acudir a ellas. Creen que son brujas, que van para echar la suerte o para sacarles plata después de haber anunciado tratamientos gratuitos. Pero hemos anunciado una campaña de oraciones y de propaganda y estoy seguro que pronto las Hermanitas y yo tendremos exceso de trabajo.

“Aprovecho las largas horas que me quedan, después del catecismo, para estudiar y rezar, y les aseguro que esto hace bien, después de diez años en Chile.

“Además, es preciso hacer visitas para preparar la fundación. Por el momento soy, verdaderamente, el Padre Visitador de la Congregación en América; he visto a prelados, a políticos, a religiosos. La impresión que me queda de todas estas conversaciones, es que todos nos conocen bien, nos estiman, algunos nos quieren y muchos nos temen. ¡Tenemos la reputación de ser monjes revolucionarios! Aquí va un hecho para apoyar lo dicho.

“Una gran dama, excelente católica, que gasta millones en buenas obras, habiéndose enterado que yo estaba alojado en casa de los Padres del Smo. Sacramento, les dijo, muy asustada: `¡Tengan cuidado! Estos Padres los comprometerán. Tienen muy mala fama y son muy mal vistos aquí. Son los que quisieron derrocar al gobierno de la República, en Francia´. El Padre se echó a reír y defendió tan bien nuestra causa, que la buena señora ya no tiene más miedo y empieza a sentir una pizca de simpatía por nosotros.

“Algunos religiosos, sabiendo que yo había llegado a Buenos Aires, han hecho decirme que me quede bien escondido, que no los visite, para no comprometer la seguridad de las comunidades existentes. Todas las personas (hasta los inquilinos de la Curia episcopal), al enterarse de mi llegada, preguntaban con un tono que revelaba espanto: ‘¿Tiene barba?’

“A decir verdad, los religiosos tienen ciertos motivos para sentirse temerosos, no a causa de mi barba, sino a causa del espíritu revolucionario y antirreligioso del pueblo. La sangrienta semana de Barcelona podría fácilmente reproducirse en Buenos Aires. No se necesitaría más que una chispa... quiero decir, un cabecilla influyente y osado.

“Los malos diarios abundan aquí e incitan todos los días al pueblo con falsos cables o artículos sectarios contra los religiosos extranjeros, pretendiendo trabajar para el clero nacional. Es la táctica de la prensa francesa. Además, este pueblo está formado por la resaca del mundo. Hay en la Argentina 40.000 rusos nihilistas, otros tantos italianos anarquistas y, aquí mismo en Buenos Aires, 300.000 obreros sin fe, sin Dios, sin moral, listos para todo.

“Los Padres del Smo. Sacramento, que no son cobardes, lo aseguro, han hecho provisión de rifles y todos los religiosos de la ciudad se arman, blindan sus puertas y se preparan para cualquier eventualidad.

“Los grandes diarios publican, en tono serio, cables que anuncian la llegada de 2.000 monjes portugueses embarcados recientemente rumbo a la Argentina. Desde hace unos quince días, la noticia es reproducida, en distintas formas, por *La Prensa*, *La Nación*, etc... (13).

“Por suerte, dicen que el nuevo Presidente [doctor Roque Sáenz Peña] es bueno; ha elegido para su primer ministerio a tres católicos militantes, y la policía está admirablemente bien organizada; además, a la menor perturbación se declara el estado de sitio. Por lo tanto, ¡no teman por mí!

“¿Por qué el pueblo es tan malo? ¿No hay obras para moralizarlo? Hay muchas obras católicas en la Argentina y especialmente en Buenos Aires: Obras para la conservación de la fe que mantienen muchas escuelas; círculos de obreros con 40.000 asociados; sociedades de San Vicente de Paúl para hombres y mujeres; colegios eclesiásticos, asilos, talleres cristianos, obras de prensa, peregrinaciones de hombres y mujeres (hay tres o cuatro cada semana a Luján, Pompeya, etc.). Se forman sin cesar nuevas parroquias, confiadas a veces a religiosos; son numerosas las sociedades para jovencitas, las misiones, los retiros cerrados, etc. El trabajo es excesivo, la ola de inmigrantes lo invade todo, destruye lo que se ha construido y no se deja poner dique fácilmente. En 1875, Buenos Aires contaba 60.000 almas, dice el P. Sisson [sacramentino] en su libro sobre la Argentina, y ahora pasa de 1.200.000. Hacen falta, por tanto, misioneros, siempre misioneros. La mies es inmensa y más fácil que en el año 70 de nuestra era.

“Mons. Alberti es el Obispo auxiliar de La Plata. Lo llaman aquí el San Francisco de Sales argentino. Es un grande y buen amigo de los Padres de la Asunción; me ha recibido con una bondad encantadora y me ha dicho: `¡No tema! En Buenos Aires la gente es demasiado temerosa... Yo lo ayudaré con todas mis fuerzas, le daré más trabajo que el que puede hacer, misiones, retiros, confesiones, etc. No se inquieten más y cuenten conmigo´.

“Ya Mons. Alberti, de acuerdo con el Obispo de La Plata, nos ofrece en su diócesis y en las afueras de Buenos Aires una capilla que se está construyendo en una localidad llamada `Santos Lugares´, que está destinada a desarrollarse considerablemente, a causa de los grandes talleres del Ferrocarril del Pacífico, instalados allí. [Ya el P. Luis Bellot había hecho mención de Santos Lugares en una de sus cartas]. La capilla es pequeña; se trata de una capilla de misión; más tarde la sustituiremos por una basílica dedicada a N. S. de la Asunción. Terreno, capilla, casa, todo nos es ofrecido generosamente. San Pablo hubiera estado bien contento con tal situación, y no se hubiera visto obligado a trenzar esteras”.

Breve panorama de la época

En general, los historiadores de los últimos 150 años, excepto en los finales del siglo que terminamos, olvidaron el hecho religioso; y desde el mismo sector católico la historia de la Iglesia fue presentada con una mirada “oficial”. Pero la historia de los otros aspectos de la vida nacional ha sido estudiada y enseñada frecuentemente con ausencia también de los factores espirituales y culturales. En nuestro caso, aún tratándose de la historia de una Congregación religiosa, es preciso incorporar a la misma aspectos de la historia nacional que ayudan a la mejor comprensión de aquella. Por ello, se tratará de dar unos breves resúmenes que permitan satisfacer en parte nuestro interés de ubicarla mejor en relación con el conjunto de la historia argentina (14).

Los finales del siglo XIX se habían caracterizado en la Argentina por duros enfrentamientos entre la Iglesia y el Estado (ruptura de relaciones; expulsión del representante papal; gestiones diplomáticas sin resultados; cuestión del patronato; educación laica en las escuelas estatales; ley de matrimonio civil...), cuyas secuelas persistían, aun avanzado el nuevo siglo. En medio de todo, la Iglesia había comenzado a ver reconocidos sus derechos, “porque ocuparon sus sedes episcopales óptimos y celosos pastores, del todo identificados con la Santa Sede” (15).

En 1881, el Delegado Apostólico podía informar: “No faltan buenos eclesiásticos, seculares y regulares; pero la mayoría del clero en toda la extensión de la República no es del todo irreprochable. Dignos de mayor encomio por su conducta y celo apostólico son los sacerdotes regulares extranjeros [...] De los sacerdotes seculares venidos de fuera es mejor no hablar” (16). Sin embargo, a fines del siglo XIX se había puesto en marcha, con dificultades pero con algunos resultados positivos, la reforma de las

órdenes religiosas, decaídas en su disciplina y su fervor, desde el período de la Independencia (1816) y la “reforma” de Bernardino Rivadavia (17).

La llegada de sacerdotes extranjeros enviados por sus obispos para atender a los inmigrantes fue ayudando a cambiar la situación descripta. Lo mismo sucedía con los religiosos extranjeros que, además, abrían importantes colegios, con los que contrarrestaban la acción de la educación laica (18).

El panorama general encontrado por el P. Román Heitman al llegar a Buenos Aires no era para entusiasmar, humanamente hablando. Para despedir el siglo que se iba y recibir el que llegaba, el diario *La Nación* publicó una edición especial, cuya crónica daba cuenta de que, en la capital de la República, la concurrencia a las Misas programadas para el 31 de diciembre de 1899 a la hora 24, lo mismo en la catedral que en los templos parroquiales, se vio disminuida por el rumor de que existía la intención de provocar desórdenes y atentados. El temor a las amenazas obligó a mantener cerradas las puertas de la catedral y a invitar a los concurrentes a la misma a ingresar por la Curia vecina.

La carta que acabamos de transcribir, escrita por el P. Román a los 22 días de su arribo, refleja el asombro que Buenos Aires produjo en el recién llegado y lo exhibe como atento observador de la realidad encontrada en la ciudad. No obstante, ésta no desalienta al misionero que, dispuesto a “empezar la nueva colmena”, establece el día de su propia llegada, el 30 de septiembre de 1910, como la fecha de fundación de la Asunción argentina.

Una primera observación lo lleva a comprender que la fama lo precedía, si no en su condición personal, al menos como religioso de la Asunción. Los acontecimientos de Francia (19) eran conocidos aquí, donde la prensa masónica y anticlerical había informado ampliamente sobre el proceso contra la Buena Prensa de París, con el que se perseguía la supresión de la Congregación en el orden civil. Y era conocido también el activismo

desplegado por los asuncionistas franceses en los duros enfrentamientos de aquellos tiempos (20).

En ocasiones, los discípulos de Manuel d'Alzon pudieron ser tenidos por alborotadores y hasta peligrosos revolucionarios. Respecto de lo primero, es preciso admitir que no caminaban en puntas de pie; y en cuanto a lo segundo, no andaban por cierto en componendas con aquellos que querían imponer un orden de cosas donde Dios quedara para la sacristía o la alcoba (21). Aquí, cierta prensa había difundido la imagen barbada de aquellos “monjes revolucionarios”, mal vistos y temidos, metidos alguna vez en campañas desafortunadas, cuyos ecos se prolongaban en el tiempo (22). Pero también es cierto que, en Buenos Aires, se encuentran con el liberalismo laicista, masón y anticlerical, ya decadente pero todavía con fuerte poder. Se encuentran con un ambiente hostil a la Iglesia; con prevenciones dentro de la misma Iglesia; con una prensa, en fin, que pretendía “defender” al clero nativo frente a las Congregaciones extranjeras. La influencia de la inmigración europea (en Europa se había reprimido con violencia la agitación social y Buenos Aires recibió a numerosos activistas expatriados), las luchas obreras por mejores salarios y condiciones de trabajo, la explotación anarquista y socialista de la explosiva situación social, las condiciones a menudo miserables de la vida del pueblo hacen planear sobre la ciudad el recuerdo de la Semana Trágica de Barcelona y el fusilamiento del anarquista catalán Francisco Ferrer Guardia (23).

Manuel Gálvez, citando un trabajo suyo sobre el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, publicado en la revista *Caras y Caretas*, decía en los *Recuerdos de la Vida Literaria* que, “a principios de este siglo no existía en Buenos Aires, salvo en lo individual y en muy pequeños y aislados grupos, ninguna vida religiosa. Pocas personas frecuentaban los templos. Hombres y mujeres, escasos hombres, asistían a misa los domingos; pero no se veía verdadero fervor, sino más bien frialdad e indiferencia. En los artículos literarios, en los libros, jamás aparecía el nombre de Dios. El ser católico constituía poco menos que una vergüenza, y, en todo caso, una manifestación de inferioridad intelectual; y necesitábase valor para decla-

rarse creyentes. La vida de los argentinos era entonces materialista y mediocre. Estábamos sumidos en la rutina y en los vulgares placeres. Nos preocupaban nuestras profesiones, las cosechas, las ventas de terrenos, todas las vanidades imaginables. Ninguna aspiración profunda hacia una vida espiritual” (24) (25).

Por las comunidades

1910: Llegada a Buenos Aires

Al llegar a Buenos Aires con la misión de establecer la Congregación en la República Argentina (30 septiembre de 1910), el P. Román Heitman es recibido con toda caridad y delicadeza por los Padres Sacramentinos, a los cuales ya conocía desde Los Andes (Chile). Con ellos permanece durante algún tiempo, en la comunidad que éstos poseen en la calle San Martín 1039. Mientras tanto, se desempeña como capellán de las Hermanitas de la Asunción y colabora con ellas en el difícil apostolado de aquellos tiempos.

Luego pasa a vivir “en diversos conventillos”, como se expresa él mismo para caracterizar las casas donde se alojó después de dejar la residencia de los sacramentinos. Al parecer fueron más de una. “Tantas mudanzas, nada gravosas, por lo demás, para quien por todo mueble llevaba una valija, eran determinadas sin duda [sospecha el P. Agustín Luchía-Puig] por las ocupaciones del momento o los proyectos de fundaciones, parroquiales u otras, que no llegaban a cristalizar” (26).

1911: Santos Lugares

El 4 de julio de 1911, los primeros asuncionistas se instalaron definitivamente en Santos Lugares. La primera comunidad quedó integrada por el P. Román Heitman, el P. Godofredo Pierson y el Hno. María Eustaquio Bach, que compartían la casa con el Pbro. Juan Anzola, iniciándose así una obra que, por designio providencial, sería la de mayor proyección en la Argentina. El P. Pierson había llegado de Chile el 26 de mayo de ese mismo año y el P. Heitman abandonaba de este modo la casa que alquilaba en

el N° 636 de la calle Don Cristóbal, en el barrio porteño de Floresta. Algún tiempo después vinieron a Santos Lugares el Hno. Miguel Kleverlaan, llegado a la Argentina el 11 de noviembre de 1913, y el P. Antonio Silbermann (que llegó a Santos Lugares el 8 de agosto de 1914). Al menos alguno de los Padres tomó pensión en casa de la familia Garavaglia -según me lo declarara uno de sus hijos-, en la actual calle doctor Atilio Carbone, cuyo terreno fue adquirido muchos años después por la Asociación Cultural Noel. Se trataba de la casa que Luchía-Puig sitúa “a una cuadra de la capilla”, en la misma manzana que ésta y que el actual Santuario y Gruta.

Pero ya en 1908, dos sacerdotes del clero diocesano habían comenzado la construcción de una modesta capilla: Una sala cuadrada, elevada a un metro del suelo, para evitar la humedad de los terrenos que habían formado parte de una cañada que hubo en el lugar, y pegados a la parte trasera de la capilla, cuatro pequeños cuartos separados entre sí por un pasillo. El conjunto, totalmente construido en cinc, constituía, a decir verdad, un rancho como otros que no faltaban en las quintas de los alrededores.

Una vez dejada la casa de la calle Carbone, se ocuparon esas “piecitas pegadas al oratorio”, que “convertíanse, según la estación, en horno o heladera”; pero que, no obstante, “resultaban más económicas que la casa vecina” (27). Hoy, todo esto ha mudado de aspecto y los religiosos habitan confortablemente en la casa construida en 1980, al lado de la enorme iglesia (28).

Mons. Terrero separó de la Parroquia Jesús Amoroso -hoy catedral de San Martín- el territorio situado entre las vías de los ferrocarriles llamados posteriormente Urquiza y San Martín, y del otro lado de estas últimas, en dirección de las del ferrocarril Sarmiento (ex Oeste), hacia Ciudadela y Ramos Mejía. En su extensión de Éste a Oeste, dicha franja de terreno iba desde la avenida General Paz hasta cerca de El Palomar, encerrando en su superficie las actuales localidades de Sáenz Peña, Villa Raffo, Santos Lugares, Caseros y Villa Mathieu, así como otras que han ido surgiendo más tarde. “Todo esto quedó unido a Santos Lugares, que recibió el título de Capellanía Vicaria, bajo la dependencia nominal del cura de San Martín, pero con la prohibición [para éste] de ejercer acto de jurisdicción” (29).

El desarrollo de la zona, gracias a los talleres del Ferrocarril Pacífico (luego San Martín), trajo la necesidad de crearlo todo: La Gruta dedicada a Nuestra Señora de Lourdes en cumplimiento del voto del 4 de mayo de 1911, ejecutada según el modelo de la de Francia por el señor León Gaiillard, un francés de Saboya radicado en Santos Lugares; las peregrinaciones que fueron consecuencia natural de la Gruta; el convento de los religiosos; la espléndida iglesia de dos plantas, obra del arquitecto francés Esteban Guichet, destinada a ser iglesia parroquial, a la vez que centro de peregrinaciones. La *Revista de la Sociedad Central de Arquitectos* de Buenos Aires dedicó un número a esta obra, una de las principales en nuestro país, entre las de carácter religioso; pero cuya terminación, por las vicisitudes de los tiempos y la inconstancia de los hombres, sigue siendo una deuda pendiente de la Congregación.

El P. Silbermann fue el hombre que se requería para la obra. Sin darse prisas imprudentes, pero también sin demoras innecesarias, construyó la Gruta y empezó la iglesia. Por casa, “durante largos años, se contentó con el rancho, escogiendo para sí la pieza más fría en invierno y la más calurosa en verano [...], lo que le valió varias gripes que habrían puesto en peligro la vida de otros [...] La Gruta crecía y la gente hablaba, unos a favor, otros en contra. Hasta había amenazas de manifestaciones hostiles. El P. Antonio dejó que hablaran y lo dejaran actuar. La única manifestación que hubo fue el triunfo del 14 de mayo de 1916, cuando, en presencia de una muchedumbre entusiasta, Mons. Juan N. Terrero procedió a la bendición de la Gruta.

“Desde entonces, las peregrinaciones se sucedieron sin interrupción [...] Los exvotos aparecieron solos. Las primeras muletas [de un médico curado por la Virgen] llegaron en noviembre de 1917 [...], las úlceras desaparecían por el solo hecho de comulgar en la Gruta y los enfermos desesperados sanaban después de haber cumplido una promesa”. El asombro por lo que sucedía alcanzó al Obispo, que “debió pedir explicaciones al P. Antonio”; pero Monseñor “quedó satisfecho” por las que éste le presentó.

El 1° de enero de 1914, apareció el primer número de la revista *Auras de Lourdes*, que tuvo al P. Godofredo Pierson como primer jefe de redacción y contó con la colaboración de los demás religiosos. Ideada como boletín parroquial, servía a ambas Parroquias -la de Santos Lugares y la de Belgrano-; pero el aspecto marial desbordó muy pronto este carácter parroquial, y en abril de 1917 pasó a ser el órgano del Santuario, “prácticamente bajo la dirección del P. Serafín, que residía en la calle Chacabuco”. Algunos años después, para comunicarse con la feligresía de Santos Lugares, el P. Jorge Neusch creó el boletín *Bernardita*. La revista *Auras de Lourdes* comenzó imprimiéndose en la imprenta de los salesianos de la calle Dorrego, en la Capital Federal.

El 31 de julio de 1920, la Capellanía Vicaria fue erigida en Parroquia, y el 11 de octubre de 1922 se puso la piedra fundamental del templo, con la presencia del doctor Luis Cantilo, Gobernador de la Provincia, esposo de otra destacada amiga de la Asunción. Pero el 5 de agosto de 1923, el P. Silbermann, designado Superior de Belgrano, “partió dejando la impresión de otro Peyramale. En algunos años había construido la Gruta, fundado la Parroquia, comenzado la Basílica, impedido muchos abusos, trazado una orientación...” (30).

En 1924, la Asunción argentina ve partir a la casa del Padre Dios al primer religioso fallecido en nuestro país, el Hno. Miguel Kleverlaan (1882-1924). Llegado el 11 de noviembre de 1913 junto con el P. Serafín Protin, estuvo en Santos Lugares, donde ocupó el humilde oficio de sacristán y dedicó sus energías aun jóvenes (al llegar a Buenos Aires tenía 31 años) al trabajo de la huerta y otros quehaceres de la comunidad. Yo mismo recuerdo haber oído hablar con cariño acerca de él, 50 años después de su muerte, a alguno de los monaguillos que lo conocieron y a los que él solía alegrar ofreciéndoles fruta de su huerta. Era el apostolado modesto, pero de efectos perdurables, de un hombre de Dios que con su amable sencillez ayudaba a esos niños a descubrir el rostro bueno de Dios.

1913: Chacabuco / 1921: Lavalle / 1929: Sáenz Peña

La casa de la calle Chacabuco 462, propiedad del doctor Jacobé, fue residencia de las Hermanitas de la Asunción durante dos años, hasta que se trasladaron a su casa de Carlos Calvo 1337. (Luego de sufrir el incendio de su convento de Barcelona a manos de los anarquistas, el 27 de julio de 1909, las Hermanitas habían llegado a Buenos Aires el 24 de junio de 1910, alojándose durante algún tiempo en la casa de las Hermanas Vicentinas de la calle Cochabamba). Después de abandonar los “varios conventillos” donde se había alojado, y de pasar brevemente por Santos Lugares, el 7 de noviembre de 1913 el P. Román Heitman se mudó a la calle Chacabuco. Allí vivieron también el P. Antonio Silbermann, el P. Serafín Protin y otros.

En esta última casa, el P. Serafín se entregó a un calificado apostolado entre los pobres atendidos por las Hermanitas: Bautizos, casamientos, catequesis, las Fraternidades (grupos de hombres pertenecientes a las familias cuidadas por las Hermanitas), la asociación de las Mónicas, la Misa dominical. Pero allí también “encontró jóvenes instruidos, ardientes en su abnegación y deseosos de saber. Él leyó en sus almas y ellos comprendieron la suya y se entregaron mutuamente. Los reunió en su modesta casa y comenzó con ellos esta obra de las Conferencias, que hace pensar en el señor Bailly, reuniendo junto a sí a los primeros jóvenes de las Conferencias de San Vicente de Paúl” (31).

Desde Chacabuco, donde los religiosos vivían y trabajaban con bastante incomodidad, se trasladaron a una casa alquilada en la calle Lavalle 1664, que quedó inaugurada el 1º de enero de 1921.

Lavalle se transformó en el centro de numerosas actividades. Desde 1921, “se convierte en la sede de la administración y redacción de dos revistas culturales femeninas: *Noel*, publicación quincenal [...] del Movimiento Noelista Argentino [...] e *Ichthys*, órgano mensual del Centro de Estudios Religiosos para señoras y señoritas” (32).

Allí “estuvo la cuna del [Movimiento] Noel” y esta casa “llegó a ser lugar de encuentro de la flor y nata de la sociedad”, que acudía para confesarse y encontrar dirección espiritual, participar en retiros, prepararse a la Primera Comunión... Además, como en la ciudad “se había constituido una especie de Universidad integrada por dos facultades: El Centro de Cultura Católica, nacido de la iniciativa de los jóvenes, y el Centro de Estudios Religiosos, nacido del deseo de las jóvenes y bajo la inspiración de los Padres Jesuitas [...], el P. Serafín fue solicitado para que aceptara una cátedra en uno y otro [...] y el P. Carmelo Pémoulié hacía gustar a las jóvenes sus cursos de liturgia” (33).

Por otra parte, “en las librerías se encontraba todo lo que en la literatura francesa y española estaba en boga”; pero estas publicaciones tenían un “espíritu ligero, con frecuencia inmoral y a veces pornográfico [...], y los libros católicos [eran] casi desconocidos”. Este vacío hizo que, en 1926, se creara con gran éxito la primera librería católica de la ciudad -la Librería Católica Noel-, que existió hasta los años 50. Sobre el Movimiento Noelista Argentino, al que estuvo ligada la librería, tendremos oportunidad de volver más adelante.

El alquiler mensual de \$ 1.050 m/n, que los Padres debían pagar por la casa de la calle Lavalle, resultaba demasiado elevado para las finanzas de la comunidad, que debió optar por un barrio más alejado del centro. En la calle Presidente Luis Sáenz Peña N° 551 (cerca del palacio de la Jefatura de la Policía Federal y no lejos de la casa de las Hermanitas de la calle Carlos Calvo), existía una propiedad donde había funcionado el Hotel Loprete. Los Padres la alquilaron en \$ 750 m/n, le hicieron algunas adaptaciones indispensables y transformaron parte del edificio en residencia de la comunidad y parte en una linda capilla y salas de reunión. Allí se instalaron en 1929, abandonando definitivamente la casa de la calle Lavalle, y allí vivieron hasta el 19 de mayo de 1932. Con el correr del tiempo, todo esto llegó a ser el local de diversiones de Bergara-Leuhmann, llamado La Botica del Ángel, que existe todavía en el mismo lugar, hoy como museo del tango. Unos años después, aquella permanencia temporaria en la casa de la calle

Sáenz Peña llegó a ser providencialmente ocasión de que pudiera llevarse a cabo un proyecto del doctor Martín Jacobé, como veremos al ocuparnos de San Martín de Tours.

1914: Parroquia de Belgrano

El 19 de junio de 1914, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el P. Román Heitman se instala en el barrio llamado los Bajos de Belgrano -hoy más paquete, con el nombre de Belgrano Chico-, entre las Barrancas de Belgrano y la orilla del Río de la Plata. Tres meses después era creada la Parroquia Nuestra Señora de las Mercedes. El P. Blachère -fuente privilegiada de información sobre aquel período- explica así el propósito que se perseguía: “En Santos Lugares sólo podía hacerse una tarea pastoral parcial y local. Para tener una influencia en la clase dirigente y, mediante ella, llevar hasta las extremidades de la República el pensamiento asuncionista, era preciso tener miras más altas y conquistar la capital” (34).

La munificente señora Mercedes Castellanos de Anchorena había construido, sobre la actual calle Echeverría, casi en la esquina de ésta con Migueletes, una hermosa iglesia, con planos del arquitecto salesiano P. Vespignani. El Vicario General de Buenos Aires, Mons. Perazzo, sugirió que la iglesia fuera confiada a los asuncionistas y el Arzobispo Espinosa, a pesar de tener otras intenciones, tuvo que ceder, movido por las negativas de otros: “Monseñor -le respondió alguien al que ofrecía la Parroquia-, ¿qué crimen he cometido para que me envíe a morir de hambre en tal ambiente?”

La fundación de Belgrano, en efecto, no estuvo exenta de contratiempos. El P. Román Heitman, en carta del 16 de agosto de 1913, dirigida a una señora a la que sólo identifica como *Madame et chère fille en J. C.*, en la que hace referencia a ciertas gestiones del Superior de los Padres Sacramentinos ante la señora de Anchorena, tendientes a que el Arzobispo de Buenos Aires entregara a los asuncionistas la iglesia construida por ésta en

Belgrano, manifiesta lo siguiente, después de expresar otras dudas: "...es muy dudoso, digo, que Monseñor Espinosa quiera atribuirnos esta iglesia, porque ha sido prevenido contra la Congregación de los Agustinos de la Asunción a causa de las obras de Prensa que hemos establecido en Francia y de las calumnias que se nos han hecho por nuestra intransigencia respecto de los principios, nuestro amor al Papa y la Iglesia y nuestras campañas contra la Masonería, las malas leyes, etc." Después de agradecer a la destinataria de la carta "las numerosas gestiones que Ud. ha tenido a bien realizar, para conseguirnos en la capital una situación estable y ventajosa", agrega: "Si esta iglesia nos fuera ofrecida y si nuestros superiores la aceptaran, estaríamos establecidos y bien establecidos en la capital: podríamos atender fácilmente a las Hermanitas [...] y tendríamos bastante trabajo apostólico en ese barrio abandonado de los Bajos de Belgrano" (35).

A pesar de las prevenciones existentes, la señora de Anchorena solicitó que la iglesia fuera entregada a los asuncionistas y la Parroquia fue creada el 24 de septiembre de 1914, para satisfacción de la bienhechora. Mons. Perazzo declaraba, con ruda franqueza: "Ustedes nos han hecho un señalado servicio; nadie quería venir aquí".

El auto de creación de la Parroquia, conservado en nuestros Archivos, fue firmado por el Arzobispo el 24 de septiembre de 1914 y refrendado por el Pro-Secretario León M. Lizarralde. En dicho documento se emplean unos términos que parecen orientados a satisfacer los deseos de la señora de Anchorena, en el sentido de que la iglesia fuera entregada en propiedad a los asuncionistas. En efecto, en el mismo se lee lo siguiente: "Nos el Doctor Don Mariano Espinosa [...], teniendo en vista que la población de esta gran Capital se extiende cada vez más, en sus alrededores, lo que sucede también en el barrio llamado Bajo de Belgrano en que se halla la iglesia de Ntra. Sra. de las Mercedes de los Padres Agustinos de la Asunción [...], teniendo presente los méritos adquiridos por los Reverendos Padres Agustinos de la Asunción, que desde que se han instalado en esa iglesia, que la generosidad de una noble y piadosa matrona ha edificado, han prestado grandes servicios con mucha satisfacción del vecindario de aquel barrio

apartado, quienes con el debido permiso de su Superior general están dispuestos a aceptar el cargo de párrocos en su [sic] mencionada iglesia [...], erigimos, por el presente Auto, dicha iglesia de Ntra. Sra. de las Mercedes, de los Rdos. Padres. Agustinos de la Asunción, situada en el Bajo de Belgrano [...], en parroquia con el título de Ntra. Sra. de las Mercedes [...].”

Una vez fundada la comunidad de Belgrano Bajo, los religiosos se lanzaron a un apostolado verdaderamente intenso, de evangelización, catequesis, educación, ayuda a los pobres, abundantes en esa zona de terrenos bajos y basurales junto al río. Por otra parte, el P. Román Heitman dedicaba largas horas a la dirección y atención espiritual de numerosas personas que acudían desde otros barrios más acomodados de la ciudad, distinguiéndose al mismo tiempo como predicador de retiros.

En la Parroquia florecieron diversas instituciones integradas por laicos, que se fueron creando a medida que los tiempos y el desarrollo de la vida cristiana lo iban requiriendo. El 11 de mayo de 1919 fue creada la Congregación de las Hijas de María, y desde 1931 el P. Agapito Genevès se hizo el celoso apóstol de la naciente Acción Católica, que prestará un incalculable apoyo en la acción pastoral parroquial, con sus cuatro ramas. Oficialmente, según se lee en el boletín parroquial del 21 de marzo de 1937 (IV, 128), la rama de las Jóvenes (mujeres) se instaló el 24 de septiembre de 1933; las Señoras lo hicieron el 15 de agosto de 1936; los Jóvenes (varones), por su parte, fundaron su rama el 23 de agosto de 1936, mientras que los Hombres se fundaron el 28 de marzo de 1937. Poco después fueron oficializadas las secciones de los Aspirantes y Aspirantas (niños y niñas, respectivamente).

Junto a éstas (36) funcionaron las asociaciones piadosas del Apostolado de la Oración; la Tercera Orden Franciscana; la *Laus Sabatina*, que se reunía los sábados para cantar las alabanzas de la Santísima Virgen; los grupos corales, que deleitaban con sus conciertos y animaban el culto con sus cantos religiosos.

A partir de 1915 se realizaban casi todos los años las “misiones” parroquiales dirigidas a los adultos, lo mismo que las que se daban para los niños, con la participación de predicadores especialmente venidos para estas actividades, como los redentoristas P. Massinger, P. Guerrero, P. Tisken, P. Grote. En un informe del Párroco al Arzobispo de Buenos Aires, después de la primera de estas misiones, se daba cuenta de que “la concurrencia era muy numerosa, que en un día fueron bendecidos y consagrados a la Virgen 600 niños, que asistían a la Doctrina Cristiana más de 300 niños y niñas dirigidos por 18 catequistas, que se hicieron 502 confirmaciones, que al acto de desagravio asistieron 1.200 feligreses, y que, como punto final de la misión, hubo 600 confesiones y comuniones”, según reseñaba el boletín parroquial. Pero el mismo informe agregaba -se lee allí- que “la santa misión se clausuró con una gran procesión por las calles, donde era conducida la imagen de la Virgen por mujeres y un Santo Cristo de tamaño natural por doce obreros, espectáculo edificante que por primera vez se veía en el Bajo Belgrano”. Por otra parte, desde 1917, las noelistas se hicieron cargo de las misiones infantiles; en ese año predicó la misión el P. Silbermann y “la iglesia se colmó de niños semiabandonados, muchos de ellos sin bautizar aún y que no concurrían a la escuela... La instrucción estaba a cargo de unas treinta catequistas que enseñaban con verdadero celo a ese enjambre de niños sedientos de luz y de cariño”.

Cuando la misión de los niños se realizaba por Navidad, terminaba con una gran fiesta con arbolitos y reparto de juguetes. Pero las misiones para mayores eran también una respuesta a las necesidades de un barrio (en 1919, Mons. Francisco Alberti confirmó a 614 adultos, durante la misión) donde los religiosos “tenían muchas veces que ocuparse de enterrar a los muertos, formalizar matrimonios y pagar los gastos de una mudanza o de un viaje a las sierras de Córdoba para algún parroquiano tuberculoso”.

Tampoco se descuidaban -todo lo contrario- las obras de carácter social. De modo que fueron creadas y realizaron un trabajo notablemente eficaz las Conferencias de San Vicente de Paúl; las Cantinas Maternales; el Centro de Estudios Sociales Gabriel García Moreno con sus conferencias

callejeras, en las que oradores laicos (como Juan B. Podestá y Aurelio García Elorrio) y sacerdotes (como Miguel De Andrea, Dionisio R. Napal, Alberto Molas Terán) ilustraban a la masa acerca de la solución cristiana de los problemas sociales, dirigido en sus comienzos por Luis Luchía-Puig, al que secundaban sus hermanos Horacio, Alfonso (luego P. Agustín) y Oscar. Del Centro Católico de Belgrano surgió en 1934 el Círculo Católico de Obreros, que conserva todavía su sede en la calle Echeverría, frente a las oficinas de la Parroquia.

El mismo boletín parroquial que venimos citando dice en una de sus páginas: “El P. Román acostumbraba tener un plano con las casas y los nombres de los que necesitaban el auxilio corporal y espiritual. La Madre Josefa [Superiora de las religiosas Hijas de Santa Ana] lo ayudaba con toda eficacia en esta clase de socorros. Ella dedicaba las horas de la mañana a visitar los hogares humildes más necesitados y avisaba después al Párroco dónde era menester su asistencia. A más de un enfermo, la M. Josefa hizo llegar un caldo o una compota que ella misma preparaba, o bien un remedio. De los escasos recursos con que contaba la comunidad asuncionista, se daba siempre algo a los pobres, sufriendo por esto muchas veces verdaderas penurias; pero siempre que se desprendían de su dinero, la Providencia enviaba pronto socorro”. Como en cierta ocasión en que, habiendo entregado todo lo que tenían en caja, para socorrer en un aprieto económico al director de la escuela, llegó siguiendo los pasos de éste una señora con una suma para cubrir una novena de Misas, cosa sumamente rara por aquellos tiempos en ese barrio.

Al dinamismo de este apostólico sacerdote se debió también la creación del Círculo Católico de Maestras Santa Catalina de Alejandría y la asociación de madres católicas de Belgrano Bajo, llamadas las Nazarenas. La Asociación *La Pouponnière*, que entregaba ajuares para los bebés de madres pobres, lo tuvo a su vez como asesor y animador.

Si el cristiano necesita también de una casa donde rendir culto a Dios, ésta debe ser digna del Señor, pero digna también de los hombres que

en ella lo invocan. La señora Mercedes Castellano de Anchorena había construido un magnífico templo para la Parroquia y lo había provisto de todo lo necesario para que la liturgia se desarrollara con toda la dignidad requerida; pero el templo carecía de campanario. El emprendedor y activo P. Luis Folliard, Párroco de 1936 a 1947, fue de puerta en puerta, acompañado por los hombres y los jóvenes de la Acción Católica, hasta juntar el último centavo necesario para su construcción, y “en tres meses se levantó el campanario con el cual, en 1939, se conmemoraron las Bodas de Plata de la Parroquia”. Ocho años antes, sin embargo, en 1931, junto a la iglesia parroquial había sido construida la bella capilla dedicada a Santa Teresita.

Por cierto, no faltó en la Parroquia Nuestra Señora de las Mercedes la sencilla hoja o boletín parroquial, que llevara la voz de los pastores. Sencilla, pero bien redactada y bien diagramada, donde nada se dejaba a la improvisación, siempre formativa sin dejar de ser atrayente. Apareció el 24 de octubre de 1927 con el nombre de *La Voz del Bajo*, que luego se cambió por este otro: *La Voz del Barrio de Santa Teresita*.

Hasta que dejó de aparecer, *La Voz del Barrio de Santa Teresita* fue un periódico modesto pero de calidad, nos informa Magdalena Noce en un trabajo inédito. Concebido como boletín parroquial dirigido a toda clase de público, comenzó saliendo con 12 páginas que luego se hicieron 16, con ilustraciones; no obstante, tenía las características de un periódico barrial. Lamentablemente, bajo esta forma, sólo disponemos desde el número 103, de 1936, hasta lo que sería el último, de 1939. De la que aparece como una segunda etapa, he visto los únicos dos que, según mis averiguaciones, se conservan: El N° 80, de septiembre de 1939, y otro que trae la siguiente fecha: “Año XIV, Fiesta de la Asunción, 1947, N° 345”. La fecha de fundación y la del último número citado, ¿sugieren una discontinuidad en la publicación? No lo sabemos; pero en esta nueva etapa aparece con otro formato y otras características en su interior, más propias de un boletín parroquial, aun si sobrepasaba en calidad a lo que habitualmente se entiende hoy por tal.

En 1936 se publicaba quincenalmente. Traía una carta del Párroco, seguida por el calendario de las actividades parroquiales y las noticias de interés para la feligresía. En el último número de cada año aparecía el resumen de las obras realizadas y las metas alcanzadas. Se trataba, a diferencia de otros boletines parroquiales, de una publicación del tipo gaceta, con gran cantidad de notas y artículos, observa Noce. Evidentemente no contaba con un equipo de colaboradores propios; pero por sus páginas desfilaron colaboradores “involuntarios”, entre los que se contaron muchos de primer nivel, clásicos y modernos, que sostenían el interés de los lectores.

En sus secciones se encuentran notas de formación doctrinal, catequesis, liturgia, entretenimiento. Y junto a éstas se leen artículos de historia antigua y moderna, cuentos, leyendas y poesías; textos bíblicos y abundantes comentarios de actualidad, tanto sobre los acontecimientos que conmovían al mundo de aquellos tiempos, como sobre los hechos cotidianos de la vida, que afligen al hombre común. *La Voz del Barrio de Santa Teresita* era, por cierto, una publicación que abarcaba un gran abanico de temas; con lo cual intentaba dejar siempre un pensamiento cristiano, formar las inteligencias y sensibilizar las mentes ante los grandes problemas de la humanidad. La que se proponía era, ante todo, una tarea de educación, en el sentido más alto de la palabra, sin dar lugar al tedio de las lecturas sin sabor. Ciertamente, fue una ráfaga fresca, moderna para su época, que pasó y lamentablemente se extinguió, pero dejando un recuerdo grato a los lectores.

Eran tiempos difíciles, los que estamos reseñando; y no sólo por la pobreza del lugar. Pero ni la pobreza ni otros contratiempos surgidos de las agitaciones sociales que los caracterizaron, arredaban a aquellos misioneros asuncionistas. En la crónica que los religiosos llevaban para guardar memoria de los hechos, como San Lucas lo hizo respecto de los de los Apóstoles, podemos leer, en lo correspondiente a enero de 1919: “Jueves 9.- El P. Agapito, con los Hnos. Hilario y Miguel, va a Luján [...] Revolución en Buenos Aires. Por la tarde el Hno. Hilario recibe un botellazo en la cabeza. Incendio de la capilla de Jesús Sacramentado y del asilo Casa de Jesús [ambos de las religiosas Siervas de Jesús Sacramentado, en la Av.

Corrientes]. Tranvías quemados, tiroteos y asaltos a las comisarías. / Viernes 10.- Nos quedamos los tres peregrinos en [la casa asuncionista de la calle] Chacabuco, por ser imposible volver a Belgrano en traje talar. Siguen los atropellos y la inseguridad a consecuencia del entierro de las víctimas [caídas entre los obreros] de la Casa Vasena. / Sábado 11.- P. Agapito y Hno. Hilario, vestidos de paisano, salimos muy de mañana para nuestra casa, dejando Chacabuco sin incidentes. / Domingo 12.- La gente aterrorizada no se atreve a asistir a Misa. En la tarde, el P. Román, muy imprudente, va a Flores a principiar el retiro de las Hermanas de San José de Lyon. Al atardecer no corren los tranvías. / Lunes 13.- Sigue el terrorismo maximalista. Muchos jóvenes se ofrecen para ayudar a la policía, vigilando los conventos y las Iglesias”.

1926: Noviciado de Santos Lugares

Un hecho altamente significativo y revelador de los propósitos que alimentaba el grupo de religiosos fundadores, lo constituye la creación del noviciado en Santos Lugares, el 21 de noviembre de 1926, aniversario de la muerte del Fundador, entrevistado como “prenda de perpetuidad” para la misión asuncionista, de acuerdo con el testimonio que brinda Blachère (37).

En efecto, no hay desarrollo posible sin reclutas que prosigan la empresa; y tanto en Buenos Aires como en Chile se habían perdido vocaciones que no se atrevieron a expatriarse y desprenderse de sus familias por unos años, que siempre son largos cuando se es joven y se va hacia lo desconocido. En la Asunción argentina de aquellos primeros tiempos, se pueden dar los nombres de tres jóvenes, mencionados alguna vez como “lo mejor de lo mejor”, que, con el tiempo, llegaron a contarse como acreditados sacerdotes del clero diocesano; pero a los cuales la Asunción no tuvo nada para ofrecerles en la Argentina, a fin de que pudieran concretar una posible vocación a la vida religiosa. (Me refiero al Pbro. Rodolfo Carboni, fundador de las Hermanas Auxiliares Parroquiales, y a los sacerdotes Edmundo Vanini, que se conservó siempre amigo de la Asunción y durante muchos años colaboró

en *Auras de Lourdes*, y Roberto Wilkinson, que fue, entre otras cosas, profesor en los Cursos de Cultura Católica. Carboni, Vanini y Wilkinson, antes de iniciar los estudios eclesiásticos, fueron Decuriones de las Fraternidades de las Hermanitas de la Asunción).

La lección parecía irrefutable y se imponía la creación del noviciado. Se prefirió hacerlo en Buenos Aires “porque su posición hacía más fáciles las comunicaciones con los Superiores Mayores de la Congregación, residentes en Burdeos y Roma”. Y, en Buenos Aires, se prefirió la casa de Santos Lugares, en vías de ser terminada pero ya con suficiente capacidad.

El Maestro de novicios, P. Estanislao Piton, comenzó con un italiano de 35 años de edad, que llevaba un año de postulante y aspiraba a ser hermano coadjutor. Un mes después ingresaba un calabrés radicado desde la infancia en la Argentina, postulante en Belgrano durante algunos meses. Con este último ingresaron también los dos primeros novicios de coro: Agustín Luchía-Puig y Gabriel Kearney. Llegaron después dos postulantes chilenos, el Hno. Miguel Campos, recordado por su humildad y su gran espíritu de servicio, y otro que luego se retiró. Mientras tanto, otro novicio de coro, Enrique Tiscornia, se anunciaba en el horizonte. El Hno. José Fornés, español, y el Hno. Norberto de la Torre pertenecieron también a este primer grupo de reclutas. Nueve novicios (7 de ellos vocaciones de la Argentina) en el espacio de un año, desde la inauguración hasta la fecha en que escribe Blachère, no parece poco; sobre todo si se piensa que, de los 7 de la Argentina, fueron 5 los que perseveraron, aunque uno de éstos haya pasado al clero de Buenos Aires muchos años más tarde.

Sin embargo, lo que aparecía como una promesa se interrumpió, al trasladarse el noviciado a Chile, donde la Congregación poseía más recursos humanos para dedicarlos a la formación de las nuevas generaciones asuncionistas de América del Sur. No obstante, uno podría preguntarse si esta decisión no hizo pagar un precio demasiado alto, donde esas vocaciones comenzaban a ser promesa alentadora.

Además de los que acabamos de mencionar, durante sus primeros años de peregrinaje, los religiosos, o uno u otro de ellos, tuvieron en Buenos Aires otros lugares de residencia. Según datos que no he podido confirmar pero que parecen seguros, el P. Serafín Protin se habría alojado por un corto tiempo en la residencia del doctor Martín Jacobé, en la calle Bolívar 645. En la calle Don Cristóbal 636, vivió el P. Román Heitman, según refiere él mismo en una carta, y allí se alojaron también por algún tiempo el P. Godofredo Pierson y el Hno. María Eustaquio Bach. Esta calle se encuentra en el barrio porteño de Floresta. Luchía-Puig trae, a propósito de ella, un sencillo pero impactante testimonio de lo que fue la pobreza de los primeros asuncionistas en la Argentina (38).

Sin embargo, fue con Santos Lugares, Lavalle y Belgrano que “la Asunción argentina se encontró constituida por tres casas canónicamente erigidas, conformando cada una un embrión de comunidad” (39). En 1927, estas tres comunidades estaban constituidas de la siguiente manera:

Lavalle: P. Serafín Protin, Superior y Vicario Provincial, P. Guénäel Le Viavant, P. Luis Folliard y P. Carmelo Pémoulié.

Belgrano: P. Antonio Silbermann, Superior y Párroco, P. Román Heitman, P. Francisco de Paula Blachère y P. Agapito Genevès.

Santos Lugares: P. Jorge Neusch, Superior y Párroco, P. Antonio Silbermann, P. Estanislao Piton, Maestro de novicios, P. Marcos Terraz, P. Antonio Berthou, Ecónomo, P. Godofredo Pierson, P. Miguel Ángel Gabory y Hno. María Eustaquio Bach.

En total, 15 religiosos profesos, sin contar a los novicios antes mencionados.

Los Fundadores

Como testigo de la época, el P. Francisco de Paula Blachère pudo escribir: “Todos los religiosos que desde el comienzo se han sucedido en la Argentina, han tenido su parte de abnegación y de sacrificio. Pero, si se reserva el nombre de fundador a aquellos a quienes se deben las obras esenciales, hay que darlo al P. Román [Heitman], al P. Antonio [Silbermann] y al P. Serafín [Protin], dejando al P. Román el mérito exclusivo de haber abierto la brecha por donde todos entraron” (40).

Aunque parezca interrumpir el hilo de nuestra historia, que mira al conjunto, el lector no dejará de apreciar en este lugar una breve semblanza de estos *fundadores*, por la significación que ellos tienen en el origen de la Asunción argentina.

P. Román Heitman

Había nacido en un suburbio pobre de la ciudad de Lila, el 26 de diciembre de 1869. “A los siete años -recordaba él mismo- perdí a mi madre; mi padre estaba parálítico; no teníamos parientes ni amigos ni recursos: éramos tres huérfanos en la calle. El camino por donde Dios me llevaba presentábase lúgubre, espantoso”.

La muerte temprana de la madre, la enfermedad del padre y la situación social de los obreros bajo la revolución industrial hicieron de él un chico débil y enfermizo. La falta de la madre y la fe protestante del padre contribuyeron, por otra parte, para que no pudiera recibir la mejor formación católica en esos primeros años de su vida. No obstante, el P. Román solía decir: “A mi padre no le debo la fe; pero sí el sentimiento del deber”.

De modo que, cuando recibió la ordenación sacerdotal, un sacerdote amigo pudo decirle: “Tu madre, flamenca de fe, te pasó su fe con su sangre; por eso, tú eres sacerdote católico, a pesar de que todo te preparaba para ser ministro protestante”.

Antes de cumplir los 11 años, en 1880, ingresó en el alumnado que los asuncionistas poseían en Pas-de-Calais. Allí recibió las primeras enseñanzas que lo conducirían a la vida religiosa y el sacerdocio; y, probablemente también allí, descubrió la felicidad, en la convivencia con sus compañeros y maestros. Él mismo parece querer expresarlo: “Formábamos una familia, y lo que constituía para nosotros una fiesta era la visita que los Padres más antiguos de la Congregación solían hacer al alumnado, especialmente el famoso Padre Laurent, que nos divertía con sus graciosas historias”.

Siguiendo los pasos normales del religioso en formación, ingresó al noviciado en 1885 e hizo sus primeros votos en 1886. Recibida la ordenación sacerdotal el 10 de agosto de 1894, en mayo de 1896 coronaba sus estudios en Roma, con el doctorado en teología. Los recuerdos que de él se conservaron suelen decir que no fue un alumno brillante; pero sí que era un estudiante organizado y metódico y, sobre todo, un hombre que se hacía notar por la bondad de su carácter. En él no habían caído en vano las palabras del Fundador de la Congregación: “No olviden nunca que, para ser sacerdotes de verdad, es preciso ser hombres de fe, amantes del deber y del sacrificio” (41).

Terminados sus estudios, el P. Román Heitman pasó por varios destinos, especialmente como profesor de alumnados (Le Breuil, Miribel, Taintegnies) y el noviciado de Livry, donde fue Vicemaestro de novicios. Luego se exilió a Holanda, a donde llegó conduciendo un grupo de novicios y postulantes que debieron tomar el camino del destierro cuando el gobierno de Waldeck-Rousseau, molesto por la influencia del diario *La Croix* en la opinión pública, declaró extinguida la Congregación en Francia (42).

Poco después, el 25 de diciembre de 1900, un día antes de cumplir 31 años, se embarcó rumbo a Chile con el P. José Maubon.

Después de 10 años de intenso apostolado en Chile, cuando se encontraba en la comunidad de Los Andes, recibió del mismo P. Maubon la misión más importante que le confiriera la Congregación: Establecer la Asunción en la República Argentina.

Ya nos hemos referido a su llegada a Buenos Aires, y hemos descrito muchos de sus pasos y emprendimientos en la ciudad que tan mal lo recibió, pero con la cual llegó a encariñarse lo mismo que un hijo. El P. Agustín Luchía-Puig, hijo espiritual y biógrafo del P. Román, ha dejado trazados los rasgos de su personalidad y ha destacado de manera adecuada la obra apostólica de este asuncionista, en la biografía que le dedicara.

A la fundación de la Parroquia Nuestra Señora de las Mercedes habría que agregar, en el Bajo Belgrano, las obras orientadas a la formación de la juventud, y especialmente de aquellos jóvenes que muchas veces las condiciones sociales habían relegado. De esto nos ocuparemos en otro capítulo; pero no queremos omitir ahora la colaboración que supo suscitar de parte de tantos laicos que trabajaron a su lado, como maestros o profesores, como catequistas, como colaboradores que sabían poner de sus propios haberes o pedir a otros los fondos necesarios para sostener estas obras.

Al terminar este resumido párrafo dedicado a la vida y la obra del P. Román Heitman, no podemos olvidar estas palabras suyas, recogidas por el P. Luchía-Puig. “No sabemos estimar suficientemente todo lo que hemos recibido de nuestra familia religiosa, del espíritu de sus fundadores. Insensiblemente obramos *como asuncionistas* y nuestras obras son estimadas, son grandes, si se quiere, porque es el gran espíritu del P. d’Alzon quien las anima” (43). El P. Román, con toda seguridad, ignoraba que con este juicio, que él aplicaba a otros religiosos, estaba hablando de sí mismo.



P. Serafín PROTIN (1876-1946)
influye poderosamente sobre la sociedad de su tiempo

P. Serafín Protin

Aparece como el formador diligente y perseverante, a la vez que atento y profundo, del hombre y de la mujer cristianos; ese hombre interior, de inteligencia despierta y de acción generosa; hombre de Iglesia, iluminado siempre por la fe y destinado a influir poderosamente sobre la sociedad de su tiempo. Donde actúa, el P. Serafín se distingue por su personalidad gravitante; “conocerlo significaba casi siempre contraer con él una deuda de gratitud”, escribía en una sencilla nota evocativa, con ocasión de su muerte, Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz.

Nacido en 1876, había llegado a Buenos Aires cuando tenía 37 años de edad. La misma señora de Sáenz recuerda a la juventud de aquellos tiempos, afectada por las repercusiones de la Primera Guerra Mundial, “desorientada entre un brote prolífero de ideologías extrañas, nacidas en medio del fragor de la conflagración y de la ignorancia religiosa, con ribetes de nacionalismo trasnochado, que imperaba en nuestra sociedad laica”; pero “anhelosa de catolicismo integral y llena de inquietudes intelectuales, que buscaba ávidamente su camino y, para seguir su camino, al guía”. En esos momentos, “vino a ser el guía insuperable, el maestro excelente y el eficacísimo director de almas, este P. Serafín, del gesto humilde y de la sencilla elocuencia.

“Nuestra inquietud adolescente iba a encontrar su cauce en las obras -la Obra Noelista, principalmente- que él creó; nuestro afán de apostolado (que en algunas llegó a sublimarse en la vocación religiosa) halló en su consejo sano y prudente la ayuda para poder ejercitarse; nuestros incipientes afanes intelectuales fueron dirigidos por él con indulgente ternura paternal, y ¿qué decir de la obra por excelencia, aquella que llevó a cabo en la intimidad del confesionario, modelando almas, aguzando conciencias, dando a la vida una razón de ser que no han podido borrar las tristezas ni debilitar los desengaños” (44). El P. Francisco de Paula Blachère lo define como “uno de los directores de conciencia más acreditados de Buenos Aires de los años 20” (45).

Desde el primer momento se dedicó a impulsar la presencia de la Congregación en el país y fue capellán de las Hermanitas de la Asunción de la calle Carlos Calvo. Por otra parte, los Cursos de Cultura Católica, donde enseñó historia de la Iglesia entre 1922 y 1924 y dictó un seminario sobre San Pablo entre 1925 y 1928, lo contaron entre sus primeros profesores, y el grupo que en 1928 lanzara la revista *Criterio* conoció y apreció sus dotes de maestro y su temple sacerdotal (46). Pero sería interesante profundizar más en el papel que desempeñó en la formación de laicos. Su residencia de la calle Chacabuco al 462, como más tarde la de Lavalle al 1664, fue centro de atracción para numerosos jóvenes que buscaban orientación vocacional.

Llegado a Buenos Aires con el religioso holandés Hno. Miguel Kleverlaan, desembarcó del vapor *France* el 11 de noviembre de 1913; en el puerto lo esperaba el P. Román Heitman, con quien se instaló en la calle Chacabuco.

De abril hasta agosto de 1914 lo pasa en Santos Lugares con el P. Godofredo Pierson y el Hno. Miguel Kleverlaan, para volver luego a la calle Chacabuco y estar más cerca de las Hermanitas de la calle Carlos Calvo. Pero el 28 de noviembre tiene que dejar la calle Chacabuco para trasladarse a Bolívar 645, pues el doctor Martín Jacobé necesita su propiedad de Chacabuco; pero allí vivió muy poco tiempo, ya que el 12 de marzo de 1915 vuelve a instalarse en esta última. Como el Maestro de Galilea, los primeros asuncionistas de la Argentina no tenían un lugar fijo donde reclinar sus cuerpos fatigados.

Durante su permanencia en la Argentina, el P. Serafín Protin fue Vicario del Superior provincial, y el 22 de diciembre de 1925 celebró las bodas de plata de ordenación sacerdotal en la cripta de Lourdes, aún sin techar, con la asistencia del P. Gervasio Quenard, que era el Superior general de la Congregación. En 1932 fue llamado a Francia para ser Provincial de Burdeos; al terminar allí su mandato, sus condiciones intelectuales y sus cualidades de sacerdote y religioso hicieron que se lo designara director de la Casa de la Buena Prensa. El 28 de julio de 1946, falleció aquejado por

una enfermedad que había minado esas dotes por las cuales fue estimado dentro y fuera de la Congregación.

P. Antonio Silbermann

Era un alsaciano fornido -lo mismo de cuerpo que de espíritu- al que sólo una cruel enfermedad pudo vencer a los 75 años. Tesonero y perseverante, sus decisiones sabía llevarlas siempre hasta el final; pero estas cualidades no podían ocultar en él al hombre de fe grande, de sentimientos delicados y de una bondad que parecía contrastar con su físico vigoroso.

Nacido en Cernay, el 23 de julio de 1858, la Providencia divina, que lo destinaba a ser en nuestro país el iniciador de las obras del Santuario de Lourdes, quiso que viera la luz poco después de las apariciones de la Santísima Virgen a Bernardita. Pero uno diría también que, al menos algunos de los destinados a ser el fundamento de la Asunción argentina, debían conocer el sufrimiento ya desde su misma infancia. En efecto, cuando tenía dos años perdió a su padre, mientras que su madre murió cuando él contaba sólo seis años.

A los 16 años, en noviembre de 1874, ingresó como alumno del seminario de su diócesis; pero dos años después lo abandonaba, enamorado de la vida religiosa con su ideal de una caridad más exigente, para proseguir los estudios entre los asuncionistas. En París hizo la profesión perpetua de los votos religiosos el 10 de diciembre de 1880, y cantó su primera Misa el 25 de diciembre de 1882, para iniciar luego -como él solía decirlo graciosamente- una vida de “judío errante”, ya que sus 51 años de ministerio sacerdotal transcurrieron en Francia, Bulgaria, Turquía, América del Norte, Chile y la Argentina.

A la Argentina llegó el 10 de marzo de 1914, y el 8 de agosto del mismo año se instaló en Santos Lugares. En sus 19 años de apostolado entre nosotros, le cupo prodigar su enorme energía en medio de los sacrifi-

cios que imponía la pobreza de los primeros tiempos y ser el hombre señalado para iniciar los trabajos de la Gruta y del Santuario -como ya hemos dicho más arriba-. Pero, en Lourdes no sólo fue constructor, sino también el Párroco celoso y abnegado; lo mismo que en Belgrano, donde fue Párroco durante seis años.

El P. Godofredo Pierson, en un homenaje póstumo, escribía que su resistencia física y su temperamento de robusto alsaciano favorecieron admirablemente su fecunda labor apostólica. Pero, ya gravemente enfermo, “su voluntad férrea se resistía a aceptar los cuidados que se le aconsejaban, pues no se avenía a permitirse legítimas excepciones para sí mismo, cuando se trataba de la Regla y de la observancia religiosa [...] Como el Divino Maestro, tenía que subir al Calvario y terminar allí su vida llena, de sacerdote y religioso.

“Enérgico y fuerte en medio de las vicisitudes de la vida, [...] lo fue también en presencia de la muerte [...] El martes de Semana Santa recibía el Santo Viático con una devoción y entereza admirables, renovando en presencia de sus hermanos en religión, los votos de su profesión y ofreciendo el sacrificio de su vida, sin vacilar ni turbarse, por las intenciones que puede tener un hombre que se ha dado enteramente a Dios.

“Las privilegiadas personas que pudieron acercarse a su lecho de enfermo no olvidarán nunca el total desprendimiento que revelaban sus palabras. Espontáneamente y él el primero, les hablaba de la otra vida con una tranquilidad sorprendente. Es cierto que algunas veces el buen Padre, al ver que a pesar de tratarse de un caso perdido, se prolongaba semanas y meses, estuvo a punto de creer que Nuestra Señora de Lourdes haría un gran milagro en su favor. Sin embargo, resistía valientemente a las sugerencias de la naturaleza y procuraba mantener su espíritu lealmente frente a la eternidad.

“Sobre su velador de enfermo se veían su cruz de profesión, el largo rosario de quince decenas que solía usar y la oración especial que rezan los enfermos del Apostolado de los Enfermos”.

Un sacerdote que murió dejando fama, también él, de pastor ejemplar, el Pbro. Agustín B. Elizalde, fundador de la Parroquia Santa Juana de Arco, en Ciudadela, pudo decir, a la muerte del P. Silbermann, llamándolo “padre y amigo”, que al construir el Santuario de Lourdes, éste “fue el alma de esas piedras, el que las hacía vivir y hablar... pero fue, por sobre todas las cosas, el hijo amantísimo de Nuestra Señora”. Y refiriéndose al trato que tenían entre sí ambos sacerdotes, agregaba: “Cien veces me alentó con sus consejos de padre bondadoso, repitiéndome siempre que el abandonarse en un todo a la Divina Providencia era la única forma de hacer grandes obras”. Por eso mismo, según atestigua el Pbro. Elizalde, cuando éste le hizo su última visita, acompañado por otras dos personas, el P. Silbermann les dijo a éstos, a modo de despedida: “Háganlo todo por Dios. Créanme, cuando uno está por morir ve que lo único que sirve es lo que ha hecho por Dios” (47).

En una carta del 18 de febrero de 1925, dirigida a una de sus hijas espirituales, el P. Antonio Silbermann expresaba: “En su carta me ha gustado sobre todo una frase: ‘En este momento Dios me ha dado la gracia de poder aceptar sin condiciones su santa voluntad’. Agradezca mucho al buen Dios esta gracia y pídale que haga crecer esta gracia a medida que crece su cruz. Sería necesario que llegáramos a saborear la cruz, e incluso a pedirle a Dios que no nos prive de ella. ¡Cuándo tendremos suficiente fuerza para esto! Los santos pedían esta gracia. Las únicas alegrías verdaderamente puras que tenían sobre la tierra eran las que gustaban en los inefables abrazos de la Cruz; en ésta encontraban el descanso de sus almas y la fuente de sus verdaderas consolaciones. Esto resulta así, sólo al precio de una muerte total a nosotros mismos, es así como vivimos totalmente en Dios y de Dios. Un padre dominico, el P. Besson, decía: ‘La vida cristiana tiene por condición indispensable el sacrificio, y no se llega a su plenitud más que por una perfecta inmolación. Los que lo entienden de otra manera se equivocan y el fruto de su error no puede ser otro que una amarga decepción; es sobre todo con el corazón que esta verdad puede ser comprendida, ya que sólo el amor la hace fecunda. Hay que amar la cruz para comprender todo el bien que ésta encierra; por más espantosa que sea a los ojos de la naturaleza, ella se

transfigura divinamente entre los brazos de aquel que la abraza con amor. Pidamos, pues, insistentemente a N. S. Jesucristo un amor cada vez más grande de su Cruz y de la nuestra. Para esto, no las separemos jamás en nuestro corazón. El amor infinito, que él tuvo por nuestras almas, fue lo que lo condenó a sufrir los tormentos de la Pasión y es también el amor que debe hacernos aceptar nuestras penas como el medio de llegar a una más perfecta unión con él'. Hija mía, he aquí unos hermosos pensamientos” (48).

El P. Pierson recuerda que, en la víspera de su muerte, alguien le preguntó “a dónde deseaba ir a celebrar la canonización de Bernardita. *Arriba*, contestó en seguida, con muestras de ardientes deseos”. Y “la confidente de María cumplió el deseo de quien, como ella, levantó un soberbio templo en honor de la Inmaculada [...] Ahora los restos del P. Antonio descansan al lado de la soberbia iglesia que su tierno amor a María Santísima le inspiró empezar [...] Así, pues, quedará el buen Padre siempre en medio de los suyos”, junto a los restos mortales de otro de los fundadores de la Asunción argentina, el P. Román Heitman, con quien compartiera tantos afanes para que el Reino de Dios se extendiera entre los hombres.

Espíritu de los primeros tiempos

Las cosas que venimos relatando en estas páginas tienen una explicación que debe buscarse en lo que hace Dios, pero también en el espíritu que animaba a los iniciadores. A todos éstos, diré; aunque inevitablemente uno deba hacer referencia a algunos de ellos más que a otros.

La Asunción llegó a América del Sur, donde la primera evangelización y la catequesis de los misioneros han dejado establecida tan hondamente la devoción a María. El encuentro de Mons. Mariano Casanova, Arzobispo de Santiago de Chile, con el P. Francisco Picard, en Lourdes, con ocasión de la Peregrinación Nacional francesa de 1890, señala el inicio de la presencia asuncionista en Chile e influye indirectamente en la implantación de la Congregación en la Argentina.

La existencia de la misma Gruta de Lourdes de Santos Lugares y, con ésta, quizá, la de la Asunción argentina, se debe a un hecho ligado a lo que sus protagonistas pudieron interpretar como intervención milagrosa de la Virgen de Lourdes: La salud recuperada por el P. Rafael Doassans. Luego vendría la construcción del templo; la creación de *Auras de Lourdes*, transformada en órgano marial de la Gruta de Santos Lugares; la respuesta confiada y fervorosa del pueblo cristiano; el prodigioso despliegue de actividades que fueron creciendo en torno a la Gruta; la Sociedad de Peregrinos a Pie al Santuario Nuestra Señora de Luján (de la cual los asuncionistas fueron asesores, desde unos años después de fundada la misma hasta finales de los años 60); etc.

Al referirnos al espíritu que animaba la fundación, debemos mencionar en primer lugar la fe. Ésta es la convicción que nos queda cuando observamos los objetivos que persiguen, los medios que emplean, la decisión

que los pone en movimiento, la interpretación que hacen de ciertos acontecimientos. En efecto, los hechos mencionados precedentemente, junto con el voto de construir la Gruta de Santos Lugares y el de levantar la escuela de Belgrano, constituyen, por sobre todo, actos de fe.

Una anécdota puede servir de ejemplo. El P. Antonio Silbermann se entrevista un día con Mons. Francisco Alberti, que ha sucedido en el Obispado de La Plata al fallecido Mons. Juan N. Terrero, y le muestra el plano de la futura iglesia:

-¡Qué hermoso! -exclama el Obispo-. ¿Cuánto le va a costar este trabajo?

-De uno a dos millones.

-Y ¿cuánto tiene ahora?

-Cincuenta mil pesos.

El Obispo se echa a reír y dice al Padre:

-Padrecito... ¡Cincuenta mil pesos!

-Me equivoco, Monseñor; son cincuenta y un mil. Esta misma mañana recibí mil pesos de una señora que me los dio en cumplimiento de una promesa que había hecho a Nuestra Señora de Lourdes por una curación. Ud. lo ve, la Providencia está con nosotros.

-Si es así, consiento. Someta el plano al arquitecto diocesano y, sobre todo, no contraiga deudas (49).

La confianza la tenían puesta en Dios y en los medios de los cuales sólo Él sabe servirse. Por eso no nos sorprende, como otro rasgo característico, la pobreza de aquellos tiempos iniciales. El P. Román Heitman, al lanzarse a la aventura de la fundación en Buenos Aires, dispone para ello de \$ 17,50 m/n; pero en Santos Lugares, la primera casa de la comunidad será un rancho, como las de los más pobres, inservible en verano lo mismo que en invierno. Hubo días, según me lo relatara el P. Antonio Berthou, testigo de la época, en los que hubieran pasado prácticamente sin comer, de no ser por la caridad de cristianos como la señora Cristina Duguetti de Bertone (madre de Constantino Bertone, el herrero que construyó las arañas que penden en la cripta), vecina que les hacía llegar algún plato preparado

humildemente. “Fue un martirio que duró más de diez años, y el hecho de haber podido resistir es casi un milagro que constituye la prueba evidente de la protección de la Santísima Virgen”, refiere el P. Blachère (50). Y también en Belgrano, a pesar de la falta de dinero, el colegio primario Manuel d’Alzon será creado por la Congregación como escuela gratuita para los niños pobres del barrio.

La pobreza de los bienaventurados de Jesús era la gran arma de la que disponían aquellos religiosos, la única forma de ganar para Cristo la ciudad sedienta de lucro y de placer; pero la audacia, también.

Buenos Aires debía ser conquistada, aunque para esto fuera preciso pagar un alto precio. Había que “buscar a la clase dirigente allí donde se encontrara, adueñarse de las arterias por donde el pensamiento pudiera circular por el país”, escribe el P. Blachère, sirviéndose de una imagen que expresa a la vez la claridad del propósito y la firmeza de la decisión (51). Cuando se trató de levantar la Gruta y construir el templo de Santos Lugares, de dar impulso a las peregrinaciones y organizar la Parroquia, el P. Antonio Silbermann soportó todas las dificultades y hasta manifestaciones hostiles, “no con la fatalidad del turco que dice: ‘Está escrito’, sino con la tenacidad del alsaciano que tiene un objetivo que alcanzar, y con el espíritu sobrenatural de un religioso que tiene en nada el sufrimiento cuando se trata de realizar el bien” (52). Sin esta osadía que el P. Manuel d’Alzon proponía a sus religiosos como nota distintiva de la Asunción, la Congregación no hubiera sido capaz de echar raíces en el país. Así lo habían entendido aquellos pioneros, un puñado de hombres de fe, que pretendían responder al gran desafío: *Hacerse dueños de los medios por donde circulan las ideas capaces de movilizar al país para Cristo*. Al llegar a la capital argentina, el P. Román Heitman encontró en ciertos ambientes una recepción que le hizo decir: “Cuando llegué a Buenos Aires, estuve a punto de tomar el tren de vuelta a Chile” (53), el P. Luchía-Puig recuerda que, “en medio de las crecientes dificultades de todo orden, la Superiora de las Hermanitas de la Asunción se atreve un día a sugerirle:

-¿Y si se volviera a Chile, Padre?...

A lo que él responde:

-No. Aquí estoy y aquí me quedo” (54).

Entre los iniciadores de la Asunción argentina, hubo personalidades dotadas con una gama de cualidades que les conferían peso propio; pero que a veces daban lugar también al individualismo. A pesar de ello, por datos conservados en la memoria de algunos informantes, hemos podido saber que, en 1915, los Padres Protin, Heitman, Silbermann y Pinto (chileno de nacionalidad, éste último, fue el primer asuncionista latinoamericano y trabajó varios años en la Argentina, a donde llegó el 13 de abril de 1915, destinado a Belgrano y que estuvo también en Santos Lugares) se reunían todos los viernes en Belgrano, trasladándose unos desde la calle Chacabuco y otros desde Santos Lugares. Estas reuniones, que ignoramos hasta cuándo se prolongaron, comportaban un verdadero encuentro comunitario de oración y de trabajo. En ellas se realizaba lo que las Constituciones de entonces llamaban el Capítulo de Culpas, una suerte de liturgia penitencial comunitaria en la que cada uno pedía perdón, delante de los demás religiosos, por las transgresiones a la Regla. Pero, además, estudiaban algún “caso de conciencia”, lo que les ayudaba a mantener actualizados sus conocimientos de moral práctica, y planificaban la revista *Auras de Lourdes*. El encuentro, donde tampoco faltaba el rezo de alguna Hora Menor del Oficio Divino, servía para profundizar el diálogo, confraternizar y templar el espíritu.

Es cierto que la tríada a la que el P. Blachère llama “los fundadores”, estaba formada por hombres poco comunes, y que el P. Serafín, en su condición de Superior de la Misión, ejercía sobre ésta una influencia que dejaba su marca sobre el conjunto. Pero es cierto igualmente que la vida comunitaria no fue siempre fácil, especialmente en algunos períodos, y que hubo tareas realizadas más o menos individualmente. El mismo celo con que a veces se emprenden las buenas causas suele inventar Apolos, Cefas o Pablos a los que no faltarán admiradores. De todos modos, uno podría recordar que en Rusia existe un dicho según el cual, para que una ciudad perdure debe haber tres santos que la sostengan. La Asunción argentina, que ha alcanzado los 90 años, tiene sus tres “santos”, que le sirvieron de buen apoyo para levantarse.

La obra de la educación⁽⁵⁵⁾

“El Manuel d’Alzon”

Junto con la Iglesia Nuestra Señora de las Mercedes, “en 1915 pasó a poder nuestro” el asilo comprado con fondos aportados por la señora de Anchorena, escribe el P. Blachère.

En el terreno que ocupaba el Asilo San José, los religiosos decidieron construir una escuela que, teniendo en cuenta la extrema pobreza del barrio, pensaban que tendría que ser gratuita. Sin embargo, faltos de recursos como estaban ellos mismos, no se sentían en condiciones de desechar la idea de hacerla arancelada. ¿Cómo hacer para no dejar a estos pobres niños sin la educación indispensable? Como hombres de fe, la respuesta fueron a pedírsela a la Madre de Jesús, y prometieron “comenzar inmediatamente la Gruta de Lourdes, si antes del 24 de septiembre la Virgen nos enviaba una suma suficiente para abrir la escuela”. El P. Silbermann propuso que la promesa respecto de la gratuidad de la escuela llevara también, con la de comenzar los trabajos de la Gruta, la de levantar una residencia definitiva en Santos Lugares. “Se redactó la promesa, la firmaron todos los religiosos y se la colocó a los pies de la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. El 12 de septiembre, el P. Román recibía un legado de cinco mil pesos y el 14 se enteraba que el Jockey Club, a instancias de la señora [Magdalena Cantillo] de Bulrich, se disponía a votar una subvención mensual de doscientos pesos a favor de la escuela”; aunque después, “en realidad, solamente dio cien”.

La escuela fue fundada en 1916 por el P. Román Heitman, quien pensaba -igual que toda la comunidad- que en el Bajo Belgrano se necesitaba un establecimiento “donde se pudiera nutrir la mente y el alma de los

niños con el saber y el conocimiento de las verdades divinas”. En testimonio de fidelidad al Fundador de la Congregación, se llamaría Colegio Manuel d’Alzon; comenzó a funcionar el 8 de marzo de 1916 con 197 alumnos y desarrolló sus primeras actividades bajo la dirección del señor Miguel Vilar, al que sucedió en 1919 la señora Nicolina U. de Cafforio, con “un grupo de maestras entusiastas que realizaron con verdadero fervor una tarea llena de sacrificios, pero con excelentes resultados”. La sucedió Margarita Piazza, que antes había sido maestra jardinera y de grado, y que después de jubilarse siguió colaborando *ad honorem* como administradora de la escuela.

El 21 de junio de 1938, se bendijeron las nuevas aulas que la señora Florinda M. de Cardinali hizo levantar sobre la calle Juramento, para responder más adecuadamente a las necesidades que la expansión del colegio planteaba a maestras y alumnos.

“El San Román”

La obra educativa asuncionista emprendida en Belgrano no terminó en la escuela. En abril de 1928, “se creó la Academia San Martín, que inició sus actividades con unos cursos dedicados especialmente a los numerosos vareadores del barrio [cercano al hipódromo], a los que se les impartía instrucción elemental de aritmética, lenguaje, historia, matemáticas”; su primera directora y alma máter de los tiempos iniciales fue la señorita Rosa Méndez Anzola, una ex alumna de la Academia Santa Teresita, de nacionalidad uruguaya, que unía en su corazón generoso la doble y grande vocación de educadora y de apóstol.

En efecto, en los primeros años de la Parroquia de las Mercedes, el P. Francisco de Paula Blachère había dado impulso a la Academia San Martín, una escuela nocturna para adultos, cuyo objetivo era el de acercar a estas personas a la Iglesia y ofrecerles esa educación que las circunstancias de la vida les habían negado. Los alumnos, en su mayoría peones de las caballe-

rizas vecinas, muchas veces se peleaban entre ellos, hasta el punto de tener que darse intervención a la policía. Sin embargo, gracias a la obra educativa y de cristianización del ambiente, las cosas fueron cambiando, se pudo quitar de la oficina de la dirección el letrerito que decía “sea educado, sáquese el sombrero”, los más reacios aprendían a rezar y perdían el respeto humano si entraban a la iglesia.

La escuela era gratuita pero contaba con el apoyo de personas e instituciones que le ayudaban a sostenerse. Por otra parte, una vez terminadas las clases del día, los mismos alumnos hacían la limpieza de las aulas. Entre los colaboradores de aquellos años, jóvenes de 15 a 17 años, se encontraban algunos que más tarde se distinguieron en el desempeño de sus profesiones (56).

A los pocos años comenzaron a funcionar cursos de inglés, contabilidad, álgebra, dactilografía, taquigrafía, etc., que en 1955 dieron origen a la Academia Comercial San Román, siendo Párroco el P. Gabriel Kearney.

A la señorita Méndez Anzola la acompañaron o siguieron -según los casos- otros destacados educadores, como el señor Avelino Río, el señor Tristán Baena, el doctor Alberto Perdomo, los profesores César Cagliolo, Luis Colombo, Amador Ulloa y muchos otros que sería justo mencionar en la historia de los primeros tiempos. Mucho del personal docente, que se evoca en esta historia mencionando al menos algunos nombres, trabajó no pocas veces *ad honorem*, porque, si bien conocía la pobreza de sus alumnos y de los religiosos mismos, comprendía sobre todo la trascendencia que tiene la educación en general y la educación cristiana en especial, para la formación del hombre de bien y del cristiano.

El crecimiento del colegio planteó, en 1958, al crearse la sección del bachillerato, el problema de la falta de aulas en cantidad suficiente y de un gabinete de ciencias. Fue en estas circunstancias que el doctor César Ambrosio Tognoni resolvió hacer donación, por medio de la Fundación Tog-

noni, de cinco aulas, del gabinete de ciencias y, además, de los baños y vestuarios para los alumnos.

El Instituto San Román puede enorgullecerse de haber podido contar con el generoso aporte de muchas personas -entre las cuales es justo señalar a muchos padres de alumnos- para el mejoramiento permanente de sus instalaciones. Entre éstas se cuenta el gimnasio que permite hoy desarrollar en condiciones apropiadas la educación física curricular y la práctica de los deportes. Junto al lago Moreno, en Colonia Suiza, cerca de Bariloche, dispone además de la cabaña *Amulén* (“Adelante”, en lengua mapuche), donde se realizan campamentos educativos al contacto con la privilegiada naturaleza del lugar y los alumnos pueden compartir sus alegrías juveniles mientras estrechan la amistad nacida en los días de clase. Actividades que son como la continuación de las que se iniciaron con el Club San Román, que desde el 9 de agosto de 1932 reunía a alumnos y exalumnos deseosos de practicar deportes en un ambiente sano.

En Belgrano, además, al reseñar la obra de educación asuncionista, no se puede olvidar (aun si ésta no pertenece a la órbita asuncionista) la Academia Santa Teresita, de las Hijas de Santa Ana. Fundada el 15 de agosto de 1924 con la colaboración del P. Román, que hizo de ella una de sus obras predilectas, la Academia vio crecer a su lado el Instituto Santa Ana.

Importancia de la fundación

1. *¿Qué vinieron a hacer los asuncionistas al país?* Es la primera pregunta que uno debe formularse, si quiere comprender la obra emprendida, con sus aciertos y también con los fracasos de toda realización humana.

En primer lugar, tendremos que responder que vinieron para quedarse. Y esto hay que decirlo porque de otro modo no sería posible explicar ciertas cosas; como el empeño para encontrar unos campos de acción que tuvieran significación propia dentro de la obra de conjunto de la Iglesia; el enorme sacrificio humano, en privaciones, pobreza, perseverancia frente a reticencias y desconfianzas; todo tipo de exigencias impuestas a unos hombres que se movían sólo por motivos de fe. Y vinieron a quedarse, agreguemos, a pesar de la sospecha de que el camino de Buenos Aires acercaba a Europa (57).

En segundo lugar, hay que decir que vinieron para establecer las obras características del apostolado asuncionista: La extensión del reinado de Dios en estas tierras, vistas como parte del Reino universal de Nuestro Señor; la evangelización, el cuidado de los más pobres, la educación popular, la preocupación por llevar la presencia de la Iglesia a todos los ambientes. Es lo que explica ciertas opciones y, también, el envío de un personal religioso calificado. El P. Román Heitman es más que claro sobre este punto, como hemos visto en el capítulo 2.

De este modo, iría surgiendo un conjunto de obras muy variadas; de un dinamismo sorprendente, pero que no olvidaban el gran objetivo: Que la sociedad alejada de Cristo volviera a Él; que las “ideas asuncionistas” - dicho esto casi con una pizca de presunción, si no hubieran sido hombres

de profunda fe- pudieran penetrar en la sociedad argentina con la intención de ganarla para Jesucristo.

2. *Formar la clase “dirigente”* para que ésta ejerciera influencia sobre las otras y contribuyera a la elevación moral de la sociedad, por una interacción mutua, fue una idea generalizada en el siglo XIX, que los asuncionistas trataron de realizar también en otros lugares, como se puede comprobar en la historia del Colegio San Agustín de Plovdiv (Bulgaria), de Alain Fleury (58). Pero notemos, sin embargo, que en el periódico *L'Ère Nouvelle*, de marzo de 1848, cuando la Congregación se hallaba en proceso de fundación, el gran apóstol laico que fue el Beato Federico Ozanam ya escribía: “Es una mala alianza la de la Iglesia con la burguesía; es mejor apoyarse en el pueblo, verdadero aliado de la Iglesia, pobre como ella, menesteroso como ella, bendecido como ella por el Señor”.

Hoy, las citadas palabras de Ozanam pueden aparecer como un juicio severo sobre las opciones de aquella época, de ir primero a la clase “dirigente” para orientarse después a los obreros. En el caso argentino, por otra parte, se sabe que el patriciado y la alta burguesía conservadora se hallaban al final de una etapa y esto significó el ocaso de su poder y de la influencia que habían detentado a partir de la Organización Nacional.

Además, debe tenerse presente que “el panorama cultural del catolicismo, desde los años iniciales del siglo XX en adelante, no era, ciertamente, alentador. Las cátedras universitarias, desde muchos años antes, habían sido ocupadas por intelectuales que pertenecían a la promoción liberal, de modo que la cultura, elaborada casi exclusivamente en las aulas superiores, carecía de toda influencia cristiana, siendo patrimonio del naturalismo y el cientificismo. Un proceso semejante ocurrió, por lógica consecuencia, en los restantes centros de influencia cultural, como los periódicos, revistas, cenáculos literarios, editoriales” (59). Lo cual explica cierta postura crítica, a la hora de juzgar este orden de prioridades, sin desmerecer por eso el esfuerzo realizado para potenciar cristianamente a los medios sociales in-

fluyentes, ni desconocer valores o méritos de las personas que integraban una u otra de las clases sociales en cuestión.

3. Ya me he referido al noviciado de Santos Lugares; pero voy a agregar algo que guarda alguna relación con este proyecto de reclutamiento vocacional y formación.

Sobre el Fondo de la Legua (avenida Mitre) y la calle Paraná, en Munro, la Congregación disponía, gracias a la generosidad de una amiga de la Asunción y militante del Movimiento Noelista, -Josefina Nougier-, de un amplio terreno en el cual *se había tenido la idea de levantar un “centro asuncionista”*, algo así como la “casa madre” de las obras de la Congregación en el país: casa de formación de los futuros religiosos y lugar, al mismo tiempo, que centralizara el apostolado laical asuncionista. Centro de estudios superiores y de espiritualidad que fue idea acariciada por el P. Protin y apoyada por las noelistas -me confiaba el P. Enrique Tiscornia-, pero que quedó como un sueño no concretado, después del regreso del P. Serafín a Francia.

4. Al establecerse en la Argentina, los primeros religiosos lo hicieron convencidos de que la Asunción llegaba con una propuesta adecuada a las necesidades de la Iglesia y de nuestra sociedad de entonces. En consecuencia, si bien la acción que emprendieron se desarrollará con miras muy amplias, lo hará a partir de algunos centros de interés privilegiados. A pesar de ello, y sin que esto afectara el trabajo que se realizaba, *en la Asunción argentina de los primeros tiempos se afirman dos líneas complementarias.*

El P. Serafín Protin era el impulsor de una línea que buscaba penetrar los medios culturales por donde pasaba el pensamiento y se proyectaba en una acción con capacidad para movilizar los sectores influyentes del país. La otra línea era la que cultivaba especialmente el P. Román Heitman, preocupado por una acción que acentuaba preferentemente la formación de las personas consideradas individualmente, allí donde éstas se hallaban; sin

proyectarse tanto en vistas de una expansión más abarcadora sobre el conjunto de la sociedad.

Por otra parte, las parroquias mismas, cuya dirección aceptaron, eran consideradas, antes que como un reducto de servicios religiosos -por valiosos que a éstos los consideraran-, como un foco de irradiación más vasta, una verdadera base de operaciones desde donde lanzarse a otras conquistas. Si les faltaban recursos, tenían audacia; si carecían de personal suficiente, escogían para la misión a los mejor preparados.

5. Siguiendo la tradición del P. d'Alzon, desde el primer momento *la Asunción argentina asocia a los laicos a su misión apostólica*, contribuyendo a valorar la capacidad de éstos, su celo por la causa del Reino de Dios, su amor a la Iglesia y la generosidad evidenciada por ellos en el servicio de la misma, y acompañándolos en el crecimiento de su amor a la verdad de Jesucristo.

Muchos años después (1989), en una reunión con antiguos feligreses de Belgrano, pude escuchar cómo éstos se referían, no sin cierta emoción, a lo que significó para muchos de ellos su encuentro con la Asunción y el trabajo que junto a ella pudieron realizar por la extensión del Reino de Dios. Como una síntesis de aquellos tiempos, mencionaban: La solidez de la formación recibida; el sentido de comunidad aprendido del espíritu de familia característico de la espiritualidad asuncionista; el dinamismo del apostolado al cual se vieron convocados y el protagonismo que se les permitió asumir en él, y en el cual se sintieron valorados. Pero hay otra cosa que llama igualmente la atención, en una época algo posterior al período inicial, que ciertamente hunde sus raíces en los primeros tiempos, pero que fue creciendo al impulso de los religiosos que vinieron después. Me refiero al número y las condiciones relevantes de laicos relacionados con la Congregación y formados bajo su influencia, que ocuparon lugares destacados en los diversos movimientos de Iglesia, en su actuación en el orden civil, político y profesional, lo mismo que en las aulas de institutos educacionales propios o ajenos.

6. Es en estas líneas donde deben buscarse las notas de toda una acción apostólica. Muchas personas fueron las que comprendieron la importancia de tal apostolado y lo acompañaron. Más de un laico argentino, que en Francia había conocido la obra de la Asunción, pudo hacer comprender al Superior general, el P. Manuel Bailly, el lugar que la Congregación podía tener en Buenos Aires. Y otros, que conocieron la Congregación aquí, hicieron lo mismo. Sin el apoyo de estos laicos y de algunos eclesiásticos que participaban del mismo espíritu, hubiera sido más difícil que la Congregación echara raíces en la Argentina.

Si el valor de una empresa debe medirse por la capacidad de respuesta que ésta tiene para los desafíos que se le presentan, hay que decir también que las obras características del apostolado asuncionista, con aciertos y también fracasos, eran el medio al que recurrían, sin ambicionar otro. Venían con la seguridad de un mandato y un carisma: "... si la existencia de nuestra familia, por modesta que pueda ser, es querida por Dios, como deben creerlo, ella debe tener su propia finalidad y tender hacia ese fin", había escrito el Fundador.

Notas correspondientes a la Parte I:

- 1) Ver Archivo de la Congregación, Roma, 2RU.1.
- 2) Ver Archivo de la Congregación, Roma, 2RU.2.
- 3) Ver Archivo de la Congregación, Bs. Aires.
- 4) Ver CHRISTOPHE PIRSON, *Une Folie Prophétique!*, Orantes de l'Assomption, 1996.
- 5) Archivo de la Congregación, Bs. Aires.- *Nota:* Creo oportuno aclarar que la documentación citada como existente en el Archivo de la Congregación, en Bs. Aires, se encuentra y ha sido leída en el Archivo de la que fue Región Argentina.
- 6) Íb.
- 7) Íb.- Tanto al clero diocesano de La Plata como al de Buenos Aires (pero en ésta, también al Arzobispo) no les resultaba simpático el establecimiento de los asuncionistas, a los que, sin embargo, apoyaban sus amigos y patrocinadores laicos pero también eclesiásticos que los estimaban y hasta los querían, como puede verse en cartas de la época.
- 8) Íb.
- 9) Íb.
- 10) Íb.- Las razones que motivaron el resultado negativo de los primeros intentos de fundación en la Argentina parecen claras. Unas fueron las que se desprendían del cuadro trazado por Pirson, y otras fueron ciertamente las prevenciones de algunos eclesiásticos en el país mismo. Véase también la nota 11.
- 11) Íb.- El P. Luis Bellot, nacido en 1861 en Vivonne, recibió la ordenación sacerdotal en Poitiers (Francia) en 1885, ingresó al noviciado asuncionista de Taintignies (Bélgica) en 1897 y en 1911 fue Superior de Los Andes (Chile). Más tarde debió dejar la Congregación por razones de orden familiar, dejando en ella el recuerdo de un buen religioso.- El P. Regis Escoubas, primer Provincial de América del Sur, que antes lo había sido de Burdeos, escribió una "monografía histórica" sobre las casas asuncionistas de la Argentina, cuyo lugar y estado de conservación desconozco, pero de la cual poseo una traducción realizada por el P. Juan Donoso Zavala sin indicar otra precisión. La parte correspondiente a la casa de Santos Lugares (11 y ½ páginas, tamaño 335 x 215 mm., bien llenas) está fechada en Burdeos, en marzo de 1949; en la parte correspondiente al día figuran puntos suspensivos. Cito aquí los tres primeros párrafos

de la misma tal como se hallan en ese escrito, salvo la rectificación de una fecha que pongo entre [], tres correcciones de redacción, el agregado de dos apellidos y la corrección de otro entre []: “Ya en 1892, el P. Picard había preguntado a Mons. Mariano [Casanova] sobre la conveniencia de fundar una casa en la Argentina. ‘Es seria la pregunta que Ud. me hace, respondía Mons. Mariano, tuve tocante a este punto una entrevista con el P. Stéphane [Chaboud]: en nuestra opinión es mejor esperar al menos hasta que las casas de Chile se encuentren bastante sólidas para poder ir en ayuda, en caso que sea necesario, a la República Argentina. No olvide, Reverendo Padre, que hay una gran diferencia en el espíritu religioso de estos dos pueblos’. / Estos consejos de prudencia pesaron largo tiempo sobre los superiores, ya que hubo que esperar hasta el año [1910] para ver a la Asunción establecerse en Argentina. Seguramente las ansias no faltaban, pero se esperaba un signo de la Providencia. Ese año, las Hermanitas de Barcelona debían abandonar precipitadamente su convento ante la amenaza de los revolucionarios. En su prisa, habían tomado el sagrario con la Sagrada Reserva, y dueñas de este precioso depósito desembarcaban en Buenos Aires. Una familia, que estaba muy especialmente interesada en la venida de las Hermanitas de la Asunción a Buenos Aires, se encuentra nuevamente en los orígenes de San Martín de Tours: se trata del señor Jacobé y su esposa. En todo caso, las Hijas del P. Pernet aceptaron esta lejana fundación, sólo a condición de tener un capellán asuncionista y el P. José Maubon, obedeciendo a la Providencia, les envió al P. Román Heitman. / Evidentemente que el Padre no podía quedarse solo en Argentina e inmediatamente se preocupó de encontrar un lugar para una pequeña comunidad. Dos sacerdotes argentinos, los presbíteros Anzola y [Yani], habían construido en las puertas de la capital, una capilla de madera y junto a ella una casa no menos pequeña. Se la puede ver todavía hoy, porque reconstruída a un extremo de la propiedad, sirve hoy de local para los scouts”.

- 12) *Lignes Argentines*. Las *Pages Chiliennes* fueron unas páginas periódicas que comenzaron a aparecer en julio de 1910 en Santiago de Chile. En octubre del mismo año empezaron a traer un suplemento titulado *Lignes Argentines*. Los misioneros asuncionistas de América del Sur querían llegar por medio de ellas hasta la Asunción de Europa y de otras partes, “cada vez

- que tenían algunas cosas que pudieran interesarles y ganarse sus oraciones por los trabajos humildes” que aquí hacían.
- 13) En 1908 había sido asesinado Carlos I de Portugal, y en 1910 se proclamó la República, después de una violenta revolución.
 - 14) El lector hará bien en recurrir a obras más amplias y documentadas. Néstor T. Auza, en *La Iglesia argentina*, Ciudad Nueva, Bs. Aires, 1999. p. 7-23, *Prólogo*, responde útilmente a esta preocupación. Los historiadores Roberto Di Stefano y Loris Zannatta han publicado *Historia de la Iglesia argentina / Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Mondadori-Grijalvo, Bs. Aires, 2000, cuyas claves de interpretación responden mejor a exigencias historiográficas actuales.
 - 15) Archivo Secreto Vaticano, citado en C. BRUNO, *La Iglesia en la Argentina*, Centro Salesiano de Estudios Sociales, Bs. Aires, 1993, p. 680.
 - 16) BRUNO, o. c., p. 689.
 - 17) Ver BRUNO, o. c., p. 686-688.
 - 18) Ver BRUNO, o. c., p. 690-693.
 - 19) Ver PIRSON, o. c.
 - 20) Ver R. LATREILLE y R. RÉMOND, *Histoire du Catholicisme en France*, t. 3, *La Période Contemporaine*, Spes, París, 1962, p. 496-497 y 433.- Ver J. P. PÉRIER-MUZET, *Asuncionistas*, en el boletín *Chile-Argentina*, N° 164, junio de 2000, p. 30-34.
 - 21) Ver R. RÉMOND y E. POULAT, *Emmanuel d'Alzon dans la Société et l'Église du XIXe. Siècle*, Le Centurion, París, 1982.
 - 22) Ver, sobre el caso Dreyfus, P. JOHNSON, *La Historia de los Judíos*, Vergara, Bs. Aires, 1991.
 - 23) Ver J. C. ZURETTI, *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*, Itinerarium, Bs. Aires, 1972, p. 383-384.
 - 24) M. GÁLVEZ, *Entre la Novela y la Historia*, Hachette, Bs. Aires, 1962.
 - 25) Sobre la actuación de los católicos argentinos en el terreno social y político, puede verse: Néstor T. Auza, *Los católicos argentinos*, Edit. Claretiana, Bs. Aires, 1984, y *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino* (3 volúmenes), Edit. Docencia, Bs. Aires, 1987.
 - 26) LUCHÍA-PUIG, *El Padre Román*, Difusión, Bs. Aires, 1949, p. 105.- Sobre esta obra, tan interesante desde varios puntos de vista, se debe notar, sin embargo, que algunos de los datos aportados por el autor son inseguros.

- 27) Íb., p.107.
- 28) Sobre los orígenes de Santos Lugares, ver H. CALLEGARI, *Historia del Partido de Tres de Febrero y sus Localidades*, Fundación Banco Cooperativo de Caseros, Caseros, 1993, p. 103-109. (Ed. fuera de comercio).
- 29) F. DE PAULA BLACHÈRE, *Génesis de la Asunción Argentina*, traducción de J. Donoso Zavala, Asuncionistas, Bs. Aires / Santiago de Chile, 1990, p. 13.
- 30) Íb., p. 27-30.
- 31) Íb., p. 24.
- 32) M. I. DE RUSCHI CRESPO, *Criterio / Un Periodismo Diferente*, Centro Editor Latinoamericano, Bs. Aires, 1998, p. 124.
- 33) BLACHÈRE, o. c., p. 43-45.
- 34) Íb., p. 16.
- 35) Archivo de la Congregación, Bs. Aires.
- 36) La información que sigue, acerca del movimiento de la Parroquia, ha sido tomada mayormente del boletín parroquial *La Voz del Barrio de Santa Teresita*, 1947, N° 345.
- 37) BLACHÈRE, o. c., p. 45-49.
- 38) LUCHÍA-PUIG, o. c., p. 106.
- 39) BLACHÈRE, o. c., p. 51.
- 40) Íb.
- 41) Citado en LUCHÍA-PUIG, o. c.
- 42) Ver PIRSON, o. c.
- 43) Citado en LUCHÍA-PUIG, o. c., 33.
- 44) L. SÁENZ QUESADA DE SÁENZ, en *La voz del Barrio de Santa Teresita*, 1947, N° 345.
- 45) BLACHÈRE, o. c., p. 43.
- 46) DE RUSCHI CRESPO, o. c., p. 78; p. 135, nota 238; p. 178. Se puede ver también R. RIVERO DE OLAZÁBAL, *Por una Cultura Católica*, Edit. Claretiana, Bs. Aires, 1986.
- 47) J. O. CABRERA, *Agustín Gabriel Bonney Elizalde / Vida y Obra de un Profeta*, Creativos Argentinos Editores, Santos Lugares, 1998, p. 99.
- 48) Archivo de la Congregación, Bs. Aires.
- 49) BLACHÈRE, o. c., p. 34.
- 50) Íb., p.14.
- 51) Íb., p. 23.
- 52) Íb., p. 28.
- 53) Citado en LUCHÍA-PUIG, o. c., p. 101.
- 54) LUCHÍA-PUIG, o. c., p. 102.

- 55) Para este capítulo me he servido del boletín parroquial *La Voz del Barrio de Santa Teresita* y del boletín *Adelante*, del Instituto San Román, especialmente en sus números conmemorativos N° 80 (1939) y N° 345 (1947), para lo que se refiere al primero, y N° 670 (1979), para lo que se refiere al segundo.
- 56) Entre esos jóvenes se podría mencionar a un amigo de la Asunción, el doctor Alberto Perdomo (que trabajó durante muchos años en la Academia San Martín y el Colegio San Román), y al doctor Carlos S. Fayt, más tarde miembro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.
- 57) Ver LUCHÍA-PUIG, o. c., p. 98.
- 58) Ver A. FLEURY, *Un Collège Français en Bulgarie / "Saint-Augustin"*, Plovdiv 1884-1948, L'Harmattan, París, 2001, 260 p.
- 59) N. T. AUZA, *Los Católicos Argentinos*, Edit. Claretiana, Bs. Aires, 1994, p. 149-150.

II. ARRAIGO Y DESARROLLO (1927-1961)

9. Una Argentina compleja	75
10. El mundo de la cultura	81
11. El Santuario de Lourdes	85
12. La Parroquia de Lourdes (1910-1958)	101
13. Boletines de Santos Lugares	121
14. San Martín de Tours	129
15. El Movimiento Noelista argentino	145
16. Otros aspectos de la historia asuncionista	155
17. Algunas conclusiones posibles	171

Las instituciones humanas surgen, se instalan en un medio y, si éste les resulta propicio, expanden sus raíces y se consolidan con variada vitalidad. Inevitablemente, les sobreviene un momento en el cual se les presenta la necesidad de buscar nuevas formas de expresión, que les permitan acrecentar la vitalidad adquirida y continuar la evolución que les imponen sus propios fines. Cuando han sido capaces de sortear victoriosamente este proceso, puede decirse que han ingresado en la historia.

Por cierto, cuando el historiador afirma esto acerca de las instituciones en general, se refiere también a los institutos religiosos; en nuestro caso engloba ciertamente a la Congregación de los Agustinos de la Asunción. Pero, ¿en qué sentido estos conceptos pueden caracterizar la situación de la Asunción argentina? El lector podrá juzgar acerca de ello. Esta parte de mi trabajo abarcará los 35 años que van desde el final de la etapa anterior hasta la iniciación del Concilio Vaticano II. De todos modos, diré que me sirvo de las palabras “arraigo” y “desarrollo”, con la intención de subrayar que, para esta época, la Asunción ya había terminado su proceso de inserción en Buenos Aires y que a partir de 1927 se abría para ella un tiempo de *crecimiento y argentinización*.



P. Antonio SILBERMANN (1858-1933),
primer párroco e iniciador de la construcción
de la basílica de Santos Lugares

Una Argentina compleja

Crecimiento y esplendor...

La historia de la Congregación en este período (1927-1961) se inscribe en un momento de gran complejidad en la evolución del país; como casi toda la historia argentina del siglo XX, por otra parte.

En determinados aspectos de la realidad nacional, hacia 1930 la Argentina se encontraba en un momento de crecimiento y esplendor. La inmigración -llegada “aluvionalmente”, según la expresión que se ha usado con frecuencia- y la incipiente industrialización habían traído modernización y progreso. El comienzo de la industria liviana y la exportación de productos agropecuarios -a las que no fueron extrañas las dos guerras mundiales- mejoraron la situación económica y social e hicieron posible un alto nivel de educación (1).

Como consecuencia, se afianzaba una nutrida clase media con ambiciones de ascenso, y los hijos de los inmigrantes se incorporaban a la vida política; lo que iba a cambiar visiblemente la cara del país (2). Económicamente, la Argentina se encontraba todavía entre los países con alto ingreso *per cápita*, y las clases pudientes, merced a la libre importación, gozaban de todas las delicadezas de la mesa: Se importaba conservas, aceite, quesos y vinos finos, etc. Y a los pobres se los “asistía”.

Todavía se construían mansiones con lujos europeos. Para dar un ejemplo de lo que fue el esplendor de aquella época, podríamos citar residencias como el palacio Duhau, sobre la avenida Alvear, entre Montevideo y Rodríguez Peña, construido en los primeros años del siglo por el arquitecto francés León Dourze y el ingeniero Luis Alberto Duhau. La mansión,

una de las obras más representativas de la influencia arquitectónica francesa en Buenos Aires, forma, junto con otras residencias vecinas, un conjunto único en nuestra capital (desgraciadamente transformada en hotel para pocos, por la avaricia de ganancias y la falta de leyes que protejan nuestro patrimonio cultural). Pero, la avenida Alvear comenzaba a poblarse también en su tramo que hoy se llama avenida Libertador, y que en 1932, cuando los asuncionistas crearon la nueva Parroquia San Martín de Tours, atravesó por el centro de ésta. Se abrían avenidas como Corrientes y Santa Fe. Se lucía el arte: Estatuas, telas, brocados, muebles. Buenos Aires, en fin, podía enorgullecerse de su Parque Tres de Febrero, obra de Carlos Thays, como París podía hacerlo de su *Bois de Boulogne*, en cuya restauración había trabajado este gran paisajista, que plantó en nuestra Capital Federal 2 millones de árboles de especies cuidadosamente seleccionadas.

...con pobreza y luchas sociales

La ciudad crecía rápidamente; los tranvías, de marcha lenta, empezaron a ver circular algunos ómnibus pintados con los colores patrios y se vio aparecer los famosos “colectivos”, que primeramente fueron taxis ocupados por varios pasajeros, a los que se les ofrecía un pasaje más barato. No obstante los signos mencionados, persistía una irritante diferencia entre la alta clase tradicional y los sectores del capital, por un lado, y las mayorías pobres y con frecuencia miserables, por otro, formadas éstas por los viejos criollos y los inmigrantes llegados como mano de obra. Para verlos bastaba acercarse a los conventillos (3) o salir al campo (4).

Por la época que estamos estudiando, no existían en nuestra legislación social las leyes que vendrán más tarde. “Ante la ausencia de una fuerza política identificada con las ideas social-cristianas, lo que impedía consagrarlas en normas apropiadas, los Círculos [Católicos] de Obreros y los demócratas cristianos decidieron apelar al poder político constitucional para reclamar la sanción de leyes dirigidas a resolver en parte la cuestión social, usando el derecho de petición. Presentaron proyectos en favor de

una legislación social más justa. Para dar fuerza a sus reclamos, los Círculos de Obreros salieron a la calle a exponer sus fuerzas y a confrontar con otros sectores ideológicos. Con esa confrontación perderían buena parte de su estilo parroquial para asumir su propio rol dentro del movimiento obrero argentino” (5). Frente a ese contraste, uno no puede no recordar los aspectos negativos señalados por el P. Román Heitman a poco de llegar a Buenos Aires, en una carta ya citada en la primera parte de este trabajo.

En 1912 se había realizado la primera gran huelga agraria, conocida como “el Grito de Alcorta”, que se extendió por Santa Fe, Buenos Aires, Córdoba, La Pampa y Entre Ríos, liderada por los hermanos Netri, dos de ellos sacerdotes y el otro -Francisco- abogado; éste, organizador de la Federación Agraria Argentina, fue asesinado en 1916, días antes de que Yrigoyen, a quien había dado los votos de la Federación, asumiera el poder. La huelga había sido promovida por los Párrocos de Alcorta, Máximo Paz, San José de la Esquina, Arteaga, Alvear y San Jenaro. Los Netri habían llevado adelante esta huelga apoyados por los socialistas y los anarquistas. Algunos años después, la Federación se unió a la F.O.R.A. (Federación Obrera Regional Argentina), de la que terminaría separándose, al igual que de los socialistas, a causa de las ideas anticlericales con las cuales terminó chocando (6).

Un liberalismo integral, con pretensiones de hegemonía sobre la sociedad argentina, intentaba, en el primer tercio del siglo, que la Iglesia -conservadora y ligada a viejas formas- no penetrara en los sectores populares, o se mantuviera como elemento moralizante; o como educadora de los hijos de la aristocracia y la alta burguesía y, más tarde, de los hijos de los inmigrantes prósperos. Pero este liberalismo tenía un ideal de país cuyo modelo se encontraba en la Francia republicana, en Inglaterra y -aunque todavía poco- en los Estados Unidos.

El anarquismo y el socialismo -también productos de importación- ganaban la delantera a la Iglesia, en lo referente a organización, propaganda y fuerza de penetración en los medios obreros. En su “programa mínimo”,

el socialismo, fundado en 1896, proponía: Suprimir el ejército; organizar milicias ciudadanas; separar la Iglesia del Estado; disolver las órdenes religiosas no autorizadas por la Constitución; secularizar los bienes de los religiosos; reglamentar mediante leyes civiles el funcionamiento de las órdenes religiosas (7).

El terrorismo ácrata desapareció después de la represión del General Dellepiane en la “Semana Trágica” del 9 al 12 de enero de 1919. El Partido Socialista se organizaba entre intelectuales como J. B. Justo, Repetto, Di Tomasso, Bravo y otros. Pero la cuestión social movilizaba a los católicos. “La obra de los Círculos daba muestras de un vigor creciente y de consolidación. La obra mutual de los Círculos fue en su momento la más importante. Cuando el periódico *La Vanguardia* enumeraba en 1917 todas las asociaciones obreras (socialistas y anarquistas), éstas contaban con 10.900 miembros. En el mismo año, los de los Círculos de Obreros sumaban 19.132” (8).

Políticos y militares (1912-1955)

En 1912 se produjo un hecho de primera importancia para el país: La promulgación de la Ley Sáenz Peña, que estableció un nuevo sistema electoral, tendiente a la democratización de la vida política mediante el voto obligatorio y secreto, en virtud del cual mayoría y minoría estarían representadas en las cámaras legislativas.

Como consecuencia, “desde 1916 hasta 1930, el radicalismo detentó el poder y procuró realizar algunos de los ideales que le habían dado vida como partido popular”; pero, “en 1930, una revolución conservadora puso fin al período radical para devolver el país a una oligarquía caduca, profundamente antidemocrática y cuyos propósitos demostraron la influencia que el fascismo había ejercido en sus filas” (9). Hipólito Yrigoyen hablaba de República y de repúblicas, pero en amplios sectores no existía aún concien-

cia de lo que es la democracia; la división de los poderes públicos, teóricamente aceptada, carecía de prestigio.

El golpe militar liderado por el Teniente General José F. Uriburu contra el Presidente Yrigoyen, llegado al poder por segunda vez, merced precisamente a la ley de 1912, clausura un período de la historia argentina contemporánea y comienza un proceso de militarización de la sociedad, con enemigos declarados: Clase obrera; anarquistas y socialistas; comunismo; partidos políticos... Proceso caracterizado por fraudes electorales, relación comercial privilegiada con Inglaterra, etc. Vistas las preferencias ideológicas del Presidente *de facto*, los conservadores, que lo habían apoyado, lo abandonaron.

Cuando el país de las brumas notificó a la Argentina (bajo la presidencia del General Agustín P. Justo) que ya no sería el cliente seguro de la Pampa, el Vicepresidente negoció el tratado Roca-Runciman (1933); volvimos a vender carnes pero entregamos los trenes y los transportes urbanos.

En 1943, otro golpe militar, conducido por el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), se levanta contra el poder elitista y conservador instalado después de Uriburu. Con el ascenso a la presidencia del entonces Coronel Juan D. Perón, en las elecciones de 1946, comienza un nuevo movimiento, de enorme proyección en la historia argentina contemporánea.

El justicialismo de Perón levanta las banderas de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política. Las corporaciones de trabajadores, reunidas en la CGT (Confederación General del Trabajo), se transforman en un poderoso elemento de la vida política y social. Otro elemento de importancia que debe tenerse en cuenta es el papel desempeñado por la esposa del Presidente en la vida política del país. El cariz que fue tomando el peronismo en el poder y el análisis que pudo hacerse del mismo, condujeron a una división acérrima de la sociedad y al enfrentamiento armado.

Hacia 1955, el peronismo gobernante había venido sufriendo un proceso de desgaste, debido a su forma de entender el ejercicio del poder, pero también a causa de su fisonomía populista. Pero los factores para su derrocamiento se encontraron también en la crisis económica, la falta de libertades y el aprovechamiento, por parte de sus opositores, del ataque que hizo a la Iglesia. Un conjunto de aspectos adversos ocultó los logros del peronismo en ciertos frentes, unió a los sectores del liberalismo, de los grupos conservadores, del socialismo y del catolicismo que había visto los templos incendiados, para producir el golpe que derrocó a Perón y lo llevó a un largo exilio.

La caída del Presidente en 1955 inicia un período de profundas perturbaciones, que se prolongará por muchos años; pero esto corresponde a la tercera parte de nuestro trabajo.

El mundo de la cultura

La literatura

Hasta 1930, se seguía bajo la dependencia cultural de Europa. Numerosas familias pudientes enviaban todavía a sus hijos varones a estudiar a Francia o Inglaterra, mientras que en la “instrucción pública” se aplicaba la ley 1420, de enseñanza común, laica, obligatoria y gratuita; sin embargo, ya había disminuido el entusiasmo alfabetizador y el Estado no construía escuelas primarias. (Lo que volverá a hacerse con Perón).

Extranjeros como Paul Groussac (1848-1929) habían dado una estructura seria a los estudios literarios; pero esto llegó tan sólo a una elite que pudo aprovechar la oportunidad. Enrique Rodríguez Larreta (1873-1961) había escrito *La gloria de don Ramiro*, *Zogoibi* y *Las dos fundaciones de Buenos Aires*. La fundación de la revista *Sur*, por Victoria Ocampo (1891-1979), dio solidez al quehacer literario; pero todo giró alrededor de extranjeros ilustres.

No obstante, los intelectuales habían comenzado a tener conciencia de sí mismos, sentían el alma porteña de la ciudad y se expresaban entre ellos figuras como Baldomero Fernández Moreno (1886-1950), Alfonsina Storni (1892-1938), Jorge L. Borges (1899-1986), junto a otros como Horacio Quiroga (1880-1937) o Leopoldo Lugones (1874-1938), para mencionar algunos a modo de ejemplo, entre los más destacados. Se leía con fervor todo lo que intentara expresar el alma humana; aunque los estudios sistemáticos no eran asumidos todavía por sectores más amplios. Cuando José Ortega y Gasset (1883-1955), con su doctrina de la vida como realidad en devenir, intentó radicarse en la Argentina, sintió el impulso de pronunciar para nosotros la conocida frase: “Argentinos, a las cosas”. Roberto Arlt

(1900-1942) publica *Los Siete Locos* en 1929 y Leopoldo Marechal (1900-1970) publica en 1948 *Adán Buenosayres*.

La cultura filosófica

A partir de 1920, la cultura filosófica argentina había ido adquiriendo mayor densidad y, desde mediados de los años 40, “presenta rasgos de madurez y de originalidad, si no en los aspectos fundamentales, sí en los matices y en la entonación general del pensamiento filosófico”, y poco a poco se fueron colocando los hitos de un pensamiento original, escribe D. F. Pro (10).

En el año del Centenario (1910), el optimismo de un país que se sabía potencialmente rico contrastaba con la inmadurez social y política de un pueblo de inmigrantes aún no amalgamado. En lo interno, las tensiones políticas y los golpes militares que se sucedieron a partir de 1930, dibujaban junto con los acontecimientos mundiales (guerras, revolución soviética, fascismos) el telón sobre el cual se proyectaba un período de crecimiento filosófico. Surge entonces, escribe F. Leocata, el tema de la vida “como signo de una mayor necesidad de sentido [...] La búsqueda de la identidad argentina es aquí tan característica como lo fuera antes la pregunta por lo americano o lo hispanoamericano, y es reclamada por todas las orientaciones...”

Entre 1919 y 1930, el tema de los valores, por su parte, completa al de la vida. “Así como el de la vida sirve a la vez para potenciar el sondeo de una identidad cultural mejor perfilada y para plantear el debate entre el positivismo y el espiritualismo, el tema axiológico apunta a la búsqueda apasionada de un elemento ideal, moral, capaz de elevar el nivel de la cultura y de la sociedad argentinas, y de liberarlas de su materialismo, de su inercia y de su mediocridad. Es lo que ha expresado magníficamente Mallea al decir, en 1937, que el argentino profundo busca, a veces secretamente, ‘la exaltación severa de la vida’.

“La conjunción del tema de la vida y el de los valores -prosigue Leocata- pone al descubierto, mejor que cualquiera de las etapas anteriores, la rebelión del pensamiento argentino contra la exterioridad y superficialidad de muchas de las manifestaciones de la vida social y política, la tendencia hacia lo axiológicamente superior, y la exaltación de lo heroico. La huida de la mediocridad es una especie de *horror vacui* que asoma con frecuencia en la cultura argentina a través de sus mejores hombres. En la literatura esta rebelión no escatima los riesgos del absurdo y lo irracional”; pero la dialéctica que esto supone no logra llegar a una verdadera síntesis, reflejándose una vez más la ruptura y la fragmentación entre lo social, lo económico y lo político.

A pesar de esta comprobación, el período que nos ocupa es aquel en el cual se da una mayor dedicación a la filosofía y a la enseñanza de la filosofía (11).



La Virgen del Patio:
primera imagen de la Virgen de Lourdes
venerada en Santos Lugares



Arquitecto Estaban GUICHET,
autor del proyecto de la iglesia de Santos Lugares

El Santuario de Lourdes

En los comienzos de la obra, el Obispo de La Plata había entregado en comodato y a usufructo perpetuo, a los Religiosos Agustinos de la Asunción, los ocho lotes de terreno situados en la esquina de las actuales avenida La Plata y calle Pío XII de Villa Santos Lugares, donde hoy se levanta la Capilla de los Bautismos (primitiva capilla San Antonio), la librería, las oficinas parroquiales y los salones destinados a reuniones. Después, los Padres, a medida que pudieron ir contando con recursos propios, fueron adquiriendo para la Congregación la totalidad de los otros terrenos que actualmente poseen, y levantaron en ellos Gruta, templo y casa.

De una manera visible, el Santuario de Lourdes fue ganando más amplia presencia y mayor dinamismo.

La basílica

La fe de los misioneros asuncionistas, unida a la generosidad de los devotos de Nuestra Señora de Lourdes y al tesón de quienes estuvieron al frente de la obra, levantó en Santos Lugares un templo que es manifestación de la confianza filial, ofrenda de gratitud de la piedad mariana y monumento que enriquece el acervo artístico de los argentinos. Esto, a pesar del tiempo transcurrido desde que se iniciara la construcción -en lo que podría competir con otras grandes iglesias cristianas, como la basílica de Luján (cuya piedra fundamental fue colocada en 1887 y, si bien las obras se iniciaron tres años más tarde, fueron terminadas recién en 1935); o la catedral de La Plata (cuya construcción llevó más de 100 años), la catedral de París (que insumió 182 años y quedó con las torres inconclusas), la catedral de Los Ángeles, en Estados Unidos (inaugurada recién en septiembre de

2002, a pesar de haber sido empezada en 1892-. Pero, con todo, y a pesar también de haber sufrido algunas modificaciones exigidas por la necesidad de adecuar presupuestos, conserva la belleza que el arquitecto Esteban Guichet supiera transfundirle. La *Revista del Centro de Arquitectos*, de donde tomo algunos de los datos consignados, se refirió al proyecto original (12).

El arquitecto Guichet, que cursó estudios en las academias de Bellas Artes de París y de Rouen, había levantado en Buenos Aires la iglesia de San Juan Evangelista y el convento de las clarisas, pegado a la misma, en Alsina 824. También fue obra suya la hermosa capilla de la residencia que el doctor Martín Jacobé poseía en San Fernando. Asimismo, construyó la capilla que perteneciera a las Hermanitas de la Asunción, en Carlos Calvo 1337, de la Capital Federal; reformó la iglesia de Santa Catalina, de las monjas dominicas; construyó la iglesia y la casa parroquial de Valentín Alsina; el frente y el campanario del Buen Pastor; etc. En la Capital Federal y la Provincia de Buenos Aires había levantado, además, numerosas casas de renta, *petits hotels* y *chalets*, y después de 1923 continuó su destacada labor profesional como arquitecto. La *Revista del Centro de Arquitectos* de Buenos Aires destacaba con razón que el de Santos Lugares estaba destinado a ser uno de los templos más importantes de la Argentina.

El 14 de mayo de 1916 había sido bendecida la Gruta, construida en cemento armado; ocasión en la cual la imagen de la Virgen salió por primera vez en procesión por la calle La Plata. Sin embargo, la estatua que se venera en la Gruta, traída de Lyon (Francia), fue colocada allí el 9 de mayo de 1921. La misma es de hierro fundido, mide 1,70 m. y pesa unos 400 kg. (La anterior, mucho más pequeña pero también de fundición, fue puesta en la capilla de San Antonio y actualmente se encuentra en el frontis de ésta, en la esquina de La Plata y Pío XII). Detrás de la Gruta, que quedó como un complemento de su fachada, fue proyectada la futura iglesia. La gran afluencia de romeros, sin embargo, hizo prever desde el primer momento la necesidad de un templo más espacioso. La solución del problema fue hallada por el señor Guichet, mediante la propuesta de construir otra iglesia, encima de la primera, dejándole a ésta la función de cripta.

La citada publicación señala que, “aceptada la solución por los Reverendos Padres Asuncionistas, sus propietarios, y habiendo los fieles respondido con su óbolo de forma verdaderamente generosa, se dio comienzo a los trabajos. El templo de Lourdes comprende, pues, dos iglesias superpuestas: la inferior, que designamos “cripta”, aunque su piso se encuentra a 36 centímetros del nivel del suelo (13), que será dedicada al culto de la parroquia, y la iglesia superior, cuyo piso se encuentra a 8,50 metros del piso de la cripta, que será dedicada al culto de la Virgen”, es decir, a los peregrinos. A esta última se accede por dos rampas dispuestas en suave pendiente, de 4 metros de ancho, que rodean la Gruta como dos brazos que la estrechan cariñosamente. Por sus líneas y por la disposición de ambas iglesias, el conjunto guarda un cercano parecido con el Lourdes de Francia, al cual evoca.

La fábrica monumental del templo de Santos Lugares presenta tres estilos bien armonizados: El románico-bizantino de la cripta; el alto gótico de la espléndida iglesia superior, que parece continuar la cripta hacia las alturas; el neogótico de la época romántica, que exhiben los muros exteriores, hasta el presente despojados de estuco y ornamentación. Una simple mirada al conjunto pareciera sugerir la idea de que el edificio ha ido creciendo a través de los siglos.

Aunque la cripta es románico-bizantina, la planta rectangular latina característica de este estilo ha sido substituida aquí por la planta en forma de cruz, impuesta por el gótico de la iglesia de arriba. De las cinco naves con que cuenta, tres de ellas son interiores y las dos restantes tienen forma de galerías exteriores, con las cuales se suplen los contrafuertes de la iglesia románica.

Los muros espesos y las mismas naves exteriores le confieren ese aspecto sólido, con el cual los arquitectos románicos querían simbolizar la permanencia del dogma cristiano. Para sostener las bóvedas, los arcos pro-

pios del estilo bizantino se apoyan sobre gruesas pilastras que culminan en capiteles en alto relieve con sus correspondientes motivos ornamentales.

En las naves laterales y en parte del ábside se encuentran unos sobrios altares presididos por imágenes de santos, alternando, los de las naves laterales, con confesionarios.

En los vitrales de los angostos ventanales están representados los misterios del Rosario. Los que llaman mayormente la atención son los que se encuentran en el lado izquierdo (mirados desde la entrada). Éstos fueron realizados en Buenos Aires por Antonio Estruch y su hijo Antonio Juan José. Poseen un vivo colorido que, en modesta medida, pareciera querer evocar la rica decoración de las iglesias bizantinas de figuras hieráticas. Los de la derecha, en cambio, pertenecen a una casa de Bélgica; sus colores son menos vivos y han sido realizados en líneas modernas; pero poseen mayor movimiento y cierto arrebató místico. Sin embargo, de estos últimos vitrales faltan algunos que nunca llegaron de Bélgica, debido a una diferencia de precios. En las naves de los cruceros y el deambulatorio, los vitrales reproducen imágenes marianas propias de la devoción popular argentina. Los de los altares de los cruceros y la girola pertenecen, curiosamente, al arte abstracto; a pesar de lo cual no chocan para nada con el conjunto, gracias al buen gusto con que han sido concebidos y realizados por Estruch (30).

La imagen de madera policromada de la Virgen que preside desde el retablo central, las de los altares y las puertas talladas con motivos asuncionistas en el bautisterio, pertenecen al escultor austríaco radicado en la Argentina, Leo Mahlknecht, que ha dejado numerosas obras de arte en el país y en el exterior. Al mismo artista pertenece una imagen de la Virgen en místico recogimiento, que se eleva sobre la pila bautismal como herida por la presencia del misterio divino, realizada en mármol blanco de Carrara. La pila ha sido construida donde debió hallarse la entrada principal de la cripta, anulada por la presencia de la Gruta.

El estilo que se impuso en las catedrales de Francia en el siglo XII, fue el que se eligió para la iglesia superior, en aparente contraste pero en cronológica sucesión con el de la cripta. Construida en alto gótico, esta iglesia sorprende al visitante por sus gráciles líneas verticales, de una pureza total, que se elevan ágilmente hacia lo alto, obligando al hombre a levantar hacia Dios la mirada de fe.

El templo superior sólo cuenta hasta ahora con las paredes desnudas, los inmensos ventanales ojivales, que esperan los dibujos de los vitrales multicolores, y el piso de hormigón recubierto con alquitrán. Aun así, impresiona por la inmaculada blancura de sus muros, por la esbeltez de sus altas columnas y la gracia sutil de sus nervaduras, en la grandiosidad del luminoso espacio interior. Sus líneas se levantan grácilmente, construyendo ágiles ramilletes de curvas en las naves, en el coro, en el ábside. Dentro de él, el alma en oración se siente transportada por una sensación de eternidad que la conduce al encuentro con Dios.

La parte exterior del grandioso templo presenta sus muros aún libres de estuco. Aunque no haya sido todavía terminado, no parece que pueda sufrir otras modificaciones, más allá de las que ya son evidentes cuando se compara su estado actual con el proyecto original. De modo que, lo que tenemos a la vista ha venido a ser una expresión del neogótico de la época romántica.

La aguja central, a medio terminar, flanqueada por dos torres menores que le prestan trabazón y estabilidad, debió elevarse hasta 86 metros desde el nivel del suelo. Sin embargo, como ha sido reducida en unos 15 metros, comunica la impresión visual de haber sufrido el hundimiento de su tramo medio. Algo semejante sucede con las dos torres laterales. Hasta la punta de la gran cruz en que culmina la aguja central, hay 71,15 metros. Esta cruz, que pesa 137 kilogramos, hecha de acero inoxidable, fue pintada de color de cobre y la Fuerza Aérea Argentina, valiéndose de dos helicópteros, la colocó en el lugar donde se encuentra, el 6 de abril de 1972.

La piedra fundamental de lo que hoy es la mole imponente del Santuario de Santos Lugares, fue bendecida y colocada el 11 de octubre de 1922 por Mons. Francisco Alberti, Obispo de La Plata, en una ceremonia que contó con la presencia del Gobernador de la Provincia, doctor Luis Cantilo y su esposa, y de una pequeña multitud que dejaba adivinar la atracción que la Virgen de Lourdes llegaría a ejercer en el pueblo católico argentino. Poco después, el Provincial de Burdeos, P. Feliciano Vandenkoornhuyse (de quien dependían por entonces las comunidades asuncionistas de América del Sur), de visita en el país, comenzó simbólicamente los trabajos, iniciando la excavación de la zanja para los cimientos, junto con el arquitecto y los demás religiosos de la comunidad. La construcción comenzó realmente el 8 de enero de 1923; pero, para el 22 de diciembre del mismo año, se había concluido lo que podría considerarse una primera etapa, pues ya estaban levantadas las paredes de la cripta. El 22 de diciembre de 1925, con la presencia del Superior general de la Congregación, R. P. Gervasio Quenard, se pudieron festejar en la iglesia a medio construir las Bodas de Plata sacerdotales del P. Serafín Protin; pero, recién el 15 de agosto de 1926, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, los feligreses pudieron disponer con alegría de su iglesia, a la espera de la consagración solemne que deberá llegar un día. En 1929 se terminaron el bautisterio y la sacristía.

Sin duda fueron diversos los motivos que en los comienzos hicieron avanzar la construcción con rapidez. Todo permite suponer que, entre esos motivos, sea posible mencionar la estabilidad de la economía argentina en determinados períodos. Pero, si hay que decir que algunas contribuciones provinieron de personas pudientes, con las cuales los Padres habían establecido sólidas relaciones, se debe subrayar que el templo se construyó sobre todo con el aporte de gente humilde, devotos de la Virgen, y que tampoco hubo contribuciones del gobierno ni del exterior. Y, aun en los momentos de crisis por los que pasó el país, estas donaciones provinieron todas de fuentes argentinas. Sin embargo, ciertos avatares demoraron los trabajos. En efecto, en 1931 se comprobaron deficiencias técnicas y gastos excesivos en la construcción, debidos a un exceso de confianza depositado

en determinadas personas. El P. Silbermann contrató entonces una empresa constructora que ofrecía solidez, se consolidaron las torres y hubo que derribar y hacer de nuevo las columnas de la cripta. La pérdida de dinero ocasionada obligó a suspender la construcción durante todo 1935 y 1936. En 1938 el Superior general del Instituto pudo autorizar la continuación de las obras, pero éstas se interrumpieron nuevamente en 1940 para poder pagar las deudas acumuladas.

Las rampas que conducen a la iglesia superior fueron construidas en 1933; pero esta iglesia aguarda todavía la ejecución de partes importantes de su construcción: Piso, retablo mayor, vitrales, altares, confesionarios, imágenes, bancos. Las campanas fueron bendecidas por Mons. Anunciado Serafín en 1937. La torre del lado derecho se edificó en 1965; la del lado izquierdo en 1967; y la central vio culminar la parte concluida de sus trabajos con la colocación de la cruz en 1972.

El Santuario de Santos Lugares, la tercera iglesia en importancia en la Provincia de Buenos Aires -después de la basílica de Luján y la catedral de La Plata-, es sin lugar a dudas una empresa que sigue proponiendo enormes desafíos. La obra, cuya necesidad se planteó por la afluencia de peregrinos a la Gruta levantada para agradecer el milagro de la curación del P. Rafael Doassans, permanece aún inconclusa. Los tiempos y otras circunstancias han ido demorándola; pero la fe del pueblo y la determinación de los asuncionistas podrán un día dar cumplimiento al voto que surgió de una fe profunda y una confianza a toda prueba.

Podemos citar finalmente un recuerdo simpático, a propósito de la obra. Los ladrillos que se utilizaron fueron fabricados en unos hornos que estaban a pocas cuadras de la basílica, en terrenos de una quinta que había entre las calles Byron y Cervantes, perteneciente a la señora Antonia Beasley de Romero. A pedido del P. Silbermann y atendiendo a la utilidad de la obra, la Municipalidad de San Martín eximió del pago de los impuestos correspondientes.

La Hermandad de Nuestra Señora de Lourdes

Si pudiéramos expresarnos de este modo, diríamos que el 1° de octubre de 1911 la Virgen de Lourdes tomó posesión de hecho de Santos Lugares; y lo hizo unida a la Hermandad que lleva su nombre. En efecto, en esta fecha el P. Román Heitman bendijo la estatua que se colocó en la capilla de San Antonio de Padua y creó la Hermandad de Nuestra Señora de Lourdes, recibiendo a unas 15 aspirantes. A partir de entonces, las integrantes de esta asociación cantaban, todos los sábados, en la capilla, el Oficio de la Virgen y la gente venía desde la Capital Federal para unirse al Oficio. Por otra parte, el 15 de agosto de 1912 llevaron por primera vez el estandarte de la Hermandad en la procesión que se realizó al interior del predio que ocuparía el futuro Santuario. Pero en 1913 ya existía, además, la “Virgen del Patio”, que se levantaba sobre un pedestal situado en la actual explanada, entre la puerta de entrada de la cripta y la del jardín de la comunidad religiosa. Y es precisamente en este lugar de la “Virgen del Patio”, que el 11 de febrero de 1913 se levantó una Gruta de papel y se hizo la procesión en la cual la señora Isabel Bertone llevó por primera vez el estandarte de la Hermandad por la calle La Plata (14).

La *Hermandad* (o *Cofradía*) de *Nuestra Señora de Lourdes*, fundada en 1911 por el P. Román, fue erigida canónicamente en el Santuario de Santos Lugares el 9 de agosto de 1916 por decreto del Obispo de La Plata, y agregada poco después a la Archicofradía de Lourdes de Francia. Sus Estatutos le reconocen como fin: 1°) Honrar a la Inmaculada Concepción; 2°) Celebrar la memoria de la definición del dogma el 8 de diciembre de 1854; 3°) Dar gracias a la Santísima Virgen por sus apariciones en la Gruta de Francia y los beneficios que nos sigue concediendo; 4°) Rezar por las intenciones que ella le encomendó a Bernardita. Las asociadas, que daban a conocer en la Argentina el hecho de Lourdes y propagaban esta devoción a María, convocaban a la gente a la oración (ya fuera mediante la recitación del Oficio de la Virgen, el rezo cotidiano del Rosario, la Hora Santa de los días viernes...) y difundían la revista *Auras de Lourdes*. La asociación posee un Estatuto muy sencillo, que establece su finalidad, las condiciones

para pertenecer a la misma, sus prácticas piadosas y sus beneficios espirituales, el distintivo que pueden llevar (una simple medalla pendiente del cuello mediante una cinta azul, con la imagen de Ntra. Sra. de Lourdes). Y posee también un lindo estandarte que las aglutina y las distingue en las procesiones.

En 1911 empezaron con unas 15 aspirantes; pero hay que decir que en la fiesta anual de esta asociación, de octubre de 1926, el boletín *Bernardita* trae una interesante reseña de las actividades de ese día. En efecto, en esta fiesta hubo oración pública desde las primeras horas de la mañana hasta la noche; Misas numerosas y concurridas, en la Gruta, y abundantes comuniones. A la hora 15, en la iglesia repleta de gente, uno de los Padres leyó el informe de las actividades del año y se dieron los nombres de los cofrades fallecidos. El acto terminó con una procesión con el Santísimo Sacramento por las calles. Fue, se expresa en el boletín parroquial, una suerte de asamblea anual de la Hermandad. Sin dudas, un éxito obtenido en los primeros quince años; pero al finalizar el año 2000 la asociación contaba nuevamente con apenas unas 15 integrantes.

Cuando el P. Juan De Gasperi era asesor de la Hermandad -años de 1980-, este Padre les agregó algunos otros fines muy interesantes. Las integrantes de la Hermandad se unían a la asociación mediante un compromiso por medio del cual se obligaban a ser mensajeras de María, a imitación de Santa Bernardita; llevar una vida espiritual más intensa, por medio de la práctica de las virtudes cristianas; dedicarse a la evangelización, difundiendo el mensaje de Lourdes, la devoción a la Santísima Virgen y la revista *Auras de Lourdes*; dar a conocer al P. Manuel d'Alzon y rezar por su beatificación; rezar por las vocaciones religiosas asuncionistas masculinas y femeninas.

La práctica de los 15 Sábados se realizaba como una “preparación más solemne a la fiesta del 11 de febrero precediendo inmediatamente al gran aniversario de la primera aparición”. En efecto, “la historia de Lourdes cuenta que la Virgen Inmaculada había pedido a Bernardita que viniera a

visitarla durante quince días consecutivos a la Gruta”, a lo cual la santita accedió gustosamente. De ahí se originó esta práctica piadosa de visitar quince veces seguidas la Gruta. Es una forma de expresar la devoción mariana, especialmente apreciada por la Hermandad de Lourdes.

“Auras de Lourdes”

Ya hemos hecho mención de la revista *Auras de Lourdes*, aparecida el 1º de enero de 1914. Como órgano que prolonga la voz del Santuario de Santos Lugares y reflejo de la pastoral que se desarrolla en el mismo, ella merece un lugar en estas páginas (15).

Se narra que en 1858, cuando la Santísima Virgen se manifestó a Bernardita en la Gruta de Massabielle, unas ligeras auras anunciaron a la niña la presencia de la blanca Señora: “Desde su trono de piedra -decía nuestra revista en su primer número- salen de nuevo por el mundo entero unas misteriosas auras, llevando por todas las naciones el celeste perfume que embalsama la mística ciudad de María”. Estas palabras resumían el programa de la revista, que anhelaba llevar por la ciudad y la patria la suave brisa que recuerda la presencia de la Madre de Jesucristo en medio de nosotros. Y así fue: Hasta finalizar el siglo, 86 años cumplidos y llenos pasaron por sus páginas, durante los cuales *Auras de Lourdes* fue llevando el eco del Santuario a los hogares donde se la recibía. Su palabra sencilla les hablaba -y les sigue hablando- de las cosas que los cristianos católicos amamos, guardando siempre el tono que llega al corazón y despierta la fe.

Repasando los números de la revista, desde sus comienzos hasta el final del siglo, encontramos reflejadas en sus páginas variadas preocupaciones, que van apareciendo en el transcurso de las épocas. Al recorrerlas, se nota inmediatamente que todas estas inquietudes giran alrededor de los grandes problemas que afectan al hombre, lo mismo como hijo de Dios que en su condición terrena. Los temas que invariablemente están presentes son los relativos a la fe, como don de Dios, que debe ser educada y fortalecida,

pero que sufre también los embates del medio en que se desarrolla; el dolor que muerde la carne del hombre y el dolor que significa la mordedura del pecado en el espíritu; la pobreza que sumerge a individuos y enteras poblaciones; la paz y la guerra; el amor y la unidad de la familia; la educación del hombre; la oración que es expresión de confianza en Dios y fuerza de los humildes... Pero junto a estos temas de orden general, aparecen otros que se refieren a la espiritualidad y el carisma de la Congregación, sus realizaciones en el campo de la educación y de la prensa, etc.

Desde el N° 94 hasta el 124, *Auras de Lourdes* publicó la vida de la Santísima Virgen en 36 capítulos, que van desde la infancia de María hasta su Asunción a los cielos; un trabajo de valor, pero que, a pesar de ello, aparece firmado solamente con las iniciales AG. La vida de Santa Bernardita apareció distribuida en 41 capítulos firmados por XM. En noviembre de 1980 hay un número dedicado íntegramente al P. Manuel d'Alzon, con motivo del Centenario de su muerte; con motivo de los 1600 años de la conversión de San Agustín, se publicó en 1986 la vida de este santo, en un texto popular cedido por una revista francesa, de la que se editaron también 10 mil ejemplares en separata. Además, fueron numerosas las vidas de santos de todos los tiempos, publicadas a lo largo de los 86 años, algunas de ellas ilustradas; aunque en los años más recientes se fue dando preferencia a los santos que nacieron o actuaron en América latina.

Sin embargo, del mismo modo que en la Iglesia, también en la revista hubo un antes y un después del Vaticano II. Manteniendo la misma intención de llegar hasta el pueblo creyente con su mensaje de fe, *Auras de Lourdes* se constituyó en receptora de los temas que el Concilio trajo a la preocupación del cristiano en la segunda mitad del siglo: Una mirada más atenta a las cuestiones de orden social y político; una visión más crítica respecto de los factores económicos, en cuanto éstos afectan la vida de los hombres; la unidad de los cristianos, en el orden religioso, y las relaciones con las religiones no cristianas; pero sobre todo el vigor de la fe y la presencia del cristiano laico en los diversos campos a los cuales su vocación lo inclina.

El aspecto religioso y formativo de la revista no impidió, sino que contribuyó para que sus páginas estén abiertas a todo lo que puede elevar el espíritu humano. Así fue cómo, siguiendo una modalidad que se adecuaba a los gustos de una época, se incluyeron otros materiales, como lo hacían las revistas dirigidas al gran público. En efecto, en las páginas de *Auras de Lourdes* encontraron cabida novelas que entretenían a los lectores y gozaban del favor de éstos. En los primeros decenios -de los años 20 a los 50- autores que no dejaron su nombre en la gran literatura, pero que supieron hacer disfrutar sanamente de los encantos de la lectura, vieron que sus obras se publicaban por entregas, a lo largo de 20 y más números de la revista.

Desde sus comienzos, *Auras de Lourdes* fue la obra de numerosas personas, que no siempre firmaban sus trabajos o que a menudo lo hacían con seudónimos; lo cual hace difícil conformar una lista más o menos completa en la que puedan figurar sus nombres.

De entre los religiosos asuncionistas de la primera hora, se pueden dar los nombres de Godofredo Pierson, Serafín Protin y Francisco de Paula Blachère; pero habrá que mencionar igualmente a Román Heitman, Antonio Silbermann, Pedro Claver Pinto, Jorge Neusch... En un segundo momento estuvieron Agustín Luchía-Puig, Carmelo Péroulié, Régis Loäec, José Carlos Massaldi... Y más recientemente Juan De Gasperi, Roberto Favre, Juan Donoso Zavala, Luis Ramón Rendón...

Al lado de los religiosos colaboraron laicos como Julia Alberti -que firmaba a veces con el seudónimo de Lirolay-, entre los años 1941 y 1957, en que falleció; lo mismo que Rosa Torchia. Por su parte, Marta Noce empezó a trabajar en la revista con el P. Roberto Favre en 1981 y lo hizo hasta 1996 en forma ininterrumpida. A ella se debe, en esta etapa, además de los numerosos artículos que escribiera, la renovación de la revista y la formación de un grupo de colaboradores laicos de nivel. Citaremos a Gabriela Brardinelli, Lauro Noro, Antonio Miserit, Laura Moreno, Araceli Bellota, Oscar Campana, Manuel Abralde, Lidia Rodríguez, Héctor Ariel Olmos, Estela C. de Cataldi; y, en la parte administrativa, a Delia V. de Penco y

Oswaldo Oviedo. En esta lista -no terminada, por cierto- deben incluirse también los sacerdotes Edmundo Vanini, uno de los más destacados y perseverantes colaboradores de afuera de la Congregación, y Roberto Wilkinson y, más recientemente, Eduardo González.

Otra forma extendida de colaborar en este tipo de publicaciones, consistía en difundir la revista de persona a persona. Era el trabajo que hasta los años '60 hacían las "celadoras". Estas personas fueron eficaces propagandistas y vendedoras de suscripciones; en unas zonas más que en otras, como en la Provincia de Entre Ríos, la Capital Federal y las Provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa fe. A veces, la revista publicaba un cuadro de honor, con la intención de agradecer un esfuerzo tan meritorio, como puede verse en el N° 417. Para el año 2000, las circunstancias habían hecho que sólo en la Capital Federal quedara algún ejemplo de esta apreciada labor.

Los altibajos que se dieron en su larga historia hicieron que la tirada de *Auras de Lourdes* tuviera que pasar por inevitables alternativas: De haber llegado a vender 6 mil ejemplares en 1929, descendió a 1000 ejemplares en una época de menor salida. A veces estuvo dirigida por un director que se identificaba con su propio nombre, y otras veces el responsable quedó oculto bajo el nombre genérico de los Padres Asuncionistas. Curiosamente, el nombre de su director y el número del registro de la Propiedad Intelectual aparecen por primera vez recién en el N° 516, fechado en marzo de 1958.

Considerada desde el punto de vista de su redacción, composición y otros de orden más bien técnico, la revista del Santuario de Santos Lugares atravesó momentos que le fueron imponiendo diversas modificaciones. Desde el formato, pequeño o grande, hasta la diagramación que debía ir de acuerdo con sus medidas; desde una impresión de calidad a otra que se resiente con las crisis económicas; de la frecuencia mensual a la de sólo cuatro números por año, que parecen editados como para no perder continuidad; desde la colaboración de un grupo más o menos estable de perso-

nas, hasta la escritura de una pluma casi solitaria; etc. Pero, son cambios que evidencian, con obstinada persistencia, una decidida voluntad de continuación en el tiempo y en la empresa que se impusieron creadores y continuadores, unidos por un propósito compartido. Hasta diciembre del año 2000, *Auras de Lourdes* llevaba publicados 841 números.

Lourdes y los enfermos

La Santísima Virgen ha tenido siempre una relación muy especial con los enfermos; más aún, éste es uno de los aspectos de la devoción mariana de Lourdes que produce mayor impacto en las personas que acuden al Santuario. De ello dan testimonio, en efecto, las numerosas peregrinaciones; el agua que reciben con piedad, imitando a Santa Bernardita; la especial bendición de los enfermos con el Santísimo Sacramento; la atención brindada con caridad a todos los enfermos, etc. En Santos Lugares, el testimonio del P. Francisco de Paula Blachère (Cap. 4, *1911: Santos Lugares*) ha revelado los “milagros” de los tiempos iniciales de nuestra Gruta; pero está sobre todo el milagro que permitió recuperar la salud al P. Rafael Doassans, cuando para este misionero ya no quedaban esperanzas humanas, del que ya hemos hecho mención.

La Jornada Anual de los Enfermos comenzó a realizarse en 1928 y, tradicionalmente, tenía lugar el último sábado del mes de noviembre, y convocaba a “pequeñas multitudes” junto a la Gruta y en el descanso de los peregrinos. Llegadas desde hospitales, asilos y parroquias, éstas se engrosaban con muchas otras personas que venían por sus propios medios, o eran transportadas por los numerosos voluntarios que se ponían a disposición de los organizadores. En la misma Gruta, se disponían lugares apropiados, cuando no podían estar en los bancos. Allí mismo, o en el descanso de los peregrinos, se les servían bebidas o algún alimento requerido por su condición de enfermos. Era toda una tarde de piadoso y caritativo bullicio que movilizaba a la Parroquia entera, que ese día dejaba de lado toda otra actividad. Los sacerdotes daban los sacramentos a quienes deseaban recibirlos,

los laicos gozaban al prestar un servicio que los enfermos apreciaban con enorme satisfacción, los jóvenes acudían generosos y prontos para un servicio que los tocaba de cerca, y este apostolado junto a los enfermos, no sólo gozó de un espacio que en Lourdes le corresponde por derecho propio, sino que alcanzó aquí una relevancia especial, hasta que el Episcopado estableció el Día Nacional de los Enfermos y la peregrinación de éstos a Luján.

Pero debemos referirnos también a otro aspecto de esta pastoral de los enfermos en Lourdes de Santos Lugares; es el que estuvo asegurado por la presencia del Apostolado de los Enfermos. Se trataba de una asociación de fieles fundada en Holanda en 1925, extendida enseguida a muchos otros países. El Apostolado de los Enfermos había sido establecido en Santos Lugares en 1932 por el P. Godofredo Pierson -enfermo él mismo, que con el tiempo se vio privado completamente del uso de las piernas-. Animado por su espíritu sacerdotal, el Padre supo darle todo el impulso que alcanzó.

La obra estaba dirigida por una oficina llamada Secretariado Nacional del Apostolado de los Enfermos, y éste tenía como pensamiento motivador la frase de San Pablo a los Gálatas: *Christo confixus sum cruci* (Estoy clavado en la cruz con Cristo). De allí sacaba toda su rica espiritualidad, centrada en el valor redentor de la cruz. Lejos de cualquier coloración dolorista, tenía como objetivo asociar a los enfermos y ayudarlos a sobrellevar mejor sus sufrimientos y ofrecerlos junto con sus oraciones por las intenciones de la Iglesia, la redención de los hombres y el alivio del dolor humano, en unión con los de Cristo, por el tiempo que Dios permitiera la prolongación de su dolor.

Los asociados -que podían ser *activos* o *contribuyentes*- recibían gratuitamente un folletito mensual que los sostenía en su propósito y los alentaba en sus pruebas, y también una carta del Director del Apostolado, que contribuía a crear con éste una relación a veces muy personal. El Director, por otra parte, conservaba en un fichero los datos de interés para asegurar la continuidad de esta relación, y se hacía ayudar por algunas personas que dedicaban su tiempo a la obra sin esperar recompensa material alguna. La

comunidad religiosa asuncionista, que tenía en alto aprecio este trabajo pastoral, lo apoyaba y acompañaba al Director.

Lentamente, el Apostolado de los Enfermos fue declinando, hasta que desapareció en los finales de la década de 1980 o comienzos de la década de 1990. ¿Las causas? Si se pudiera arriesgar la mención de una sola, tal vez podría decirse que fue la disminución del interés por un tipo de apostolado que algunos consideraron inclinado a formas de piedad poco “actualizadas” o, si no, la disminución de esa piedad más individual e íntima, que en algunos lugares fue decayendo para dejar mayores espacios a otros tipos de “compromisos”, tanto entre los sacerdotes como entre los laicos. En todo caso, ¿habría que buscarlas en cierta falta de percepción de las exigencias planteadas por un mundo en trance de modificaciones muy hondas? Y sin embargo, en el corazón de esas personas tocadas por el sufrimiento, entraban por medio de este apostolado -que no carecía de cierta apertura hacia una “dimensión mística”-, la alegría, la esperanza, la entereza con que transformaban en oración, en misión y desafío, aquello que para otros, al final de un destino cruel, suele ser fatalidad y desaliento.

Los asociados eran enfermos incurables, o que preveían alcanzar la curación sólo después de largo tiempo: Paralíticos, deformes, cancerosos, atrofiados, disminuidos física o psíquicamente... Ellos no sólo encontraban consuelo asociándose al Apostolado y sintiéndose unidos a muchos otros enfermos, de cuya oración y preocupación participaban, sino que descubrían el sentido cristiano de la enfermedad y la seguridad de que tenían un lugar en la Iglesia. Enfermos, muchos de ellos, cuya sola vista hacía que nos recorriera un escalofrío, pero en los cuales se percibía la fuerza de una alegría transformadora y de una paz interior difícilmente descriptibles. Al narrarlo, imposible no recordar al menos un nombre que lo sintetiza todo: Teresa Manara, aquella pequeña mujer físicamente destrozada, cuya mirada transparente de luz espiritual es imposible olvidar. O aquella mujer anónima, con su pequeño hijo con la cabeza horriblemente deformada, que en su rostro de madre, más que dolor, llevaba dibujada la expresión misma de la fe.

La Parroquia de Lourdes (1910-1958)

Fundación y primeros años

En Santos Lugares, los años que van desde 1910 hasta 1933 constituyen el período de la fundación de la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes y la creación de varias de las agrupaciones laicales que congregan o congregaron a la feligresía. El de 1933, además, es el año en que fallece el primer Párroco, constructor de la Gruta e iniciador de la iglesia aún inconclusa.

“Hacia 1910, Santos Lugares no era más que un suburbio en formación. No existían las hermosas calles pavimentadas que se ven ahora”, leemos en un escrito de 1947, sin firma, pero que debe atribuirse al P. Francisco de Paula Blachère. “Algunas raras casuchas, algunas cabañas de madera o de cinc eran toda la riqueza de sus tierras sin cultivar. Y los que, más bien por costumbre, recibían el nombre de caminos, no eran otra cosa que ríos de polvo, en verano, y un verdadero barrial, en invierno. Durante cinco o seis meses al año, era una grave imprudencia aventurarse en esos peligrosos pantanos y, a veces, hasta una imposibilidad absoluta para los vehículos. En esos tiempos lejanos, Santos Lugares no era Parroquia ni poseía el majestuoso templo actual. Pertenecía a la Parroquia de San Martín, que la ausencia de rutas y medios de circulación volvían lejana y de difícil acceso. Por lo tanto, allí se necesitaba al menos una capilla auxiliar”. El Pbro. Juan Anzola y el Pbro. Juan Ignacio Yani “tuvieron la iniciativa de construir, por cuenta de ellos mismos, una humilde capilla de madera; y, para dar asilo al futuro capellán, habían hecho construir, a un costado, una casita también de madera, que se componía de cuatro pequeñas salas separadas por un corredor del mismo estilo [...] Informados de que el P. Román había llegado con la intención de fundar en la Argentina, los Padres Anzola y Yani le ofrecie-

ron la humilde capilla de Santos Lugares y consiguieron que Mons. Juan N. Terrero, Obispo de La Plata, aceptara designarlo capellán” (31).

Desde el 30 de septiembre de 1910, el P. Román Heitman fue el único religioso asuncionista residente en la Argentina, hasta que llegó de Chile el P. Godofredo Pierson, el 26 de mayo de 1911. Pero, hasta el fallecimiento del P. Antonio Silbermann, el 15 de noviembre de 1933, se sucedieron varios religiosos trabajando en las diversas obras.

Desde 1911 hasta 1913, el P. Román Heitman acumulaba las funciones de Superior de todo el grupo de religiosos asuncionistas de la Argentina y de Capellán Vicario de Santos Lugares, además de ser el capellán de las Hermanitas de la Asunción, de la Capital Federal. El P. Román -narra el P. Blachère en el citado escrito de 1947- “a las 5 de la mañana se ponía en marcha hacia la capellanía de las Hermanitas. Vuelto a Santos Lugares, se entregaba en cuerpo y alma al ministerio parroquial, particularmente a la visita de los enfermos. Su celo jamás decayó; era como si un fuego interior obligara su cuerpo a moverse, y ese fuego no se apagó jamás”.

En 1911, el 4 de mayo, tiene lugar el hecho más significativo para la historia religiosa de Santos Lugares, que consiste en el voto de los religiosos, de edificar una Gruta si la Virgen de Lourdes devolvía la salud al P. Rafael Doassans. Además, el 4 de junio, tiene lugar la bendición de la capilla dedicada a San Antonio de Padua, y el 15 de agosto se da la Primera Comunión a 4 personas y, además, al primer comulgante de sexo masculino de Santos Lugares, se consigna en las crónicas.

El 1º de octubre de 1911, el P. Román bendijo la estatua de la Virgen de Lourdes, que colocó en la capilla de San Antonio, y creó la Hermandad de Nuestra Señora de Lourdes.

En 1912, el 24 de marzo, se bendijo el primer Vía Crucis, cuya donación los Hnos. Veloso consiguieron de una dama de la Capital Federal. El 11 de septiembre de este año, el P. Román, en un documento firmado por él

mismo, consagra Santos Lugares al Sagrado Corazón, a Nuestra Señora de Lourdes y a Santa Teresita, encomienda los enfermos y moribundos a San José y nombra a San Antonio ecónomo de la Capellanía.

El mismo P. Román siguió siendo Superior del grupo de religiosos hasta 1915; pero, desde 1913, el P. Godofredo Pierson se desempeñó como Capellán Vicario de Santos Lugares, hasta 1915, en que lo sucedió el P. Antonio Silbermann, que fue canónicamente el primer Superior de la Comunidad y Capellán Vicario.

La misión del P. Godofredo “fue la de hacer todo a partir de la nada. Entregándose de corazón entero al ministerio tan absorbente de la vida parroquial, el Padre conservaba en el fondo de su alma ese amor de la Santísima Virgen, que debía dirigir toda su vida apostólica, al mismo tiempo que el deseo de realizar una gran obra de devoción a Nuestra Señora de Lourdes en este rincón de tierra argentina”. Durante estos años, los Padres - que en los comienzos tuvieron que padecer grandes privaciones, debidas a la pobreza del lugar y a la falta de recursos propios- se empeñaron en organizar el trabajo pastoral de la futura Parroquia.

En 1913 ya existía la “Virgen del Patio”, levantada entre la puerta de entrada de la cripta hoy existente y la del actual jardín de la comunidad religiosa; cubriendo esa imagen, el 11 de febrero se hizo una Gruta de papel y por primera vez tuvo lugar una procesión por la avenida La Plata.

El 28 de junio de 1914, el P. Godofredo Pierson consagró la Capellanía al Sagrado Corazón de Jesús, y firmó el acta correspondiente junto con 98 feligreses.

En el lugar modesto de Santos Lugares, a donde los Padres Asuncionistas llegaron un poco por descarte, van colocando, con ese entusiasmo que brota de la fe, los cimientos de una gran obra. En 1919, la presencia y la irradiación del futuro Santuario se veían como una promesa cierta; de modo que, por medio del P. Pedro Etchemendigaray, se realizó una gestión

ante el Presidente Hipólito Yrigoyen y, el 7 de septiembre de ese año, la estación La Villa, del que sería después Ferrocarril Urquiza, pasó a llamarse Lourdes. (El P. Etchemendigaray, de la Congregación de los Padres Bayoneses, había tenido como discípulo en el Colegio San José, de Buenos Aires, al doctor Yrigoyen). Diez meses más tarde, fue creada la Parroquia por un decreto episcopal fechado el 31 de julio de 1920; pero antes de ejecutar este mandato, y a pedido del P. Silbermann, Mons. Terrero impone a la nueva Parroquia el nombre de Nuestra Señora de Lourdes (15 de septiembre). El primer Párroco es el P. Silbermann, que se desempeñará como tal hasta 1924 y será también Superior de la Comunidad.

Echando raíces: 1924-1931

Desde este año de 1924 y hasta 1930, el P. Jorge Neush ejerce como Superior y Párroco. La inauguración provisoria de la cripta a medio construir se realizó el 22 de diciembre de 1925.

El 2 de febrero de 1925 fue fundada la Conferencia Vicentina del Beato Federico Ozanam; pero, en 1927, el boletín parroquial *Bernardita* (del 13 de febrero) escribe que esta Conferencia fue dirigida “desde su fundación por el R. P. [Edmundo] Vanini”, que, habiendo comenzado sus estudios eclesiásticos ya pasada la adolescencia, se formó con los asuncionistas de Santos Lugares, a pedido del Obispo de La Plata, y se inició pastoralmente bajo la dirección de estos religiosos. De Santos Lugares pasó a desempeñarse como Párroco de Florida, en Vicente López. El joven que más tarde sería el P. Gabriel Kearney -hijo del sacristán de la Gruta-, siendo el segundo Presidente de la Conferencia de Santos Lugares, dejó esta obra para ingresar como religioso en la Congregación de los Asuncionistas. (El primer Presidente de la Conferencia de Santos Lugares, fue el joven que más tarde sería el Pbro. Guillermo Svacina).

En cuanto al trabajo de los Vicentinos, se debe decir que eran muy activos en su asistencia material y espiritual. Constituían una asociación de jóvenes que ponían todo su empeño en santificarse mediante la práctica de

la caridad. Primero atendían a las necesidades materiales, pagando el pan de los pobres, la leche que les proporcionaban, los medicamentos, el alquiler de sus casas, etc. Segundo, se volvían los apóstoles que les mostraban el camino, los catequizaban, los inducían a bautizar a sus hijos, los convencían de casarse, etc.

Por otra parte, en 1931 fue creada en la Parroquia la Conferencia Vicentina de Señoras. El boletín parroquial del 12 de julio trae una lista de damas de la Capital Federal, que daban su nombre como colaboradoras de esta Conferencia de Señoras.

Para los más pequeños, existían las Bernarditas, fundadas el 15 de agosto de 1926, que constituían una asociación integrada por niñas de la Doctrina Cristiana, cuyo propósito era imitar la vida de Bernardita Soubirous, observando buen comportamiento, siendo piadosas y amantes de la Virgen; pero también se comprometían a atraer a otros niños al catecismo parroquial. Cuando tomaban parte en los actos de la Parroquia, llevaban un manto blanco y una cinta celeste. Otra obra nacida en 1927 a la sombra de la Gruta fue la Academia Bernardita, patrocinada por las Hijas de María, en la cual se enseñaba toda clase de labores a las niñas cuyos padres, por falta de recursos, no podían proporcionarles este beneficio. Y, además, en 1928 existía otra agrupación, llamada Cruzada Eucarística, integrada por una Sección de Niños y otra Sección de Niñas, entre los cuales se fomentaba la piedad eucarística.

La Fraternidad de Nuestra Señora de Lourdes, fundada el 25 de mayo de 1924 por el P. Jorge Neusch, era una suerte de club al cual se integraban muchos hombres y jóvenes obreros que habitualmente no se acercaban a la Iglesia, y con los cuales los hombres de la feligresía parroquial y los mismos religiosos hacían amistoso contacto en torno de la mesa donde jugaban a las cartas, a la mesa de billar o a la cancha de bochas o de básquetbol. Pero estos hombres también escuchaban instructivas conferencias (doctrina social, religión, etc.) a cargo de alguno de los religiosos de la Parroquia y disfrutaban de actividades recreativas y artísticas de buen nivel (teatro,

canto popular, números cómicos, canto lírico, etc.). La Fraternidad llegó a contar en algún momento con una Agrupación Artística de Jóvenes.

La Fraternidad de Lourdes puso en práctica un modo de agrupar gente en torno de la Iglesia, podría decirse; pero, ciertamente, un modo de evangelización (o de pre-evangelización, como se decía entonces), de extensión de la cultura, la educación popular y la integración social en una población en buena medida de origen migratorio, que en parte guardaba todavía en la memoria ciertos prejuicios o los viejos rencores de sus lugares de origen, así como la influencia del anarquismo y el socialismo. Su presencia en la vida parroquial y en la población en general se extendió por espacio de 53 años, hasta que, a impulso de las nuevas formas de apostolado, en 1978 cerró sus puertas.

La obra levanta vuelo: 1932

Aquellos eran los tiempos que siguieron al gran *crack* de Wall Street. Junto a otras agrupaciones ya mencionadas, en la Parroquia de Santos Lugares actuó al servicio de los más pobres la obra de la Miga de Pan. En julio de 1932 el boletín parroquial, del 17 de ese mes, trae una importante noticia y hace un urgente llamado. En efecto, en el editorial de ese número de la revista leemos que “la miseria va agravándose en muchos hogares humildes de obreros. No hay trabajo y no hay pan”; razón por la cual se deja oír el llamado del Papa: “Nuestro corazón ha latido con violencia mientras pensábamos en esto, y elevamos nuestras voces para dirigir un llamamiento a todos los que poseen el sentido de la fe y del amor cristiano; un llamamiento para que se inicie lo que podríamos quizá calificar de una cruzada de caridad y socorros”. En consecuencia, se anuncia que “se ha fundado en esta Parroquia, bajo el alto y eficaz patrocinio del Párroco, R. P. Antonio Silbermann, una obra humilde como su nombre: La obra de la Miga de Pan, que ofrece a los necesitados de este pueblo una excelente ayuda en forma de una cena tan substanciosa como sabrosa, todos los días a las 17 y 30 horas”. Y a continuación pide la colaboración que puede consis-

tir en un pedazo de pan o de carne o un poco de verdura; pero dice también que los nombres de los bienhechores quedarán guardados en el corazón de Dios, sin que se los dé a publicidad.

La Miga de Pan comenzó en julio de 1932, cuando atendió a 70 personas y sirvió 1.937 comidas, que durante ese invierno llegaron a ser 8.697. En 1933 repite el llamado y agrega que está dispuesta a recibir también “ropa usada que se transformaría en ropita nueva para los pobrecitos niños”.

En la Parroquia de Lourdes de aquellos años, se descubre una ayuda perseverante a los pobres. El número 18 del boletín *Nuestra Señora de Lourdes*, en el año 1934, trae un comentario que explica esa necesidad: “Es una marea ascendente que lo invade todo. De madrugada, los mendigos que proceden de los suburbios y se quedan en la capital se refugian en los quicios de los portales o se tumban en los bancos de los paseos. Hecho que estremece es que los padres abandonan a sus hijos, confiados en que las autoridades les darán el alimento que ellos no pueden proporcionarles. La mendicidad callejera reviste las más variadas formas: niños pordioseros que venden alfileres o cromos, y que pululan por los mercados y sitios de aglomeración para hurtar lo que pueden; obreros sin trabajo situados en puntos estratégicos, mujeres cargadas de hijos... Las asociaciones de caridad luchan denodadamente; entidades y particulares esfuérganse por reducir el hambre. Pero todo es poco, porque la miseria asciende como una inundación. Nunca se ha conocido más hambre y miseria que ahora”. Eran los tiempos que siguieron al *crack* de Wall Street, y entre las asociaciones que cita la nota del boletín están, ciertamente, las que hemos mencionado.

El Colegio de Lourdes

El P. Francisco de Paula Blachère escribe lo siguiente: “Además, la preocupación de asegurar el futuro espiritual de la Parroquia, que se encuentra en las manos de los jóvenes, llevó a los Padres a tomar la decisión

de crear la escuela, en la que actualmente [en 1947] 300 chicos reciben casi gratuitamente instrucción intelectual y moral de primer nivel”.

El boletín parroquial *Bernardita*, del 4 de junio de 1933, narra los comienzos del Colegio. “En el local de la calle Gowland [actualmente Pío XII], cedido por la iglesia parroquial, inicióse el [sábado] 24 de mayo de 1930, por feliz iniciativa del P. Jorge Neusch, y contando con la ayuda desinteresada de abnegados corazones, el primer día de clases del entonces incipiente Jardín de Infantes, compuesto por cuarenta y cuatro valientes niños [de 5, 6 y 7 años] que, con su asistencia diaria y su aplicación al estudio, echaron las bases de ese conjunto de cualidades que caracteriza y distingue al Colegio de Lourdes”. No obstante, en otro lugar hemos encontrado que el 25 de mayo hubo una “inauguración” y que las clases comenzaron el lunes 26; pero que la inauguración “oficial” se hizo el 9 de julio siguiente.

Las clases se daban en una casa que se hallaba en el actual descanso de los peregrinos, recostada sobre lo que es el jardín de la casa de los religiosos. Mas, al cumplirse la primera etapa de enseñanza y cuando un nuevo contingente de alumnos hizo su aparición en las aulas, éstas resultaron pequeñas para contenerlos, y entonces fue necesario buscar el medio de conciliar el aumento progresivo del alumnado con el de un local apropiado para la enseñanza. De la primitiva casa se trasladó a un edificio propio, construido gracias a la ayuda de bienhechores que apreciaron el valor de la obra. Este segundo edificio es el actual Ateneo P. Antonio Silbermann; pero, sobre lo que fue su patio de recreo, se levanta actualmente el Ateneo Manuel d’Alzon.

“Grandes dificultades surgieron en ello, pero felizmente fueron conjuradas, gracias a la generosidad del señor Pedro Martín, quien, en calidad de préstamo y sin poner en ello más cláusula que su desinterés, prestó el dinero necesario para adquirir el local”.

En marzo de 1932, la escuela tenía Primer Grado Inferior y Primer Grado Superior; en marzo de 1933 se le agregó Segundo Grado y alcanzó a tener 138 alumnos. Éstos fueron 240 en 1937, cuando contaba con 8 aulas y 2 patios. En 1937 egresó de la escuela la primera promoción, de 8 alumnos: Ángel Parodi, Rodolfo Dondero, Juan Madrea, Osvaldo Regalado, Pedro Verón, José Luis Varesse, Armelindo Elisiú y Juan M. Rebollo.

Había que buscar también respuesta a otros desafíos económicos y financieros, no fáciles de resolver, lo cual invitaba a la imaginación y la iniciativa. Los mismos pequeños alumnos trabajaron instalando kioscos en la vía pública los domingos; pero hubo también ayuda monetaria de personas generosas, kermesses y otros beneficios. Al iniciarse el Colegio, en 1930, el Consejo Nacional de Educación envió 24 bancos para la escuelita y se recibieron en donación diversos materiales didácticos de la Casa Curt, de Berger y Cía., de la Editorial Estrada y de la Casa Cabout.

Ya desde sus comienzos, el Colegio de Lourdes intentaba responder “no solamente a un fin bien determinado, sino también llenando el vacío enorme que significaba la no existencia de un centro educativo que uniera a la instrucción primaria la educación católica, base y punto de partida de toda moral, tan olvidada, desgraciadamente, en nuestros tiempos, por ser la única que presenta a la humanidad la justa solución de los difíciles problemas que afectan por igual a individuos, familias y gobiernos”. Precisamente, en la Libreta de Calificaciones Mensuales de un alumno, el Reglamento del Colegio dice que “el fin del Colegio es precisamente armonizar una instrucción sólida con una cristiana educación” y que “los niños deberán dar toda la importancia a la enseñanza religiosa, como a los demás ramos” y asistir a Misa los domingos y días festivos. Por otra parte, “los padres de los alumnos podrán visitar las clases y solicitar de la Directora y de las maestras respectivas los informes que estimen convenientes”. Y, “siendo el Colegio gratuito -agrega-, es natural que los padres de los alumnos contribuyan en la medida de sus recursos a saldar los ingentes gastos que exige la administración de un colegio”. En el mismo Reglamento, se señalan también las faltas que pueden motivar una expulsión; pero “los padres de fami-

lia se comprometían a cooperar en el trabajo educativo de las maestras y cuidar que sus hijos cumplieran con las tareas escolares”. El horario del Colegio de Lourdes, de lunes a sábado, era el siguiente: De 8 á 11 y de 14 á 16; pero los jueves por la tarde no había clase.

Luego, *Bernardita* prosigue diciendo que “los programas que se desarrollan son los oficiales del Consejo Nacional de Educación de Buenos Aires. A fin de año, los alumnos son presentados ante mesas examinadoras designadas por el Consejo; y el éxito logrado en ocasiones anteriores confirma la veracidad de nuestro aserto”, en el sentido de la calidad de su enseñanza. Los objetivos de la educación eran la formación cristiana de los niños, la formación ciudadana y los sentimientos patrióticos de los mismos, la defensa y la conservación de la tradición argentina contra las utopías exóticas. Un propósito relevante en el cual se hallan comprometidos los maestros, de los cuales mencionamos a los primeros, en homenaje a su tarea: La Directora, señorita Rufina Payne, y las señoritas Elvira Abadie, Haydeé y Nelly Castiarena, Elena Rourke, María Elena Fernández, Teresa Ferro y el señor Osvaldo Folcher.

Pero, ya desde los primeros tiempos, el Colegio de Lourdes no se limitaba a la educación primaria. Para los exalumnos y los jóvenes del pueblo funcionaba en el mismo local, de 18 á 20, la Academia de Lourdes. En ella se enseñaba idiomas, taquigrafía, dactilografía, electricidad, telegrafía, radiotelegrafía, contabilidad y otras materias. Lo necesario como para que el niño que había recibido en los grados de la escuela primaria los conocimientos elementales, pudiera después adquirir otros, que le servirían para encontrar un trabajo digno, como oficinista o como trabajador manual. Eran las necesidades de la época entre la gente pobre, a la cual los Padres de Lourdes querían ofrecer la base necesaria para elevarse en todos los sentidos, y lo hacían con eficiencia.

Los Religiosos Asuncionistas interesaron a bienhechores de la Capital Federal, y obtuvieron de éstos su generosa contribución para levantar el edificio de la calle Martínez de Hoz. Pero debe destacarse que el Colegio

nació estrechamente vinculado a la Fraternidad de Lourdes y que ésta lo consideró una obra a la cual debía servir, haciendo todo lo posible para que ofreciera una excelente educación a sus alumnos, que eran hijos de familias pobres. El boletín parroquial *Bernardita* del 14 de julio de 1931 (p. 2-4) ofrece un valioso testimonio de lo que fue este apoyo de la Fraternidad de Lourdes al Colegio.

La enseñanza religiosa en las escuelas del Estado era un objetivo de la Iglesia en la Argentina, a la cual los padres tienen derecho en razón de su fe y de su condición de ciudadanos, pero también en razón de la libertad de conciencia. El hecho de contar con un Colegio propio no dispensaba de la lucha para conseguir esta educación católica en las escuelas del Estado, y *Bernardita*, que lo destacaba siempre que podía (ver agosto de 1933), escribía en marzo de 1947: “Al par que en todas las partes de la República, nuestros jóvenes han hecho la mayor campaña posible para despertar en los católicos del pueblo, la conciencia de la gravedad del problema que se trataba. / Las vísperas del debate en la Cámara, han llenado de carteles alusivos todo Santos Lugares y pedido la adhesión de los feligreses. Los jóvenes de la Acción Católica y los de la Juventud Obrera Católica se han destacado en su propaganda intensa”.

Fallecimiento del P. Silbermann

Desde 1930 hasta 1933, el P. Silbermann fue nuevamente Superior y Párroco; pero, en 1933, hallándose gravemente enfermo, debe abandonar el cargo y fallece poco después. Con ocasión de su muerte, *Bernardita* pudo escribir lo siguiente: “Recordar la vida del ilustre anciano sería relatar al mismo tiempo la de esta villa [de Santos Lugares], tan unidas estaban ambas. Fue él, en efecto, quien con celo infatigable y visión profética luchó con todas sus energías para implantar, en aquel entonces incipiente pueblo de Santos Lugares, la obra mariana”.

Fundador de la Gruta y del Santuario, el P. Silbermann fue un apóstol y un trabajador incansable; pero, sobre todo, un hombre de Dios. El señor Luis E. Comandi, Secretario de la Junta Parroquial, decía de él, al despedir sus restos que descansan al pie de la iglesia cuya construcción comenzó con enorme fe y energía: “Unía a su fecundo apostolado una bondad natural, con la que ganaba el corazón de los fieles, quienes le profesaban un cariño tan sincero como profundo, puesto que en él se reconocía al sacerdote de virtud acrisolada y austeras costumbres”.

Consolidando “el edificio espiritual”

El año 1933 puede ser considerado el comienzo de un nuevo momento en la vida de la Parroquia; el cual se extiende, a mi modo de ver, hasta 1958. En efecto, es en estos años que la Parroquia se pone plenamente en marcha y crea importantes agrupaciones laicales, potenciando a los seglares en su dedicación al apostolado. Ahora, entre ambas fechas, se tratará de seguir construyendo “el edificio espiritual” y de consolidarlo.

En 1933, el P. Fernando Castel tomó la sucesión del P. Silbermann, permaneciendo en el cargo hasta 1936, en que el P. Antonio Berthou fue designado Superior y Párroco. Dotado de un carácter prudente, pero dinámico y emprendedor, el P. Berthou tuvo que hacer frente a dificultades que repercutían en la comunidad parroquial, provocando divisiones y enfrentamientos que pudieron superarse gracias a las condiciones de conductor de este religioso. A su vez, el P. Carmelo Péroulié ocupó ambos cargos, desde 1945 hasta 1958. A este Padre le tocó valerse de toda su prudencia y su tacto delicado para sortear dificultades y problemas originados en las circunstancias políticas del país; pero, sobre todo, la labor del P. Carmelo se caracterizó por el incansable dinamismo apostólico y la profunda espiritualidad de este religioso, que poseía un gran espíritu sobrenatural. A él le correspondió celebrar los grandes acontecimientos del Año Santo de 1950, la proclamación del dogma de la Asunción de María (1950), la conmemoración del Centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Con-



P. Carmelo PÉMOULIÉ (1897-1977)
Superior y párroco de Santos Lugares
(1945-1958),

cepción (1954) y la celebración del Centenario de las Apariciones de Lourdes (1958). Precisamente con ocasión de este último fue recibida la imagen de Nuestra Señora de Luján, que se encuentra en el altar próximo a la entrada de la cripta, estableciéndose de este modo una suerte de “hermandad” entre aquel Santuario Nacional y el de Lourdes. El hecho tuvo lugar en febrero de 1958. La llegada de la imagen de Luján fue todo un acontecimiento en Santos Lugares, protagonizado por Mons. Anunciado Serafini, Obispo de Mercedes, y el P. Carmelo Pémoulié, con la participación del Círculo Criollo “El Rodeo”, cuyos integrantes vestidos con las mejores prendas gauchas transportaron la imagen que venía en una auténtica carreta tirada por bueyes y acompañada por innumerable cantidad de pueblo. Todos estos programas cargados de intensas actividades no impidieron al P. Carmelo comunicar un gran impulso a las obras del Santuario, a la pastoral

ordinaria y a la atención de los peregrinos, a pesar de su contextura débil y su salud precaria.

El P. Blachère afirma que “debemos hacer notar que -en Santos Lugares- el celo de los Padres Asuncionistas se ha orientado no solamente hacia la construcción de la iglesia, sino también, y sobre todo, hacia otro edificio más hermoso y más importante que la iglesia de piedra, que es el edificio espiritual de la Parroquia”. Con lo cual quiere decir que, a la sombra del Santuario, se venían desarrollando todas las obras parroquiales tradicionales y también los nuevos métodos de apostolado moderno. La mayoría de estas organizaciones parroquiales, más que figurar en una lista enumerativa, merecería un recuerdo particularizado, por la significación que alcanzaron en la vida parroquial.

La *Acción Católica Argentina* fue la niña de los ojos de los pastores de la Iglesia. “Uno de los grandes bienes de la Acción Católica -escribía en 1933 el boletín *Bernardita*, en su N° 169- consiste en que une todas las fuerzas de todas las entidades de la Parroquia, para el mejor éxito del apostolado católico”. En atención a esto, a la Junta Parroquial de la Acción Católica se le confería la responsabilidad de auscultar las necesidades del momento y determinar qué era lo más oportuno para el éxito del apostolado; pues se consideraba que la Acción Católica “es el centro directivo del

catolicismo de la Parroquia, por medio del cual el Párroco difunde a todas partes y a todos los centros su pensamiento, su preocupación y sus órdenes de apostolado”. Estas palabras -que evidencian una fuerte centralización y al mismo tiempo un definido clericalismo-, definían sin dejar dudas el lugar que la nueva institución debía ocupar en la Parroquia, la extensión de su acción, la primacía que se le concedía sobre todas las demás, la exclusividad del mandato que se le confería. De aquí, la necesidad de “que el socio se posea de la grave responsabilidad que implica ser miembro de la Acción Católica, en cuyo organismo no se puede permanecer indiferente o inactivo”.

Respecto de cómo se fue gestando la Acción Católica en Santos Lugares, el mismo boletín, en su N° 174 (año 1933), afirmaba que sus cimientos fueron puestos durante la misión predicada en la Parroquia en mayo de 1932. Una vez terminado el tiempo que llevó preparar su creación, la misma fue establecida oficialmente el 21 de mayo de 1933, en un acto rodeado de solemnidad, que contó con la bendición episcopal y la adhesión y presencia de un grupo selecto de personas eclesiásticas, religiosas y seglares, y contó muy pronto con sus respectivas Secciones de Aspirantes y de Niños. Fue un acto cuya brillantez debió templar el espíritu de los nuevos militantes y llenarlos de entusiasmo. Aunque ya no era Párroco, el P. Jorge Neush fue el motor y el alma de esta fundación, cuyos primeros responsables parece oportuno recordar. Éstos fueron el señor Juan B. C. Comandi, Presidente de la Junta Parroquial, el señor Alberto E. Richards, Presidente del Centro de los Hombres, la señora Elena B. de Richards, Presidenta del Círculo de las Señoras, el señor Carlos Seery, Presidente del Centro de los Jóvenes y la señorita Enriqueta Partarrieu, Presidenta del Círculo de las Jóvenes (*Bernardita*, 1933, N° 175, 176, 178, 179).

Según su propia definición, la Acción Católica Argentina es una institución que participa en el apostolado de la jerarquía eclesiástica. En Santos Lugares comenzó a existir en la misma época en que se fundaba en el país y constituyó una presencia calificada en la vida parroquial, al menos hasta la segunda mitad de la década de 1950, cuando se hacen más evidentes ciertos factores que van a ir transformando la sociedad y la Iglesia en la Argentina. En efecto, debe destacarse una dedicación al apostolado, no sólo testimonial, sino también de participación activa en la catequesis parroquial, en la formación de la niñez y la juventud, y en la formación de los laicos en general. Por otra parte, la Acción Católica se encargó particularmente de fomentar la piedad entre sus socios, mediante una formación más sólida, y en el pueblo cristiano en general, incluso por medios propagandísticos. Se puede decir sin lugar a dudas que estos hombres y mujeres y estos jóvenes constituían una presencia activa y valiosa, acompañados por sacerdotes como los Padres Antonio Silbermann, María Ángel Gabory y Fernando Castel, y más tarde los Padres Carmelo Pémoulié y Regis Loaëc, decidi-

damente comprometidos con este tipo de apostolado. A pesar de esto y de lo que a menudo se solía insinuar, en el sentido de que sus filas constituían para los jóvenes una suerte de preparación para el seminario o los noviciados, en Santos Lugares, durante el espacio de tiempo que nos ocupa, se vio el ingreso al sacerdocio de sólo dos de sus militantes: Uno de ellos de Santos Lugares y el otro de Sáenz Peña -P. Roberto Favre, asuncionista, y Pbro. Reinaldo Fiordalisi-. Pero hubo también algunas jóvenes que abrazaron la vida religiosa. Algunos años después se agregó otra vocación asuncionista, con el P. Javier Fontán.

La Acción Católica, impulsada por la Parroquia y el Episcopado -de éste procedían las orientaciones que hemos citado-, cosechó méritos incuestionables y prolongó con fuerza su actividad hasta 1955, o poco más. No obstante, a partir de esta fecha, su impulso comenzó a debilitarse, debido a las cambiadas circunstancias sociales y políticas del país, pero también por otras, propias de la vida interna de la Iglesia. Por otra parte, si en sus primeros tiempos de Santos Lugares se nota la mano firme del fundador y primer asesor, y la adhesión decidida de muchos de sus seguidores, nos quedamos con la sospecha de que, el papel de preeminencia que se le asignaba, junto con la presencia de esa mano firme que imponía una cierta hegemonía sobre otras instituciones, ayudaron a crear prevenciones más o menos prolongadas.

La *Congregación de las Hijas de María* había sido fundada por el P. Jorge Neusch el 6 de agosto de 1924; pero al celebrar sus primeros 10 años de existencia, en 1934, contaba 58 miembros y 41 aspirantes, y de sus filas habían salido 5 vocaciones religiosas femeninas.

En la línea de *las misiones predicadas al pueblo*, hay que decir que éstas constituyeron una práctica habitual ya desde los inicios de la Parroquia. Predicadas por religiosos que se dedicaban específicamente a este tipo de ministerio -generalmente redentoristas o pasionistas-, alguna vez fueron preparadas por la visita de la imagen de la Virgen a los hogares (una especie de pre-misión que trataba de ir preparando el clima para la llegada de los misioneros). Algunas veces estas misiones merecieron el comentario

que señalaba una nutrida participación popular en las mismas; pero, como es habitual en este tipo de misión, daban la ocasión para que muchos, que no lo habían hecho antes, vinieran a la Parroquia a recibir los sacramentos. En la misión del año 1927 -se debe tener en cuenta el año y la circunstancia de una población en general no completamente evangelizada-, se dice que hubo: 4.000 comuniones, 284 confirmaciones, 12 matrimonios regularizados, 11 bautismos de adultos.

La zona de Santos Lugares, se sabe, estaba poblada también por muchas familias de origen irlandés, y los Padres Pasionistas venían con frecuencia para confesarlos en inglés y asistirlos espiritualmente. El boletín parroquial anunciaba en inglés la fecha, ordinariamente una vez al mes, de la presencia de los Padres. Pero debe señalarse también que los pasionistas, periódicamente, predicaban para ellos una misión especial en su idioma. Conocida la profundidad de las convicciones religiosas de los irlandeses, debe señalarse que estas misiones eran generalmente muy concurridas.

Después de 1960, más o menos, los Obispos Mons. Menéndez y Mons. Villalba promovieron misiones diocesanas en las que participó activamente la Parroquia.

El *Grupo Scout N° 24*, que lleva el nombre de Nuestra Señora de Lourdes, tiene una nutrida historia. Fundado por el joven sacerdote Enrique Tiscornia, el 3 de diciembre de 1939, cuando hicieron la Promesa los primeros 11 scouts del Grupo, tuvo como segundo capellán al P. Antonio Berthou. Durante 30 años, desde 1940 hasta 1972, el P. Antonio hizo de los scouts de Lourdes la niña de sus ojos, volcando en el trabajo con estos niños y adolescentes lo mejor de su alma de sacerdote. Ciertamente, el secreto de su éxito con ellos se hallaba en su alma sacerdotal; pero también en el hecho de que esos niños y adolescentes sabían que los quería y que su tiempo era para ellos.

El Maestro Scout Roberto Bruni recuerda los comienzos de aquel puñado de muchachos, que fueron “aplicando sobre la marcha el método de

Baden Powell”. El Grupo 24, dice el M. S. Bruni, “ha sido uno de los Grupos que más dirigentes ha dado al Movimiento Nacional”, y sus integrantes “han estado casi permanentemente en la conducción de la USCA [Unión Scouts Católicos Argentinos]”. Además, “de sus filas han salido vocaciones sacerdotales, ejecutivos de empresas, industriales, comerciantes, militares, empleados y obreros ejemplares, probos padres de familia”. Y, agrega Bruni, éste “es el único Grupo de la USCA que hasta el presente [1981] ha dado tres Jefes Nacionales al Movimiento”: Oreste Casucci, Humberto Astelli y Mario Vivino.

Por otra parte, José C. Massaldi, Mario Bertone y Juan Comandi se cuentan entre las vocaciones sacerdotales surgidas del mismo, y otros dos jóvenes van actualmente en camino hacia la ordenación sacerdotal. Además, fueron también varios los chicos salidos de las filas del Grupo 24, que ingresaron en la Escuela Apostólica de los Padres Asuncionistas de Olivos, entre 1940 y 1955, aunque después no concretaron una posible vocación religiosa. Asimismo, es interesante notar que seminaristas de Villa Devoto y estudiantes jesuitas de San Miguel hacían “pasantías” en el Grupo y algunos de ellos -junto con uno que otro sacerdote- llegaron a formular la Promesa.

Los primeros dirigentes se habían formado al lado del Pbro. Julio Meinvielle, fundador y primer capellán de la USCA, y del doctor Alfonso Rafaelli, que era miembro de la Obra Cardenal Ferrari. Otro amigo de la Asunción, el doctor Ernesto Padilla (h.), fue también Jefe Nacional Scout. Con todos éstos y otros meritorios dirigentes tuvo el P. Tiscornia una estrecha relación, y en ellos encontró a unos de sus mejores colaboradores. Sin embargo, hablando del Grupo Nuestra Señora de Lourdes, hay que referirse al M. S. Oreste Casucci. Este distinguido dirigente laico, el mismo día de la primera Promesa en Lourdes, impresionado por el espíritu del Grupo que se iniciaba, se ofreció allí mismo, delante de la Gruta, para “darle una mano” al fundador. En realidad, pasó a ser el primer Jefe del flamante Grupo 24 y lo que le dio fue su alma. Junto con el M. S. Oreste Casucci y el P. Antonio Berthou, el M. S. Humberto Oscar Astelli formaba una tríada que, en los

años 1940 y siguientes, dio a los scouts de Lourdes ese espíritu que habría de ser su característica más profunda.

Es cierto que los alumnos de la Escuela Nuestra Señora de Lourdes tenían un cupo reservado; pero la inscripción, que no se cerraba para nadie, casi todos los años debía clausurarse sin poder dar cabida a todos los aspirantes, por falta de espacio físico. Una indeseable pero inevitable lista de espera incluía los nombres de los más ansiosos por entrar. Pero se quería, sin embargo, “que el Grupo se formara con chicos de todas las condiciones sociales y que, además de formar santos -dice Bruni-, formara hombres de bien”. Con la intención de servir mejor a este propósito, el Jefe del Grupo visitaba a las familias, intentando conocerlas para ayudar a la mejor formación del chico.

El M. S. Casucci, a su vez, en carta del 15 de marzo de 2004, me confesaba lo siguiente: “A los chicos nunca les pedimos un centavo, y parte o todo el costo de los uniformes lo costeábamos nosotros”. Nunca se recibió ayuda del Estado; a pesar de lo cual el Grupo 24 se hallaba abundantemente provisto del material necesario para sus actividades. Rifas, festivales y algunas donaciones que solía conseguir el P. Antonio cubrían el presupuesto, pues siempre hubo personas dispuestas a contribuir con su esfuerzo para sostener las actividades del Grupo. Una forma de colaboración que debe ser destacada; pues, en general, estas personas eran pobres ayudando a otros pobres, y en aquella época no había, probablemente, en Santos Lugares un solo niño que pudiera disfrutar de un tipo semejante de actividades, en las cuales le fuera posible hallar formación física, moral o espiritual, y muchas veces hasta atención médica.

El Grupo 24 tuvo igualmente un importante desempeño en la difusión del Movimiento Scout y, hasta 1948, con dirigentes formados en Lourdes había podido fundar otros 6 Grupos. “Párrocos vecinos de Lourdes y otros, de la misma Capital Federal, que querían lanzar nuevos Grupos, venían a pedirnos dirigentes... y nosotros se los ofrecíamos”. Así podíamos “extender el Movimiento... y dar a los mayores la posibilidad de abrirse

camino como dirigentes, puesto que el Grupo 24 producía más de los que podía absorber” (R. Bruni).

Sin duda, eran dirigentes con vocación de formadores de la juventud cristiana. Empero “todos fueron jóvenes normales, no extraterrestres. Solamente que tuvieron una vocación de scout y dejaron -eso sí- muchas otras cosas terrenales para dedicar su juventud a servir al Gran Jefe” (R. Bruni). Y no se crea que, por ser una institución católica, preguntaba a los niños y jóvenes qué religión practicaban él o su familia. La religión no se imponía a cambio de una prestación; se respetaba la más absoluta libertad, con la convicción de que la vida misma, tal como la aprendían, los acercaba a Dios. Un ejemplo notable de lo que un apóstol y educador cristiano puede alcanzar, con fe entera, con ideales grandes, con sacrificio y renunciamiento, con respeto.

Como lo recordaba el P. Blachère, a la sombra del Santuario se desarrollaron todas las obras parroquiales tradicionales; pero hay también un detalle que manifiesta la preocupación de ofrecer lugares apropiados para las reuniones de los jóvenes en vista de sus actividades propias, lo revela el mismo religioso cuando dice que, para la atención de la juventud, “los Padres poseen igualmente un local en el que se forman 130 jóvenes, en la disciplina y el buen comportamiento scout”; pero, en la época en que el mismo escribe, además, la Fraternidad de Lourdes tenía local propio. La Parroquia ya contaba “igualmente con una salita de reuniones para los jóvenes obreros”, y “una sala parroquial grande, destinada a cine y teatro”, que se levantaba, esta última, en la esquina de la avenida La Plata y la calle P. Silbermann, donde hasta hace poco se encontraba una estación de servicios de YPF. Tantas construcciones al servicio de la gente revelan, al mismo tiempo, cuáles eran las prioridades de los Padres y cuál la consideración que dispensaban a todas estas personas; pero al mismo tiempo explican alguna de las razones de la demora en la construcción de la basílica, que tenía menor prisa que la construcción de “otro edificio más hermoso y más importante que la iglesia de piedra, que es el edificio espiritual de la Parroquia”.

Boletines de Santos Lugares

Partiendo de la iglesia parroquial, hubo dos boletines que visitaban las familias de Santos Lugares; uno de ellos lo sigue haciendo todavía.

El boletín “Bernardita”

Al transformarse las *Auras de Lourdes* en el órgano del Santuario y adquirir de este modo otra proyección, el P. Jorge Neusch creó el boletín parroquial *Bernardita*, que comenzó a salir el 1° de marzo de 1926 (capítulo 4).

Bernardita se publicó de manera regular desde 1926 hasta 1933 y desde 1936 hasta 1941. Entre 1942 y 1957 seguía publicándose, tal vez con regularidad o al menos ciertamente de manera intermitente. Por otra parte, el autor que esto escribe puede atestiguar que este mismo boletín se publicaba también cuando el P. Solano era Párroco (1958-1964), y que entre 1965 y 2000 se publicó de manera casi regular. En el año 2000 siguió apareciendo, aunque lo hizo muy reducido de páginas. Hasta 1941 existe un volumen encuadernado, que contiene bastante información útil para investigar aspectos de la vida parroquial; no obstante, al no haberse perseverado en la tarea de conservación se han perdido lamentablemente otras informaciones que cubrirían unos 35 años.

En sus comienzos como boletín parroquial traía necesariamente noticias y notas de interés para los feligreses. En efecto, cada quince días, en unas pocas páginas, se encontraban el calendario y diversas crónicas de la Parroquia, bautizos, casamientos, defunciones, reuniones, etc. En el primer número se lee una carta de presentación del Párroco, que termina diciendo:

“Ve, hojita, ve a llevar con la bendición del Pastor de la Diócesis, ve a llevar con las noticias de la Parroquia, las sonrisas del cielo, la paz, la verdad”. En todas las entregas aparece una nota central firmada por el Párroco y dedicada generalmente a la liturgia, la festividad principal del mes o algún comentario sobre problemas concernientes a la Iglesia o la feligresía.

Hubo épocas, sobre todo en los primeros tiempos, en que las páginas de *Bernardita* publicaban trabajos que, a pesar de la modestia de esta hoja, superaban los límites propios de un boletín parroquial. En una reseña histórica inédita, Magdalena Noce comentaba con cierta sorpresa: “Fue escrita hace 70 años y parece increíblemente actual”.

Entre las notas más destacadas merecen señalarse una sección apologética firmada por el P. Francisco de Paula Blachère. Y también encontramos dos biografías del P. Manuel d’Alzon. En la primera de éstas, que va del N° 114 al 123, el citado autor evoca la vida del Fundador de los asuncionistas al cumplirse cincuenta años de su muerte (1930); la otra vida, más completa, fue publicada seis años más tarde en 19 capítulos.

Lo que acabo de mencionar no sólo hace pensar en un trabajo valioso en sí mismo; revela también la calidad que tenía un simple boletín de Parroquia y el nivel de exigencia de los religiosos que lo editaban. Lo que vuelve a confirmarse al descubrir en él otros trabajos: Una novela breve de Emmanuel Martín (seudónimo del Pbro. Edmundo Vanini), titulada *Pituco*, que gira en torno de las adversidades de un albañil genovés; varios cuentos de Pierre L’Ermite y de Hugo Wast; notas tomadas de otras publicaciones argentinas o extranjeras; la historia de *Auras de Lourdes* (que el P. Antonio Berthou publicó en números sucesivos).

Con la mirada puesta en los temas religiosos, catequísticos, y en general sobre las obras parroquiales, tales como las Conferencias Vicentinas, la Acción Católica, el Apostolado de los Enfermos, La Miga de Pan, la Asociación Bernardita (que se ocupaba de las niñas pobres de la Parroquia)..., este boletín tuvo siempre abiertas las ventanas a los problemas más

amplios de la Iglesia y del mundo. De este modo, pasaron por *Bernardita* la persecución religiosa de México, el comunismo en Rusia, la enseñanza de la religión en la escuela, la vida sin la fe... Y todo esto sin que se olvidaran temas cotidianos, aparentemente más simples, como un campeonato de bochas organizado por la Fraternidad de Lourdes, o también el rincón de las adivinanzas y los entretenimientos...

Cuando las circunstancias le impusieron una forma más sencilla y un contenido más reducido, las Misioneras guiadas por el P. Juan De Gasperi continuaron acercándose a los hogares con un mensaje y una información, y atrayendo mediante la humilde hojita a numerosas personas a los centros de oración. *Bernardita* trató siempre de ser el vínculo entre la Parroquia y los hogares.

El boletín “Nuestra Señora de Lourdes”

Sin que hayamos descubierto el motivo, la publicación de *Bernardita* sufre un paréntesis en 1934 y 1935, cuando en su lugar se publica otro periódico titulado *Nuestra Señora de Lourdes*, que se define a sí mismo como Boletín Parroquial de Santos Lugares, F.C.P. El Párroco era entonces el P. Fernando Castel. Comparadas con las del anterior, estas hojas parecen más bien las de un periódico de barrio, lo cual hace de ésta una publicación distinta de la primera. Además, en la presentación del “boletín” se atribuye la publicación del mismo a la necesaria evolución. Por otra parte, se sabe que aquellos asuncionistas, que no podían olvidar la experiencia de la Congregación en Francia, llevaban la prensa en la sangre.

El primer número de este boletín está fechado el 31 de diciembre de 1933, y aunque el último número de 1935 anuncia la fecha de publicación del primer número del año siguiente, no disponemos de ningún ejemplar de 1936; precisamente en 1936 reaparece *Bernardita*. Debemos concluir que, en total, fueron 48 los números del *Boletín Ntra. Sra. de Lourdes* que alcanzaron a salir en 24 meses.

En su presentación, el boletín declara ser el continuador de *Bernardita*. En efecto, en la primera página dice: “Hoy se presenta ante todos Vosotros, amados feligreses, este nuestro Boletín parroquial, titulado ‘Nuestra Señora de Lourdes’ [...] Es hermano menor del anterior Boletín ‘Bernardita’, que apareció antes de él, durante poco más de un lustro y ahora lo sustituye llevado como por impulso de esa ley de la evolución”. Y agrega que, igual que en el pasado su predecesor, se distribuye “gratuitamente a cuantos lo quieran recibir y aprovechar sus enseñanzas”, aunque en la iglesia hay “una alcancía con el letrero ‘Buena Prensa’, destinada a solicitar la ayuda espontánea de todos y garantizarle una larga y fecunda existencia”.

Nadie firma la presentación; pero en todos los números aparece “la voz del Párroco” llevando muchas veces la firma de éste; otras veces trae simplemente sus iniciales o, también, ninguna otra aclaración.

Ciertamente se trata de un boletín parroquial, como lo demuestra en sus páginas la inserción del calendario de la Parroquia y otras informaciones de interés estrictamente parroquial, o las informaciones acerca del Colegio de Lourdes y de otros colegios religiosos del ámbito parroquial (Niño Jesús; Santa Teresita; Ntra. Sra. del Carmen), o acerca de la iglesia de la Merced, que será más tarde la Parroquia de Caseros. Pero digamos también que es más que un simple boletín parroquial y se puede definir como un modesto pero verdadero periódico local, por las abundantes notas que trae sobre los más variados asuntos de interés para lectores católicos: Notas informativas y formativas, publicadas siguiendo el ritmo de los acontecimientos de la vida de la Iglesia y del interés general.

En los aspectos técnicos, cabe decir que aparece 2 veces por mes con 12 páginas que enseguida se transforman en 16, impresas en papel de diario de poca calidad, con una tipografía y diagramación apenas aceptables, pero con abundantes y buenas ilustraciones. Sus medidas alcanzan a 27 x 36 cm. Ya se dijo que en la iglesia había una alcancía para recibir contribuciones para su sostenimiento; pero en sus páginas se encuentra abundante propaganda comercial, avisos de instituciones educativas católicas y también

promoción de publicaciones católicas que nada pagarían probablemente - éstas últimas- por este servicio que les prestaba el boletín.

Muchos de los trabajos publicados fueron tomados de otras publicaciones; los nombres y nacionalidades de los autores así lo están demostrando, y raras veces se lee “especial para nuestra revista” o “tomado de...”. Entre los “involuntarios” colaboradores, cuyos nombres siempre figuran, están Luis de Góngora y Argote, Germán Verdiales, Raquel Adler, Manuel Gálvez, el mismísimo Cervantes, Jacques Maritain, Vicente F. López... Pero hay también otros, como el Pbro. Jaime Palma, el P. Gabriel Palau, S.J., el Pbro. Virgilio Filipo, Sofía Molina Pico, Juan Carlos Moreno, Gustavo Martínez Zuviría, el salesiano P. Bernardo Vacchino... Debe decirse, a pesar de todo, que si bien se escribía abundantemente con tijeras, todos los autores cuyos textos se utilizaban eran citados por su nombre y que el material tomado de ellos estaba destinado a enseñar y educar. Si bien las tijeras no confieren autoridad ni valorizan un periódico, puede decirse que la selección de textos y autores “involuntarios” revela una notoria preocupación por la calidad, de parte de los editores.

Respecto del contenido del *Boletín Ntra. Sra. de Lourdes*, deben destacarse, junto a sueltos y notas apologéticas, las abundantes notas deportivas (curiosamente, a menudo sobre deportes que no eran los más populares por aquellos años y algunos que no lo son aún). Pero también comentarios de la actualidad política mundial, tratados de acuerdo con el “sentir” de esa época en el mundo católico. Los temas políticos que pudieran referirse a la realidad argentina eran abordados, cuando se hablaba de ellos, con suma discreción y sólo se los consideraba desde el punto de vista de los principios.

Como boletín parroquial informa, naturalmente, acerca de lo que sucede en la Parroquia: Casamientos, primeras comuniones, defunciones, rifas benéficas, etc.; pero de manera destacada promueve la vida litúrgica, mediante la publicación de los textos litúrgicos dominicales y festivos, de los cuales el pueblo no podía disponer, y artículos formativos sobre el mis-

mo tema. Junto a éstos vienen las informaciones y los comentarios a propósito del Congreso Eucarístico Internacional de 1934, el gran acontecimiento religioso de la Argentina de esos años. Se informa acerca de hechos significativos, como la construcción del Ateneo de la Juventud en la Capital Federal. Hay comentarios sobre la situación de la Francia de aquellos años duros; sobre el nazismo y el socialismo; etc. Pero también noticias como, por ejemplo, las Bodas de Plata de los reyes de Gran Bretaña.

Las tiras cómicas (del tipo La Familia Conejín) van al lado de tiras educativas (por ejemplo, sobre industrias primitivas), tiras históricas (como la que trata del impostor Bohórquez) y de los cuentos en los que siempre se descubre la intención de dejar una formación para el lector. Pero también hay anécdotas graciosas y narraciones infantiles, entretenimientos y curiosidades (como aquella que se refiere a la forma de corregir las pruebas de imprenta, con dibujo y todo). En sus páginas están presentes igualmente los temas de interés para la mujer y el hogar (costura; arreglo de la casa...), y abundantes poesías que agregan un tono agradable y satisfacen gustos más sensibles.

Los temas apologéticos y otros semejantes ocupan, como era de esperar, un lugar importante en el boletín: Por qué se pierde la fe; avisos para prevenirse frente al avance de otros cultos y contra la masonería; historias de conversiones a la fe católica; instrucciones catequísticas; consejos para los padres de familia...

Trae noticias sobre congregaciones religiosas; sobre misioneros; sobre la persecución religiosa en México... Y al lado de éstas, las que se refieren a la Congregación de la Asunción: Visita del Superior general y del Provincial; onomásticos y viajes de los religiosos de la Parroquia...

Al analizar la tendencia del “boletín”, se tiene que decir que, en lo doctrinal, se descubre en él un matiz de tipo integral, nada amigo de liberales y socialistas; y, aunque bastante moderadas, que tampoco nos sorprendemos de encontrar ciertas tendencias corporativistas, monárquicas y hasta

antisemitas, debidas probablemente a cierta influencia de Charles Maurras en algunos de los redactores. A pesar de estas críticas y de descubrir en sus páginas alguna inclinación a la censura, al modo de la época, se debe reconocer que este boletín estaba animado por una alta intención formativa y educativa, que abordaba lo religioso y lo moral pero que no se quedaba allí, sino que subrayaba también el pensamiento social de la Iglesia.



Escuela Apostólica de San Martín de Tours inicia sus actividades:
Padres Enrique Tiscornia y Justiniano Henquinet

San Martín de Tours

San Martín de Tours y el doctor Jacobé

El doctor Martín Jacobé aparece nuevamente junto a los asuncionistas en el momento de la creación de la Parroquia San Martín de Tours. En París había conocido y admirado las obras y el espíritu de la Asunción, lo mismo que a las Hermanitas de la Asunción. Doña Elvira Elizalde, su esposa, había sido dirigida espiritual del P. Francisco Picard; una de sus hijas fue religiosa en la Congregación de las Hermanitas; él mismo, distinguido jurisconsulto, era miembro del Comité de los Congresos Eucarísticos Internacionales. El historiador jesuita Guillermo Furlong se refiere al doctor Jacobé como a persona de relevantes virtudes cristianas. El P. Serafín Protin era amigo muy apreciado de la familia.

El 15 de julio de 1929, en conversación con el P. Carmelo Pémoulié, al enterarse de que el traslado de los Padres a la calle Presidente Luis Sáenz Peña 551 se había producido por factores de orden económico, tuvo la idea de hacer que los mismos regresaran al centro de la ciudad, donde a su juicio podrían ejercer un ministerio más fecundo entre las buenas relaciones iniciadas por el P. Serafín, relata el P. Regis Escoubas en su “monografía histórica” sobre las comunidades asuncionistas argentinas. Cuando ese mismo año el P. Serafín vino de Francia para hacer la visita canónica como Superior provincial, el doctor Jacobé le manifestó que tenía reservados cuatro lotes de terreno en la calle Bulnes 2949 (hoy San Martín de Tours) para que la Congregación levantara una basílica dedicada al Patrono de la ciudad y contara allí con una residencia mejor ubicada en vistas del ministerio sacerdotal que estaban llamados a desempeñar.

El Arzobispo deseaba que el templo dedicado al Patrono de la Ciudad estuviera atendido por el clero de la Diócesis y expresó este deseo al doctor Jacobé; pero, como buen amigo de la Asunción, éste mantuvo el ofrecimiento en favor de los asuncionistas y el Lunes Santo de 1930, en compañía de su esposa, se dirigió a la residencia de la calle Luis Sáenz Peña, para anunciar al P. Carmelo que los terrenos estaban definitivamente a disposición de la Congregación. El 25 de mayo de 1930, por telegrama despachado en Francia, el P. Serafín Protin aceptaba la donación y poco después, el Arzobispo daba su aprobación, junto con la promesa de erigir la futura iglesia en parroquia.

La construcción de la iglesia

Resuelto el problema de los terrenos, un grupo de damas encabezado por las señoras de Alvear y de Meyer Pellegrini (16) crearon una comisión con la finalidad de reunir los fondos necesarios para la construcción de la capilla -la actual iglesia que tiene su ingreso por la calle San Martín de Tours-, a la espera de la basílica que nunca se levantó, debido probablemente a la depresión financiera de aquellos años.

La piedra fundamental fue bendecida por el Nuncio Mons. Felipe Cortesi el 11 de noviembre de 1930, asistido por el P. Serafín Protin. El Teniente General José F. Uriburu, que ocupaba el poder después de haberse proclamado, 65 días antes, Presidente provisional de la República, se hizo representar en el acto. *El Diario*, en su edición del 11 de noviembre por la tarde, en breve pero significativa crónica en primera página, ilustrada con dos fotografías, dio la información señalando que “actuaron de padrinos de la ceremonia el ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Ernesto Bosch, el señor Martín Jacobé y las señoras Mercedes Terrero de Méndez e Inés Anchorena de Acevedo”. Entre la concurrencia se hallaba presente también el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Ernesto E. Padilla. El doctor Bosch era feligrés de la futura parroquia y el doctor Padilla fue el

primer presidente de la Asociación Cultural Noel y redactor de sus Estatutos.

El 11 de noviembre de 1931, Mons. Fortunato Devoto, Obispo auxiliar de Buenos Aires, bendijo la capilla, que tenía concluida sólo la obra gruesa; ocasión en la cual el P. Román Heitman pronunció una alocución que conmovió a la concurrencia por la unción de su tono y la profundidad de sus conceptos. Desde ese momento, el P. Carmelo Pémoulié, sin dejar el cargo de Superior de la comunidad de la calle Presidente Luis Sáenz Peña, se instaló en San Martín de Tours, dando comienzo a la atención pastoral de los feligreses.

Las dimensiones de la construcción responden a la idea inicial de levantar junto a ella la gran basílica dedicada al patrono de la ciudad; por eso se dirían más bien modestas (32 m. por 10 m.). Sin embargo, es una de las iglesias más hermosas de Buenos Aires y los arquitectos Acevedo, Becú y Moreno supieron infundir a sus muros, de puro estilo románico, una atmósfera de recogida intimidad. La imagen del santo titular, de madera policromada, proviene del oratorio familiar que los Jacobé poseían en San Fernando. Los vitrales, obra de una casa del Tirol, pero al estilo de Chartres, donados por la esposa del arquitecto Acevedo, fueron bendecidos el 11 de noviembre de 1933 (28).

La primera comunidad asuncionista

La terminación de las obras se fue completando en los años siguientes. Encima de la iglesia se construyó la casa destinada a alojar a la comunidad religiosa, que se trasladó desde la calle Presidente Luis Sáenz Peña 551, para quedar definitivamente constituida en San Martín de Tours el 19 de marzo de 1932.

Durante los años que el P. Carmelo Pémoulié fue Superior, la comunidad asuncionista estuvo integrada por los padres Fernando Castel (1932-

1933), Juan de Dios Danset (1932-1945), Agustín Luchía-Puig (1933-1941), Eutimio Herbel (1934-1936), Enrique Tiscornia (1940-1947), Justiano Henquinet (1940-1945) y Armando Perales (1944-1945).

Terminado el superiorato del P. Carmelo, éste fue sucedido en 1944 por el P. Agustín Luchía-Puig, que se alejó en 1946, cuando debió trasladarse a Chile por motivos de orden político, durante la campaña electoral que llevó a Perón a la Presidencia de la República. El P. Humberto Palma cubrió un breve interinato hasta la designación del P. Luis Folliard. Los Padres Enrique Tiscornia y Juan De Gasperi fueron los siguientes Superiores hasta la conclusión del segundo período de la Asunción argentina, que estamos historiando.

De la vida parroquial

Erigida canónicamente la Parroquia en 1932, el 6 de enero de ese año el P. Carmelo Péroulié asumió como primer Párroco (1932-1944) y el P. Serafín Protin, en su última visita a Buenos Aires y a América del Sur, presidió las fiestas patronales el 11 de noviembre de 1932; pero la vida parroquial ya había comenzado a tomar forma y vigor desde el primer momento. Dentro de sus límites no extensos, ya que se encuentra en una zona de amplios parques (Av. Pueyrredón, márgenes del Río de la Plata, Parque Tres de Febrero y Av. Las Heras), reunía en esa época 6.500 feligreses (unos 1.000 de clase obrera y unos 5.500 de clase alta).

Las primeras asociaciones de laicos que se establecieron en la Parroquia fueron las que comenzaron a crearse en los años 30 por iniciativa del episcopado y que luego llegaron, en algún sentido, a ser clásicas. En 1932 se creó la Acción Católica de señoras y al año siguiente la de niñas. La rama de los hombres y las ramas juveniles fueron agregándose con posterioridad a éstas. Pero igualmente hay que destacar la actuación de los vicentinos, de la JOC, de la Legión de María... Con el andar del tiempo (año 1948), un grupo de feligreses, inspirados por el gran apóstol de la familia

que fue el sacerdote pasionista Pedro Richards, integró el primer equipo del Movimiento Familiar Cristiano, llamado a ejercer profunda influencia dentro del apostolado familiar, no sólo en la Argentina, sino también en América latina (17).

Entre las actividades que tenían como centro a los niños y adolescentes, debemos destacar la Agrupación Scout. En efecto, el 25 de diciembre de 1937 se fundó el Grupo Scout N° 17, de la USCA, cuyo fundador y primer capellán fue el P. Enrique Tiscornia y maestros scouts los hermanos Fernando y Oreste Casucci. La adecuada aplicación del método ideado por Baden Powell, junto con los principios e ideales de la educación católica, logró la formación de varias generaciones de niños y jóvenes que se destacaron más tarde como ciudadanos, profesionales, docentes, militares, diplomáticos, empresarios, religiosos y sacerdotes. Entre éstos últimos, los asuncionistas Madeira, D'Orta, De Gasperi, el agustino Bochaty y los presbíteros Herrera Gallo, Pinto y Benson integraron las filas del Grupo N° 17. El Pbro. Jorge Herrera Gallo me atestiguaba que "la dedicación y la capacidad del P. Tiscornia para formar dirigentes fue vital". La vitalidad que el Padre supo infundir al Grupo N° 17, que llegó a contar con dos Tropas de Scouts, una de Raiders y tres Manadas de Lobatos, hizo posible "la reactivación o fundación de nuevos Grupos en las Parroquias del Socorro, la Merced, el Santísimo Redentor y el Carmelo, consolidándose así el Distrito Centro" de Buenos Aires.

Por otra parte, siendo Párroco de San Martín de Tours, el P. Juan De Gasperi (formado como dirigente en el Grupo N° 17) impulsó la creación de las Guías Argentinas. Lo hizo contando con la valiosa colaboración de quienes fueron las fundadoras de esta asociación, tanto en San Martín de Tours como en el orden nacional: María Gowland de Pieres, Angélica Mitre de Gowland y Alicia Sastre de Casabal, y otras jóvenes entre las que estaban Stella Hansen, Inés Uranga, María Marta Paz, Alice Berthet, Peggy Forn, que pusieron generosamente entusiasmo y dedicación para hacer que las Guías surgieran y crecieran entre nosotros. En 1959, la Parroquia fue escenario del *rally* en homenaje de Lady Baden Powell, con ocasión de la

visita que la esposa del fundador del movimiento scout y fundadora, ella misma, de las Guías, realizaba a la Argentina. La dirección nacional de la Asociación de Guías Argentinas tuvo su sede en esta Parroquia hasta que pudo disponer de un local propio. El doctor Eduardo Macedo, que junto con el *Abbé* Cornet había fundado la Asociación Católica de los Scouts de Francia y la Federación de los Scouts de Francia, visitó nuestro país con el Comisario General y el Capellán Nacional de los Scouts de Francia, M. Michel Rigal y R. Padre Lebourgeois, respectivamente; ésta fue la ocasión en que el doctor Macedo gratificó cálidamente al scoutismo de San Martín de Tours, por la calidad técnica alcanzada y por el testimonio de vida que daba.

La pastoral parroquial se distinguió en San Martín de Tours también por lo que podemos llamar apostolado cultural y social. El Centro Obrero, que funcionó durante casi toda la permanencia de los asuncionistas al frente de la Parroquia, reunía a los hombres que habitaban el barrio que tenía como centro la calle Salguero, o que trabajaban en casas de familias pudientes y en los altos edificios de los alrededores. Era, ciertamente, un lugar de esparcimiento (estas personas casi no contaban con otros en la zona), pero también una discreta y sostenida posibilidad de evangelización, que comenzaba por el trato con los religiosos, que para muchos de estos hombres se daba por primera vez en sus vidas. Las esposas e hijas de estos obreros, a su vez, lo mismo que las jóvenes provincianas que trabajaban como empleadas domésticas, se reunían con señoras que les ayudaban a formarse como cristianas, amas de casa, madres de familia, a aprender el oficio de modistas, en un ambiente cálido y humano que apreciaban unas y otras, y que aprovechaba también a unas y otras para profundizar en las actitudes de una fe más comprometida.

El P. Enrique Tiscornia fue siempre un convencido del gran beneficio que se podía esperar de la pastoral matrimonial, para las familias y para la Iglesia. En una hojita de cuando él era Párroco de San Martín de Tours, hemos leído la invitación que hacía a sus feligreses para una “asamblea parroquial de los casados”, en la cual se anunciaba que “hablaremos del

hombre y la mujer en el mundo moderno, del matrimonio cristiano en este mundo moderno y del apostolado matrimonial”. Pero, en la misma hojita, además, se piden voluntarios que puedan dar una o dos horas semanales en alguna de las asociaciones parroquiales entonces existentes: Fraterna Ayuda Cristiana -que fue antecesora de Cáritas-, el Evangelio en los Ranchos, el catecismo -para niños y adultos-, la Guardería Infantil del K. 3 -es decir, de Villa Saldías-, el Ropero de los Pobres, el Taller de Ornamentos Litúrgicos, los Equipos Nazareth -que antecedieron al Movimiento Familiar Cristiano-, el Teatro de Títeres, la Biblioteca Circulante y la kermesse. Pero sabemos también que en San Martín de Tours actuaban otras agrupaciones, como las Martas -para las mujeres del servicio doméstico-, y que esta Parroquia fue una de las primeras en Buenos Aires que tuvo la Fraterna Ayuda Cristiana.

La tarea pastoral debía atender, lógicamente, otros sectores que los mencionados. En un medio de alto nivel cultural, la Biblioteca Circulante Palermo Chico, creada por la artista plástica Paula Llorente con el apoyo del P. Enrique Tiscornia, encontraría su lugar en los salones de la Parroquia y desarrollaría su influencia en el barrio y en algunos otros sectores de la zona. Entre 1962 y 1985 fue dirigida por Niko Gulland y llegó a reunir 1.500 volúmenes de literatura, historia y espiritualidad. Allí se desarrollaron ciclos de conferencias, sesiones de cine-arte, cursos de filosofía, historia argentina, literatura, etimología, historia del arte, historia social de la Iglesia, estudio de encíclicas papales... Pero otros eventos especiales fueron también los ciclos de conciertos, actuaciones corales y música de cámara que se realizaban en el templo, así como las conferencias donde no faltaron personas de la talla de Jorge L. Borges, Ernesto Sabato, Ángel J. Battistessa...

En 1975, Niko Gulland creó en el mismo local la Galería Palermo Chico, inaugurada con un hecho significativo: Una muestra de pintura de los grandes maestros argentinos Antonio Berni, Lino Eneas Spilimbergo, Horacio Butler y otros. A partir de ahí se organizaron sucesivamente muestras de plásticos contemporáneos reconocidos, pero también de artistas

noveles que no disponían de espacio y que eran invitados para que pudieran darse a conocer.

Palermo Chico -biblioteca y galería- fue un lugar de encuentro y de diálogo con el mundo del arte y la cultura; pero al mismo tiempo un centro de espiritualidad al servicio de los feligreses, que trascendía hacia otros sectores. El P. Tiscornia, al prestarle su apoyo -lo mismo que más tarde el P. Ramiro López- lo hacía con la convicción que Manuel d'Alzon expresaba en el Colegio de Nimes, en el sentido de que el arte tiene la misión de elevar a las alturas la materia de la cual se sirve, haciendo ver el sentido de lo divino que en ella se esconde. De este modo, se entiende que en San Martín de Tours el arte fuera para el pastor de almas un elemento escogido para anunciar la verdad; lo hizo, a su vez, que hubiera un grupo de laicos dispuestos a entregar su dedicación y su capacidad: Carmen y Anucha Gándara, Ángeles Llorente, Francisco Fornieles, Elena Llorente, Carlos A. Floria, Clara García Uriburu, Alberto Rocca Rivarola, Petruska O'Farrel de Uribebarrea, Estela Pereda, Sara Peluffo y muchos otros.

La educación de la juventud

Durante el gobierno del doctor Arturo Frondizi se había producido un cambio de importancia histórica en el terreno de la educación en la Argentina. En el clima suscitado por las dificultades que oponían los adversarios de la libertad de enseñanza, el Presidente logró promulgar la ley que la reconocía. La educación dejó de ser monopolio del Estado, se pudieron fundar Universidades católicas y los alumnos de los colegios privados dejaron de pasar exámenes finales ante docentes de los colegios estatales y de recibir de éstos sus diplomas. A pesar de que la plena libertad no se ha logrado del todo, al no haber conseguido los colegios privados la libertad de tener sus programas propios, fue un paso de enorme repercusión.

En el clima suscitado por esta libertad, el P. Juan De Gasperi tuvo la iniciativa de crear un colegio para varones. Contando con el apoyo entu-

siasta de los feligreses y de los superiores religiosos, puso manos a la obra en el año 1960. Resuelta la fundación del colegio secundario, se constituyó una comisión presidida por la señora Carmen Rodríguez Larreta de Gándara y, gracias a las gestiones realizadas por la señora María Luisa Salas de Atucha, el señor Gorostiza prestó la casa de la calle Castex 3575, frente a la Plaza Alemania, donde estuvo la primera sede del Instituto San Martín de Tours.

Las clases empezaron en marzo de 1961 con 23 alumnos de primer año, siendo Rectora la profesora Susana Zanetta y con el acompañamiento espiritual del P. Teófilo Couvert. La ceremonia de inauguración se vio calificada por la presencia del propio Ministro de Educación de la Nación, cuyo discurso fue transmitido por radio. Finalmente, la SNEP (Superintendencia Nacional de Enseñanza Privada), otorgó el 3 de octubre de 1961 el reconocimiento oficial al Instituto San Martín de Tours. Entre sus primeros profesores se encontraban María Cristina de Estrada, Esteban D'Atri, Elsa Bergadá Mugica, Rubén Iscardi, Carlos Comesaña, Jorge J. Fernández, María Vela Huergo, Lidia Di Lullo (la profesora Di Lullo fue quien diseñó el escudo del colegio)...

Como la casa de la calle Castex no resultaba del todo adecuada para el destino que se le había dado, y además era prestada, se encomendó a los arquitectos Ballester Peña y Pico Estrada que proyectaran el futuro edificio del colegio y después de grandes esfuerzos se colocó la piedra fundamental, en septiembre de 1961. En febrero del año siguiente, la empresa INCAR comenzó los trabajos bajo la dirección del arquitecto Roberto Cardini, un feligrés muy adicto a la Parroquia.

En 1968, el P. Roberto D'Orta comienza el Jardín de Infantes con la colaboración de Cristina García Pullés. En 1969 la señorita Marietta Roldán inicia la Sección Primaria con 17 alumnos, seguida en un segundo momento por García Pullés y en 1976 por el Prof. Jorge Chiari.

A la primera Rectora, Prof. Susana Zanetta, le siguieron en el cargo, mientras el Instituto San Martín de Tours estuvo dirigido por los asuncionistas, los profesores Héctor Brunamontini (1962), Roberto D'Orta (1963), Andrés Reale (1968) y Juan C. Monschem (1978). Con Reale y García Pullés termina la etapa iniciada por D'Orta, la de los primeros, que dejaron el colegio situado en esa importancia y proyección que se le reconocía y que continuaron después los religiosos de la Orden de San Agustín. (Ver capítulo 29. *San Martín de Tours: Parroquia y colegio*).

La escuela apostólica

En una Parroquia de ciudad, bien poblada y dotada de dinamismo apostólico, es imposible que las tareas se hagan desear; pero vamos a recordar también la obra de las vocaciones sacerdotales y religiosas.

El primer “alumnado” de Francia, fundado en Saboya por el P. Manuel d'Alzon, fue a instalarse sobre una montaña, a más de mil metros de altura (18); pero en Buenos Aires, donde no hay montañas, vino a posarse, muy modestamente, no por gusto sino por necesidad, encima del templo parroquial de San Martín de Tours.

Ya el P. Serafín Protin había pensado en una escuela apostólica que asegurara el porvenir de la Asunción argentina; pero, más que edificios o recursos, lo que faltaba era el personal para ocuparse de la obra. El 28 de agosto de 1942, el P. Carmelo Pémoulié tuvo una conversación con la señorita Elena Molteni, noelista y muy amiga de la Asunción. ¡Cómo pensar en una escuela sin construir, y cómo construir cuando se necesitaban para ello \$ 30.000 m/n, que no se tenían! “Si se trata de las vocaciones -respondió la señorita-, estoy dispuesta a colaborar”, y puso inmediatamente a disposición la suma necesaria. Era el 28 de agosto, festividad de San Agustín y aniversario de la inauguración de aquel primer “alumnado” de Francia. Inmediatamente se pusieron manos a la obra para construir la escuela soñada, en los terrenos que habían sido donados por el doctor Martín Jacobé. El

edificio tendría capacidad para recibir a 20 alumnos. Aquella comunidad estaba integrada por los Padres Carmelo Pémoulié, Juan de Dios Danset, Justiniano Henquinet y Enrique Tiscornia.

En marzo de 1942 se instalaron provisoriamente 8 alumnos (3 de ellos fueron sacerdotes asuncionistas), haciendo prodigios, en los locales hasta entonces reservados a los religiosos; pero esta vez lo provisorio no fue definitivo. El 11 de noviembre de 1943, al finalizar la celebración de la fiesta patronal, el Nuncio Mons. José Fietta bendijo el nuevo local. Los scouts dieron las primeras vocaciones que ocuparon las instalaciones recién construidas. Al año siguiente, los alumnos eran 14; pero en marzo de 1953, la escuela se trasladó a un nuevo edificio, más acorde con sus necesidades, situado en Paraná y Monteverde, en La Lucila (Partido de Vicente López), en lo que había sido hasta ese momento la Casa de la Obrera, sostenida por las noelistas (19).

Por ambas escuelas pasaron varios alumnos que fueron sacerdotes y religiosos. En su primera etapa (1942-1952) en San Martín de Tours, ingresaron algo más de 40 alumnos (contando los que luego pasaron a La Lucila), de los cuales 11 fueron religiosos y sacerdotes. Pero esta historia, por su carácter casi familiar, nos permitirá aquí recordar especialmente a uno de ellos, fallecido en plena juventud. Me refiero a Horacio Pinocci (1933-1959), que provenía de la Parroquia de Belgrano Bajo y había pasado por la Academia San Martín. Ingresó en la escuela apostólica al comenzar las clases del año 1952 e hizo el noviciado en Santiago de Chile, donde pronunció los primeros votos religiosos el 25 de marzo de 1955 y la profesión perpetua el 2 de abril de 1958, junto con los Padres Rolando Arrillaga, Ernesto Estramiana y Jorge O. Adur. Cursó los estudios de filosofía en el escolasticado asuncionista de la capital chilena (1955-1957) y, mientras se encontraba en el segundo año de teología de la Universidad Católica de ese país, una grave enfermedad puso fin a su vida el 10 de mayo de 1959.

El carácter afable y el afectuoso compañerismo fueron rasgos sobresalientes del primer asuncionista argentino fallecido. Por lo que hace a su

vida interior, se distinguió por su notable piedad y su constante fidelidad a las exigencias cotidianas de la vida religiosa. Amante de la liturgia, estudioso y responsable en todas sus tareas, quienes lo conocieron recuerdan el profundo sentido apostólico que lo animaba.

Las Religiosas de la Asunción (20)

Fundada en Francia el 30 de abril de 1839, la Congregación de las Religiosas de la Asunción había adquirido gran prestigio en ese país, como institución educativa. En 1938 llegan a Buenos Aires las primeras 5 hermanas (2 francesas: Madre Jeanne del Niño Jesús y Hna. Marie San Roque; 2 nicaragüenses: Hna Rosalina y Hna. Fermina; y 1 española: Hna María Clara). El grupo de las fundadoras es esperado en el puerto por señoras que habían sido sus alumnas en París, encabezadas por Hedwiges Zelinka de Colcombert, Elvira Elizalde de Jacobé, la Superiora de la Hermanitas de la Asunción, Madre María de la Compasión, y el P. Carmelo Péroulié.

El grupo que las recibía en Buenos Aires tenía alquilada para ellas una casa en la avenida Alvear (hoy avenida Libertador) N° 3378. Instaladas allí, los Padres Asuncionistas de San Martín de Tours serían sus capellanes. Las alumnas inscriptas ya llegaban a 42. El objetivo que perseguían lo explicitaba así la mamá de una de estas alumnas: “Las madres de familia, preocupadas por dar una educación superior a sus hijas, desean que llegue un grupo de Madres francesas que, además de la lengua, irradian esa cultura refinada que asociamos a Francia”. Una placa decía: “*Externat de l’Assomption. Cours de langue, religion, art*”.

Las inscripciones aumentan; pero a pesar de que la mayoría de las alumnas pertenece a Palermo Chico, éste es un colegio francés, donde juntamente con el “espíritu de la Asunción” las alumnas reciben ese tipo de educación que, hasta mediados del siglo XX, reclamaba para sus hijas la clase alta de Buenos Aires. Las Hermanas, sin embargo, a instancias del Nuncio Apostólico, adquieren en 1944 una propiedad en San Miguel (Prov.

de Bs. Aires), donde visitan a las familias del vecindario, dan clases de apoyo escolar y establecen una escuela primaria.

El país, entre tanto, ha iniciado un proceso de grandes cambios. Surgen conflictos inesperados y en 1955 el colegio es clausurado por decreto del Poder Ejecutivo Nacional, a causa de un problema suscitado con una madre divorciada, que ha vuelto a casarse. Las alumnas emigran a otros colegios y las religiosas a otros países, excepto algunas que se ocultan vestidas de civil. Pero, con la caída de Perón, en 1956 recomienzan las actividades y se construye un nuevo edificio para la secundaria. En San Miguel se funda una segunda comunidad.

Con Juan XXIII y el Vaticano II se va a producir un giro muy profundo en la vida de la Iglesia. El Capítulo general pide que no se mantengan colegios clasistas. Llega a Buenos Aires la nueva Superiora, Madre Jacoba María -María de los Ángeles- y comienza la “democratización” del colegio. La hondura del planteo, tal vez, pero también los inevitables errores en el desarrollo del proceso, provocan grandes dificultades, con la resistencia al cambio o su rechazo masivo por parte de las familias. Las religiosas perciben entonces que -en palabras de una de ellas- “el Evangelio ha mordido la vida privada, pero no la social”; y agrega: “Nuestra opción, entonces, cuando vimos que no era posible democratizar, fue la de cerrar el colegio, y nos mudamos” (1970). De ahí en adelante, el que se llamara Colegio de la Asunción pasará a manos de una Fundación integrada por los padres de las alumnas y se llamará Colegio San Martín de Tours para Niñas. Reconocido como colegio católico por el Arzobispado, la Parroquia asumirá la responsabilidad de la catequesis.

Una vez dado este paso, que será fundamental para el devenir de la Congregación, las Hermanas fundan en un barrio obrero de Gerli (Prov. de Bs. Aires) y en La Rioja, y consolidan la comunidad de San Miguel. En torno de la escuela de esta última, que ya tiene primaria y secundaria, comienza a levantarse un barrio para familias bolivianas desalojadas de la Villa 31, de Retiro (en la Capital Federal). Este proyecto se realiza median-

te un plan que integra “esfuerzo propio y ayuda mutua”; pero, cuando culminaba este emprendimiento, las Hermanas ya habían emigrado en busca de un clima eclesial que desearan más de acuerdo con sus proyectos; en 1980 donan la escuela a la Diócesis y se mudan a Florencio Varela, donde encuentran el apoyo de Mons. Jorge Novak. En la Rioja, en 1989, se trasladan a un barrio periférico de la misma Parroquia: En las orillas estaba todo por hacer, mientras que en el centro los laicos ya estaban formados para llevar adelante la obra iniciada. Algo más tarde fundan en un barrio de las afueras de Puerto Iguazú, y las religiosas que estaban en Gerli pasan el colegio a la comunidad educativa, que se ha venido preparando para asumir la conducción y administración del mismo, mientras ellas abren una misión en otro barrio apartado de la ciudad de La Rioja.

Después de realizar una meritoria tarea, que hizo del establecimiento uno de los colegios prestigiosos de la ciudad, el milenio que terminaba dejó a las Religiosas de la Asunción a las puertas del nuevo, en pequeñas comunidades insertas en medio de los pobres de la tierra, tratando con ellos de ver crecer el reinado de Dios. Gracias a su abnegación, a sus osadías y a su fe, fieles al ideal fundacional, dieron un enorme viraje. A pesar de los sufrimientos, “fue una mudanza geográfica -confesaba una de ellas- que poco a poco nos llevó a hacer una mudanza social. En este momento, uno dice: ‘¿Dónde están mis amigos, dónde está la gente con la que uno se identifica? Aquí, entre los pobres’”.

Las reliquias de San Martín de Tours

Volvamos al santo Patrono. En Buenos Aires se deseaba tener una reliquia insigne del santo Patrono de la ciudad. Gracias a las buenas relaciones que tenía en Francia con el Conde d’Yanville, Presidente del Comité de los Congresos Eucarísticos Internacionales, el doctor Martín Jacobé intentó conseguir que, con motivo del Congreso Eucarístico de 1934, se pudiera concretar el anhelo. El Cardenal Gaillard, Arzobispo de Tours, que

también era amigo de d'Yanville, accedió gustosamente al pedido y el Conde mandó hacer en París un precioso relicario.

Se pensaba que, en el marco del Congreso Eucarístico y con la participación de la delegación francesa que presidiría el Cardenal Verdier, la reliquia tendría una solemne recepción; pero las dificultades aparecieron del lado menos pensado. El Capítulo de los Canónigos de Buenos Aires descubrió que en el tesoro de la Catedral existía una reliquia del santo; de modo que no se justificaría una recepción solemne.

El P. Carmelo Péroulié, ante esta circunstancia, tuvo la amabilidad de escribir al Cardenal Gaillard una carta de excusas y agradecimiento, pero también de pesar. El Arzobispo se sintió conmovido por las expresiones del Padre y con un gesto de delicadeza le respondió que nada había cambiado en sus intenciones y que la reliquia estaba a su disposición. Ante tan generosa actitud, se acudió al Arzobispo de Buenos Aires para solicitar la autorización necesaria para traer la reliquia; lo que fue concedido sin dificultad alguna.

La recepción se fijó para el 28 de octubre de 1935 y la reliquia con su relicario fueron traídos por el Provincial de Burdeos, P. Miguel Pruvost. Un cortejo de 200 automóviles fue a recogerla al puerto a las 7 de la mañana y la condujo hasta la residencia de la señora Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazábal, donde esperaba el Cardenal Santiago Luis Copello. De allí, conducida bajo palio por el Cardenal, la reliquia fue trasladada a la iglesia, donde el mismo Cardenal celebró la Misa y la dio a venerar a los fieles allí reunidos. El siguiente 11 de noviembre de 1935, la fiesta fue precedida por un triduo en el que predicaron el P. Román Heitman, el P. Agustín Luchía-Puig, el P. Miguel Pruvost (en francés) y Don Orione (en italiano). En esta misma ocasión se bendijo el monumento erigido por el doctor Jacobé en el bautisterio de la iglesia parroquial, para conservar la reliquia.

Las reliquias del santo Obispo de Tours sufrieron varias vicisitudes, sabemos; esto ocurrió ya inmediatamente después de su muerte en la ciudad

de Candes (8 de noviembre del año 397), mientras realizaba la visita pastoral; pero -aunque con otras intenciones- la cosa se repetiría en Buenos Aires. El 18 de julio de 1940, el P. Carmelo se enteró por boca de Manuel -el sacristán- que la reliquia y el precioso relicario habían sido robados. El Padre hizo la denuncia del caso, pero la policía pareció no inquietarse demasiado.

Pasaron los meses y los años, hasta que, a finales de febrero de 1942, la prensa dio a conocer el arresto de una ladrona de objetos religiosos; pero la reliquia no apareció tampoco entonces. Sin embargo, poco después, el 27 de marzo de 1942 un funcionario policial llamó al Padre para comunicarle que tenía novedades: La ladrona estaba efectivamente detenida, pero era cuestión de convencerla para que revelara el lugar del escondite. Fue necesaria la intervención del señor Horacio Castillo, hijo del mismísimo Presidente de la República, para que la mujer hablara.

Conseguida la confesión de la hechura, entrada ya la noche y acompañada por dos funcionarios de la policía, por el señor Luis Jacobé, hijo de don Martín, y por el P. Carmelo, ésta se dirigió a una casa de Independencia y Santiago del Estero, en cuyo tercer piso, a la luz de una vela, se encontraba la preciada reliquia, un fragmento óseo retirado del cráneo del santo. Junto a la reliquia, apareció también el pergamino que atestiguaba la autenticidad de la misma, pero con los sellos rotos. Del relicario, nunca más se supo; pero, gracias a una fotografía de su mismo tamaño, una casa de Buenos Aires logró hacer otro prácticamente igual.

Fotografías tomadas a los mismos elementos con anterioridad, permitieron autenticar nuevamente la reliquia y el Cardenal Copello, el 2 de mayo de 1942, autorizó su veneración pública. El 17 de mayo de 1942 fue reinstalada solemnemente después de una multitudinaria procesión con antorchas -la primera que se le hacía por las calles de Buenos Aires-, que partió de la casa del Ministro de Hacienda, doctor Carlos Alberto Acevedo (21).

El Movimiento Noelista argentino

Al llegar a Buenos Aires, el P. Román Heitman se hizo cargo de la capellanía de las Hermanitas de la Asunción, entrando por medio de ellas en contacto, por primera vez, con los pobres de la ciudad. Pero el trabajo con los pobres ocupó también a los religiosos que vivieron en la calle Chacabuco y luego en la calle Presidente Luis Sáenz Peña, lo mismo que en Belgrano Bajo y en Santos Lugares, donde fueron pobres trabajando por los más pobres y viviendo como ellos. Por otra parte, la educación, en el Colegio Manuel d'Alzon, en la Academia San Martín, en el Instituto San Román y en el Colegio Lourdes, fue una educación netamente popular, si bien con el tiempo se fue transformando y dando cabida a otros medios, sin llegar nunca a ser exclusiva de una elite social.

Sin embargo, como ya se ha dicho, los primeros religiosos se sintieron movidos por la preocupación de formar una elite influyente caracterizada por el espíritu asuncionista. Desde este punto de vista, debe señalarse la presencia del P. Serafín Protin en los Cursos de Cultura Católica y el Movimiento Noelista, con la revista *Noel* y la Librería Católica Noel. Esta librería abrió su primer local comercial en la calle Montevideo N° 437, de donde se mudó a la calle San Martín N° 1015, y durante algún tiempo tuvo una sucursal en Charcas N° 2439.

Unas chicas inquietas

Para Manuel d'Alzon, sacerdotes o religiosos y laicos, “todos, como cristianos, no hacemos sino uno; somos todos un mismo cuerpo, ya que

participamos todos de un mismo pan eucarístico” (22); así se lo sintió y practicó en la Asunción argentina desde los primeros tiempos.

Respecto del nacimiento del Movimiento Noelista Argentino, vamos a transcribir unos interesantes recuerdos de la Hna. Cecilia Jacobé, recogidos por el P. Carmelo Péroulié.

“Durante la ‘Semana Trágica’ de enero de 1919, las calles de Buenos Aires quedaron desiertas, pues era riesgoso salir, dada la exacerbación de los espíritus. En aquel tiempo, en que no existía la televisión en el hogar, los chicos se pasaron la semana en casa y se dedicaron a leer. Dios se sirvió de esta circunstancia para llevarlos a realizar una obra...

“La revista juvenil *Noel* tenía unas suscriptoras aisladas en Buenos Aires. Lucía y Agustina Iribarne le prestaron algunos números a María Teresa Álvarez Escalada, que no la conocía, y desde el primer momento ésta resolvió fundar en Buenos Aires un Comité Noelista. (María Teresa era hija del director de *Caras y Caretas*, la revista más importante de esta época, y durante varios años fue penitente del P. Serafín). Hablando con su prima Margot Escalada Fragueiro, se enteró de que ésta también acababa de conocer la publicación francesa por medio de María Isabel Ayerza y deseaba cuanto antes, no sólo fundar un Comité, sino una revista parecida, pero en castellano.

“María Isabel Ayerza, a su vez, había hecho conocer a sus primas Jacobé otros ejemplares. ¿Qué tendría *Noel* que así subyugó a las tres hermanas Jacobé, que aceptaron traducirla y difundirla entre muchas jóvenes argentinas?

“Pasaron esos días, pero no el entusiasmo. La idea, surgida al mismo tiempo en el pensamiento de estas 8 chicas, despertó en ellas el deseo de conocerse. De una a otra se fueron pasando la palabra y se dieron cita en la casa de Lucía y Agustina. Una de las mamás, Elvira Elizalde de Jacobé, propuso hacer una segunda reunión en la calle Chacabuco 462, para presen-

tarse al P. Serafín Protin, Superior de los Padres Asuncionistas de esa casa. Fueron muy bien recibidas y de común acuerdo se resolvió que cada una escribiría al director del *Noel* de París, el P. Claudio Allez -que firmaba con el seudónimo de Nouvelet-, y en sus cartas expondrían su manera de pensar, puesto que existían dos opiniones: Unas creían que lo mejor era comenzar por formar un Comité y las otras preferían fundar inmediatamente la revista.

“En la redacción de las cartas habían intervenido personas mayores, entre otros el director de *Caras y Caretas*, doctor Fernando Álvarez, cuya hija lloraba diciéndole: ‘Papá, no me ayudas; no me das ninguna idea’, y el escritor se defendía diciendo: ‘Qué quieres que yo sepa de lo que tú quieres decir’. Pero, por fin, la carta salió con las otras y la contestación de Nouvelet fue que él también opinaba que sería mejor empezar por el Comité y que después se vería lo de la revista. El mismo Nouvelet nombró presidenta del primer Comité Noelista argentino a María Teresa Álvarez Escalada, nieta del escritor José Sixto Álvarez, conocido con el seudónimo de Fray Mocho, fundador y primer director de *Caras y Caretas*. Las integrantes de este primer Comité, llamado Buenos Aires Central, fueron las mismas de aquella primera reunión de chicas que no se conocían y se hicieron amigas. El trabajo del Comité consistió en preparar la revista.

“La comprensión encontrada permitió que la revista saliera a luz en mayo de 1920 (23). Una de las noelistas, Blanca Groussac (hija de Paul Groussac), que fue fiel a *Noel* hasta su desaparición en 1939 (pues prácticamente fue ella con el P. Eutimio [Herbel] la que hizo la revista), dijo, en su alegría: ‘Como Juana de Arco, hemos gastado nuestras piernas hasta las rodillas, de tanto caminar’”.

Noel, una escuela de acción

El 1° de mayo de 1920, el P. Serafín Protin creaba en Buenos Aires la Unión Noelista, de la que sería el gran animador, junto con el P. Carmelo



Comunidad de la calle Chacabuco (Capital Federal),
donde nació el Movimiento Noelista.

Sentado: P. Serafín Protin;

de pie, de izquierda a derecha: PP. Guenael Le Viavant, Carmelo Pémoulié, Luis Folliard.

Pémoulié, que lo sucedió como Director al regresar aquel a Francia, hasta que, en 1935, se hizo cargo el último Director, P. Agustín Luchía-Puig. Se trataba de una obra específicamente asuncionista, creada en Francia por el P. Claudio Allez (1866-1927) para la evangelización y promoción de la mujer. A la muerte de su fundador, un académico de Francia rendía a éste el siguiente homenaje: “Gracias al P. Allez, la cultura católica femenina se consolidó, se desarrolló y extendió; fue él el propulsor de iniciativas intelectuales e hizo de Noel una escuela de acción” (24). De alcances más modestos en cuanto al número de integrantes, el Noel Argentino hubiera sido merecedor de un juicio parecido: La revista *Noel*, la Casa de la Obrera, la Librería Católica Noel y varios centros misionales son testimonio de este movimiento, que se debe contar entre los precursores de la Acción Católica entre nosotros.

Los Comités Noelistas eran equipos integrados por señoras y señoritas de clase media y alta, que tenían como finalidad la formación de estas personas; pero también la acción social, la catequesis y, en general, la promoción de la mujer. En talleres, escuelas y capillas que se establecieron en la Capital Federal y en algunas provincias (fue ésta la única presencia asuncionista en el interior del país), se desarrollaba una actividad que sorprende por su calidad, su extensión y la dedicación contagiosa que ponían las asociadas, y por el espíritu de servicio a los pobres, nunca desmentido mediante actitudes paternalistas.

Talleres de costura, bordado, cocina, cuidado de la salud de los niños; cursos de matemáticas, dactilografía, idiomas; pero, además, la necesaria catequesis, eran los medios para llegar a estos sectores populares. “Ustedes se han esmerado en multiplicar los centros de acción religiosa y en todas partes y en toda ocasión son el máspreciado auxiliar del clero”, les escribía el P. Rémi Kokel en 1931. Era el reconocimiento merecido por el apostolado que desarrollaban estas mujeres, que, además de las actividades mencionadas, con el dinero que reunían gracias a unos métodos no habituales y con éxito poco frecuente, levantaron dispensarios, centros misionales y capillas que fueron, varias de éstas, el punto de partida de una Parroquia

llena de vida, como las de Diamante, Munro, Villa Mathieu. Las numerosas vocaciones religiosas, surgidas de entre las jóvenes noelistas argentinas, es uno de los testimonios más notables de la fuerza espiritual que movía a este apostolado laical asuncionista.

La revista Noel

La revista *Noel* comenzó a aparecer el 1º de mayo de 1920, con la creación de la Unión Noelista, y se publicó sin interrupciones hasta 1939, en entregas quincenales de 32 páginas bien llenas, de un excelente material y esmerada presentación (25). Su colección ha desaparecido de las bibliotecas asuncionistas, en las que no se suele prestar atención a este tipo de compilaciones que tanto valor pueden tener para recomponer la historia; pero, por suerte, se encuentra casi completa en la Hemeroteca Nacional.

El P. Serafín Protín fue el primer director de la publicación y uno de los más asiduos colaboradores de esta modesta gran revista. El P. Carmelo Pémoulié la dirigió entre 1930 y 1933.

Como órgano sobre el cual giraba la obra, la revista participaba de la misión del Movimiento Noelista, de proporcionar formación intelectual, moral y religiosa, expresa Magdalena Noce. Así, en el primer número se puede leer: “Es una revista para señoritas, agradable e interesante, útil e instructiva [...] Noel es el más humano, el más católico de todos los nombres, expresa la nueva más consoladora para la humanidad: *Emmanuel, Dios con nosotros*”. Debajo del título que identificaba a la revista traía el lema que resume la espiritualidad asuncionista, que le daba fuerza y sentido: *Adveniat Regnum Tuum, Venga a nosotros tu reino*.

Sin perder su carácter “agradable e interesante”, en sus varias secciones *Noel* abordaba siempre temas que pudieran servir a la formación de las lectoras. Entre esas secciones se hallaban la Pequeña Academia Noelista, reservada a la formación religiosa; la sección de Vida y Acción, donde

las lectoras, firmando con seudónimos, publicaban un resumen de lo que habían podido realizar como parte de su compromiso en el Movimiento y como una forma de estimularse mutuamente sin caer en la vanidad. Los Acontecimientos de Familia eran recordados en otra de estas secciones, sin la frivolidad que suele encontrarse en las crónicas sociales, pero dando a todas la oportunidad de participar en los gratos acontecimientos de familia. Y estaban también las secciones que no suelen faltar en las revistas femeninas, pero escritas con cristiana sencillez; las secciones juveniles, catequísticas, el análisis de libros, el correo noelista, etc, que completaban el interesante material. De todas estas secciones se puede decir que denotaban el alto nivel de instrucción, de piedad y de dedicación al trabajo de estas jóvenes lectoras que también se convertían en “periodistas”; pues las suscriptoras debían escribir por lo menos una vez al año en la revista.

Notas de instrucción religiosa escribían el abad Dom Andrés Azcárate, Mons. Álvaro Larumbe, el Padre benedictino Clemente Martínez, el Pbro. Edmundo Vanini, Delfina Bunge de Gálvez, Mons. Gustavo J. Franceschi, Agustín Luchía-Puig... Pero también hubo otros colaboradores “involuntarios” -o que uno debe suponer tales-, como Pierre L’Ermite, que en una encuesta aparece como el preferido de las lectoras, seguido por René Bazin.

En sus páginas se encuentran vidas de santos y, en fin, muchos temas formativos. Pero la sección cultural debe ser señalada por el servicio que prestaba a la formación de las jóvenes, especialmente en lo que se refiere al buen gusto y la iniciación en las buenas lecturas. Por eso encontramos en casi todos los números alguna nota histórica sobre personajes célebres o notas de cultura general, una “galería” de arte y de grandes escritores, temas de arte antiguo, descripciones de lugares y paisajes, etc.

En 1939 la revista *Noel* venía siendo hecha por el P. Eutimio Herbel y la señorita Blanca Groussac; pero, cuando el P. Eutimio fue movilizado para servir bajo las armas, la publicación dejó de aparecer. De todos modos,

otra causa no menos poderosa para su extinción fue la de orden económico, provocada por el cierre de los Comités, en los cuales se sustentaba.

Desaparición del noelismo argentino

La desaparición del Movimiento Noelista Argentino, que tuvo su período de florecimiento entre 1925 y 1934, reconoce varios motivos. El primero y principal parece ser el trasvasamiento de sus principales dirigentes, reclamado por el Episcopado en el orden nacional lo mismo que en el parroquial, a los cuadros de la Acción Católica recién fundada.

Otro de los motivos fue el hecho de que, a partir de la creación de la Acción Católica, se fortaleció el impulso centralizador del Episcopado. Los Párrocos, en consecuencia, se volvieron reacios para admitir una obra dirigida desde afuera de la Parroquia y el Director del Movimiento -a pesar de que éste contaba con una dirección muy discreta- encontraba incómodo y difícil contactarse con los Comités. Hay una nota del 16 de marzo de 1932, dirigida al Director de la Unión Noelista, R.P. Carmelo Péroulié, firmada por Martín Jacobé y Rómulo Amadeo, Presidente y Secretario General de la Acción Católica Argentina, en la que se lee lo siguiente: “Tenemos el agrado de comunicarle que con fecha 27 de enero ppdo. el Excmo.señor Vicario General, Monseñor Santiago L. Copello, ha aprobado la adhesión de esa institución que V.R. tan dignamente dirige, a la Acción Católica Argentina [...] y le acompañamos el diploma de adhesión”. Era la adscripción del noelismo argentino a las filas de la Acción Católica; pero también su desaparición.

Por otra parte, la Acción Católica captaba los elementos juveniles y el Movimiento sólo se podía mantener con las personas que lo habían fundado, sin la posibilidad de sostener una adecuada renovación. A lo cual debe agregarse que, no existiendo la revista, le faltaba el apoyo y la dirección necesarios.

El Comité de San Isidro ofrece un ejemplo típico de la influencia que tuvo el establecimiento de la Acción Católica en la desaparición del Movimiento Noelista Argentino. Este Comité, y el de La Merced, de la Capital Federal, habían sido de muy intensa vida apostólica y gran dinamismo en lo social. El de San Isidro, entre 1932 y 1933, funcionaba, en efecto, con unas 30 noelistas y las obras que se realizaban en la Parroquia estaban en manos de ellas; lo cual movió al Párroco a buscar entre los elementos del Movimiento a las personas que necesitaba para organizar la Acción Católica de señoras y señoritas. Las noelistas hicieron la evaluación de la nueva situación junto con el P. Serafín Protin, que se hallaba de paso como Visitador provincial, y estudiado en concreto el problema, las noelistas, el Párroco y los directores de Noel encontraron que la mejor solución era la de transformar el Comité en Acción Católica, lo cual se hizo con gran espíritu sobrenatural por parte de todos los involucrados (29).

Los Comités Noel

Aunque sabemos que hubo muchos más, en nuestro rastreo hemos tenido noticias de 17 de estos Comités Noelistas:

- 1) El Comité Buenos Aires Central, que tuvo su lugar de reunión y taller en casa de las fundadoras, en lo de Magdalena Elía de Ezcurra y en lo de Nougier.
- 2) El Comité Ntra. Sra. de las Mercedes, de Belgrano Bajo, que llegó a tener local propio.
- 3) El Comité de la Parroquia San José de Calasanz, que se integró con las catequistas de la Parroquia, por deseo del mismo Párroco.
- 4) El Comité de la Parroquia de Olivos, apoyado por el celoso Párroco, P. Bernardo Santos Guastavino.
- 5) El Comité de San Isidro. Muy activo, era un grupo que dinamizaba prácticamente toda la actividad pastoral de la Parroquia.
- 6) El Comité La Merced, de Capital Federal, se reunía en el Colegio de la Santa Unión. Misionaban en Valentín Alsina y Villa

Diamante (Prov. de Buenos Aires). En Villa Diamante construyeron su propio local y una capilla que se transformó en Parroquia.

- 7) El Comité Sagrada Familia, con sede en la Casa de la Obrera de Nueva Pompeya, estaba dirigido por Panchita Beláustegui, las hermanas Nouguier y Elena Molteni.
- 8) El Comité San Martín de Tours tuvo su sede en Carlos Calvo 1337, en Luis Sáenz Peña, en la Casa de Ejercicios de la calle Independencia y por fin en San Martín de Tours.
- 9) El Comité Ntra. Sra. del Socorro, con sede en la casa de las Hermanas Dominicas, estuvo presidido durante años por la señorita Mackinon.
- 10) El Comité de la Parroquia de Martínez, gozaba del apoyo de Mons. Álvaro Larumbe, que también escribía en la revista *Noel*.
- 11) El Comité que sostenía la capilla de Villa Mathieu (Caseros); una capilla precaria, dedicada a San José y dirigida por las hermanas Nouguier, que se fue transformando en la actual Parroquia.
- 12) El Comité de Mar del Plata se mantuvo en funcionamiento por largo tiempo, después de la extinción del Movimiento, sostenido por el Párroco Juan Martín Zabalza, un sacerdote muy apreciado por su dinamismo apostólico, cuyos restos descansan en el atrio de la Catedral.
- 13) El Comité de San Luis, que funcionó solo hasta cerca de 1970.
- 14) El Comité de Corrientes, que llevaba el nombre de la Santa Cruz.
- 15) El Comité de Jujuy, del cual no he encontrado otra noticia que la de su existencia.
- 16) El Comité de Munro, que fue un activo centro misionero en el cual tuvo origen la actual Parroquia Santa Rosa.
- 17) En Rosario existió también un Comité, del que no hemos podido hallar más referencias (26).

Otros aspectos de la historia asuncionista

En este capítulo se recordarán otros aspectos del apostolado asuncionista, que van hasta el final del segundo período. Aunque no siempre tienen gran relación entre sí, todos ellos son parte integrante de esta historia. Acerca de uno u otro podría hablarse brevemente; sin embargo, cada uno aporta a la totalidad de nuestra historia y la enriquece.

La Obra Apostolina Asuncionista

Un grupo de mujeres jóvenes formaron en Belgrano la Obra Apostolina Asuncionista. El P. José Moreau, inspirador y director espiritual de la señorita Teresa Carrillo, abrigaba la esperanza de que ésta llegara a ser la fundadora de una nueva congregación religiosa. Pero, cuando el P. Moreau fue trasladado a Chile, por sugerencia suya la señorita Carrillo se puso en contacto con el Obispo de Mendoza, Mons. José Aníbal Verdaguer y Comominas, que las recibió con delicada caridad en su Diócesis, alentando vivamente la nueva fundación. Se trata de la Congregación de las Hermanas Obreras Catequistas de Jesús Sacramentado, que hoy tienen varias comunidades en la Argentina, Chile y Paraguay. El autor de esta historia ha podido comprobar con sorpresa cuán cercanas se encuentran de las Constituciones de los Religiosos Asuncionistas anteriores al Vaticano II, las que la fundadora escribió para dicho Instituto.

Otro fruto de la Obra Apostolina fue la revista *Lluvia de Rosas*, totalmente desconocida para las generaciones de asuncionistas jóvenes, y que yo vine a descubrir en Mendoza, gracias a la Superiora general de la Congregación de las Obreras Catequistas.

La revista comenzó a publicarse en julio de 1932; pero la intención de que saliera mensualmente estuvo lejos de cumplirse y, por otra parte, dejó de aparecer cuando el P. Moreau fue trasladado a Chile y luego a Francia, donde fue profesor de castellano en el alumnado de Saint-Maur y falleció en Blou.

Lluvia de Rosas se sostenía mediante suscripciones (aunque se puede suponer que se venderían también ejemplares sueltos) y por medio de publicidad inserta en sus páginas. Esta publicidad es bastante abundante e incluye avisos clasificados. Pero, además, el análisis de los anuncios, así como el contenido mismo de la revista, permite descubrir que había un público culto interesado en la publicación.

Lluvia de Rosas se presenta como un material de apoyo a la espiritualidad de Santa Teresita de Lisieux, que intenta difundir y extender, y de apoyo a la fuerte devoción que esta santa suscitó en la Argentina de aquella época. Una devoción con la cual estuvieron comprometidos algunos religiosos (P. Román Heitman, P. Agapito Genevès, P. José Moreau, P. Luis Folliard, P. Carmelo Péroulié y otros). En el Buenos Aires de aquellos tiempos, el centro de este movimiento estuvo en torno de la hermosa capilla edificada por los asuncionistas en Belgrano, cuyo altar (tan maltratado en tiempos de “reformas”) fue obra de Leo Mähknecht.

El que la revista ofrece es un material de excelente calidad doctrinal, aunque cortado en su presentación por demasiados (*continuará*). Se leen artículos de teología espiritual que suponen lectores con buena formación, especialmente sobre la doctrina espiritual de Santa Teresita, hoy doctora de la Iglesia. Pero también hay breves pasajes de sus escritos, artículos de formación cristiana, alguna vida de la santa contada a los niños, relatos de favores atribuidos a ella, historias edificantes (como la de Santa Casilda, la hija del rey moro de Toledo), poesías de carácter religioso, reseñas de fiestas y celebraciones tenidas en la capilla, y hasta escritos sobre personas no relacionadas directamente con Santa Teresita (como la vida de Fray Marmerto Esquiú).

A los colaboradores resulta difícil identificarlos bajo seudónimos como: P.N., asuncionista, o Ictis, y con nombres desconocidos para nuestro público, como: Remigio Papiol, P.J. Carbonell, Juan María Gorrido, J. Nysten, Teófilo Nitram, José M. Folch y Torres, Jenaro Javier Vallejo. Pero se puede citar el nombre de algún importante escritor conocido, como Manuel Gálvez y otros.

En la práctica, la señorita Teresa Carrillo era la redactora de la revista y la que traducía del francés muchos de los trabajos que en ella se publicaban. Otros, de los que era autora ella misma, los firmaba con el seudónimo *Ancilla Domini, a. a.*, o con las iniciales *T.C., a. a.*, donde la letra *a*, repetida junto a uno y otras, venía a decir *apostolina asuncionista* y las iniciales *T.C.* indicaban su nombre y apellido.

Desconozco la proyección que la Obra Apostolina haya alcanzado, fuera del importante papel de acompañar a las Religiosas Obreras Catequistas y a la revista en el nacimiento de ambas. Es cierto que desapareció cuando el P. Moreau debió trasladarse a Chile, en diciembre de 1934; pero existe el detalle de que estuvo integrada por varias ramas, ya que en uno de los números de *Lluvia de Rosas* se lee que la señora “Emma Fernández de Rodríguez, [esposa del Ministro de Guerra del Presidente Justo, era] Presidenta de una de las ramas de la Obra Apostolina de Santa Teresita”. Por otra parte, allí mismo aparece que la mencionada señora y su esposo, el General Manuel Antonio Rodríguez, “donaron la imagen frontal de la capilla”.

Por otra parte, se sabe que existió también un periódico llamado *El Apostolino*, cuya sede administrativa y redacción se encontraba en la Parroquia de Belgrano. Se trataba de una publicación al servicio de la Obra Apostolina Asuncionista, que aparecía como boletín destinado a sostenerla, difundirla y estimular a sus integrantes. En el *Boletín Ntra. Sra. de Lourdes* se lee un aviso publicitario referido a este periódico; pero el único ejemplar que he podido hallar se encuentra en el Archivo general de las Religiosas Obreras Catequistas, en Godoy Cruz (Prov. de Mendoza).

La Provincia de América del Sur

Cuando los asuncionistas llegaron a Chile, el conjunto de las comunidades que fundaron en ese país formaron lo que se llamó la Misión de Chile (1890-1923). En ese tiempo la Congregación no se hallaba todavía dividida en Provincias; lo que se hará en 1923. La Misión era dirigida por un Superior que dependía directamente del Superior general.

En 1923, al crearse las Provincias, la Misión, que ahora estaba integrada por las comunidades de Chile más las que se habían formado entretanto en la región de Buenos Aires, pasó a ser el Vicariato de América del Sur, parte integrante de la Provincia francesa de Burdeos y dirigido por un Vicario provincial. En general, los Vicarios residieron en Santiago de Chile, excepto el P. Serafín Protin, que estuvo radicado siempre en Buenos Aires.

Dicha situación duró hasta la creación de la Provincia de lengua española de América del Sur, el 15 de agosto de 1953, siendo Superior general el P. Wilfrido Dufault. La nueva Provincia quedó integrada por las comunidades de Colombia, donde los religiosos de Bélgica poseían el prestigioso Colegio Emmanuel d'Alzon de Bogotá, y Parroquias en Bogotá, Cali y Medellín; las comunidades de Chile y, en fin, las de la Argentina, que ya conocemos. En 1962 fue unida a la Provincia una comunidad existente en San José de Costa Rica, donde el P. Luis Madina, español, aprovechando la experiencia que adquiriera en Madrid al frente de una obra similar, creada por él mismo, había fundado la Ciudad de los Muchachos, para la crianza y educación de niños pobres. La obra de San José fue cedida más tarde al Arzobispado de esa ciudad, puesto que la Congregación no disponía de personal especializado en número suficiente, y en razón de la distancia que la separaba del centro de la Provincia.

El P. Regis Escoubas, que había sido Provincial de Burdeos, aceptó con gran espíritu misionero el desafío de ser el primer Provincial y organizar la nueva Provincia, a la que infundió una vigorosa vitalidad, gracias a

su espíritu de fe y a las características de su personalidad emprendedora y tenaz.

Por lo que se refiere a la Argentina, hubo casi siempre en ella un Delegado, sea del Vicario o del Provincial residentes en Santiago de Chile, excepto en el período 1969-1994, en que las comunidades existentes en el país se organizaron como Región dirigida por un Superior regional con amplios poderes de gobierno, de animación y de formación.

La creación de la Provincia asuncionista de lengua española en América del Sur, coincidió con un período en el cual las vocaciones parecían asegurar un renovado impulso a la Congregación en la Argentina; al menos así lo pensaban los religiosos. En efecto, la creación de la Provincia coincidió con varias ordenaciones sacerdotales y el ingreso de algunos jóvenes que, por edad y por su anterior dedicación al apostolado, despertaban esa esperanza. Entre 1952 y 1955 hubo 6 ordenaciones y se agregaron a la Escuela Apostólica de San Martín de Tours otras 5 ó 6 vocaciones (según se haga el recuento), de las que entonces eran llamadas “tardías” y que, por esta razón, ofrecían mayores posibilidades de perseverancia. Pero, además, en 1953, el flamante Provincial inauguró la nueva casa de Olivos (cuya construcción había hecho posible sobre todo el espíritu emprendedor del P. Carmelo Péroulié y del P. Enrique Tiscornia), donde los ingresantes emprendían los estudios iniciales. Pero se debe recordar igualmente que, hasta esa fecha, había solamente 4 religiosos originarios del país.

Desde la creación de la Provincia de América del Sur, la formación de los religiosos jóvenes -noviciado, filosofía y teología- se hizo totalmente en Chile, excepto para los argentinos durante la existencia de la Región, y todos ellos dejaron ya de viajar a Francia para los estudios superiores. Durante varios años, el noviciado y el escolasticado de Chile recibieron también a los jóvenes que llegaban desde Brasil y Colombia, para completar allí la primera formación y cursar teología en la Pontificia Universidad Católica.



1953. La escuela apostólica San Agustín inicia sus actividades con la presencia del P. Regis ESCOUBAS, Superior provincial

Las Orantes de la Asunción (27)

Un hecho significativo de los años '50 es la llegada de la Religiosas Orantes de la Asunción, que vienen a agregarse a las otras Congregaciones de la Familia Asuncionista, ya establecidas en la Argentina: Las Religiosas de la Asunción, las Hermanitas de la Asunción y los Padres Asuncionistas.

A mediados de 1957, en efecto, el P. Enrique Tiscornia comienza a preparar la fundación de la primera comunidad de las Orantes en Buenos Aires, con cuya presencia él había soñado desde sus años de joven religioso. El año 1958, confiesa una de las protagonistas, comenzó con un retiro de diez días, “inolvidables no sólo por las excelentes conferencias del Padre, sino por el clima que las presidía: Aprendimos a amarnos, a confiar, a apoyarnos y a sostenernos mutuamente”.

Salidas del retiro, las futuras Orantes comenzaron a buscar una casa dónde habitar, en lo cual encontraron enormes dificultades. El Superior provincial, P. Regis Escoubas -que apoyó decididamente la fundación desde el primer momento- les ofreció unos terrenos en Munro, donde se podría establecer la primera casa; pero había que construir y, de nuevo, lo que sobraba eran dificultades. El 9 de julio de 1958, empero, la Madre Marie Étienne, llegada de Francia para decidir la fundación, aceptó los terrenos y el 26 de agosto tuvo lugar la colocación de la piedra fundamental.

El 1º de diciembre de 1959, la Madre Marie Étienne, que había viajado a Francia, regresaba con las Hnas. Helène y Marie Renée. Ese mismo día, el P. Enrique celebró la Misa para las primeras Orantes, las primeras vocaciones argentinas y la amiga y bienhechora de las Orantes, María Luisa Port. En el momento de la comunión, el Padre les dijo, muy emocionado: “Nuestra tierra virgen y fértil no defrauda jamás al que la trabaja con amor y perseverancia. Que así sea también para nuestra Congregación. Porque los sacrificios, grandes o pequeños, del uno y del otro lado del Océano, deben ser la semilla que produzca el fruto maravilloso de las vocaciones. No importa que nuestros monasterios sean pequeños. Nuestra patria tiene

pampas inmensas como el mar, que se dilatan maternales y generosas para abrazar a todos los que buscan un asilo de paz. Que en ella, el blanco cortejo de las Orantes, como en un campo de trigo para hacer pan, para hacer hostias, suavemente movido por el viento, repita sin cesar ante el cielo y la tierra las palabras de la adoración: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”.

El 5 de mayo llegaron las primeras postulantes argentinas y al día siguiente quedó constituido el convento. El 19 de noviembre se realizó la toma de hábito en la Parroquia de Belgrano (la capilla de las Orantes no estaba aún terminada). La profesión de las primeras novicias -entre las cuales, la Hna. Étel Morea y la Hna. Iris Hernández- tendría lugar el 1º de diciembre de 1962.

En 1975, las Hermanas fundarían una fraternidad en Campana (Provincia de Buenos Aires), donde estarían hasta 1996 dando el testimonio de una vida sencilla, realmente pobre, servicial y orante en medio de la gente del lugar. En 1977 hacen una opción que las lleva a instalarse en Berazategui para hundir sus raíces contemplativas en las realidades diarias de la vida de un barrio suburbano de Buenos Aires, de sus necesidades, sufrimientos y alegrías. Cerrada esta casa de Berazategui, las Hermanas se establecen en Villa Centenario (Formosa) para irradiar entre los más pobres del interior del país, desde la profundidad de la vida eucarística y ponerse a la escucha del hermano necesitado. Con el correr del tiempo, el primer monasterio de Munro se trasladó a Martín Coronado (Provincia de Buenos Aires), desde donde prestarán su servicio al Santuario de Lourdes y donde tendrán una casa de retiros que será un oasis de paz, de interioridad y de oración compartida. En Martín Coronado, a pesar del número reducido de religiosas que forman la comunidad, fieles a la vocación contemplativa, animan a un grupo más o menos numeroso de mujeres -las Orantes Laicas de la Asunción-, que quieren ser orantes asuncionistas en medio de sus ocupaciones ordinarias, pero poniendo mayor exigencia en su vida espiritual.

Olivos / Lourdes / Belgrano

La Escuela Apostólica fue una suerte de almácigo vocacional, al que ingresaban los niños y adolescentes que sentían el llamado de la vida religiosa o sacerdotal. Estuvo primeramente en San Martín de Tours; pero cuando sus muros se le hicieron estrechos y reclamaron un local más amplio y mejor adaptado a sus funciones, tuvo que emigrar. Además, pegada como estaba a la Parroquia y siendo sus profesores los mismos que debían atender a la feligresía, San Martín de Tours ya no resultaba el lugar más indicado para albergarla.

Como consecuencia de lo anterior, y con el deseo de ubicarla en un lugar más adaptado y tal vez más favorable que la ciudad de Buenos Aires, para la pastoral vocacional, se deseaba trasladarla a un punto del interior del país. A pesar de que en algún momento se consideró la posibilidad de llevarla a San Esteban, en la Provincia de Córdoba, esto último no fue posible, por la precariedad del lugar que le ofrecían a la Congregación. De modo que, en marzo de 1953 fue trasladada a La Lucila, un barrio de Olivos, en el Partido de Vicente López. Allí, donde hasta entonces había funcionado una obra de las noelistas -la Casa de la Obrera-, se agregó a la construcción existente un nuevo edificio, con capacidad para alojar a los profesores y a unos 40 ó 45 alumnos.

A pesar de todo, la Escuela Apostólica San Agustín -como se la denominó- nunca superó los 33 alumnos y la perseverancia de los mismos estuvo lejos de contentar aun a los más conformistas. No se hizo un análisis del porqué de este hecho; pero quien esto escribe -que se contó entre dichos alumnos- puede sospechar que la explicación del escaso reclutamiento habría que buscarla principalmente en los métodos empleados en el mismo, en los recursos que se le destinaban y en las exigencias de admisión de los alumnos. La formación que se impartía, sin embargo, tuvo un buen nivel durante su corta historia. (En la tercera parte podremos ver otros aspectos relativos a esta escuela).

Otro aspecto de la actividad asuncionista en la Argentina lo constituye la continuación de las obras del Santuario de Lourdes, demoradas después de esta época, no sólo porque era necesario atender a las obras de La Lucila y del Colegio de Lourdes (construcción, etc.), sino tal vez porque se fue perdiendo entusiasmo y convicción para seguir adelante. Pareciera que los hombres suelen dejarse vencer por los esfuerzos excesivamente prolongados; pero, a esto, para ser sinceros, hay que agregar el efecto de las sucesivas crisis económicas por las que ha venido atravesando el país. Hoy, lejos de estar terminado, uno de los más hermosos edificios de la arquitectura religiosa en la Argentina, está exigiendo tareas de mantenimiento y conservación que requieren arbitrar los medios apropiados.

En Santos Lugares, por otra parte, el superiorato del P. Dionisio Solano (1958-1964) dio un nuevo impulso a toda la labor pastoral. A pesar de no ser argentino y de haber pasado toda su vida anterior en Europa, este religioso convocó a las personas de toda edad y especialmente a los jóvenes; logró acercarse a “la gente del barrio” y a las instituciones que la agrupan; pero igualmente, infundió un aliento nuevo a la pastoral de los peregrinos y devotos de la Virgen de Lourdes.

A su espíritu de hombre de fe, dinámico y emprendedor, se debe además el inicio de un nuevo edificio para el Colegio de Lourdes, en la avenida La Plata y San Carlos. Pero el P. Solano se preocupó también de proseguir la obra del templo, dotando a la cripta de elementos indispensables de los cuales todavía carecía (confesionarios, bancos, puertas). En la iglesia superior hizo colocar, además, una mayólica que representa la Asunción de la Virgen María, obra del conocido artista José Ballester Peña. Un trabajo que ocupa el lugar del rosetón, cuya colocación hacía imposible la presencia de la torre central; pero que, gracias a su colorido produce, además, el efecto de romper la notable presencia del blanco de las paredes del edificio. A él se debe igualmente la construcción del cementerio destinado a los religiosos asuncionistas, situado en el costado izquierdo del templo, afuera de éste, entre el crucero y el ábside, a donde trasladó los restos

de los religiosos que se hallaban en los cementerios municipales de Flores (Capital Federal) y San Martín (Provincia de Bs. Aires).

Por otra parte, puede decirse con justicia que el P. Dionisio Solano, desde que se hizo cargo de la Parroquia hasta que se alejó de ella para ser Provincial, tuvo una relación muy positiva con la feligresía y con “las fuerzas vivas” de Santos Lugares. Con éstas supo crear, con mucho tacto, un tejido en cuyo entramado la Parroquia encontraba naturalmente un lugar, dejando el recuerdo de un pastor amado por sus feligreses, que lo recuerdan con afecto y gratitud.

En Belgrano, respecto del Colegio Manuel d’Alzon en el período 1955-1961 -en que concluye la segunda parte de nuestra historia-, el testimonio de la señora Ana María Moltrasio de Chávez, que trabajó en el colegio durante 47 años, hasta que se jubiló siendo Directora del mismo en el año 2002, nos ofrece valiosos recuerdos.

Ana María se había incorporado al colegio en 1955, convocada por Margarita Piazza, en un momento particularmente difícil, debido al enfrentamiento del gobierno peronista con la Iglesia Católica. Al finalizar el año 1954, en efecto, las autoridades nacionales habían decidido que el personal de los colegios católicos pasara al Estado; pero, además, había quitado a dichos colegios la subvención que la ley les otorgaba. De modo que el Colegio Manuel d’Alzon, que hasta ese momento había sido gratuito y con mayoría de alumnos que no estaban en condiciones de pagar una cuota, carecía de docentes y también de dinero, lo mismo que muchos otros. Margarita Piazza, educadora por vocación, muy comprometida con el colegio y los asuncionistas, contando con la ayuda de feligreses y padres de alumnos había tenido la iniciativa -nada fácil- de solicitar y obtener aportes voluntarios, que permitieron pagar a las maestras el 60 % de sus sueldos; pero ella misma trabajó *ad honorem* durante tres años.

Las nuevas maestras que iniciaron sus actividades en 1955 eran todas muy jóvenes, y para varias de ellas ésta era también su primera experiencia

como docentes. Ana María Moltrasio, Silvia Molfino, Marta D'Ursi, Chanita Guerra, Amanda Otero, Hebe Foncueva y Luisa Di Leve llegaron de la mano de Margarita, y el P. Gabriel Kearney supo recibirlas con la bondad paternal que ellas necesitaban y sostenerlas en esos tiempos difíciles. La voluntad y la vocación que las movían se pusieron de manifiesto en la actitud con que asumieron su papel. No sólo supieron transmitir conocimientos y educar, sino que se hicieron estimar también por la dedicación con que se entregaron a quehaceres que no eran estrictamente de ellas: Limpiar y encerrar con sus manos los bancos de los alumnos, pintar los pizarrones, construir algunos de los útiles que necesitaban... Contaban ciertamente con la comprensión y el apoyo de papás y mamás, que se arriesgaban a enviar a sus hijos a un colegio que en ese momento no era "oficialmente" bien visto; pero también las unía y estimulaba el compañerismo, la amistad y la vocación compartida. El colegio era pobre y su patio era de tierra; pero las maestras lo cuidaban con amor: Todos los lunes se encargaban de reponer las plantitas dañadas durante la semana por los juegos de los niños. Por las mañanas, en invierno, para alejar el frío que invadía a todos, hacían que los niños, de pie junto a los bancos, saltaran rítmicamente y batieran palmas. Por otra parte, ellas mismas eran las que, además, preparaban a los alumnos para la Primera Comunión.

Al producirse en septiembre de 1955 la llamada Revolución Libertadora, que derrocó a Perón, las actividades volvieron a desarrollarse en un clima más tranquilo; pero antes, los manifestantes que pasaban por delante del colegio no evitaban las palabras más inconvenientes, que eran proferidas a gritos. Para estas maestras fue una nueva experiencia: Tenían la responsabilidad de sus alumnos. Pero sabían que el P. Gabriel Kearney y los religiosos de la comunidad no las dejaban solas. En una ocasión en que los chicos debieron ser retirados por sus padres -recordaba Ana María-, las maestras se quedaron rezando con el P. Gabriel, y después tomaron café con leche con pan dulce hasta la espera del momento oportuno para retirarse hacia sus casas. Las palabras del P. Gabriel todavía resuenan en mis oídos, decía Ana María: "Por favor, nadie se mueva. Si tienen temor esperen; el P. d'Alzon las protegerá". Del triste bombardeo que se produjo esta-

ban lejos; pero la avenida General Paz estaba cortada y las que debieron cruzarla hacia la Provincia de Buenos Aires tuvieron que hacer unas 20 cuadras a pie hasta llegar a sus casas. (El 16 de junio de 1955 fue el día en que la turba azuzada incendió la Curia y las principales iglesias del centro de Buenos Aires).

En 1956 las clases empezaron el 1° de mayo, a causa de una epidemia de poliomielitis. Como las maestras igual iban a la escuela desde marzo, se propusieron cambiar el aspecto de las aulas. Al comenzar las clases, el P. Gabriel dijo a los papás de los alumnos que la escuela tenía otro color, debido a “unas personas algo revoltosas, pero que lo habían hecho con gran cariño al colegio: Son las maestras de sus hijos”. Hebe Foncueva fue la sucesora de Margarita en la dirección de la escuela.

Cuando se promulgó la ley correspondiente, el Colegio Manuel d’Alzon pasó a ser escuela reconocida, para lo cual Margarita se movió con mucha decisión y empeño. Más tarde, el patio de tierra fue reemplazado por el de cemento y se construyeron otros baños más adecuados. El alumnado crecía y se hizo necesario desdoblar los Grados en el turno de la tarde. Pero, lo que se fue haciendo se consiguió con el esfuerzo de muchas personas: Hubo kermesses, rifas, alcancías en las que se depositaban moneditas; todo para recolectar los fondos necesarios.

Al terminarse esta historia, en el año 2000, la humilde escuelita cuyos alumnos, a falta de sillas y bancos escolares, comenzaron escribiendo a menudo a horcajadas sobre bancos comunes, era la sección de Educación General Básica del Instituto San Román -junto al Nivel Medio y el Nivel Inicial-, un colegio apreciado en la zona norte de la ciudad, gracias al nivel alcanzado por la educación dada en sus aulas. El período que acabamos de reseñar parece imponer algunas constataciones.

Durante los años que van de 1955 a 1961, en la Argentina se vivió un momento de holgura económica, que en general permitía a la población verse libre de ciertas necesidades dinerarias, a pesar de que nuestra socie-

dad de esos años ya se hallaba apremiada por requerimientos materialistas y exitistas que se fortalecerán más tarde, y comenzaba a sentirse acosada por circunstancias tensionantes, acrecentadas en los días finales del siglo. Pero hay que reconocer, asimismo, que las personas parecían asumir con actitud positiva sus compromisos frente a la sociedad. Es posible que en los finales del siglo se sea más profesional, en el sentido de que se ha ganado en preparación y competencia; pero esta profesionalización, por efecto de una distinta valoración de los compromisos personales, ha llevado frecuentemente a una suerte de ética de lo obligatorio. Por un lado se ha avanzado en competencia; pero, por el otro, no siempre este avance ha ido acompañado por el crecimiento de las exigencias de orden espiritual que supone toda vocación.

Desde otro punto de vista, se recoge una doble comprobación, que influye sobre las constataciones expresadas: Por un lado, el menor número de personal religioso disponible, como consecuencia de la crisis vocacional que afecta a la Iglesia; y por otro, una manera diversa de entender el modo de presencia del responsable pastoral al lado de sus colaboradores laicos. Ambas circunstancias dan la impresión de haberse aliado para producir ciertas modificaciones en el modo de acompañamiento espiritual de los laicos por parte de los religiosos. Y esto es así, tal vez, aun sin que los religiosos de aquellos años dispusieran en general de más amplios conocimientos pedagógicos.

En primer lugar, se puede decir que las personas concernidas aparecían ante todo como educadoras animadas por una mística. Se descubría un alto espíritu de colaboración entre ellas, para la realización de lo que sentían como causa propia. Una colaboración que a menudo llegaba hasta el sacrificio. Pero se adivinaba igualmente un alto grado de compañerismo y amistad, que superaba la simple relación entre colegas, y un grado notable de acompañamiento de los responsables. También de parte de las familias que confiaban sus hijos al colegio, se percibía, como resultado de diversos factores, esa buena disposición que crea el ambiente necesario. Era un conjunto de cosas en el cual aparecía subrayada la presencia del “pastor” que

acompaña y en ciertos momentos sostiene; pero un conjunto de cosas, también, en el que se revelaba un modo cristiano de encarar la tarea en común, entendida ésta como un apostolado, por parte de los diversos actores.

En Belgrano, también, en unos terrenos situados entre la sede parroquial y la Av. José Figueroa Alcorta, se había levantado una “villa-miseria” que era preciso atender y socorrer. Cáritas se distinguió en el servicio de estas personas -mayoritariamente de origen paraguayo y boliviano-; pero lo más destacable fue que la Parroquia construyó, en la década de 1950, la escuela que se llamó Estrella de Belén. En esta escuela, que gozaba de buen nivel, se daban las clases a unos 250 alumnos, hijos de familias pobres, y sus locales servían para el catecismo, como centro de salud, capilla y lugar de reuniones de los vecinos cada vez que éstos debían tratar asuntos de interés comunitario. El P. Agustín Le Borgne tuvo aquí una labor prolongada y destacada, y las religiosas Hijas de Santa Ana colaboraron siempre y sin limitaciones en todo lo que allí se hacía, hasta que los “villeros” indeseables fueron desalojados *manu militari*, hacia 1978, a fin de construir en esos terrenos algunas casas para otra gente, pero también otras mejores para personal de la aeronáutica militar. De paso, los visitantes extranjeros no se verían obligados a descubrir, durante el Campeonato Mundial de Fútbol, un aspecto de la Argentina que no se deseaba mostrar.

Dos fundaciones que no prosperaron

La Congregación poseía un terreno en Munro (Fondo de la Legua, entre las calles Mariano Moreno y Paraná), y allí se comenzó a construir, en 1960, una iglesia destinada a ser Parroquia; pero el proyecto no prosperó, debido a las exigencias desorbitadas del Obispo de San Isidro, que pretendía la presencia en el lugar de una numerosa comunidad de religiosos sacerdotes, más de los que estaban disponibles y de los que hacía falta.

En 1953, ya creada la Provincia de América del Sur, hubo un intento de fundación en Montevideo, a donde el P. Regis Escoubas envió a dos

religiosos argentinos, los Padres Agustín Luchía-Puig y José Carlos Mas-saldi, y uno chileno, el P. Armando Perales. El P. Luchía-Puig emprendió con entusiasmo la tarea encomendada, constituyó una asociación que confi-riera personalidad civil a la Congregación y ya tenía prometido, en las afue-ras de Montevideo, un terreno donde construir una escuela apostólica que recibiera a las futuras vocaciones asuncionistas uruguayas. No obstante, el Superior general de la Congregación, estimando que la escasez de personal religioso disponible no permitiría que el proyecto se desarrollara con los resultados esperados, optó por cerrar la comunidad de la Parroquia San Lorenzo, recién fundada en la capital uruguaya.

La Gran Misión de Buenos Aires

En 1960 tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires un acontecimiento pastoral de magnitud: La Gran Misión de Buenos Aires.

Preparada con suficiente anterioridad, convocó a misioneros que lle-garon desde numerosos países de habla hispana. Fueron 2.000 sacerdotes, además de religiosos, religiosas y laicos del país, que vivieron una expe-riencia singular de evangelización por todos los barrios de la ciudad. En centros escogidos donde se los pudiera encontrar, la gente era convocada para encuentros en los cuales se les exponían las verdades de la fe, con sus exigencias de vida. Imposible levantar estadísticas sobre lo que la gracia pudo hacer en cada uno; pero si para medirlo se pudiera tener como pará-metro la recepción de los Sacramentos, habría que decir que para muchos fue una ocasión especial de renovación de su vida cristiana.

Para poner punto final a esta segunda parte de nuestra historia, he elegido la Gran Misión de Buenos Aires, en la que participaron activamente las tres Parroquias de los asuncionistas, porque después se producirán unos cambios notables en los tiempos, que son los del Concilio Vaticano II y los de las nuevas circunstancias que agitarán a la sociedad y a la Iglesia.

Algunas conclusiones posibles

Al historiador le corresponde presentar los hechos con objetividad. El lector, por su lado, sacará conclusiones que compartirá o no con el historiador. De todos modos, éste puede adelantar las suyas.

1. A veces *ha corrido la voz de que en el segundo período de la historia asuncionista argentina comenzó a disminuir el impulso misionero inicial.*

El historiador no acierta a descubrir un “proyecto” de Asunción argentina definido. La línea seguida por el P. Protin desaparece después del regreso de este Padre a Francia, siendo San Martín de Tours y el Movimiento Noelista sus expresiones más relevantes. La línea cultivada por el P. Román Heitman, después de la muerte de este religioso, se inclina hacia algunas formas de pastoral con mayor insistencia en lo sacramental. Por otra parte, después de la fundación de San Martín de Tours (1932) y hasta el año 2000, es decir, durante 68 años, no se funda ninguna comunidad dedicada a obras apostólicas. Las comunidades de La Lucila (en Olivos), La Manuelita, Caseros y Berazategui son en alguna medida la misma comunidad, que se desplaza de lugar y hoy no existen. Viene luego la comunidad de Mendoza, continuadora de las 4 anteriores. Pero todas éstas se dedican de modo principal -no exclusivo-, a la pastoral vocacional y a la formación.

2. Frente a lo anterior, *se desarrollará en compensación la pastoral del Santuario de Lourdes*, que vendrá a ser emblemática y en adelante identificará a los asuncionistas argentinos. De modo que, aun sin una opción explícita en ese sentido, aparece una sustitución de proyectos y *la Congre-*

gación se irá afianzando poco a poco en el país e irá adquiriendo una fisonomía argentina.

3. La Asunción tuvo en la Argentina el mejor apoyo de laicos de primera línea; aunque en los comienzos pudo encontrar a veces, en otras personas, ciertas prevenciones y desconfianzas.

4. Si bien al llegar al país, la Congregación trató de promover la formación de una elite dirigente en vistas de la transformación de la sociedad, estuvo asimismo junto a las clases pobres, dando pruebas de caridad hasta el sacrificio, en lo que se refiere a promoción social, educación popular, ayuda al necesitado.

5. Entre los méritos que se deben reconocer, hay que destacar el trabajo realizado con toda eficacia entre la juventud, por medio de los colegios, del Movimiento Scout y de la misma Acción Católica, después.

6. La Asunción argentina tuvo un tardío desarrollo vocacional y fueron numerosas las vocaciones que se presentaron y no ingresaron en la Congregación por no tener ésta, en cierto momento, dónde recibirlas.

En este aspecto, además, una cosa es cierta: La clase alta o media alta, donde los Padres gozaban de prestigio por el nivel de su formación y su cultura francesa, dio solamente una o dos vocaciones en toda la historia de la Congregación.

7. A partir de una fecha que debe situarse hacia mediados del siglo, las exigencias intelectuales demandadas de los misioneros que venían de Europa ya no fueron las mismas, lo que influirá sobre todo en el período posterior.

Se trataba de buenos y hasta de excelentes religiosos, dispuestos a trabajar denodadamente en el apostolado; pero se puede observar que en las bibliotecas formadas por el primer grupo de misioneros abundaban obras

del más alto nivel. Más cerca de nosotros, los viajeros traían en sus maletas instrumentos electrónicos, manuales de moral para confesores o tomos donde se resumía el dogma cristiano. Si bien estos últimos eran instrumentos útiles para la labor pastoral, contrastaban con la calidad de las bibliotecas formadas por el primer grupo de misioneros.

8. Sintetizando mi opinión, se puede decir que en este segundo período, por la fuerza de los hechos, se inicia una sustitución de proyectos, que implicará abrirse a la pastoral del Santuario, en perjuicio de lo que he llamado la línea de Protin. Al mismo tiempo permanece y se afianza el compromiso de los asuncionistas con la franja más pobre de la clase media, la educación de los hijos de este medio socio-cultural, la formación de un laicado dinámico y de mentalidad más dispuesta para aceptar las renovaciones que vendrán, la pastoral juvenil y el servicio de los pobres.

Como tropiezos principales hay que señalar el lento desarrollo de la pastoral vocacional y la menor consistencia que se insinúa en el impulso misionero.

A mi modo de ver, *el desarrollo equilibrado de la Asunción argentina en este período hubiera requerido:*

- Un proyecto de Asunción argentina más definido, con una expansión más vigorosa de la Congregación;
- Promoción de una vigorosa pastoral vocacional local desde los comienzos;
- Envío de misioneros desde afuera por un tiempo más prolongado.

Notas correspondientes a la Parte II:

- 1) Sobre la economía argentina en sus aspectos históricos hasta mediados de la década del 70, puede verse A. FERRER, *La economía argentina*, Fondo de Cultura Económica, Bs. Aires, 1973.- Desde otro punto de vista, se podría señalar que tres científicos argentinos han merecido obtener el Premio Nobel, entre 1947 y 1984.
- 2) Recuérdese, a propósito, la obra de F. SÁNCHEZ (1875-1910), *M'hijo, el doctor*.
- 3) El teatro de A. Discépolo (1887-1971) es uno de los testimonios citables acerca de este fenómeno. La tela de E. de la Cárcova (1867-1927), titulada *Sin pan y sin trabajo*, es otro testimonio patético de lo mismo.
- 4) H. CHUMBITA, *La última frontera / Vairoleto: Vida y leyenda de un bandolero*, Planeta, Bs. Aires, 1999, es un trabajo entre lo histórico y lo sociológico que merece leerse si se quiere descubrir las lacras sociales entre los trabajadores y pequeños propietarios rurales de la Pampa.
- 5) P. SIWAK, *500 años de evangelización americana*, Del Encuentro y Paulinas, Bs. Aires, 1992, t. III, p. 59.- Ver J. BIALET MASSE, *El Estado y las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*. La primera edición es de 1904.
- 6) Ver SIWAK, o. c., p. 92.
- 7) Ver diario *La Vanguardia*, 7.11.1913.
- 8) Ver SIWAK, o. c., p. 93.
- 9) J. L. ROMERO, *Las ideas políticas en la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Bs. Aires, 1991, p. 205-206. La primera edición es de 1956.
- 10) D. F. PRO, *Coriolano Alberini*, Los Huarpes, Bs. Aires, 1960, p. 480.
- 11) Véase F. LEOCATA, *Las ideas filosóficas en la Argentina*, t. II, Centro Salesiano de Estudios, de donde han sido tomadas las citas dadas.
- 12) *Revista del Centro de Arquitectos, Constructores de Obras y Anexos de la Ciudad de Buenos Aires*, t. X, año II, N° 15, agosto de 1928.
- 13) Estas medidas pueden haber variado algo, después de la pavimentación de las calles adyacentes, que aún no existía.

- 14) C. PÉMOULIÉ y R. FAVRE, *Cronología de Lourdes*, en preparación, ver fechas citadas.
- 15) Lo que diré aquí sobre *Auras de Lourdes* se basa en un estudio inédito de Magdalena Noce.
- 16) En la “monografía histórica” del P. Regis Escoubas citada en la Parte I de este trabajo, aparecen solamente los apellidos de casadas de las señoras de Alvear y de Meyer Pellegrini. Debe entenderse que se trata de doña Felisa Ortiz Basualdo de Alvear y doña Matilde Mesquita Luro de Meyer Pellegrini.
- 17) Citando de memoria, recuerdo entre ellos a los matrimonios Llorente, Marcenaro, Murtagh, Fornieles, Biedma, Cardini...
- 18) P. GUISSARD, *Histoire des alumnats / Le sacerdoce des pauvres*, Bonne Presse, París, 1955.
- 19) Los datos relativos a la escuela apostólica han sido tomados de la “monografía histórica” del P. Regis Escoubas.
- 20) Testimonio de la Hna. Adela Helguera, R.A., recogido por el autor.
- 21) Los datos relativos a la reliquia de San Martín de Tours y su relicario han sido tomados de la “monografía histórica” del P. Regis Escoubas.
- 22) Em. d’Alzon, *Écrits spirituels*, p. 1292.
- 23) En el Libro de las Crónicas de Belgrano, de 1920, se lee: “28 de abril. Sale el primer número de *Noel* y se celebra la Misa a intención de la obra”.- El doctor Martín Jacobé puso de su peculio \$ 20.000 m/n para que la revista pudiera comenzar a publicarse. Por otra parte, el P. Blachère escribe: “La señora Dolores Lavallo de Lavallo tomó la revista bajo su protección y le dio derecho de ciudadanía, contando en ella, con una sencillez candorosa, rasgos de su infancia”.
- 24) *L’Assomption et ses oeuvres*, diciembre de 1928, p. 195.- Sobre el P. Claudio Allez puede verse P. GUISSARD, *Portraits Assomptionistes*, Bonne Presse, París, 1932, p. 213-227.
- 25) Ver DE RUSCHI CRESPO, o. c., p. 124.
- 26) Varios de los datos sobre el Movimiento Noelista Argentino que consigno me fueron facilitados por el P. Carmelo Pémoulié. Un estudio sobre este movimiento sería de indudable interés.

- 27) Testimonio de la Hna. Étel Morea, Or. A., al autor.
- 28) M. ROCCA RIVAROLA DE GÁLVEZ y J. FORNIELES, *Palermo Chico*, Cuadernos del Águila, N° 26, Fundación Bank Boston, Bs. Aires, 2001, trae información interesante sobre el barrio y sus primeros habitantes.
- 29) R. DI STEFANO, *La Iglesia argentina contemporánea (1865-1983)*, en R. DI STEFANO y L. ZANATTA, *Historia de la Iglesia argentina*, Grijalbo Mondadori, Bs. Aires, 2000, Tercera Parte, p. 369-370. Estos autores traen una presentación crítica de la historia de la Iglesia en la Argentina, con la cual algún lector podrá disentir. No obstante, por lo que hace al tema del Movimiento Noelista, la cita que ponemos a continuación (cuyo contenido nos consta que coincide con la visión que al respecto tenían los principales protagonistas del Movimiento, a los cuales más de una vez pudimos escuchar sobre el tema) puede explicar las razones profundas de la desaparición del mismo: “Las iniciativas sociales, políticas, culturales o de otro tipo que ya existían o que nacieron a principios del siglo [XX], se debían sobre todo al espíritu emprendedor de algunos eminentes sacerdotes, en primer lugar del padre Grote, y también de algunos laicos. Tal era el caso de la primera de ellas, los Círculos de Obremos fundados en 1892, como también de la Liga Democrática Cristiana de 1902 y de sus derivaciones, la Unión Democrática, surgida en 1911, y la Unión Democrática Argentina, nacida en 1920. Lo mismo puede decirse de la Liga Social Argentina, surgida en los mismos ambientes en 1909, y de otras iniciativas menores que florecieron a principios de siglo. Los rasgos principales que caracterizaban a este asociacionismo eran su amplia autonomía y su perfil esencialmente laico, además de su ‘especialización’ en la acción pastoral en algunos específicos ambientes sociales. Por el contrario, el objetivo de la jerarquía, alentada en tal sentido por la Santa Sede y por las resoluciones del Concilio [Plenario de América latina] de 1899, era disolver esas iniciativas en un movimiento más amplio y ‘general’, cuya cohesión disciplinaria, eficacia y ortodoxia doctrinaria debían ser aseguradas por la conducción eclesiástica. Como lo subrayaron los obispos en 1921, cuando tales tensiones habían llegado a su cenit, era necesario que las iniciativas católi-

cas ya existentes se convirtieran en ‘brazos del grandioso río’, y que no se confundiese la acción de algunos católicos en cuanto individuos con la acción católica, que no sería tal sin la guía y la autorización de las autoridades eclesiásticas”. [Uno se siente inevitablemente tentado de agregar que, si bien el ser cristiano consiste en poseer una fe viva y operante, como leemos en la Palabra inspirada, al Episcopado argentino no le bastaba con este gran don bautismal: Parece que, para ejercitar esa fe en la realidad de nuestra existencia, había que pedir permiso a la jerarquía, prudentísima, omnisciente y todopoderosa].

- 30) Entre otros trabajos, la Casa Estruch, fundada en 1922, realizó en Buenos Aires los vitrales de la Medalla Milagrosa, el Patrocinio de San José, la iglesia castrense Stella Maris (con 512 m², ésta última) y la capilla de la Casa Rosada; y en Corrientes, los del Santuario de Itatí. También tiene trabajos realizados en el exterior.
- 31) Ver H. CALLEGARI, *Historia del Partido de Tres de Febrero y sus localidades*, Cap. IV, *Santos Lugares*, p. 103-116, Ediciones Fundación Banco de Caseros, Caseros, 1993. Hasta 1856 se daba el nombre de *Santos Lugares* a la actual ciudad de San Martín -cabecera del Partido bonaerense del mismo nombre- (por la Capilla que allí tenían los Padres Franciscanos de Tierra Santa, en la calle La Crujía). En 1905 se empezó a construir la estación del Ferrocarril Pacífico (después Ferrocarril San Martín), denominada Km. 13. Esta estación fue inaugurada el 1° de julio de 1906 con el nombre de *Santos Lugares*, que lleva actualmente y que luego se extendió a la población levantada en su proximidad, hoy llamada *Villa Santos Lugares*.

III. Terminando el Siglo (1962-2000)

A. UN ESPÍRITU NUEVO

18. La Iglesia hasta el Congreso Eucarístico	185
19. Cambios en la Iglesia	195
20. En la transición	201
21. Una Asunción joven y abierta	211

B. EL SIGNO DE LA CRUZ

22. La Argentina del '62 al '83	223
23. Muere la vida, y renace	235
24. En la gran vorágine	245

C. TRABAJANDO LA VIÑA

25. Lourdes en la piedad popular	263
26. La Parroquia de Lourdes (1959-1980)	273
27. La Parroquia de Lourdes (1981-2000)	281
28. El Santuario al terminar el siglo	303
29. Clase media y barrios pobres	309

D. AL SERVICIO DEL REINO

30. Figuras Asuncionistas	329
31. Las Vocaciones Argentinas	347

E. ENTRE 1962 Y 2000

32. Puntos de vista	359
---------------------	-----

En las páginas que siguen abordaremos la tercera y última parte de nuestra historia de los asuncionistas en la Argentina, desde 1962 hasta el año 2000. Pudo haber sido otro que 1962, el año elegido para dar comienzo a este período; sin embargo, éste es el año en el cual empieza el Vaticano II y el que da paso a unos cambios muy profundos en el interior de la Iglesia Católica y en las relaciones de ésta con el mundo exterior. El lector comprenderá que la variedad de la materia a tratar nos haya permitido dividir esta III Parte en cinco secciones.

La primera sección, *Un nuevo espíritu*, comenzará por un capítulo donde evocaremos algunos aspectos relativos a la historia de la Iglesia, no tocados anteriormente; pero que guardan estrecha relación con el tema de esta parte. Y a continuación, nos ocuparemos de los cambios producidos en la Iglesia y en la Congregación. En la segunda sección, *El signo de la cruz*, nos referiremos a la situación política de la Argentina, de 1962 a 1983, y al tema de la violencia en la década de 1970. En la tercera sección, *Trabajando la viña*, nos ocuparemos de Lourdes y de otras comunidades y parroquias. La cuarta sección, *Al servicio del Reino*, nos permitirá evocar algunas figuras asuncionistas y abordar el tema de las vocaciones argentinas. En la quinta, finalmente, *Entre 1962 y 2000*, nos animaremos a esbozar un balance del período, como lo hicimos en las Partes anteriores.

Indudablemente, se recogerán temas cuyos protagonistas estuvieron muy cerca nuestro, o aún lo están, y actuaron por lo tanto junto a nosotros. Ciertamente se trata de una circunstancia que merece ser aclarada.

A. UN ESPÍRITU NUEVO

La Iglesia hasta el Congreso Eucarístico

Las relaciones Iglesia-Estado

Para los primeros años del siglo, las debilidades del modelo liberal ya se habían hecho notar. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado seguían siendo difíciles y no alcanzaban para elaborar un diálogo que permitiera abordar los grandes temas; pero el catolicismo iría ganando una presencia nueva -no siempre exenta de ambigüedades- ante el Estado y la sociedad argentina.

El mismo P. Serafín Protin fue llamado a intervenir, humilde y silenciosamente, en la búsqueda de solución para un memorable “desacuerdo”. Habiendo fallecido en abril de 1923 Mons. Mariano Espinosa, se suscitó un conflicto entre el gobierno nacional y la Santa Sede. El primero pretendía hacer respetar el supuesto derecho de Patronato, y Roma, su derecho de designar libremente al nuevo Arzobispo. Los excesos verbales de muchos, y especialmente de la prensa, convirtieron el asunto en tema de polémicas públicas y políticas. “El Congreso, los diarios, las reuniones políticas, las instituciones religiosas, las parroquias y las congregaciones religiosas fueron invadidos por la polémica; lo que hizo más difícil para el gobierno y para la Santa Sede arribar a un acuerdo”. En 1926, Roma designó a Mons. José M. Bottaro, un franciscano anciano y de salud delicada, cuya presencia tuvo el mérito de poner fin al enfrentamiento (1). La oposición hecha a Mons. Miguel Ángel De Andrea, el candidato del gobierno alvearista, parece haberse levantado, entre otras cosas, debido a las relaciones que el mismo tenía en el ambiente oficial. En medio del ruido agitado por los diarios, debe destacarse en este lugar la actitud mesurada y prudente de la revista *Noel*. Citando esta publicación, (1924, N° 97, p. 283), M. I. De Ruschi Crespo escribe: “Mientras la prensa fue generalmente hostil a la Santa Se-

de (2), *Noel* supo defenderla sobreponiéndose a la cuestión de personas, recibiendo el padre Protin, por tal motivo, un reconocimiento especial del Vaticano” (3). Más aún, entre los hermanos en religión del P. Serafín Protin, se sabía que a éste le fueron encomendadas algunas gestiones delicadas y reservadas en torno del asunto. F. de Paula Blachère escribe: “La Nunciatura estuvo particularmente agradecida a *Noel* por su actitud en la querrela” y el procedimiento que utilizó en su publicación le “valió al P. Serafín la estima del Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, don Ángel Gallardo, con quien tuvo varias entrevistas” (4).

Hacia una nueva presencia

Si en los primeros años del siglo XX la Iglesia no poseía una presencia relevante en la vida argentina, habría que atribuirlo a varios factores. Ya desde antes de la Revolución de Mayo de 1810, en efecto, el pensamiento de la Ilustración francesa había iniciado una influencia secularizante. Después de la Independencia (1816), es preciso citar también los trastornos políticos sufridos por el país; y, a partir de Caseros (1852), la influencia de la llamada Generación de 1837. Por otra parte, con posterioridad al Vaticano I (1870), “Roma, y también Europa, ha de ser la proveedora de todo, del modelo de organización, de pautas pastorales, de elaboración teológica, de profesores para las casas de formación eclesiástica”. Si bien en la época el fenómeno era poco menos que inevitable, no se puede ocultar que esta “romanización” de la Iglesia en la Argentina sucedía sin que se prestara mucha atención a la realidad local de los fieles católicos, a la situación en que se desenvolvía la vida de la Iglesia en la Argentina de ese momento, a los condicionamientos de la pastoral y los exiguos recursos con que contaba, a la idiosincrasia del pueblo (5). También el Concilio Plenario de América latina (Roma, 1899) puede considerarse dentro de esta tendencia romanizante, que tuvo el mérito -hay que decirlo- de organizar a la Iglesia en nuestros países y dar mayor prestancia a la actividad que desempeñaba en ellos. Este Concilio produjo una masa de documentos de CLXXXII y 593 páginas impresas a dos columnas, en latín y castellano -las *Actas y Decre-*

tos del Concilio Plenario de América latina celebrado en Roma el año del Señor de MDCCCXCIX, editadas oficialmente en Roma, en 1906, por la Tipografía Vaticana-, a la cual debe agregarse un volumen complementario, de 917 páginas en latín, producido por la Santa Sede -el *Appendix ad Concilium Plenarium Americae Latinae Romae celebratum anno Domini MDCCCXCIX, additis recentioribus documentis*, editado en Roma, en 1910, por la Tipografía Poliglota Vaticana.

La pastoral exhibía entonces en la República Argentina un modelo estático, sin planes definidos y capaces de orientar la actividad de sacerdotes y de laicos. La oración se expresaba en una forma pietista, incluso en los principales centros de peregrinación, donde tampoco la liturgia rompía con las formas individualistas de participación. Sin embargo, una reacción saludable partió de la sensibilidad de algunos pastores y laicos, que cada vez se fueron haciendo más numerosos y tuvieron la oportunidad de alcanzar mejor formación. En este sentido deben recordarse iniciativas como la creación del Centro de Cultura Religiosa Superior, para la formación cultural y religiosa de la mujer, y la del Instituto de Cultura Religiosa, de la Compañía del Divino Maestro.

Por otra parte, un grupo de hombres jóvenes, que se propusieron profundizar en la doctrina de la Iglesia, fundaron el 21 de agosto de 1922 los Cursos de Cultura Católica. Su propuesta consistía en el estudio y la difusión de la doctrina católica “para que ella inspirara y orientara todos los actos del hombre, públicos y privados”, y ofreciera un “hogar espiritual” donde todos tuvieran “la oportunidad y el medio de formar o confirmar su conciencia de hijos de Dios y de la Iglesia”. En los Cursos se dictaban gratuitamente clases regulares de filosofía, historia de la Iglesia, Sagradas Escrituras, liturgia, dogma, moral, Acción Católica y latín. Pero también distribuían gratuitamente en Capital y provincias un folleto de 80 páginas, editaban libros, poseían un servicio de librería y una de las bibliotecas católicas más completas de la ciudad, con 14.000 volúmenes (6).

El asunto del nombramiento del Arzobispo de Buenos Aires había conmovido fuertemente la opinión pública y dejó ver las debilidades existentes en el mundo católico. En esas circunstancias, el doctor Atilio Dell’Oro Maini propuso a algunas personas, que se agrupaban en los Cursos de Cultura Católica, la creación de un periódico “dirigido a levantar de su abatimiento a la masa católica, tratando a fondo no sólo las cuestiones religiosas, sino también las políticas, culturales, sociales y económicas”. De este modo, en 1928, después de numerosos esfuerzos aparece, como una extensión de los Cursos de Cultura Católica, la revista *Criterio*, cuyo primer director sería el mismo A. Dell’Oro Maini (7).

En relación con la revista *Criterio*, poseo un testimonio del P. Carmelo Pémoulié, desconocido hasta ahora, pero que no carece de interés “doméstico” para los asuncionistas. El P. Pémoulié refiere lo sucedido, en respuesta a algunas preguntas que le formulara años después de los hechos el P. Gabriel Kearney.

G.K.: El P. Querubín [Artigue] ¿vino [a Buenos Aires] expresamente para fundar la Buena Prensa? (8).

C.P.: No tanto. Vino para ser director de *Criterio* a pedido formal de Mons. Copello, que todavía no era Cardenal.

G.K.: ¿No fue una ilusión pensar que alguien que no conocía el país podría fundar la Buena Prensa?

C.P.: Ésa era mi opinión; pero no me la pidieron. Fue un acuerdo directo entre Mons. Copello y el R.P. General [Gervasio Quenard], en 1934, en una entrevista que tuvo lugar en [la casa de las Hermanitas de la Asunción de la calle] Carlos Calvo, durante el Congreso Eucarístico. Fui el único testigo, pero no tuve que opinar. El R.P. General estaba bastante entusiasmado; yo callaba.

G.K.: ¿Por qué fracasó ese intento?

C.P.: El Superior [el mismo P. Carmelo Pémoulié] hizo su deber y los trámites que se debían realizar, los que se hicieron sobre todo en la Nunciatura; pero el Superior no hizo lo imposible para que “cuajara”. Cuando llegó el P. Querubín se avisó de su llegada, pero no hubo presenta-

ción. Las cosas fueron alargándose y se habló de un almuerzo del Nuncio, de Mons. [Gustavo J.] Franceschi (que apareció de repente) y el Superior, cuya preocupación es fácil suponer. El almuerzo no se llevó a cabo; pues, sin que nada se supiera [por parte de los asuncionistas, las cosas] se habían orientado hacia el proyecto de [nombrar a Mons.] Franceschi como director. Se puede decir que las cosas se detuvieron y terminaron en agua de borrajas, cuando un día el Cardenal remitió una esquelita para decir que las retribuciones por el trabajo del P. Querubín en *Criterio* consistirían en nombrarlo capellán de los Maristas de Belgrano Alto; éste sería su sueldo. Informé al P. General sobre la manera tan incorrecta de la esquelita y sobre la retribución tan avarienta. El P. General encontró la contestación inadecuada y no dio instrucciones. Unos días después se anunció en el Boletín Eclesiástico el nombramiento de Mons. Franceschi como director. No nos dimos por enterados, no pedimos explicaciones ni nos las dieron y el asunto murió por sí mismo de muerte natural, sin coronas ni entierro.

Alrededor de 1930, los católicos penetran con mayor decisión en los medios. Desde 1900, se publicaba en Buenos Aires el diario católico *El Pueblo*, fundado por el P. Federico Grote, redentorista; pero ahora también se publican libros y folletos en mayor abundancia; se crea la primera radio católica (L83 *Radio Ultra*). El catolicismo acude a los medios modernos para difundir su doctrina. Los mismos asuncionistas se hacen presentes en ellos con la revista *Noel*, la *Librería Católica Noel* y las incursiones radiales del P. Agustín Luchía-Puig y también del P. Enrique Tiscornia y del P. Luis Folliard. La revista *Auras de Lourdes* reprodujo en sus páginas los mensajes que los domingos por la mañana el P. Luchía-Puig dirigía a los enfermos por *Radio Mitre*, como también lo haría con otras alocuciones que el mismo propalaba por *Radio El Mundo*. La Editorial Difusión, de los Luchía-Puig, pudo gloriarse de haber distribuido 622 títulos con 6 millones de ejemplares, entre 1936 y 1942. Libros que recorrían todos los países de habla castellana de América y que se vendían corrientemente incluso en España. Pero la revista *Criterio*, entre varias otras, figura como la de mayor circulación e influencia. En ella escribieron plumas nacionales y extranjeras

del más alto nivel (entre otros, alguna vez, el asuncionista Serafín Protin y el biógrafo del P. Manuel d'Alzon, Gaétan Bernoville).

En 1931, respondiendo a un llamado de Pío XI, fue creada la Acción Católica Argentina. Sobre el modelo italiano se implantaron las ramas de los hombres, las mujeres, los jóvenes y las jóvenes, según sexos y edades. En 1941, según el modelo belga y francés se crearon las ramas “especializadas” de la JOC (jóvenes obreros), la JEC (estudiantes secundarios), la JUC (estudiantes universitarios) y la JAC (jóvenes agrarios). La expansión de este movimiento, que constituyó una respuesta a la necesidad de contar con una guía pastoral, se vio favorecida por el clima político impuesto a los partidos por los gobiernos de Uriburu y Justo, y ofreció a los sectores medios y populares una posibilidad de participación. El Episcopado, por medio de un “mandato” conferido a los laicos en orden a la participación de éstos en el apostolado jerárquico de la Iglesia, la transformó en su brazo derecho, privilegiando a la ACA sobre otros grupos o movimientos de la Iglesia. Un amigo de la Asunción, el doctor Martín Jacobé, fue el primer Presidente Nacional de la ACA.

En 1934 se llevó a cabo en Buenos Aires el 32° Congreso Eucarístico Internacional, que ha quedado en la historia como el primero de los grandes congresos de este tipo (9).

El Congreso Eucarístico puede ser considerado en alguna medida como el hecho fundacional de la Iglesia de los años posteriores al mismo; produjo la unidad dentro de las filas católicas, con una señalada presencia de Roma. F. M. Mallimaci, un autor con una visión bastante crítica, señala que, “es innegable que el éxito del Congreso Eucarístico sólo puede ser comprendido dentro del clima cultural que se vive en la Argentina, de profunda crisis de los valores liberales en diversas clases sociales y de un creciente nacionalismo que comienza a extenderse entre sectores profesionales, académicos, militares y populares” (10). En parte, se puede estar de acuerdo con Mallimaci; pero este autor se detiene en los aspectos sociológicos del tema, olvidando otros factores, como los mencionados por M.

Gálvez o incluso L. Sáenz Quesada de Sáenz al hablar del P. Protin, ya citados en este trabajo.

La vida religiosa

Como en el resto del Continente, la vida religiosa tuvo en nuestro país una labor de primerísimo nivel en la evangelización de los pueblos nativos, en la defensa de los mismos frente a las injusticias de conquistadores y encomenderos, y el cuidado pastoral de los europeos llegados a estas tierras; digamos que a su acción misionera se debe la creación de las Iglesias locales. Pero los avatares de la historia la conmovieron también a ella, como no podía ser de otro modo. Las luchas de la Independencia y los enfrentamientos políticos -los ideológicos pero también los armados- que se desarrollaron después entre los distintos sectores de la naciente Argentina, dejaron su marca en la vida religiosa; lo mismo que las pretendidas reformas promovidas por gobiernos civiles imbuidos de regalismo. Todo un conjunto de cosas que contribuyó a crear situaciones que para nada favorecieron la disciplina religiosa, la piedad o la pastoral de las órdenes; pero que ayudó, eso sí, a diezmar los claustros.

En los últimos decenios del siglo XIX, ya habían comenzado a llegar algunas de las nuevas congregaciones; lo que se prolongará en el siglo XX. Sin embargo, en el primer tercio del siglo XX no se ve todavía una presencia masiva de las mismas. Por otra parte, en su actuación, éstas se apoyaban mayormente en las familias cristianas pudientes, que con sus recursos económicos ayudaban a crear y sostener los grandes emprendimientos de tipo educacional o asistencial. Curiosamente, el cultivo de las vocaciones religiosas argentinas, de hombres y mujeres, pero sobre todo de hombres, no fructificaba como era de esperar, y uno puede preguntarse, entre otras cosas, en qué medida pudo influir en este hecho la mediocridad del ambiente que describía Manuel Gálvez (capítulo 3); pero también el espíritu “nacional” de ciertos ambientes, donde se pretendía “defender” al clero nativo, o tal vez cierto chauvinismo de algunos, entre los que llegaban. Por otra

parte, la idea que tenían muchos de los que ingresaban a la vida religiosa era la de “consagrarse a Dios”, pero sin la claridad necesaria sobre lo que implica el carisma religioso entregado por Dios como un don para la Iglesia y al servicio del Pueblo de Dios.

A pesar de estas limitaciones impuestas por obra de los tiempos, hay una enorme labor desarrollada por los religiosos en colegios, misiones, parroquias, etc.

A la acción educadora de los colegios de primer nivel, establecidos por las congregaciones religiosas, muchas de ellas recién llegadas, debe atribuirse, al menos en parte, el cambio fundamental que se producirá al traspasar el primer tercio del siglo. Es lo que permite a Manuel Gálvez afirmar, en 1934: “Ahora se va a los templos a orar, no a cumplir con un rito o a mirarse los unos a los otros. Ahora las iglesias están llenas de gente, aun en los días de trabajo. Es increíble el número de personas que comulgan todos los días, y que lo hacen a las siete y a las ocho de la mañana. Ya nadie teme declararse católico”. Y agrega: “Este cambio era notable, sobre todo, en el mundo literario. Hacia 1910, los escritores confesadamente católicos nos contábamos con los dedos de una mano, mientras que hoy -en los días del Congreso Eucarístico- los escritores jóvenes de categoría son católicos casi en su totalidad” (11).

Respecto de la labor misionera de los religiosos, conviene recordar lo que ya se ha dicho en el capítulo 4, acerca de las misiones en la Parroquia del Bajo de Belgrano.

Refiriéndose a las parroquias de la ciudad de Buenos Aires, el P. Román Heitman escribía en 1910: “Se forman sin cesar nuevas parroquias, confiadas a veces a religiosos” (capítulo 2). El número de parroquias creadas en la ciudad fue siempre en aumento (en 1928, año en que Mons. Copeillo es nombrado Vicario General, existían 39 parroquias en Buenos Aires; pero en 1939, éstas llegan a 105, lo que representa un crecimiento promedio de 6 parroquias por año durante ese período), como lo exigían el creci-

miento natural de la población y el crecimiento debido a la afluencia de inmigrantes. La creación de nuevas parroquias demandó la presencia de religiosos, a fin de llenar los espacios que el clero secular no alcanzaba a cubrir, y ahora las mismas fueron confiadas con mayor frecuencia a religiosos. Las congregaciones que llegaban dieron un aporte muy grande al apostolado parroquial; pero la mayor presencia de éstas produjo una colaboración más estrecha entre religiosos y clero secular y, como consecuencia, fue surgiendo un espíritu de mayor cercanía fraterna. Empero, también llegaban numerosas congregaciones femeninas (las Hermanitas de la Asunción entre ellas), que fueron tejiendo una red que se extendía por los barrios de la Capital y de la periferia, para dedicarse a la educación, la caridad, la evangelización, la catequesis, la asistencia, etc.

El catolicismo integral

Los asuncionistas adherían, por cierto, a las posiciones del catolicismo integral: Una sola verdad, que está en la Iglesia Católica; recristianizar al hombre y a la sociedad; reordenar el Estado. Todo desde una visión totalizadora (12), mediante una pastoral que puede resumirse en una fórmula: "Toda la fe en toda la vida de todos los hombres", como señala C. Prudhomme en *L'Aventure Missionnaire Assomptionniste*; G. Bordet subraya la posición coincidente de M. d'Alzon, en *Emmanuel d'Alzon dans la société et l'Eglise du XIXe siècle*.

Los católicos estaban convencidos de que la religión no es una cuestión de orden privado e individual, como lo pregona el liberalismo que condenaban y combatían; pero esto no impedía a los grupos católicos asumir opciones distintas en la respuesta que cada uno daba a las cuestiones de orden práctico, ni modificar sus posturas, en la medida que los hechos los llevaban a tomar posición. Por otra parte, enfrentaban al anarquismo y al comunismo igualmente apartados de las enseñanzas cristianas, del concepto de sociedad, de familia, de persona y de libertad; pero, a pesar de que cierto número de ellos se dejó seducir por el fascismo, no eran pocos los que ha-

cían frente a esta ideología. Cualquiera fuese su opinión política, ponían por delante el reinado social de Cristo -“*Christus vincit; Christus regnat; Christus imperat*”, decía un himno que entonaban con vibrante emoción, y la fuerza triunfal de Cristo se imploraba para el pontífice reinante, al que se deseaba “*pax, vita et salus perpetua*”-.

Sin duda, esto venía marcado por el espíritu del tiempo y desde allí debe entenderse. Repetimos, si los católicos integrales se dividían al asumir opciones distintas en las cuestiones prácticas, estaban de acuerdo en que debían tener una presencia pública en los asuntos temporales, para construir la civilización cristiana y “la Argentina católica”. Los católicos integrales buscaban penetrar todos los estamentos de la sociedad; y cuando se dirigían a los medios acomodados era porque veían en éstos a los que podían ejercer mayor influencia sobre las otras clases. Un gran espíritu de fe y una enorme grandeza de sentimientos; pero todavía algo del espíritu de cruzada y ausencia del espíritu plural y abierto que vendrá años después, con el Vaticano II. Un espíritu plural que tampoco se descubría en otros sectores de la sociedad argentina de entonces. A pesar de todo, cristianos a los cuales habrá que considerar siempre con respeto y admiración, por la fuerza de sus convicciones y la valentía con que se daban a la causa que defendían.

El catolicismo integral fue el que formó a los que, hacia mediados del siglo, eran adultos mayores; el que los llenó de entusiasmo por la causa de Cristo. Luego llegaron Juan XXIII, Pablo VI y el Vaticano II, para infundir a la Iglesia unos bríos nuevos y una presencia nueva en el mundo. El Vaticano II, sin ser resultado directo de aquel, sino fruto del Espíritu que conduce a la Iglesia de acuerdo a las necesidades de los tiempos, se benefició sin duda con lo que aportaron aquellos católicos integrales. Debemos reconocer que para muchos no fue fácil cambiar el paso; pero también hay que decir que en la Argentina de finales de siglo, frente al autodenominado progresismo, resentido y agresivo, no siempre se encuentra en la masa de los católicos la fuerza de las convicciones, la determinación y la organización que aquella elite de católicos supo demostrar.

Cambios en la Iglesia

A la muerte de Pío XII, fue elegido para sucederle en la sede pontificia el cardenal Angelo G. Roncalli (1958-1963).

Apenas elegido, Juan XXIII dejó ver al mundo que su breve pontificado, contrariamente a lo que algunos esperaban, traería grandes novedades (13). En efecto, el nuevo Papa comenzó realizando gestos pastorales que revelaron su personalidad tan humana y crearon esa sintonía que llevó a la gente a llamarlo “el Papa bueno” o, simplemente, “Juan el Bueno”. Su atención a los temas de la Iglesia y a la relación de ésta con el mundo contemporáneo se manifestó muy pronto como la gran preocupación del Sumo Pontífice.

El magisterio de Juan XXIII, sobre todo después de la encíclica *Mater et Magistra* (1961), dejó el convencimiento de que la dimensión internacional de la cuestión social era una idea que preocupaba fuertemente la conciencia del Papa. *Pacem in terris* (1963), dirigida “a todos los hombres de buena voluntad”, sin exclusión de credos ni ideologías, estuvo consagrada a la paz mundial, ante el hecho de los grandes bloques armados que enfrentaban peligrosamente a la humanidad: “La paz entre todos los pueblos -afirmaba- se basa en la verdad, la justicia, el amor, la libertad”.

El Concilio y sus consecuencias

No es el caso de traer a estas páginas, que tienen otra finalidad, la obra de este Papa ciertamente carismático; pero recordemos, no obstante, que en 1959 Juan XXIII anunció sorpresivamente dos hechos fundamentales: El Concilio Vaticano II y la reforma del Código de Derecho Canónico.

Auscultando con fina penetración los nuevos “signos de los tiempos”, imprimió de este modo a la Iglesia el giro que la prepararía para ingresar en el tercer milenio y establecer otra relación con la humanidad.

La preparación del Concilio (1959-1962) y su misma celebración (1962-1965) exigieron seis años de arduos trabajos movilizadores, en los que no faltó la confrontación de las ideas, a veces enérgica; pero dejaron para la Iglesia, a pesar de tensiones y ansiedades, una imagen renovada, que la posicionó diversamente frente a los tiempos.

En términos teológicos, la Iglesia a la que pertenecemos se llama a sí misma y es *católica*. Ahora bien, el Vaticano II fue el primer concilio *mundial* de la historia: El primero que reunió a Obispos de todo el mundo, de todas las razas, de todas las culturas y tradiciones; lo cual no carece de importantes consecuencias.

Entre estas consecuencias debe mencionarse el planteo que el mismo Concilio se hace al establecer su programa, con el propósito de atender también a lo que no es cristiano, a lo diferente, a lo diverso: Un hecho totalmente nuevo, si se considera en relación de los tiempos precedentes.

Atento a esta preocupación, el Vaticano II advierte que la Iglesia se sitúa hoy en un mundo que no es mayoritariamente católico (14). Pero el Concilio significó un acercamiento entre la Iglesia y el mundo. Doloroso y a veces traumático, debido a la distancia que los separó durante la Modernidad, fue un proceso que significó la pérdida (por lo menos transitoria) de valores estimables y el rechazo de otros que, en medio de los conflictos, no se estuvo en condiciones de reconocer. La constitución *Gaudium et Spes* fue el gran documento que señaló el camino.

Otros de los importantes resultados producidos por el Concilio fueron la revalorización del rol de las Iglesias particulares, el reconocimiento de la colegialidad episcopal y la instauración del Sínodo de los Obispos, frente al romanismo centralista de la época anterior. América latina, por su

parte, dio un dinamismo especial a las Conferencias episcopales de cada país y al CELAM (Consejo Episcopal Latino Americano); pero produjo también las magnas asambleas episcopales de Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), con las cuales las Iglesias del Continente comenzaron a tener una presencia hasta entonces desconocida en el conjunto de la Iglesia, sirviendo incluso de estímulo a Iglesias de otras latitudes.

La teología de la liberación (a pesar de ciertos excesos de parte de algunos de sus cultores y también de ciertos controles a los que se la sometió) ofreció un método nuevo de reflexión teológica a partir de la condición del pobre, y dejó entrever una posibilidad de transformación para un Continente signado por la injusticia, la falta de libertad, los abusos del poder. M. Azevedo escribe lo siguiente: “El hecho de buscar una teología desde la realidad donde se vive el Evangelio, es un concepto totalmente nuevo en la edad moderna, pero no es nuevo en la historia del cristianismo. Esto mismo se ha hecho con los griegos, con los bárbaros, con los romanos. La palabra “inculturación” es nueva, pero el hecho de la inculturación es tan viejo como el cristianismo” (15).

La valoración que hace el Vaticano II de las culturas de los pueblos no europeos, arroja necesariamente un desafío para el anuncio del Evangelio, que debe hacerse vida en ellas, y para la comprensión de un mundo unitario a la vez que diverso (16).

La vida religiosa en América latina

En los años posteriores al Concilio Vaticano II, la vida religiosa en América latina hizo uno de sus recorridos más intensos. En esos años hubo búsqueda y sufrimiento, dudas y certidumbres, estímulos y desconfianzas. Lo mismo que para la Iglesia en general, el Concilio fue para la vida religiosa el inicio de una profunda renovación: “La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de

toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los Institutos y una adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos” (17).

Los cambios en la vida religiosa se orientaron hacia una forma nueva de presencia en el mundo moderno y secularizado; hacia una forma nueva de relación con las Iglesias particulares; hacia una forma nueva de inserción en el mundo de los pobres; hacia una forma nueva de testimonio en el seguimiento de Jesús. Empero, el esfuerzo que esto exigió trajo también un factor de desequilibrio y de crisis respecto del modelo anterior de vida religiosa. “A partir de ahí, se puso en curso el desmoronamiento de una concepción de la vida religiosa, de un modelo histórico, anunciando cambios hasta entonces considerados impensables o inviables para la globalidad de la vida religiosa”: Forma de vestir, trabajo, estilo de vida, casas, horarios, relaciones... (18).

En América latina, frente a las contradicciones y conflictos del Continente, el proceso tenía que presentar necesariamente unas características peculiares.

Las Conferencias Episcopales de Medellín y Puebla dieron carta de ciudadanía a este giro de la vida religiosa, orientándola hacia el mundo de los pobres: “Reciban nuestro estímulo las comunidades encarnadas realmente en ambientes pobres” (19). La Confederación Latino Americana de Religiosos (CLAR), a pesar de las dificultades encontradas en algunos tramos del proceso, desempeñó un papel de primer nivel, exhortando a religiosos y religiosas a entrar en el trabajo de promoción humana y acompañándolos en este propósito: “En la Iglesia latinoamericana y particularmente en las órdenes, congregaciones e institutos seculares, se puede percibir una creciente conciencia de la pobreza y de la miseria que oprimen al pueblo, de las causas estructurales que las perpetúan y de la urgencia de cambios” (1961). Como consecuencia, los religiosos, que participan en las Comunidades Eclesiales de Base, desarrollan desde éstas una conciencia crítica y dan lugar a comunidades de vida religiosa inserta, como expresión de opción preferencial por los pobres.

“La experiencia de Dios -experiencia fundante del proyecto religioso- gana así densidad, profundidad y realismo, y empieza a configurarse una nueva espiritualidad, centrada en la escucha de la Palabra y el seguimiento histórico de Jesucristo, capaz de alimentar y sostener las nuevas opciones y prácticas de la vida religiosa. Pero, al final de la década de 1970, Puebla constata y legitima las grandes tendencias de la vida religiosa del Continente. Los Obispos reconocen el papel de vanguardia desempeñado por la vida religiosa en el proceso eclesial que va de Medellín a Puebla: Su presencia en lugares y situaciones de frontera (755; 770; 121), en puestos de vanguardia (771), en zonas marginadas y difíciles (733); expuesta a los mayores riesgos (722); pero segura de estar siendo conducida por el Espíritu (739, 755 s).

“Asumida como expresión de fe y experiencia de descentramiento humano y espiritual, la inserción se convierte en lugar teológico” que lleva a “una relectura de la identidad religiosa desde los pobres de la tierra”, con su consecuencia de un éxodo cultural, del descubrimiento del mundo indígena, de las periferias urbanas y de un continuo proceso de conversión, que “gana particular énfasis bajo la influencia de la 4ª Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo (1992)” (20) (21).

En la transición

La proyección de las tres casas que los asuncionistas poseían cuando desapareció el Movimiento Noelista Argentino (capítulo 15) -considerado este hecho como simple referencia cronológica- permaneció por algún tiempo sin grandes variaciones. El conjunto formaba un grupo pastoralmente dinámico, que con buenos resultados llevaba adelante un variado conjunto de obras. Esto constituye uno de los aspectos que deben tenerse en cuenta al hablar de la transición hacia el período posconciliar.

En el capítulo 19 nos hemos extendido sobre una situación cambiante, que se abre camino en la Iglesia con Juan XXIII, y en el capítulo 22 nos referiremos a las condiciones por las que pasaba la República Argentina a partir del derrocamiento del doctor Frondizi. Esto forma parte del telón de fondo sobre el cual se proyecta la historia de la Asunción, que se completará por otros acontecimientos. Importa recordarlo al menos brevemente, a fin de calibrar mejor las consecuencias que los hechos reseñados tuvieron sobre la historia asuncionista argentina, y profundizar en el sentido de los capítulos que seguirán.

Por otra parte, conviene recordar también que, para el 1° de enero de 1962, en la Argentina, o más precisamente en Buenos Aires y sus alrededores, había: 4 comunidades religiosas de la Congregación, con 21 religiosos en total. De éstos: 18 eran religiosos sacerdotes, 1 religioso clérigo estudiante y 2 religiosos coadjutores. Por lo que hace a la nacionalidad, dichos religiosos eran: 9 argentinos, 7 franceses, 3 españoles, 1 italiano y 1 belga. Su distribución por comunidades era como sigue: En Santos Lugares había 7 sacerdotes y 2 hermanos coadjutores; en Belgrano, 4 sacerdotes; en San Martín de Tours, 4 sacerdotes y 1 religioso clérigo estudiante; en Olivos, 3

sacerdotes. Por otra parte, en Chile se hallaban: 1 religioso sacerdote, 7 religiosos clérigos estudiantes y ningún novicio (22).

La Iglesia argentina y el Concilio

Retomando el hilo de lo que decíamos más arriba, tenemos que referirnos también a la recepción que se le dio al Concilio Vaticano II, ya que este hecho posee gran importancia para el desenvolvimiento de la historia posterior.

Para referirnos a la recepción del Vaticano II por parte de la Iglesia en la Argentina, no podríamos dejar de mencionar, en primer lugar, la exhortación pastoral del 13 de mayo de 1966, titulada *La Iglesia en el Período Posconciliar*. Un documento mediante el cual el Episcopado expresaba su voluntad de asumir, en actitud de servicio al pueblo argentino, la idea conciliar de Pueblo de Dios, tal como viene presentada en la Constitución *Lumen gentium*, sobre la Iglesia. Dada a conocer la exhortación, se constituyó la COEPAL (Comisión Episcopal de Pastoral), que tuvo la misión de proponer formas de aplicación de las orientaciones conciliares a la realidad argentina. Presidida por el Obispo de Azul, Mons. Manuel Marengo, la COEPAL estuvo integrada por los Obispos Enrique Angelelli, Juan José Iriarte, Vicente Zaspé y Juan José Medina; y también por el Pbro. Lucio Gera, el P. Mateo Perdía, la Hna. Aída López y el Dr. Francisco Guido, en representación de los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los laicos, acompañados por un grupo de peritos. Las personas mencionadas constituían un grupo de trabajo de alto nivel y elaboraron el Plan Nacional de Pastoral, aprobado por el Episcopado en noviembre de 1967. La idea central del Episcopado, recuerda el Secretario ejecutivo de la COEPAL, Mons. Gerardo T. Farrell, era la de aplicar el Concilio en nuestro país; “para lo cual se quería llegar a establecer una verdadera pastoral de conjunto”, cuyo instrumento sería el Plan.

Luego viene la llamada Declaración de San Miguel, de abril de 1969. Publicada después de una asamblea del Episcopado, tenía como fin primordial el de “adaptar a la realidad actual del país las conclusiones de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín”, apunta el citado autor. El juicio de Mons. Gerardo T. Farrell acerca de la Declaración, creo que puede tenerse como conclusivo: En efecto -expresa-, “pienso que ella pudo ser el punto de partida de una nueva etapa; la etapa de la Iglesia conciliar en la Argentina”. Es así como se comprendía el mandato conciliar de ir hacia una Iglesia más centrada en la persona de Cristo y más servidora del pueblo. No obstante, reflejando discordancias posteriores, el mismo Mons. Farrell hace notar que, si bien, “contra toda posición secularista o sociologista, este servicio al pueblo se entendía a partir de su religiosidad, el término ‘pastoral popular’, con que se identificó esta línea pastoral, tuvo la desgracia de ser confundido -a veces con buena voluntad y otras sin ella- con diferentes opciones más ideologadas, que tomaron el nombre de ‘iglesia popular’” (23).

La vida religiosa y el Vaticano II

Años antes del Concilio, Pío XII había percibido la necesidad de una modernización de ciertos elementos de la Iglesia, con la cual se pudiera responder mejor al desafío de unos tiempos nuevos (24).

Siguiendo este movimiento, y convocado por Roma, en 1954 tuvo lugar en Buenos Aires el Congreso Internacional de los Estados de Perfección de la Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay, en el cual tomaron parte alrededor de 5.000 religiosas y 1.000 religiosos (25) (26).

A pesar de que se buscaba una renovación, en 1954 los aires todavía no venían con la fuerza de diez años después. Existía la percepción de una necesidad; pero todavía no se acertaba el rumbo. La Hna. Ana Quiñones, S.T.J., lo sintetiza señalando que “en las exposiciones sobre la vida religiosa se mantiene un fuerte tono apologético; se exalta la grandeza de la vida

religiosa y no se advierten los aspectos que se deben cambiar. Cuando se reconocen dificultades, no se duda que éstas provienen del exterior de la vida religiosa, del 'mundo'. Por eso la vida religiosa se presenta "segura de sí misma, inamovible y en actitud defensiva, impermeable a los cuestionamientos". Si bien "en las exposiciones que tratan de los apostolados específicos se percibe una mayor apertura y actualización, se alude a la renovación exclusivamente en referencia al ejercicio del apostolado y, aún en este sentido, se la mira con recelo o se la reduce a una adecuación superficial".

No obstante, también se dejan oír otras voces que, si bien no alcanzan para abrir el debate, "forman parte de la visión de la vida religiosa de ese momento", expuesta con claridad y valentía. Entre estas voces es grato mencionar un trabajo presentado por las Hermanitas de la Asunción. Allí dicen ellas que, "cuanto más se trata con la gente, mejor se comprende que no es lo mismo conocerla cuando nos vienen a ver, que cuando vamos a verla". Y agregan que, "desgraciadamente, las religiosas educacionistas y hospitalarias están tan recargadas de trabajo que no pueden dedicar una religiosa a conocer y visitar a la familia de cada alumna o de cada enfermo, pero que si lo hicieran harían grandes descubrimientos". Por otra parte, añaden, "debiera ser un deseo de todas las religiosas, que no carecemos de nada en nuestros conventos a pesar del voto de pobreza, conocer la miseria de cerca, en sus realidades tristísimas. Y creo que hasta sea una necesidad, para las que enseñan religión y moral, el saber cómo se vive fuera del cielo que son nuestros conventos, para poder orientar verdaderamente una conducta".

Un hecho significativo será el de la creación y organización, a partir del Congreso, del Consejo de Superioras Mayores Religiosas (CoSMaRaS) y del Consejo de Superiores Mayores Religiosos (27); los que tendrán un protagonismo particular en los años posteriores.

El Concilio va a producir en la vida religiosa un viraje para muchos impensado. Ello, debido principalmente a la formulación de una eclesiolo-

gía fundamentada en los conceptos de Pueblo de Dios, de Iglesia misterio y sacramento de salvación; una eclesiología que, tratando de desechar los triunfalismos, buscará el diálogo con el mundo y acentuará la idea del Reino escatológico; una eclesiología que percibirá bajo una forma nueva la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, seguida de consecuencias tales como el redescubrimiento del aspecto comunitario de la Iglesia y la revalorización de los carismas fundacionales. Como se puede observar fácilmente, se trata de aspectos fundamentales para la vida y misión de la Iglesia y, por eso mismo, para la vida religiosa, en la cual todos ellos producen un impacto insoslayable. De ahora en adelante, la vida religiosa será tenida como “un don particular”, dado a la Iglesia en vistas de su misión salvífica; y por eso, la misión que ella ejerce en nombre de la Iglesia “pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa”. Ésta participa de la vocación de todos los cristianos a la santidad, la cual no es definida como algo distinto, cuando de los religiosos se trata, sino que es entendida como algo peculiar que les hace más cercano el seguimiento de Jesús mediante los consejos evangélicos y la renuncia a los impedimentos que el mundo interpone en el crecimiento de la caridad. Notemos que si algunos aspectos de la eclesiología inmediatamente anterior al Vaticano II quedan sin apoyo en éste, el Concilio es un punto de partida; pero un punto de partida que significará inevitablemente una evolución con expresiones prácticas también divergentes. No obstante, como esta divergencia no es el tema que pretendemos abordar ahora, citaré al respecto la obra de A. Quiñones, p. 81 y ss (ver cita 27), que será leída con provecho, aun si la autora se refiere allí a la vida religiosa femenina.

Los asuncionistas argentinos y el Concilio

Respecto de la recepción del Vaticano II entre los asuncionistas, que en general acogieron bien dispuestos las orientaciones relativas a la renovación de la Iglesia, de la vida religiosa y de la pastoral, hay también una palabra importante para escribir aquí.

Por lo que hace a la adaptación de la vida religiosa a las nuevas exigencias, las directivas y las inspiraciones provenían, por un lado, de los impulsos comunicados por la Iglesia y, por otro, de los que infundían la propia Congregación y las flamantes Conferencias de Religiosos.

En la época inmediatamente anterior al Vaticano II, la vida religiosa se apoyaba principalmente en el cumplimiento de las Reglas, de la observancia de las costumbres y tradiciones y del reglamento que organizaba la marcha diaria de la comunidad. En sí mismo, esto no debía constituir un impedimento para la vida religiosa ni para la pastoral que ésta desarrollaba; pero, al no adecuarse a mentalidades y circunstancias de vida muy cambiadas, estas prácticas, tal como se las entendía, dejaban insatisfacciones y a veces creaban tensiones. Con el Concilio, al ponerse en tela de juicio estos soportes de la vida religiosa, surge también la pregunta acerca de la identidad del religioso; a lo cual se va agregando la incitante preocupación por los problemas de orden social, descubiertos ahora desde una perspectiva nueva. De modo que las ideas de cambio, presentes en todos los ambientes, comienzan a ser discutidas fuertemente en las comunidades asuncionistas.

El primer paso en el proceso de reforma de la legislación de la Asunción, que se regía hasta entonces por las Constituciones de la Pía Asociación de los Presbíteros Agustinos de la Asunción, aprobadas en 1923, lo dio el Capítulo general de 1964 mediante la promulgación de las Reglas capitulares, cuyo Prefacio lleva la fecha del 29 de junio de ese año.

Sin sustituir canónicamente las Constituciones de 1923, pero indicando el nuevo espíritu que debía animar al Instituto, estas Reglas capitulares estuvieron en vigencia *ad experimentum* durante seis años. (El Vaticano II concluirá sus trabajos recién en diciembre de 1965). El Superior general de la época expresaba en el citado Prefacio el sentido y la autoridad que se quiso dar a esta legislación. En efecto, decía allí el P. Wilfrido Dufault, “este nuevo libro de reglas sucede a nuestro *Costumbrero*, pero se diferencia de él por el nombre y por el contenido”. El libro de las costumbres -que poseen muchos Institutos- es una compilación de prácticas consuetudinarias

que con el uso se han transformado generalmente en reglas. Pero, en la Asunción, el vocablo correspondía mal a su contenido, puesto que la mayor parte de éste la constituían disposiciones dictadas por los Capítulos generales, y no un conjunto de costumbres venerables; aparte de que, “nada en él indicaba claramente su carácter obligatorio”. De ahí que el Capítulo general de 1964 haya pensado que el título de “Reglas capitulares” correspondía mejor al contenido de este librito, ya que él “expresa a la vez su origen y su carácter obligatorio, dando al mismo tiempo cuenta de su autoridad”.

Además de las disposiciones de orden práctico, a las que hace alusión el título de “Reglas”, este libro “contiene textos doctrinales y espirituales que iluminan la totalidad y cada uno de los capítulos [...] y quieren contribuir a lo que podría llamarse la animación espiritual de nuestra vida religiosa y apostólica”. Los mismos han sido “adoptados por el Capítulo con el deseo de hacer viable una observancia que emane lo más posible de una vida interior sostenida por las grandes verdades de nuestra fe, avivada por la renovación actual de la Iglesia y caracterizada por el programa religioso y apostólico de nuestro Fundador”.

El 6 de agosto de 1966, mediante el *motu proprio Ecclesiae Sanctae*, Pablo VI convocó a los Institutos religiosos para la adaptación de sus reglas a las exigencias conciliares. La Curia generalicia asuncionista designó una Comisión Central y en cada una de las Provincias de la Congregación se puso en marcha otra Comisión que debía trabajar coordinadamente con aquella. La Comisión Central hizo llegar el material a partir del cual los religiosos y las comunidades enviaron sus propios aportes. En 1966 se comenzó, pues, con el trabajo de revisión de los libros de Regla, capítulo por capítulo; una tarea que se fue profundizando con esforzada intensidad, durante los dos años siguientes. Se hicieron proposiciones en vistas de la redacción de los nuevos textos, y los Capítulos provinciales de reforma (el de Chile-Argentina se reunió en La Falda, Prov. de Córdoba, del 11 al 19 de diciembre de 1968, con la presencia de los delegados elegidos y la de todos los religiosos que desearon participar, pero éstos últimos sin derecho a voto). Los capitulares recibieron un anteproyecto que fue discutido amplia-

mente, a veces con vivacidad, pero siempre con la mayor libertad. El Capítulo general se reunió en abril de 1969, preparado por estos Capítulos de las Provincias del Instituto, que presentaron un borrador con el cual la Comisión Central preparó la carpeta de trabajo del Capítulo general, de donde salieron las nuevas Constituciones, compuestas por dos partes: I. La Regla de Vida, y II. Los Estatutos. A las Constituciones se agregaron las Reglas de Organización Comunitaria (ROC).

El Capítulo general de 1969 escribía lo siguiente: “Las nuevas Constituciones que les presentamos constituyen un conjunto inseparable, pese a la diversidad de sus partes. La Regla de Vida, pensada como algo muy distinto de una serie de observancias, es su elemento motor y espiritual. Los Estatutos definen las estructuras necesarias. Las Reglas de Organización Comunitaria concretan los Estatutos al tiempo que dejan a las Provincias la suficiente flexibilidad en orden a su aplicación. Estos tres opúsculos, que forman un todo, son para nosotros un Libro de Vida, que refleja el verdadero rostro de la Asunción”.

Este “conjunto inseparable”, de contenido espiritual y normativo, estuvo vigente *ad experimentum* por espacio de doce años (1969-1981). A la luz de esta prolongada experiencia, el Capítulo general de 1981 elaboró las nuevas Reglas de los Agustinos de la Asunción, que después de algunas enmiendas pedidas por la Santa Sede fueron aprobadas por ésta el 8 de diciembre de 1983. Las mismas vienen presentadas en un volumen titulado *Regla de Vida de la Congregación de los Agustinos de la Asunción*, compuesto de dos partes: La *Regla de San Agustín* y la *Regla de Vida*, que a su vez se divide, ésta última, en *I. Constituciones de los Agustinos de la Asunción*, y *II. Reglas Capitulares*. (Curiosamente, las Reglas Capitulares no han sido traducidas al castellano, que yo sepa, y en la Provincia Chile-Argentina, hasta el año 2000, circulaban en idioma francés).

A lo largo de este prolongado y exigente trayecto, se quería renovar la vida religiosa a partir de los criterios establecidos por el Concilio en el decreto *Perfectae caritatis*: Fidelidad al Evangelio, fidelidad al carisma del

Fundador y adecuación a las necesidades del mundo moderno; pero todos los miembros del Instituto debían comprometerse en la renovación del mismo, lo cual implicaba muchas consultas y mucho trabajo por parte de las comunidades y los equipos especialmente constituidos, pero sobre todo gran espíritu de fe, amor a la vida asuncionista, sensibilidad frente a los hombres y los tiempos... Fue un proceso en el cual se trabajó sin fatigas y con profundidad, en el cual habría que destacar sobre todo la amplísima participación de los religiosos en la elaboración de los documentos, la completa libertad de la que pudieron gozar para trabajar, la libertad de espíritu que demostraron los religiosos, junto con un acendrado entusiasmo para conferir a la vida asuncionista un dinamismo poderoso y actualizado.

A pesar de todo -como recuerda el P. Juan Donoso-, en el Capítulo provincial preparatorio reunido en 1968 en La Falda, se evidenciaron “dos tendencias sobre el modo de entender el compromiso político y social”, que consistían en “una línea radical, que lo equiparaba con el compromiso político [de tipo] partidista, sostenida por el Padre Jorge Adur y los jóvenes estudiantes de la Argentina, junto con dos o tres religiosos de Chile” [...], y “otra línea moderada”, [para la cual este compromiso consistía en] “llevar una vida pobre, [asumir] la lucha por la justicia social e insertarse en los ambientes populares” (28). Asimismo, al finalizar el Capítulo preparatorio, movidos por el ambiente espiritual que en ese momento se percibía en el conjunto de la Provincia (29), los religiosos que lo integraban firmaron un compromiso y un llamado especial en favor de la vida comunitaria, de nueve puntos con muy precisa significación. Dichos puntos fueron los siguientes: 1) La vida comunitaria, elemento fundamental de nuestra vida consagrada; 2) La comunidad fundada en la fe y la caridad; 3) Importancia de los encuentros comunitarios; 4) Conocernos y comprendernos, aceptarnos y apreciar los valores propios de cada cual; 5) La amistad, estructura evangélica de la comunidad; 6) Disponibilidad para superar todo egoísmo e individualismo; 7) Unidad interna, condición indispensable de eficacia apostólica; 8) Manifestación visible de la comunidad evangélica; 9) La comunidad, labor de cada día y obra de cada uno (30).

El P. Dionisio Solano, uno de los protagonistas y testigo de primer orden de este proceso, escribía que, en el itinerario que se debió seguir, “la mayor parte de las decisiones adoptadas no tenían modelos en qué apoyarse, no tenían los años de experimentación de la vida religiosa tradicional. Se caminaba por caminos nuevos sin saber a dónde nos conducirían. Fueron años de gozo y esperanza pero también de tristeza e incertidumbre. También en nuestra Congregación y en la Provincia, repercutía la crisis espiritual que se vivía en la Iglesia. Crisis de fe y de obediencia frente a los pastores de la Iglesia y a los Superiores en las comunidades. Son los años de la *Humanae vitae*, de las protestas de los estudiantes (en las calles de Francia pero también en nuestro escolasticado). [...] Sin pretender juzgar, y mucho menos aprobar, decisiones tomadas durante aquellos años, creo que lo que vivimos entre 1964 [cuando se promulgaron las Reglas capitulares] y 1969 [cuando se publicaron la Regla de Vida, los Estatutos y las ROC] fue una extraordinaria gracia de Dios; pero que exige de nosotros el seguir respondiendo día a día a lo que la Iglesia nos pidió y sigue pidiéndonos para que nuestra vida religiosa y comunitaria sea un auténtico seguimiento del Señor” (31).

Una Asunción joven y abierta

En el capítulo anterior me he referido a esos años que el P. Dionisio Solano calificaba como “de gozo y esperanza pero también de tristeza e incertidumbre”. Mucho queda aún por decir, de los casi 15 años que siguen al de 1969, hasta que se consiga la aprobación definitiva de los nuevos textos. Ahora queremos subrayar algunos de los aspectos que caracterizaron esta marcha en fidelidad al Vaticano II.

La formación de los religiosos

Resulta fácil comprender que, en esta época, una de las preocupaciones mayores de la Congregación fuera la referida a la formación de los religiosos. Si bien ésta es una cuestión que reclama atención permanente, se entiende que ella se hiciera perentoria cuando las nuevas orientaciones del Concilio y de los Capítulos general y provincial deberían encarnarse sin dilaciones en la vida cotidiana de los religiosos.

En Talca (Chile), del 15 al 19 de diciembre de 1975 tuvo lugar una reunión del Consejo de Provincia junto con los formadores, en la cual se terminó la redacción del Plan de Formación, que respondía al pedido de los Capítulos de ese año. Destinado a toda la Provincia, el Plan fue aprobado en la misma sesión e inmediatamente publicado por el Provincial; pero el Consejo de Provincia decidió, asimismo, que este Plan formara un solo cuerpo con las Orientaciones para la Formación, preparadas por los responsables reunidos en Roma en febrero de 1975 y aprobadas por el Capítulo general.

El P. Julio Navarro, al presentar el Plan, escribía: “El trabajo que les presentamos está destinado a implementar para la Provincia las Orientaciones para la Formación, emanadas del Capítulo general tenido en abril de este año, lo mismo que las orientaciones de nuestro último Capítulo provincial”. Al mismo tiempo señalaba que, “indudablemente, nos han sido de gran utilidad las experiencias existentes entre nosotros sobre formación”, que eran las que se venían teniendo en Olivos, se puede aclarar; y subrayaba al mismo tiempo una novedad importante, cuando afirmaba que “es la primera vez que en un Plan de Formación de la Provincia se proyecta decididamente sobre la formación permanente. Esto representa un avance de trascendencia y señala un motivo de confianza y estímulo. De esta manera se ha querido responder a una necesidad muy sentida por quienes más se preocupan de la renovación de nuestra vida de religiosos apóstoles. La calidad de nuestras comunidades -vale decir, el futuro y la supervivencia de la Congregación- está íntimamente ligada a esta renovación” (32) (33).

Respecto de la formación permanente o continuada, digamos que, en general, se la percibía como uno de los medios imprescindibles para la renovación de una Congregación que quería marchar en la fidelidad al Concilio. Varios religiosos acometieron de buena gana cursos de actualización práctica y teórica, que se extendieron a lo largo del año, o dispusieron de un año sabático, o tomaron cursos más breves; pero hubo incluso algunos que dedicaron buen tiempo a estudios formales. Todos lo hicieron estimulados y alentados por los Superiores competentes. Fue un esfuerzo notable, si se tienen en cuenta los recursos económicos que este propósito exigió y la disponibilidad personal requerida para suplir en sus puestos de trabajo a los que concurrirían a los distintos centros de formación. Recursos y disponibilidad ofrecidos con prontitud y ánimo generoso, aunque, para concurrir a estos cursos, los interesados tuvieran que trasladarse a centros que se encontraban fuera del propio país. Pero, en este mismo orden, el llamado Encuentro de Bariloche (enero de 1974) es el que inicia la serie de valiosas reuniones realizadas por los asuncionistas de América del Sur. Esta reunión, realizada en el espacio acogedor del lago Nahuel Huapí, congregó a la

generación que se había formado en Santiago-El Golf, entre 1954 y 1965. Los participantes llegaron de Colombia, Brasil, Chile y la Argentina (34).

En cuanto a la formación inicial de los jóvenes que comenzaban sus primeros pasos, hay que decir ciertamente que los esfuerzos fueron amplios y generosos.

Las orientaciones fundamentales de este Plan, respecto de los más jóvenes, centraban su atención en la comunidad inserta en un ambiente popular, con un estilo sencillo y fraterno, como forma de poner en práctica una vida más cercana a la de los humildes; en una forma de vida que condujera a concretar la opción preferencial por los pobres, definida en Medellín, y fuera introduciendo en ella a los que recién se iniciaban; en una formación que integrara vida comunitaria, oración, estudios y apostolado; en una formación que preparara al futuro religioso para asumir correctamente el uso de su libertad; en una formación, en fin, que no fuera asunto exclusivo del responsable de la misma, sino que interesara también a los demás religiosos de la Región y la Provincia. Algunos de los aspectos señalados no alcanzaron todo el éxito esperado, y otros podrían ser considerados hoy -a veinticinco años de distancia- como el fruto de cierto idealismo; de todos modos, la puesta en marcha de este proyecto formativo y su misma realización implicaron confianza y entusiasmo, esfuerzo y apertura a las nuevas exigencias, pero también búsqueda de fidelidad al espíritu del Fundador. En él puede descubrirse una marcada preocupación evangélica por el hombre sufriente y su liberación integral, juntamente con la atención prestada a la repercusión política de ésta y la apertura a lo latinoamericano, etc. (35).

Ciertamente éste fue el ánimo que llevó en su momento a la importante opción de cerrar la casa de Olivos, con el fin de transferirla a otro medio -sucesivamente Villa Tesei, La Manuelita y Caseros-, lo cual, interrumpido por la tragedia de 1976, fue recuperado más tarde en las comunidades de Berazategui y Mendoza. Ya al terminar 1972, en efecto, el Superior regional invitaba a los religiosos a someterse a ese tipo de examen pro-

pio de los finales de año, y señalaba, “entre lo más importante de 1972, el Capítulo provincial y la decisión del Superior provincial de autorizar entre nosotros una nueva experiencia de vida religiosa”. Y agregaba, “se trata de un Capítulo que profundiza una línea de servicio para responder a aspiraciones nuevas; pero que reclama de nosotros osadía, prudencia, generosidad, apertura, reflexión, etc. Esa experiencia de vida, que se tratará de comenzar en los primeros meses de 1973, se ubica en esta línea” (36).

Ampliando horizontes

Otra característica que se puede señalar como propia de estos años - que se habrá de prolongar y afianzar posteriormente-, es la apertura a lo latinoamericano, cuya anticipación se dio en el Encuentro de Bariloche, de 1974. Un protagonista, que al mismo tiempo fue uno de los dinamizadores de esta apertura, el P. Julio Navarro, lo señala diciendo que de allí “surge y se va haciendo realidad el anhelo de estrechar los lazos personales y comunitarios al interior de esta Asunción dispersa en la Argentina, Brasil, Colombia, Chile y México”. Pero, agrega el mismo, “se trata no sólo de conocerse, sino también de inventar medios de colaboración y de apoyo mutuo, a fin de ir fortaleciendo la conciencia de una Asunción más encarnada en los pueblos de América latina y de suplir nuestras pobreza en recursos efectivos”. Sin duda, esto puede considerarse incluso como una respuesta a los llamados a la integración latinoamericana, que se dejan oír por todo el Continente. “El hecho de que varios asuncionistas participaran en cargos directivos de las Conferencias nacionales de religiosos o en la CLAR”, o que otros participaran en cursos o seminarios organizados por la CLAR o el CELAM, nos abrió más a esa perspectiva (37); pero lo contrario también es cierto: Esa apertura que buscaban y en cierto grado habían alcanzado, hizo que fueran reclamados para posiciones de responsabilidad y liderazgo entre los religiosos.

Ya hemos dicho que, a partir de los comienzos, los asuncionistas que actuaron en la República Argentina habían alimentado unas aspiraciones

que pudieran proyectar su acción más allá de unos límites reducidos. Al respecto, hemos recordado al P. Blachère cuando afirmaba que estos religiosos pretendieron “tener una influencia en la clase dirigente y, mediante ella, llevar hasta las extremidades de la República el pensamiento asuncionista” (Cap. 4, *1914: Parroquia de Belgrano*), lo cual, en la Argentina de entonces, iba parejo con la idea del país entrevisto tanto por argentinos como por extranjeros (38). En los hechos, unas aspiraciones tan ambiciosas se vieron -al menos hasta el presente- reducidas a límites más modestos; lo cual no autoriza a nadie a tildar de soñadores a quienes las alentaron, si se piensa que las utopías -como es verdad- sirven para señalar rumbos arduos e ideales levantados. En nuestro caso, el historiador se ve en la necesidad de pensar que los hechos sucedieron de este modo porque aquellos hombres no pudieron disponer del apoyo que descontaban en los inicios: “Según parece -escribía el P. Román Heitman en 1910-, las abejas deben llegar numerosas desde Europa” (capítulo 2). Por otra parte, tampoco se puede omitir que, terminada la crisis de Lovaina, que arrojó a tierras de América del Sur a varios de los mejores elementos de que disponía entonces la Congregación (39), las personas más calificadas comenzaron a ser destinadas a otros puestos o regiones que se juzgaron prioritarios. No obstante, este espíritu animoso y emprendedor siguió siendo un sello característico y bastaría nombrar algunos casos para confirmarlo: El Movimiento Noelista Argentino fue el primero y no el menor, ya nos hemos referido a él (capítulo 15), pero hubo otros.

La niñez y la juventud contaron con la presencia activa de varios asuncionistas. Aproximadamente por espacio de 25 años, el Movimiento Scout, en una u otra de sus ramas, tuvo algún asesor asuncionista en el orden diocesano o nacional. Tales fueron los Padres Juan De Gasperi, Manuel Rodríguez y Macario Álvarez, que aparte de estas asesorías realizaron el mismo trabajo en el ámbito más restringido de las Parroquias atendidas por la Congregación, junto con los Padres Antonio Berthou, Enrique Tiscornia, Rolando Arrillaga, Sebastián Madeira y Roberto Favre.

Otro tipo de apostolado que sobrepasa las fronteras parroquiales, en el que se encuentra la presencia activa de asuncionistas, es el del AMI (Apostolado en los Medios Independientes), que en la Argentina tomó después el nombre de Renovación Cristiana. Por allí descubrimos el paso de los Padres Teófilo Couvert, Jorge Adur y Roberto Favre, que fue, éste último, asesor nacional del movimiento.

AMI era la rama argentina del MIAMSI (Movimiento Internacional de Apostolado en los Medios Sociales Independientes), fundado por la señorita Marie Louise Monet y aprobado por la Santa Sede, de la cual depende en el orden internacional. La señorita Monet -la primera persona invitada al Concilio por Pablo VI en calidad de auditora laica-, dirigida espiritual de quien sería el Cardenal Joseph Cardijn, trasladó a la aristocracia y la burguesía el método y la experiencia de aquél en la Juventud Obrera: Conocimiento de la realidad, iluminación de esta realidad desde la enseñanza del Evangelio y decisiones de orden práctico en vistas de la transformación de la realidad analizada. En equipos integrados por unas diez personas, utilizando el método descrito, al que se llama Ver-Juzgar-Actuar (que, en otro contexto, recuerda lo que Santo Tomás dice sobre la virtud de la prudencia), los militantes recogían información sobre un tema o un problema de interés, seleccionado previamente, que pudiera tener una incidencia sobre la vida y la actuación de las personas. El objetivo consistía en descubrir los hechos y situaciones que influyen en las relaciones de las personas entre sí y con la sociedad. Se trataba de llegar a esas personas, en efecto, con una influencia de sentido evangélico, en vistas de favorecer los cambios individuales y sociales que permitieran mejorar el ambiente en que la vida de los hombres se desarrolla.

Si bien en la Argentina el AMI no tuvo el desarrollo cuantitativamente importante que alcanzó en otros países, se expandió por las Diócesis de Buenos Aires, San Isidro y Concordia, pero nunca consiguió la aprobación formal del Episcopado, que lo miró con cierto desafecto o falta de interés (al menos allí donde estaba implantado), probablemente porque no movía multitudes y tenía una dependencia extranacional; pero probable-

mente también por la mentalidad y las actitudes libres que caracterizaban a estos laicos. Integrado por personas que exhibían diversa trayectoria en su medio social, profesional o político, practicaba ciertamente una pastoral de elite pero de gran apertura a la novedad que la Iglesia planteaba desde el Vaticano II, y gozaba de grandes posibilidades para desarrollar una penetrante acción en los medios a los cuales se dirigía.

En América latina, el AMI se había establecido en Brasil -donde tenía una presencia muy activa-, en Uruguay, Perú, Colombia y la Argentina; entre tanto, comenzaba en México, Paraguay y Chile. Hacia 1973 ó 1974, se realizó en Lima una asamblea continental en la que quedó establecido el Secretariado de América latina (SAL), en vistas de asegurar más estrechas relaciones e información y coordinación más adecuadas entre los distintos movimientos nacionales (40).

En AMA (Acción Misionera Argentina) tomaron parte activa los asuncionistas P. Jorge Adur (integrante del Equipo de Asesores Nacionales) y los religiosos Hnos. José I. Jiménez (que fue 2º Jefe Nacional), Paul Smolders (integrante del Equipo de Animadores), Carlos Antonio Di Pietro, Luis Ramón Rendón y otros jóvenes en formación para la vida religiosa.

Como su mismo nombre lo indica, AMA era una organización misionera que actuaba con reconocimiento del Episcopado pero estaba integrada por laicos y dirigida por éstos mismos, contando, sin embargo, con el acompañamiento de asesores sacerdotes.

Su origen se debió al celo apostólico de quien fuera después el primer Obispo de San Luis, Mons. Emilio Di Pasquo, pero contó asimismo con el decidido apoyo de otros pastores. Éstos, desde Buenos Aires o el Gran Buenos Aires, estimulaban a los jóvenes en su compromiso misionero, o los recibían en sus Diócesis del interior del país, en zonas rurales o pequeñas poblaciones carecientes de sacerdotes en número suficiente.

La labor que desarrollaban consistía en evangelizar, catequizar y sostener en la práctica de la vida sacramental a unas personas a menudo desprovistas de atención pastoral, que generalmente eran de condición muy pobre. Pero los misioneros no se conformaban con ofrecer atención espiritual; junto con ésta proporcionaban otros apoyos, según lo requirieran las necesidades del lugar. Por ejemplo: Apoyo escolar, educación para la higiene, cuidado de los niños, atención del hogar, organización para tareas de interés comunitario... Durante el año y en sus lugares de residencia, los misioneros iban preparando la misión que desarrollarían en las vacaciones de los meses de verano; aparte de lo cual, también durante el año, visitaban en pequeños grupos la zona donde la misión se desarrollaba, a fin de estimular la perseverancia de la gente. Los equipos solían estar integrados por unas 20 personas, entre las que se contaban, cuando los tenían, el capellán y alguna religiosa.

AMA estaba integrada por hombres y mujeres generalmente jóvenes, a los cuales la tarea que organizaban les exigía, junto con una fe profunda, verdadera generosidad y abnegación para llevar la presencia pastoral de la Iglesia a lugares pobres y apartados. Este movimiento desempeñó, a no dudarlo, una tarea de primer nivel, y constituyó un modo de presencia activa de la Iglesia, sumamente valiosa; pero también fue un testimonio privilegiado del lugar que los laicos están llamados a ocupar en la misión de la Iglesia. A pesar de todo ello, no se puede decir sino con dolor que, en la década de 1970, elementos que trataron de politizarlo terminaron dividiéndolo y llevándolo a la desaparición. Los que pagaron el precio más injusto fueron los pobres del pueblo. El último equipo de asesores que trató de funcionar como tal, integrado por Mons. Rodolfo Bufano, el Pbro. Carlos Olivera Lahore y el P. Jorge Adur, se vio sometido a tensiones internas que no estuvo en condiciones de superar.

La presencia asuncionista en AMA estuvo señalada, además, por la participación de los Hnos. Carlos Antonio Di Pietro y Raúl Eduardo Rodríguez en la redacción de un catecismo rural, con el cual se intentaba llenar

un vacío notable respecto de los subsidios que reclamaba la acción misionera.

Hasta aquí hemos reseñado variadas formas del compromiso con que los asuncionistas de la Argentina acompañaron el período de las grandes reformas que siguieron inmediatamente al Vaticano II. Resta decir que varios de ellos participaron también en actividades propias de la Conferencia Argentina de Religiosos (CAR): El P. Jorge Adur, el P. Vicente De Luca y el Hno. Carlos Antonio Di Pietro colaboraron con ella en lo referente a pastoral vocacional y, ocasionalmente, en otras actividades más generales; el P. Roberto Favre, por su parte, integró la Comisión Directiva de esta institución, primero como Vocal y después como Vicepresidente (41), miembro de la Comisión Mixta de Obispos y Religiosos y delegado para el Comité Nacional del Plan de Pastoral (42).

Antes de concluir este capítulo, digamos que la vida religiosa asuncionista en la Argentina, tal como pudo ser percibida en aquellos años de profundas mutaciones, asume con sinceridad y profundidad el impulso renovador del Vaticano II. Los documentos producidos por el Magisterio de la Iglesia en Medellín y San Miguel, así como las definiciones y orientaciones de la Congregación, la sostienen en este esfuerzo renovador. De ahí ese rostro peculiar que el observador pudo reconocer en ella, caracterizado en la vida de las comunidades por un buen nivel de reflexión, por la búsqueda de fidelidad al Evangelio y mostrando, igualmente, una definida actitud de apertura pastoral (43).

La pastoral realizada por la Asunción argentina fue pensada desde el lugar de los pobres, el reconocimiento de los valores existentes en el mundo, el diálogo con las instancias seculares. Procuró también el diálogo con los cristianos de las Iglesias y comunidades no católicas y con los hombres de otras religiones, con el deseo de ir construyendo con ellos la unidad o una cercanía más fraterna, o al menos una vecindad cordial. El nombre de “Nuestra Señora de la Unidad”, dado a la Capilla de Olivos, quería expresar este anhelo de acercamiento y unidad.

En su dimensión interna, la comunidad religiosa misma intentó una oración más creativa y sencilla, un trabajo apostólico en el que todos los hermanos se sintieran corresponsables, y una fraternidad menos estructurada, más simple y cordial, renovada al calor de la comunión y la profundización en los valores permanentes de la tradición alzoniana.

Comprensiblemente, no en todos estos aspectos los resultados fueron parejos: Pienso precisamente en la seducción que ejerció a veces cierta tendencia al activismo, pero también en la laxitud que en alguna medida alcanzó a la vida de oración. No obstante, el sólo hecho de que se haya asumido con tanta energía el desafío planteado, revela el convencimiento con que, en general, la adaptación de la vida religiosa fue acogida en la Región. Y, por otra parte, si se vio asolada sobre todo por los hechos de 1976 y, como consecuencia, acentuó algunos tonos negativos, la Asunción argentina no se rindió ante el pesimismo (44).

B. EL SIGNO DE LA CRUZ

La Argentina del '62 al '83

Para comprender mejor los hechos que van a ser objeto de los capítulos siguientes, será preciso situarnos en la perspectiva adecuada. En efecto, estos hechos, al mismo tiempo que modificaron profundamente la vida del país, produjeron lo que en alguna medida representa una bisagra entre el anterior y el nuevo momento de la Asunción argentina. En efecto, desde 1962, cuando sucede el derrocamiento del Presidente Frondizi, hasta el año 1983, en que asume el doctor Alfonsín, pasaron 20 años de una historia azarosa, uno de los períodos más oscuros y dramáticos de la historia nacional.

La “Revolución Argentina”

En 1963, por voluntad de los que disponían del poder, se quiso que hubiera elecciones y las hubo; pero unas elecciones condicionadas, en las que estuvieron prohibidas las candidaturas justicialistas. Bajo esta circunstancia, resultó electo el doctor Arturo Umberto Illia, con 30 % de los votos válidamente emitidos y 21 % de los inscriptos en el padrón electoral.

De acuerdo con sus convicciones, el Presidente garantizó las libertades individuales, intentó restablecer la convivencia política y obtuvo algunos éxitos en el plano económico. Sin embargo, debió gobernar prisionero de un clima conspirativo, jaqueado por militares y sindicalistas, acosado por la prensa y los partidos políticos, que se aprovecharon de su debilidad de origen hasta derrocarlo.

El Teniente General Onganía fue designado en 1966 por los comandantes militares para conducir lo que llamaron “la Revolución Argentina”.

El profesor Robert Potash (45), el mayor experto en política argentina en los medios académicos de los Estados Unidos, escribió que “la popularidad inicial del golpe que destituyó al doctor Illia en 1966 fue tan grande que el Presidente designado por los comandantes de las Fuerzas Armadas, Teniente General (R) Juan Carlos Onganía, pudo gobernar por un lapso de casi tres años sin decretar el estado de sitio”.

Convencido como estaba de la infiltración comunista, y simpatizante manifiesto del corporativismo, Onganía se llevó mal con el mundo de las ideas y la cultura, avasalló la Universidad, provocó la fuga de cerebros, agitó la resistencia sindical y las empresas argentinas comenzaron a pasar a manos extranjeras. “En 1969 el régimen fue sacudido por un levantamiento de estudiantes y obreros en la ciudad de Córdoba. La oposición al régimen de Onganía continuó y se intensificó tanto en los círculos militares como en los civiles hasta que, en junio de 1970, un golpe interno liderado por los comandantes de las Fuerzas Armadas lo forzó a abandonar el cargo”. Resultó así que, “de hecho, las Fuerzas Armadas entregaron el poder en menos de tres años [el 25 de mayo de 1973] a un gobierno peronista elegido”, accediendo a “la restauración de un movimiento que habían tratado de destruir como fuerza política durante 18 años”, concluye Potash.

Aparición de la guerrilla

Junto a los supuestos de Onganía, que creía poder exhibir ciertos logros, aparecía un panorama cada vez más sombrío.

En 1968, con “la CGT de los argentinos”, aparece un sindicalismo más combativo y Perón, desde el exilio de Madrid, pone en práctica la táctica del hostigamiento al gobierno militar, apoyado en unas “Formaciones Especiales”. En Taco Ralo (Prov. de Tucumán) un grupo guerrillero rural liderado por Envar El Kadre inicia la lucha armada en la Argentina. El 5 de abril de 1969, las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) atacan el Regimiento N° 1 de Infantería Motorizada en Campo de Mayo. El 29 de

mayo del mismo año, una pueblada rebasó las fuerzas policiales en Córdoba y obligó al Ejército a entrar en acción; fue el “Cordobazo”, que dejó 14 muertos y enormes daños materiales. Onganía, que trataba de salvar su gobierno, fue perdiendo cada vez más autoridad. El 29 de mayo de 1970 un grupo Montonero secuestró y luego asesinó al ex Presidente Pedro E. Aramburu. Un mes más tarde, la Junta de Comandantes exigió la renuncia de Onganía para reemplazarlo por el General Marcelo Roberto Levingston, que intentó vanamente formar una suerte de Partido de la Revolución.

Tras el fracaso de Levingston, la violencia se tornó más cruel: En julio, copamiento de La Calera, en Córdoba; en agosto, copamiento de Garín, en la Prov. de Buenos Aires y asesinato del sindicalista José Alonso. El 26 de marzo de 1971, Levingston fue sustituido en la presidencia por el Tte. General Alejandro Agustín Lanusse, que retuvo la comandancia del Ejército.

Con la intención de acercarse a los partidos políticos, el General Lanusse designó Ministro del Interior al doctor Arturo Mor Roig, de la Unión Cívica Radical. De acuerdo con lo imaginado por el Presidente, Mor Roig debía ser el forjador del Gran Acuerdo Nacional (GAN) para la salida política del régimen militar. Se iniciaron negociaciones con Perón; el Ministro anunció el fin de la veda política y devolvió los bienes a los partidos (abril de 1971); el 3 de septiembre el cadáver de Eva Perón fue restituido a su esposo. Pero Mor Roig murió asesinado y una suerte de partida de ajedrez entre Lanusse y Perón terminaría dando el triunfo a éste último en 1972.

La Argentina o el caos

En marzo de 1972, el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo, de ideología trotskista) secuestró al director general de la Fiat, Oberdan Sallustro, muerto en confusas circunstancias el 13 de abril. El mismo día 13 fue asesinado el jefe del IIº Cuerpo de Ejército, General Juan Carlos Sánchez. El 15 de agosto se fugaron los guerrilleros detenidos en la cárcel

de Rawson, entre los que se hallaban Santucho y Gorriarán Merlo, que huyeron al Chile de Salvador Allende, para obtener después la protección de Fidel Castro. Pasados siete días, un grupo de guerrilleros vueltos a capturar después de su fuga de Rawson escapó de la base aeronaval de Trelew, donde se encontraban prisioneros; 16 de ellos murieron en el “intento de fuga” y 3 salvaron la vida.

Después de 17 años de exilio, Perón regresó al país el 17 de noviembre de 1972 en un vuelo chárter, acompañado por dirigentes políticos, sindicalistas, deportistas, artistas, sacerdotes. Al regreso del anciano líder le siguieron días de agitado trajín político; pero, dejando formado el FREJULI (Frente Justicialista de Liberación), Perón abandonó el país el 14 de diciembre rumbo al Paraguay, donde anunció la fórmula Cámpora-Lima.

El 11 de marzo de 1973 se realizaron las elecciones en las que triunfó el FREJULI con algo más de 49 % de los votos, seguido por Balbín-Gamond con 21 %. La izquierda peronista se estableció en el poder al asumir Cámpora el 25 de mayo.

El peronismo que llegaba no era el de 18 años atrás. Ahora, a los obreros se habían sumado los estudiantes universitarios y sectores de la clase media alta; el triunfo de Cámpora fue celebrado en el elegante Barrio Norte de Buenos Aires con entusiasmo semejante al de los barrios obreros. Sin embargo, el terrorismo no disminuyó por ello su violencia: El Almirante Hermes Quijada y el sindicalista Dirck Henry Kloosterman cayeron asesinados. Por otra parte, la presencia de los Presidentes de Chile y Cuba en la transmisión del mando, Salvador Allende y Osvaldo Dorticós, respectivamente, fue como un presagio. Otros signos inquietantes rodearon igualmente esta ceremonia: Manifestantes armados entrando en la casa de gobierno, bombos y dedos formando la V en el Salón Blanco de la Casa Rosada, automóviles incendiados, dos muertos y unos cuantos heridos. Por la noche, en plena recepción, Cámpora firmaba -presionado por sus hijos y los amigos de sus hijos, entre los cuales se hallaba el propio Ministro del Interior, Esteban J. Righi- el indulto y liberación de los presos de Villa Devoto.

Durante la breve presidencia de Cámpora sucedió la toma de fábricas, oficinas, hospitales; la politización de la Universidad, hasta el punto de que se hizo imposible enseñar o estudiar (46); los enfrentamientos dentro del propio gabinete ministerial, entre hombres de derecha y de izquierda. Al regresar Perón por segunda vez al país, el 20 de junio de 1973, “el palco levantado en el puente 12 de la avenida Teniente General Ricchieri, desde donde el líder debía hablar a la multitud, quedó bajo la custodia de integrantes armados de la derecha peronista [...] empezó un tiroteo entre el palco [...] y los ómnibus Leyland [...] llegados junto con las columnas de FAR y Montoneros. Francotiradores escondidos en los árboles comenzaron el fuego cruzado, mientras la multitud, indefensa, corría en toda dirección” (47). Fue el enfrentamiento entre la izquierda y la derecha peronistas por la obtención del poder y el apoderamiento del anciano líder -presagio y anuncio de tiempos futuros-, con no menos de 200 muertos (nunca se supo exactamente).

Después de lo sucedido en Ezeiza, se imponían las renuncias de Cámpora y Lima, lo que se produjo 24 días más tarde, con la explicación de que así se posibilitaba el regreso de Perón al gobierno. La realidad, no obstante, sugería que esa renuncia implicaba la caída de la izquierda peronista.

Raúl Lastiri -un oscuro personaje llegado a la presidencia de la Cámara de Diputados gracias a los manejos de su suegro José López Rega- asumió la presidencia de la República y desplazó del gabinete a los ministros izquierdistas -Righi, de Interior y Puig, de Relaciones Exteriores-. El matrimonio Perón obtuvo 61,85 % de los votos en las elecciones del 23 de septiembre y se hizo cargo de la presidencia y vicepresidencia de la Nación.

El 17 de octubre, Perón, que había asumido el día 12, debió hablar desde el balcón de la Casa Rosada, en la tradicional fiesta de la “lealtad” peronista, desde atrás de un vidrio blindado. El anciano líder no pudo detener la violencia: El 25 de septiembre había sido asesinado el sindicalista José Ignacio Rucci y el 19 de enero de 1974 un grupo subversivo, que intentó copar el regimiento de Azul, en la Prov. de Buenos Aires, asesinó al

jefe del mismo y a su esposa e hizo prisionero a otro Coronel. La respuesta de Perón fue el desplazamiento de los Gobernadores de Buenos Aires y Córdoba, Bidegain y Obregón Cano respectivamente; al mismo tiempo presionó al Congreso en vistas de una legislación más severa contra el terrorismo. El 1º de mayo de 1974, la tensión llegó al máximo en la Plaza de Mayo, cuando los Montoneros que insultaban a la Vicepresidenta y a López Rega fueron expulsados de la plaza por el líder, que los trató de “imberbes estúpidos”: Los sectores enrolados en la violencia, volviéndole la espalda, abandonaron el lugar y la plaza quedó raleada.

El 1º de julio de 1974 murió Perón. El país quedó sumido en la confusión; los dirigentes políticos intentaron sostener a la Presidenta; López Rega se transformó en el dueño absoluto del gobierno -de Cabo había ascendido a Comisario General de la Policía Federal- y manejaba todos los resortes del poder. La violencia, la inflación descontrolada, el desabastecimiento, el cambio permanente de ministros, la presencia gradual de los militares... caracterizaron esos años. López Rega estaba detrás de la organización terrorista llamada Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), y se sucedieron los asesinatos de uno y otro lado: Rodolfo Ortega Peña y Silvio Frondizi; Jordán Bruno Genta, Carlos Sacheri, el Comisario Alberto Villar y su esposa; el sacerdote Carlos Mugica...

Una grave crisis económica, la hostilidad de los gremios y el abatimiento psicológico de la Presidenta llevaron a ésta a pedir licencia por enfermedad. La ocupación provisional de la presidencia por el doctor Ítalo Argentino Lúder no logró encontrar, sin embargo, una salida decorosa. El Operativo Independencia se llevaba a cabo contra la guerrilla sostenida por el ERP en los montes de Tucumán.

Una crisis interna en el Ejército llevó al reemplazo de su Comandante por el General Jorge Rafael Videla. “En enero de 1976, la Cámara de Diputados rechazó un pedido de juicio político en contra [de la Presidenta] y se desvanecieron también los intentos de reemplazarla institucionalmente por Lúder o por José A. Allende [...] Con igual ceguera política, las organi-

zaciones guerrilleras peronistas continuaron con sus ataques como si buscaran el golpe militar. A la hora 0.45 del 24 de marzo de 1976, Isabel Perón se retiraba en helicóptero de la Casa Rosada hacia la Quinta de Olivos, pero fue llevada al Aeroparque, donde se le anunció su destitución [...] Así se dio término al gobierno peronista en el que gran parte del país había depositado sus ilusiones apenas tres años antes, tras cambiar ochenta ministros en el período y arrastrar al país a una crisis gravísima. En ese momento se pensó que lo peor ya había pasado” (48).

El “Proceso de Reorganización Nacional”

El caos que envolvió al gobierno de María Estela Martínez de Perón hizo que el golpe militar que la derrocó fuera recibido con alguna expectativa. La Junta integrada por el Teniente General Jorge Rafael Videla, el Almirante Emilio Eduardo Massera y el Brigadier General Orlando Ramón Agosti se dio su propio estatuto jurídico mediante documentos institucionales a los que otorgó valor constitucional, poniendo así en marcha el Proceso. Luego nombró Presidente a Videla -presentado ante la opinión pública como hombre moderado, católico practicante, de conducta honesta- y procedió a distribuir el poder entre las tres Fuerzas Armadas.

El reparto del poder entre las distintas Armas daría origen a futuras tensiones y disensiones producidas en el interior de la Junta. Videla nunca tuvo la totalidad del poder y a partir de ese momento el Estado quedó parcelado en tres porciones más o menos soberanas, unidas tan solo cuando llegaban a identificarse en una voluntad común.

La represión se intensificó hasta el punto de que, para finales de 1978, la subversión armada se hallaba prácticamente aniquilada. El 19 de julio de 1976 fue muerto Mario Roberto Santucho, jefe del ERP; lo mismo sucedió con Esther Norma Arrostito, dirigente de los Montoneros, mientras Roberto Marcelo Perdía, Hugo Vaca Narvaja y otras importantes cabezas montoneras lograban permanecer ocultos.

Los grupos guerrilleros respondieron a su modo a la represión militar. Asesinato del General Cesáreo Ángel Cardoso, Jefe de la Policía Federal, el 17 de junio de 1976 (49); estallido de una bomba en la Superintendencia de Seguridad Federal, que causó 18 muertes e hirió a 70 personas, el 2 de julio del mismo año. Pero todos estos hechos tuvieron respuestas que afectaron incluso a personas ajenas a ellos: El 4 de junio de 1976 fueron secuestrados y desaparecidos dos religiosos asuncionistas sin militancia política, extraños a los hechos de violencia de ese momento, mientras otros debían exiliarse; el 4 de julio, en medio del descanso nocturno, fueron asesinados cinco religiosos palotinos (50); el 4 de agosto, en un accidente automovilístico fraguado murió el Obispo de La Rioja, Mons. Enrique Angelelli. La represión alcanzó a la Universidad, al mundo artístico, a la edición de libros de matemáticas y de cuentos infantiles, etc., y produjo, por lo que hace a la prensa, el sonado caso de Jacobo Timerman y de su socio David Graiver (51).

Los principales cabecillas buscaron refugio en el exterior; pero, en el país, “cotidianamente, los subversivos y simpatizantes de la guerrilla eran capturados en sus casas o lugares de trabajo. Así, entraban en una zona oscura de la que ningún *habeas corpus* podía sacarlos. / Por años, los actos criminales de la guerrilla habían estado preparando el terreno para una represión indiscriminada, anestesiando la conciencia de una población que, hastiada de violencia cotidiana, no preguntó cómo se le había puesto fin. / Entonces se pretendió ignorar los métodos utilizados para eliminar a la guerrilla, desconocer además la existencia de campos clandestinos de detención (como La Perla o El Olimpo). / Los militares por años se habían limitado a enterrar a sus muertos víctimas de atentados terroristas, apretando los puños y observando cómo apuradas amnistías devolvían la libertad a los pocos subversivos que habían caído en poder de la justicia. Ahora devolvieron el golpe aniquilando a la guerrilla, a un precio muy alto para el país, tomado de rehén por una violencia que negaba la humanidad misma del oponente” (52).

Por otra parte, se produjeron graves conflictos internacionales, que si bien tenían motivaciones que venían de lejos, durante el gobierno del Proceso encontraron circunstancias propicias para manifestarse de una manera impensada para el conjunto de la población.

El primero con Chile, que llevó a ambos países al borde de la guerra; la cual se logró evitar gracias a la intervención del Papa Juan Pablo II, cuando ya se había iniciado el movimiento de tropas.

El Tte. General Roberto E. Viola sucedió a Videla el 29 de marzo de 1981. Acosado por divergencias políticas internas, por los partidos y los sindicatos, debió renunciar el 22 de diciembre de 1981, para ser reemplazado por su adversario político en el Ejército, el Tte. General Leopoldo Fortunato Galtieri.

Con ocasión del diferendo limítrofe con Chile, nuestro Santuario tuvo una iniciativa destinada a afirmar la voluntad de paz entre la Argentina y Chile. En Santos Lugares, en efecto, se recogieron entre el pueblo las firmas que una delegación de feligreses, presidida por el Párroco, P. Ramiro López Sotelino, trasladó al Santuario de Lourdes de Santiago de Chile. La delegación argentina fue objeto de una cálida y fraterna recepción por parte de sacerdotes y feligreses chilenos, y el mismo Cardenal Raúl Silva Enríquez, Arzobispo de aquella ciudad, tuvo el gesto delicado de invitar a nuestros representantes a almorzar en su casa.

El diferendo argentino-chileno pudo ser solucionado con la intervención del Papa Juan Pablo II, representado por el Cardenal Antonio Samoré; pero no sucedería lo mismo con el problema de las Malvinas, que llevó a nuestro país a la guerra con el Reino Unido.

La figura mediocre de Galtieri se encontró con un clima social cada vez más difícil, con denuncias de corrupción y con una creciente oposición al régimen. Una victoria militar en las Malvinas -pensaban los altos jefes- serviría para levantar el declinante prestigio de las Fuerzas Armadas en el

gobierno y profundizar el “Proceso”; pero la guerra se perdió y el 17 de junio de 1982, doblegado por la derrota, Galtieri debió renunciar.

Lo reemplazó el General Reynaldo Benito Bignone, que “trató de restaurar en lo posible la confianza en el sistema”. Sin embargo, Bignone “debió soportar presiones castrenses de sectores más duros, [...] además de las protestas sindicales o el amenazador frente de tormenta representado por una deuda externa que se acercaba ya a los 40.000 millones de dólares y que colocaba al país en una situación financiera muy vulnerable [...] Mientras tanto, en La Plata y en otras zonas del país comenzaron a aparecer las tumbas masivas de personas rotuladas simplemente como NN, que remitían a los más duros momentos de la represión militar.

“A fines de año, el 16 de diciembre de 1982, una marcha de repudio contra el régimen convocada por la Multipartidaria [reunión de partidos en busca de salida política para la situación] cubrió la Capital Federal con una marea humana que criticó virulentamente a los gobernantes militares, lo cual desató una durísima represión en la que fue ultimado un militante sindical”. Como consecuencia, “Bignone anunció la fecha de las elecciones para octubre de 1983.

“En su último año de vida, el gobierno militar buscó desesperadamente crearse un marco legal, la famosa autoamnistía, que se dio a conocer a fines de septiembre, que le garantizara un resguardo jurídico por los hechos de represión, para cuando inevitablemente se le pidiera cuentas sobre lo actuado. El intento nació muerto y ninguna fuerza política importante lo respaldó” (53).

El estado de sitio que regía desde hacía nueve años fue levantado cuatro días antes de las elecciones, y el 30 de octubre se realizaron los comicios en los que Raúl Ricardo Alfonsín y Víctor Martínez obtuvieron 52 % de los votos.

La vuelta a la democracia

El Presidente Alfonsín creó inmediatamente la CONADEP (Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas), presidida por el escritor Ernesto Sabato e integrada por otras destacadas personalidades de diversos medios, que produjo el informe titulado *Nunca más*, un impresionante trabajo de más de 7.300 legajos, que recogió las denuncias de desaparición de 8.960 personas, entre las que figuraban tres religiosos asuncionistas y cierto número de laicos que, de una u otra manera, estuvieron relacionados con asuncionistas.

Las secuelas de la represión del terrorismo estaban como una herida abierta. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas no impulsó los juicios y fue la Cámara Federal la que procesó a los integrantes de las tres primeras Juntas Militares, condenando a Videla y a Massera a prisión perpetua y a distintas penas a los restantes jefes, el 9 de diciembre de 1985. El Presidente Menem los indultó, igual que a los jefes guerrilleros.

Félix Luna ha podido escribir, respecto de este juicio: “Un tribunal inobjetable oyó las acusaciones y defensas de los encausados, evaluó las pruebas aportadas y finalmente condenó a los antiguos jefes a diversas penas. No importa el tiempo que hayan estado presos, lo significativo fue que el juicio obligó a los responsables de la represión a asumir sus respectivas conductas” (54).

Muere la vida, y renace

Para ser explicados y comprendidos en su real dimensión, los hechos de carácter religioso requieren una mirada de fe. En el caso de la Región Argentina, es preciso reconocer, además, que cuando ésta comenzó a existir formalmente, si bien lo hizo en el clima del todo particular que animaba a la Iglesia de Juan XXIII, de Pablo VI, del Vaticano II y de Medellín, ese clima interior iba a la par de unos aires nuevos, que recorrían la historia de la humanidad, infundiéndole optimismo.

Desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, el orden internacional se hallaba dominado por grandes figuras –hoy fallecidas, pero aún influyentes varias de ellas-, y conmovido por acontecimientos excepcionales. Fue la época de A. De Gasperi, J. Kennedy, W. Churchill, K. Adenaur, Ch. De Gaulle, N. Kruschev... La época en que accedieron a la independencia los países africanos; la época en la cual comienza a construirse la Europa unida; la de la Alianza para el Progreso, de la resistencia al *apartheid* en África del Sur, del diálogo abierto a los amplios horizontes religiosos e ideológicos; la de L. King y su lucha por el reconocimiento de los derechos civiles para la gente de color y la integración racial en Norteamérica...

En otro orden de cosas, fue la época de la conquista del espacio y la llegada del hombre a la luna; la de los sorprendentes avances de la ciencia y la técnica, y las primeras operaciones del corazón, realizadas por el doctor Ch. Barnard en Sudáfrica... Pero también la de las protestas de Mayo de 1968 en Francia...

En nuestra América se realizan las conferencias de Medellín y Puebla, y tiene lugar la actuación de figuras como Mons. Larraín, Mons. Cama-

ra, el Cardenal Landázuri... Al lado de estas personalidades y acontecimientos, Cuba y Colombia, pero luego Nicaragua y Perú encendieron los ánimos y empañaron la tranquilidad de muchos... Surge el sacerdote guerrillero Camilo Torres en Colombia y los cristianos para el socialismo en Chile...

Ésta fue también la época en la cual se presenciaron la inexpresable crueldad de guerras como las del ex Congo belga, Camboya y Vietnam, la hambruna de Biafra y la aparición de nuevas formas de dominación de los pueblos...

En la Argentina, el Episcopado publica el Documento de San Miguel y lanza el Plan Nacional de Pastoral; pero tiene lugar también el “Cordobazo”, el regreso de Perón desde el exilio y su muerte, los asesinatos de Mons. Angelelli y del P. Mugica, etc. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo tiene en esta época una notoria actuación en la Argentina... A esta época pertenece también la actuación de Obispos como Pironio, Hesayne y de Nevares...

Es cierto que el panorama presentado aquí desordenadamente encerraba profundas ambigüedades, en las cuales echaban raíz las conmociones que sacudieron por aquellos años a la humanidad y al país... Sin embargo, a pesar de que existieron aspectos negativos que impidieron alcanzar logros deseados por hombres de buena voluntad, fue una época que impulsó la transformación de las conciencias. Nosotros queremos recordar que es precisamente en medio de este clima tan intenso y movimentado donde van surgiendo los proyectos y esperanzas de la Asunción argentina de 1968 o 1969 y los años siguientes. Por eso, debemos tratar de entenderla también a partir de estos acontecimientos, aun si no logramos expresar todavía el rostro total de la Congregación en la Argentina.

El árbol junto al río

En 1968, dejó de existir en Olivos la Escuela Apostólica San Agustín y se creó el Centro Vocacional Asuncionista. En esa fecha se establecieron

allí los religiosos estudiantes que regresaban de Chile con la intención de formarse en el propio país, junto con algunos de los alumnos mayores de la Escuela que desaparecía. Desde entonces y hasta 1976 (en que tienen lugar el secuestro, la desaparición y la expatriación de algunos religiosos), se puede decir que la Región Argentina acentuó en varios aspectos un desarrollo que venía gestándose, aproximadamente, desde mediados de la década de 1950: Mayor número de religiosos del país, menor promedio de edad del conjunto y, sobre todo, un buen nivel de formación y de vida espiritual.

El Estatuto que recibió la Región Argentina al ser creada, fue dictado y entró en vigor en 1969. Formando parte integrante de la Provincia, la Región había recibido de ésta una amplia autonomía de animación y gestión de sus asuntos internos, con un Estatuto que, en los hechos, hacía de ella una cuasi Viceprovincia.

El cargo de Regional fue concebido como el de un Superior Mayor, que disponía de amplios poderes, acordes con la estructura otorgada a la Región (55). En efecto, éste era miembro nato del Consejo de Provincia y estaba asistido en sus funciones por un Consejo personal y un Consejo de Región. Entre las atribuciones, tenía las de aceptar y despedir novicios, aceptar a éstos a las Promesas o desligarlos de ellas, presentar al Provincial a los jóvenes religiosos que aspiraban a la Profesión perpetua (56) y las ordenaciones (ver Art. 57). También proponía al Provincial el nombramiento de los Superiores locales y los responsables de la formación, distribuía al personal religioso en las comunidades, nombraba a los Ecónomos locales, aprobaba las decisiones de los Capítulos locales y nombraba a los Rectores, Directores y Representantes legales de los colegios (ver Art. 58). Por otra parte, con el consentimiento del Consejo de Región, fijaba los objetivos apostólicos de la Región y evaluaba la marcha de ésta, proponía al Provincial la apertura o el cierre de una casa, nombraba el Ecónomo regional y aprobaba las cuentas generales de la Región, lo mismo que los gastos extraordinarios (ver Art. 59). Además, autorizaba, conforme a las normas establecidas, las operaciones financieras que lo requerían y determinaba las contribuciones extraordinarias (ver Art. 58, i ; Art. 59, g, h). No se puede

desconocer que semejantes atribuciones le conferían gran influencia respecto de la vida religiosa de la Región en general, al mismo tiempo que consolidaban su autoridad.

La vitalidad de la Región hacía pensar con cierta confianza en su porvenir. Las vocaciones en camino y las que razonablemente podían vislumbrarse en el horizonte, aparecían como suficientes, a pesar de que éstas son habitualmente escasas en nuestros tiempos.

No obstante las diferencias de edad, formación, nacionalidad y origen existentes entre ellos, las relaciones entre los religiosos estaban animadas por un espíritu fraterno. En la práctica, no se veían otras diferencias que aquellas que se dan naturalmente debido a la diversidad de los temperamentos; de modo ordinario, el sol no se ponía sobre el recuerdo de las palabras u opiniones penosas de un hermano. Para los religiosos de las distintas comunidades era un gusto reunirse para festejar con alegría, ocurrencias y bromas sencillas, que no dejaban de lado la delicadeza varonil de estos encuentros, con ocasión de onomásticos y aniversarios, y hasta se solía reclamar cuando se pasaba de largo alguna de estas conmemoraciones. En las fiestas navideñas y pascuales la calidez de la vida familiar presidía la mesa en torno de la cual todos se reunían fraternalmente.

Respecto de la confianza mutua que existía, no carece de interés la llamativa confesión de uno de los mayores, vertida durante una reunión general, que refiriéndose a las nuevas orientaciones conciliares se animó a decir: “A mí, que ya soy viejo, me cuesta bastante entender estas cosas; pero si ustedes dicen que éste es el camino, yo los seguiré en todo a donde vayan”. Éste era el espíritu que facilitaba la colaboración entre una y otra comunidad o entre los mismos religiosos, cada vez que las circunstancias lo requerían, y el que hacía que los Superiores fueran respetados y tenidos como hermanos. Cuando se ve una vida así, a los que la practican no se puede atribuirles otro nombre que el de amigos.

No obstante, hubo quienes se apartaron de la vida religiosa. Nadie puede hablar acerca de cuestiones que pertenecen a la conciencia personal de los individuos; pero se puede estar en condiciones de decir que quienes dejaron la Congregación en los años que siguieron al de 1969, lo hicieron casi siempre conmovidos por crisis personales (¿problemas psicológicos, crisis sentimentales, falta de verdadera vocación en los orígenes, trastornos debidos a cambios que no pudieron asimilar, dificultades motivadas en las mutaciones propias de la época?). Aquel que pudo conocer esas crisis en su desarrollo, quizá esté en condiciones de afirmar que los 11 sacerdotes que se retiraron de la Congregación deben ser considerados todos ellos pérdidas lamentables.

El Provincial, respetando con gran delicadeza la autonomía concedida, pero sin desentenderse de su responsabilidad, supo acompañar la Región y estar cerca de los religiosos, especialmente en los momentos más difíciles; de modo que es posible pensar que también ésta fue una de las claves de la buena marcha del conjunto, junto con el espíritu religioso de Padres y Hermanos. Por eso, en la Región, gozaba del afecto de los hermanos.

Las prioridades que la Provincia Chile-Argentina tenía fijadas apuntaban a los jóvenes, a los pobres, a la formación de laicos y a los Santuarios; pero las comunidades se mantuvieron atentas a todos los problemas de la gente.

En la Argentina, entre los jóvenes se contaban los alumnos de los 5 colegios de la Congregación: Belgrano, Lourdes y San Martín de Tours, cada uno con sus secciones de jardín de infantes, primario y secundario; y Villa Saldías, sólo con la sección de primario, que era gratuita y Estrella de Belén, post-escuela para ayudar a los chicos a hacer los deberes y de recuperación escolar. En total, unos 2400 alumnos entre todos.

La comunidad de Santos Lugares -obligado es decirlo- atendió de lo mejor el Santuario, a pesar de la escasez de personal con la que tuvo que

moverse, más aún si se tiene en cuenta la extensión de esta obra y se considera, por otra parte, que los Padres aseguraban una presencia permanente en el Colegio, donde no sólo impartían la catequesis, sino que enseñaban alguna de las materias curriculares.

Olivos, a su turno, fue tres veces noviciado y llegó a ser un centro pastoral -amado y odiado, es bueno decirlo- que irradiaba en una extensa zona; en esta casa funcionaba, además, un Instituto de Catequesis con profesores religiosos de otras Congregaciones, sacerdotes diocesanos, laicos y 5 asuncionistas. El boletín *Asunción*, señala que este Instituto, que vio egresar varias promociones de catequistas, llegó a inscribir 40 laicos al iniciar el curso de 1971.

No se puede ocultar que en la vida de la Región se vieron también ciertas notas negativas. La oración perdía espacios en lo individual y en lo comunitario (asiduidad a la Liturgia de las Horas, a la meditación...). Pero tampoco se debe omitir que esta oración, a la cual se le dedicaba menos tiempo, se hacía más personal y atenta al día a día con sus problemas, y sobre todo se nutría más en la Liturgia y la Palabra de Dios, mientras en sus expresiones comunitarias comenzaba a admitir la presencia de algunos laicos.

Las lecturas abarcaban los temas más variados, como parece lógico; pero éstos gozaban de un espacio desigual, según las preferencias. Con todo, muchos religiosos mantenían en sus lecturas un ritmo y unas exigencias dignas de encomio.

Por otra parte, los religiosos -no todos ni siempre- comenzaron a asistir a algunos espectáculos públicos (casi exclusivamente el cine). Lo hacían con el espíritu de quien descubre en ellos un modo de descanso, pero también un medio de apertura a la sensibilidad y la cultura modernas. Ésta es también la época en que la TV hizo su ingreso, tímidamente primero, en las comunidades a las que hasta entonces sólo tenía acceso la radio

instalada en la sala de estar. Los religiosos comenzaron ahora a salir más que antes, visitando las casas de gente amiga y de sus familiares.

La casa devastada

Contemporáneamente a los aspectos positivos que venimos señalando en aquel momento histórico, en la Argentina, lo mismo que en los demás países de América latina, aparecen las dictaduras que se sustentan en la Doctrina de la Seguridad Nacional, de la cual se sirven para enfrentar las formaciones guerrilleras presentes en todas las latitudes del Continente, con sus consecuencias de represión, de muerte, de desaparecidos...

A partir de 1946, la academia del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica, conocida como Escuela de las Américas, había formado a millares de altos oficiales latinoamericanos, entre los cuales se cuentan numerosos de los acusados de violación de los derechos humanos. En 1960, además, una misión militar francesa realizó una visita secreta al país, a fin de dar a conocer a los oficiales argentinos sus experiencias de Indochina y Argelia, en temas como doctrina de contrainsurgencia, propaganda y agitación, empleo de la tortura como método para obtener información, y otros. Los contactos no se limitaron solamente a ése, y hubo incluso algún seminario organizado por los franceses.

En Buenos Aires, el Colegio San Miguel, de los Padres Lourdistas, fue visitado una noche por un operativo conjunto de las fuerzas militares y policiales, y alguno de los Padres fue a parar a los calabozos. De la Parroquia San Martín de Tours, situada en un barrio vecino, se esperaba que corriera idéntica suerte, lo cual obligó a los asuncionistas de esa comunidad a dormir varias noches en casas de amigos... Sucedió también la masacre de los Padres Palotinos, y un operativo semejante al del colegio lourdista fue llevado a cabo en la casa asuncionista de Santos Lugares, probablemente con propósito intimidatorio, después del discurso que el P. Roberto Favre pronunciara en nombre de las Conferencias nacionales de religiosos y reli-

giosas, en el funeral de los palotinos en San Patricio. Mons. Enrique Angellelli fue asesinado en La Rioja el 4 de agosto de 1976 (57).

El conjunto de estos y de otros hechos creó inevitablemente un clima de terror. Los religiosos sabían que eran vigilados, que sus sermones eran escuchados y grabados; catequistas eran tomados presos y todo trabajo de evangelización o de promoción entre los pobres era considerado como acción subversiva; de los desaparecidos nadie lograba saber nada más. Para ser justos, debemos decir, sin embargo, que esto sucedía al lado de la violencia inusitada que practicaba la guerrilla inmisericorde, y que, de una y otra parte, ni siquiera la misma condición humana del oponente era reconocida (Cap. 21: “*El Proceso...*”). En este clima, se daban naturalmente la desconfianza y la división, incluso dentro de la misma Iglesia, desde donde hubo intervenciones valientes de algunos Obispos e indecisión de parte de otros.

Acerca de la evolución de la Congregación en el orden general, resulta muy interesante leer el trabajo de Jean-Paul Périer-Muzet, titulado *Pequeño Manual de Historia de la Asunción*, Roma, 2003 (traducción Roma, 2007), capítulos 6 á 9. Respecto de la Asunción argentina, digamos que, desde la mitad y hasta el final del siglo, comienzan a desertar numerosos religiosos (58), algunos europeos regresan a su país (59) y abandonan varios jóvenes que se destinaban al sacerdocio (60). En total, son 11 sacerdotes, 5 profesos aspirantes al sacerdocio, 3 desaparecidos (61) y 3 novicios (62). En total, 27 menos, a los que hay que agregar 1 fallecido durante los estudios preparatorios al sacerdocio (63) y 3 franceses trasladados a Chile (64). El 1º de enero de 1962 había en la Argentina 21 religiosos asuncionistas (más 1 sacerdote y 7 hermanos estudiantes en Chile); pero el 31 de diciembre de 2000, quedaban en la Argentina 6 sacerdotes (2 de ellos chilenos) y 1 hermano más 2 estudiantes en Chile. Si la historia no hubiera escrito lo que dejó en sus páginas, ¿cuántos hubieran podido ser? La historia no se ocupa de futuros contingentes; pero el hecho invita a la reflexión.

Sobre el martirio de la Asunción argentina nos ocuparemos en el capítulo siguiente. Pero ahora diremos que el hecho de la violencia armada y la toma de posiciones que trajo como efecto, creó inevitablemente un clima de ansiedad, de tensiones y de miedo al interior de las comunidades, e incluso la necesidad de ocultarse y salir del país. Todo lo cual pudo sobrellevarse en la comunidad asuncionista regional, gracias a la fraternidad vivida en un clima de caridad y respeto, aunque alguno que otro estuviera lejos de coincidir con los demás en el análisis de los hechos.

La raíz del terebinto y de la encina

La vocación de Isaías se inaugura con una visión en la cual, después de amenazar al pueblo rebelde con la destrucción, la voz de Dios pronuncia una promesa de fidelidad: “Como el terebinto y la encina que al ser abatidos conservan su tronco talado, así ese tronco [de Israel] es una semilla santa” (Is. 6, 13). Nosotros, que no estamos haciendo exégesis ni teología, podemos permitirnos recordar que la historia de la Asunción es una porción de la historia salvífica, y podemos decir en consecuencia que, desde la fe, el religioso puede acoger como dirigida a él, en cierto modo, la promesa hecha al pueblo elegido. Por eso, después de los dolorosos sucesos que hemos mencionado, la Región Argentina se atreve a lanzarse en un nuevo proceso.

La casa de Caseros (Wenceslao De Tata, N° 4070 / Amadeo Sabbatini, N° 4233) se abre en 1978, con el P. Vicente De Luca como Superior, acompañado por el Hno. Luis R. Rendón. Por allí pasaron algunos jóvenes para hacer una experiencia comunitaria que no se concretó en vocación asuncionista. La casa fue cerrada en 1982.

Luego, la comunidad regional argentina empieza a contar con el apoyo que, fraternalmente y no sin esfuerzo, le prestan los hermanos asuncionistas de Chile.

El P. Juan Donoso viene a Santos Lugares en 1986, donde permanece por espacio de 7 años; los últimos 3 como Párroco.

En 1987 tiene lugar la apertura de la comunidad de acogida de Berazategui (en la que fuera casa de las Orantes de la Asunción), donde los asuncionistas son muy bien recibidos por el Obispo, Mons. Jorge Novak. La comunidad de Berazategui la comienzan el P. Vicente De Luca como Superior y los Hnos. Nelson Egaña y Esteban Monsalves. El Hno. Nelson permanece allí 3 años, y el Hno. Esteban, 2 años, ambos trabajando pastoralmente en ese barrio y en el Colegio de Belgrano; pero pasaron también por esa casa otros dos religiosos en formación (que no perseveraron) y algunos postulantes. Al regresar el Hno. Esteban a Chile, viene el P. Gabriel Bouzillé para asumir como Superior.

Abandonada su anterior estructura, en 1988 la Región Argentina recibe de la Provincia una nueva condición dentro de ésta. El Provincial reasume el ejercicio directo de su autoridad y se hace representar en el país por un Delegado personal con capacidad de representación ante las autoridades eclesiásticas y civiles, al que le encomienda igualmente la cura de los bienes de la Congregación.

El P. Augusto Rojas viene a Santos Lugares en 1989, donde estará año y medio, hasta su viaje de estudios a Roma. En la comunidad de acogida de Mendoza estuvieron el P. Nelson Egaña (1994-1996) y el P. Edgardo Muñoz (1994-1999). El P. Mario del Canto viene a Santos Lugares en 1996. El P. Nelson lo hace en 1999 y al año siguiente queda al frente de los colegios de Belgrano y Santos Lugares.

La profundidad de las heridas producidas por el drama se fue revelando con el tiempo... pero las raíces del terebinto y de la encina siguen haciendo aparecer brotes verdes, nacidos del viejo tronco. En realidad, las raíces son los cuerpos crucificados de los que se dieron en el apostolado de todos los días y, sobre todo, los de aquellos que entregaron su vida para ser fieles al Evangelio. Sus sudores, sus lágrimas y su sangre riegan estas raíces, mientras los hermanos que siguen las huellas dejadas por ellos cuidan con cariño los brotes que verdecen.

En la gran vorágine

Con anterioridad a la década de 1970, numerosos religiosos y religiosas empezaron a emigrar de los grandes centros urbanos hacia los barrios periféricos o las zonas rurales, con el propósito de poner efectivos y recursos al servicio de una pastoral que tuviera como destinatarios a los sectores sociales postergados, y pusiera en práctica lo que el Episcopado latinoamericano llamara la opción preferencial por los pobres. Lo cual constituyó una de las páginas memorables y al mismo tiempo dolorosas de la historia de los religiosos de la Argentina y de América latina, que se encontraron con la incomprensión de ciertos estratos sociales no preparados para comprender el significado de esta opción.

Desde La Lucila, en Olivos, también un grupo de asuncionistas emigró en 1974 hacia estos nuevos puestos; primero al Barrio Luna, de Villa Tesei (Partido de Morón), y un poco más tarde, buscando mejores condiciones para el proyecto que los animaba, a la calle Recife, N° 2015, en el barrio La Manuelita (Partido de San Miguel).

“Tú escoge la vida”

Pero la casa de los asuncionistas en La Manuelita fue blanco de uno de los ataques llevados a cabo por la violencia ejercida desde instituciones del Estado (65).

Según testimonio de los vecinos del lugar, el viernes 4 de junio de 1976, aproximadamente a las 7 de la mañana, un grupo de personas llegó al lugar en varios automóviles. Los mismos vestían ropa de fajina de tipo militar y portaban armas largas. Al irse se llevaron consigo a los Hnos.



Los Hermanos Raúl Eduardo RODRÍGUEZ y Carlos Antonio Di PIETRO, religiosos asuncionistas secuestrados desaparecidos el 4 de junio de 1976

Carlos Antonio Di Pietro y Raúl Eduardo Rodríguez, que eran los que en ese momento se encontraban en la casa.

Posteriormente se supo que el P. Jorge Oscar Adur se ocultaba ayudado por personas amigas. Pero una hermana suya, Araceli, fue detenida el mismo viernes 4, alrededor de las 10, en el Barrio de Belgrano Bajo, donde trabajaba, y conducida a su domicilio, donde fue interrogada por personas que dijeron ser de la Policía Federal. Luego fue dejada en libertad. El cuarto integrante de la comunidad logró ocultarse ayudado por algunos amigos y posteriormente se trasladó a Santiago de Chile, por disposición de sus Superiores.

Sucedidos estos hechos, el Superior regional realizó ante la Nunciatura Apostólica una gestión tendiente a obtener asilo para el P. Adur, y el Nuncio Pío Laghi tuvo desde entonces una participación activa en los pedidos y reclamos, que desdichadamente nunca fueron escuchados. El 14 de junio el Regional se entrevistó con el Presidente de la Conferencia Episcopal, con el fin de informar al Cardenal Raúl F. Primatesta e interesarlo por el caso de los religiosos asuncionistas y, como Vicepresidente en ejercicio de la Presidencia de la Conferencia Argentina de Religiosos, de otros casos similares que afectaban a religiosos de otras Congregaciones.

Interpuesto recurso de *habeas corpus* ante el Juzgado Federal N° 3 de la ciudad de San Martín, a favor de los Hnos. Di Pietro y Rodríguez, no se obtuvo ningún resultado positivo y, ante la insistencia, se recibieron contestaciones verbales que sugerían la conveniencia de no seguir insistiendo en el asunto. Más tarde, el P. Vicente De Luca, cuando era Superior regional, denunció el caso ante la Comisión Nacional presidida por el escritor Ernesto Sabato (CONADEP), que investigó la desaparición de personas en la Argentina.

Gracias a la intervención personal del Nuncio Apostólico, el P. Adur pudo viajar a Roma sin contratiempos de ningún tipo.

Hacia 1976, los Hnos. Carlos Antonio y Raúl habían concebido un proyecto que presentaron al Superior regional. Se trataba de un tiempo de “desierto” -como ellos lo llamaban- “entendido como un tiempo de oración y reflexión para buscar la voluntad de Dios y responderle de un modo personal”. Tiempo de “desierto” y soledad eremítica en un lugar apartado del Sur patagónico, entendido como un medio para entregarse a un “cara a cara” con Dios.

Para los responsables de la Congregación, la “voluntad de Dios” se había manifestado para Carlos Antonio y Raúl en el seguimiento de Cristo según el modo de vida asuncionista. Para ellos, sin embargo, la etapa de “desierto” respondía a la necesidad de vivir con mayor intensidad el aspecto contemplativo de su relación personal con Dios, a fin de profundizar esa relación y la propia vocación.

En la correspondencia epistolar relativa a este proyecto de soledad, que hemos podido tener en nuestras manos, llama la atención la insistencia de ambos en el sufrimiento, la cruz, el martirio. Pero la cruz y el martirio aparecen en un contexto más amplio del que podía sugerir el fenómeno de la violencia represiva; aun si hoy parece que el contexto generado por el régimen de aquellos años, es el que le confiere un sentido más pleno a esa insistencia y la transforma en algo que se asemeja a una expectativa más o menos cercana. ¿Trabajo de Dios en el alma de hombres de fe profunda, que la gracia va preparando para la entrega total y definitiva? “Presiento que el desierto se amplía [...] Espiritualmente me siento muy igual a Jesús en su subida a Jerusalén, sabiendo que lo que le espera es difícil pero no puede dejar de hacerlo porque la hora se acerca”, dice el Hno. Carlos Antonio (29.03.76). “El Señor nos quiere [...] tan enamorados de Él, que no titubeemos en regar con nuestra propia sangre las semillas del Reino”, escribe el Hno. Raúl (04.02.76).

Los hechos del 4 de junio de 1976 impidieron que el proyecto de Carlos Antonio y Raúl se realizara; pero, lo que parece desprenderse de la

lectura de estos pasajes de cartas, es que el mismo fue al menos una preparación para lo que vendría.

Respecto de su espiritualidad, debemos decir que la fe de ambos se hizo abandono a la voluntad de Dios, entrega al servicio del Reino, obediencia radical a Dios, bajo la forma de cumplimiento de lo que Él les anunciaba con sus señales, y de disponibilidad para lo que pudiera venir de parte del Padre. Pero esta fe los ponía en estado de apertura a la cruz, más allá de lo que ellos mismos podían sospechar. Era la cruz de la fidelidad cotidiana, de las contradicciones llenas de dolor, de la purificación interior, y la cruz del martirio que se insinuaba en el horizonte.

Esta fe tan viva se hacía esperanza ardiente y eclosión del amor. Esperanza en la Iglesia de Cristo y la Asunción: “Ya ves que la Asunción atraviesa una verdadera Pascua”, escribía Raúl (11.05.76). Amor de los hombres concretos invitados al Reino.

Fe y encuentro. Abandono e intimidad. Comuni3n establecida en el amor. Urgencia de purificaci3n. Vislumbre de un “cara a cara”. Tal pareciera ser la ruta de sus vidas interiores y la sntesis de su espiritualidad. Cuando caiga la cruz como zarpada, ser3 la Paz resumida en el nombre 3nico: “¡Que la paz de Jes3s est3 con *vos!* ¡Que la paz de Jes3s est3 con *vos!*”, fueron las palabras que dijo Carlos Antonio al Superior regional, en un llamado telef3nico que le obligaron a hacer los captosres en la mañana de aquel 4 de junio.

La muerte de Carlos Antonio y de Raúl, como la de muchos otros que cayeron, encuentra sentido en la frase que Dios dirige al antiguo pueblo elegido: “Tú escoge la vida, para que vivas tú y tu descendencia, amando a Yahvéh, escuchando su voz, viviendo unido a Él” (66).

Ellos escogieron la vida para seguir a Jes3s con un estilo de vida más cercano al de Él, sin saber que los iban a perseguir hasta la muerte. Pero sabían que el propósito que los movía era rechazado por algunos, porque

tarde o temprano este tipo de compromisos socava los cimientos de las sociedades basadas en la perversidad de unos hombres que, amañadamente, “cambiaron la verdad de Dios por la mentira”.

Sabían que su vocación de religiosos les estaba pidiendo el más arriesgado de los testimonios, y por eso entrevieron también el martirio: “La gloria del cristiano nunca fue el éxito -escribía Raúl-, sino la Cruz”. Y proseguía: “La Iglesia es fecunda cuando tiene mártires. Hoy los hay, no sólo en el derramamiento de sangre, sino de mil maneras. Y creo que el Señor nos quiere tan enamorados de Él que no nos importe ni el cómo ni el cuándo de nuestra Cruz, sino una total incondicionalidad a su voluntad” (26.02.76). Y Carlos Antonio: “Veo que tengo un miedo constante, pero también una esperanza ciega y una fe que el Señor me regala día a día, que no me deja temer. Es raro, hay miedo dentro mío pero no temo. Él está acechando” (24.05.76). Once días más tarde sería secuestrado y hecho desaparecer, junto con Raúl.

Con sus 31 y 29 años, respectivamente, no murieron como jóvenes ingenuos ni como idealistas absurdos, sino como hombres de fe, enamorados de Cristo y entregados a su causa, pues, “sabían bien en quien habían puesto su fe”: *La muerte de los Hnos. Carlos Antonio y Raúl fue consecuencia aceptada de una opción de vida por Dios y por los hombres, que procedía de su fe y de su consagración religiosa*. En efecto, como dice San Ambrosio, comentando el salmo 118: “El verdadero testigo es el que con sus obras sale fiador de los preceptos del Señor Jesús”. Y Edith Stein: “No consideren verdadero aquello a lo cual le falta amor, y no consideren amor aquello a lo cual le falta verdad”.

La verdad de nuestra fe se revela en el amor y el amor se descubre en la verdad. Porque entendieron esta palabra, ellos pudieron entregar la vida y entrar en la comunión plena con la Verdad que es Dios mismo. Ahora son definitivamente testigos de esta Verdad que es el corazón del amor, pues amando murieron para que se manifestara la luz de la Verdad: “Yo soy la Luz, Yo soy la Verdad, Yo soy la Vida. El que viene a mí no anda en tinie-

blas que ocultan el camino; pero, si muere, yo habré escrito su nombre en el Libro de la Vida” (67).

El hombre al que buscaban

Todo parece indicar que el objetivo del secuestro de Carlos Antonio y de Raúl estuvo ligado al intento de secuestrar al P. Jorge Oscar Adur; lo cual éste mismo reconocía. Lo que sigue intenta ser una *reconstrucción* de partes fundamentales de esos hechos, tal como efectivamente pudieron ser conocidos por quien los describe.

La noche en que se produjo el ataque a la casa de La Manuelita, el P. Adur había dormido en casa de amigos, en el Barrio Norte de Buenos Aires, desde donde fue conducido a un lugar más seguro del interior de la Argentina. Aquí permaneció durante un mes y medio, mientras el Nuncio Apostólico, Mons. Pío Laghi, efectuaba las gestiones para que pudiera salir del país.

Dejó Buenos Aires el 20 de julio de 1976 y viajó a Roma, desde donde se trasladó a París. En Francia dispuso de amplia libertad de movimiento y mantuvo relaciones con otros exiliados argentinos. Esto último, no obstante que los Superiores en la Argentina deseaban que restringiera dichos contactos y desplazamientos, debido sobre todo a la inseguridad que se vivía en el país (68).

Algunas circunstancias que rodean al P. Adur nos permiten conocer mejor sus ideas. Dos años más tarde de su salida del país, el 1° de julio de 1978, dirigió una “carta al pueblo argentino”, en la cual comunicaba que había aceptado ser designado “Capellán del Ejército Montonero”. Firmada de su puño y letra, la carta fue publicada en agosto de 1978 en *Estrella Federal*, que era el órgano oficial de los Montoneros, junto con una nota firmada por Horacio Mendizábal (69). Fechada el 10 de julio, la nota de

Mendizábal informaba al Secretario de Estado de El Vaticano acerca del “nombramiento” de Adur. La Secretaría de Estado nunca le respondió (98).

En esta carta, el P. Adur declara haber asumido de modo personal y público la lucha de la organización guerrillera con todas sus consecuencias. En efecto, dice allí: “En esta carta quiero hacerles partícipes de mi decisión de asumir, personal y públicamente, la Capellanía del Ejército Montonero y responder así al pedido expreso de su Comandancia”; ya que “antes que nada es el Evangelio el que me dice ‘cuando alguien te pida hacer mil pasos con él, harás dos mil’. Pero es también, y sobre todo, la Iglesia, que busca la justicia y la debe practicar, la que me lleva a mostrar a mi pueblo la voluntad irrenunciable de acompañar a aquellos que asumen integralmente la lucha por la liberación de nuestra querida patria”.

En consecuencia, prosigue: “Pongo mi sacerdocio y mi vida religiosa en la Iglesia al servicio de todos, porque la más alta expresión de la caridad, a la cual tendemos los cristianos, se expresa en la política”. Aunque hoy, como consecuencia del pluralismo de nuestro mundo, su palabra de amor, la Iglesia la expresa “juntamente con todos aquellos que no recibieron el don de nuestra fe, pero sostienen la esperanza de una caridad sin límites”.

La carta concluye con la cita de San Lucas, 4, 18 y 19, donde se menciona el pasaje de Isaías, elegido por Jesús para señalar la misión del Salvador.

También en julio de 1978, la revista mejicana *Proceso* publicó como primicia mundial una entrevista que Jorge Adur concedió en París a Francisco Ortiz Pinchetti. Esta entrevista apareció bajo el siguiente título: *Capellán montonero, con permiso de su Congregación / “La lucha armada no puede desligarse de toda acción integral”* (70).

Narra Ortiz Pinchetti que el entrevistado se presentó vestido con uniforme e insignias de Capitán, tendiéndole la mano y diciendo: “Soy el P. Jorge Adur, sacerdote y religioso de la Congregación francesa de la Asun-

ción. Fui formador de sacerdotes y religiosos en mi país, y al mismo tiempo tuve una tarea pastoral entre los pobres, entre la gente del campo. En estos últimos tiempos trabajé con los obreros, en un barrio del Oeste de Buenos Aires. Actualmente soy Capellán del Ejército Montonero”.

El periodista destaca que en la historia reciente es la primera vez que un ejército revolucionario popular tiene oficialmente capellán, y agrega que “el sacerdote cuenta ya con el consentimiento de su Congregación”. (Ver más abajo, en este mismo capítulo).

Según lo que se puede leer, para explicar el paso que acaba de dar, Adur se apoya en la justicia y la verdad que un hombre de la Iglesia debe buscar y que él, dice, le debe al pueblo argentino. Pero “su participación en la política -agrega- es fruto natural de su vocación cristiana”; participación en la cual “se manifiesta realmente la expresión más total de la caridad y del amor”.

Desde el punto de vista moral, responde a una pregunta del periodista: “Creo que no puede distinguirse la acción armada de toda acción integral”. En efecto, declara, la violencia armada “no es más que una respuesta justa a la agresión que sufre nuestro pueblo”. De modo que -interpretamos nosotros- lo que justificaría la violencia “revolucionaria y liberadora” está en el hecho de que ésta es una respuesta a la violencia “institucionalizada y opresora”, en defensa de las víctimas de ésta. Recurso a la doctrina tomista, que no parece tener en cuenta todas las condiciones exigidas por Santo Tomás.

Según el P. Adur, su papel de Capellán consistía en lo siguiente: Primero, animar la lucha del pueblo argentino; en segundo lugar, “explicar el papel político e histórico que, como sacerdote en esta hora de la lucha popular, debo mostrar ante los hombres, no sólo de mi patria sino también de los pueblos del mundo”; y, en tercer lugar, buscar las transformaciones que se van dando en la sociedad, donde el cristiano ya no es el eje por donde pasa la transformación, sino que se asocia, en un proceso de liberación,

con todos los hombres de un pueblo. Un papel de apoyo y de “iluminación” político-teológica, pero también un papel de buscador de caminos concretos para la nueva sociedad, en diálogo y colaboración pluralista. Por otra parte, dice hacia el final de la entrevista, “creo que el análisis marxista de la realidad es la única herramienta para un análisis profundo; entendámonos sobre las realizaciones, sobre las cosas. Esto, por otra parte, es un poco la actual actitud oficial de la Iglesia” (71).

Existe también un mensaje del P. Adur, dirigido esta vez a personas que identifica como amigos y antiguos colaboradores suyos (72). Grabado en París en abril de 1980, dos meses antes de que se produjera su detención y desaparición, resulta interesante para el conocimiento de las actividades que desarrollaba.

Se trata de un mensaje de estilo casi coloquial, en el cual lo más interesante parece hallarse en su intención: Contarles algo de su vida y narrarles “siete hechos que han marcado un poco mi vida en estos años”.

“En primer lugar, la desaparición de Carlos, de Raúl, de Cristina... la muerte de Juan, de Alejandro, de Pablo, de tantos otros”, es uno de los hechos que han demostrado la intención de la dictadura de hacer desaparecer la esperanza; pero ellos “un día se levantarán y volverán a ser muchos más”.

“En segundo lugar, el encuentro de la JIC en julio de 1977. Allí pude ver que en todas partes del mundo, los jóvenes tejen una misma esperanza, que los procesos son lentos pero necesariamente irreversibles, y que los jóvenes están decididos a encontrar, desde la dinámica de su fe, una concreción de lo que aspiran”.

“En 1978 hubo un hecho que marcó mi vida y que ha sido tremendamente interpretado, tanto por los poderes terrenales como por las burocracias eclesásticas. Y ha sido el de asumir públicamente la Capellanía de los montoneros”; cosa que acepté por entender que “yo, como Iglesia y

como sacerdote, no podía estar del otro lado porque los jerarcas de la Iglesia habían asumido una complicidad histórica imperdonable. Dios dirá si me equivoqué; estoy convencido de que debemos mostrar siempre el compromiso más difícil, que es sobre todo el de estar del lado de nuestro pueblo oprimido, que debe ser nuestro primer dialogante”.

“Puebla se reunió a fines de enero y principios de febrero del año ’79. Todo estaba previsto para no dejar voz a los sin voz”, para que esta asamblea “fuera un acontecimiento interno, eclesiástico y jerárquico”; pero yo creo, dice Adur, que en ese sínodo regional hubo también muchos obispos “que hicieron de Puebla una tribuna internacional para gritar lo que había que gritar” en favor de la larga lucha de los pueblos.

“En mayo [de 1979] tuve la suerte de poder ir a Siria y al Líbano. Si bien es cierto que mi misión era diplomática, pude ver a la gente y comprender muchas cosas de mi padre, que ignoraba. Desde el punto de vista político, vi también un Medio Oriente convulsionado por guerras que, evidentemente, no son suscitadas por dificultades internas, sino por los grandes intereses del imperialismo de las potencias mundiales” (73).

“En julio del año ’79 tuve la alegría de que Nicaragua fuera totalmente liberada, y que el Frente Sandinista de Liberación Nacional mostrase que es posible llevar a la práctica un modelo de sociedad”; y es posible “por más que los años pasen y haya muchos muertos ofrecidos por la liberación de nuestros pueblos”.

“Y en el año ’80, estando en Méjico, tuve la gran tristeza de saber que el 24 de marzo de 1980 habían matado a Mons. Romero. Su vida es un símbolo: Ahora comenzamos una nueva etapa de la Iglesia”. La última frase parece reflejar el ingenuo optimismo de los montoneros que intentaban la Contraofensiva en la cual caerían muchos de ellos, incluido supuestamente Adur.

La enumeración concluye diciendo que éstos hechos “no son sino nuevos hitos de nuevas etapas que es necesario que nosotros vayamos rumiando desde el interior de nuestras conciencias”.

Luego agrega: “Ésta es la vida pública, política, diplomática... Yo llevo la vida de todos los días. Más que nunca estoy enamorado de mi vida religiosa, de mi consagración en la Iglesia para ser imitación de Cristo entre los hombres, sacramento prolongado a lo largo de los tiempos para mostrar lo que es la alegría de vivir consagrado a Dios”.

“La vida mía de todos los días se expresa en la vida comunitaria. La vida comunitaria que tuve que dejar de lado por seis meses, porque hubo gente que proyectó que se me separara de lo que más quería, es decir, la Congregación, la comunidad, el ritmo de una comunidad sacerdotal asuncionista. Pero esa pesadilla duró nada más que seis meses”. De esta manera, Adur afirmaba que la jerarquía de la Iglesia o los superiores de la Congregación intentaron alejarlo de ésta y privarlo del ejercicio del sacerdocio. El hecho es que, una vez conocida la designación que le otorgó la cúpula montonera, la Santa Sede pidió informes a la Congregación acerca de su actuación y sugirió que la Congregación buscara una solución adecuada para una situación que se consideraba a todas luces irregular. Después de esto, la Autoridad del Instituto hizo conocer al P. Adur la posición de la Santa Sede y le sugirió que él mismo buscara la decisión más conveniente, vista la incompatibilidad señalada entre ambas situaciones. Esto supone indudablemente dos cosas: Que la Congregación nunca lo autorizó (como él lo expresó erróneamente a la revista *Proceso*) a asumir los compromisos que tomó por propia iniciativa; y que cuando se produjeron su detención y su desaparición seguía siendo religioso y ejercía las facultades propias del sacerdocio, pues nunca le fue impuesta tal sanción.

El mensaje termina con la promesa de “nunca volver atrás, ser siempre solidario con las luchas de la liberación”, y su despedida con “un beso y un abrazo revolucionarios”. Pero antes de despedirse, lee a los destinatarios un poema de Pablo Neruda, en el cual, dice él, se encuentra reflejada toda

su vida: *Cuando yo escribía versos de amor, / que me brotaban de todas partes / y me moría de tristeza, / errante, abandonado, royendo el alfabeto, / me decían: Qué grande eres, oh Teócrito*”, etc.

Investigaciones del sacerdote Yves Plunian en San Pablo (Brasil) revelaron que el paso del P. Adur por Buenos Aires tuvo lugar en 1980. (Lo que coincide con informaciones obtenidas en la Capital argentina por el autor que esto escribe). De Buenos Aires intentó pasar a Brasil cuando iba a tener lugar la primera visita de Juan Pablo II a este país. Su detención se habría producido precisamente cuando intentaba cruzar la frontera entre Paso de los Libres y Uruguaiana, el 26 de junio de 1980. De hecho, nunca se presentó a la cita que había fijado con su hermana Araceli en Río de Janeiro, en las proximidades de esa fecha.

Ernesto Jauretche, sobrino de Arturo Jauretche, que lo conoció cuando ambos eran exiliados en París, me dijo que el P. Adur fue trasladado desde Uruguaiana a Campo de Mayo, junto con Lorenzo Ismael Viñas (74), y que en Campo de Mayo fueron alojados con otros prisioneros en una casa que se levantaba en las inmediaciones del establecimiento militar. En efecto, se ha mencionado una casa donde Silvia Tolchinsky cree haber visto a Viñas y donde cree que “escuchó los gritos de tortura de quien cree fue el P. Jorge Adur. Ambos, según los dichos de Tolchinsky, habían sido secuestrados dos meses antes en la frontera de Uruguaiana, cuando intentaban salir del país”. Pero, “a fines de noviembre de 1980, Silvia fue llevada a otra quinta y Viñas y Adur ya no estaban” en la que se mencionó primero (75).

Según Ernesto Jauretche, Silvia Tolchinsky habría dicho que Adur y Viñas permanecieron en aquella casa, torturados y muy maltratados, hasta que Viñas fue arrojado desde un avión militar al Río de la Plata, y Adur fusilado. Pero, siempre según Tolchinsky, Adur como Viñas se habrían mostrado con ánimo entero en medio de los tormentos y nunca habrían entregado la información que les querían arrancar. Además, antes de conducirlo al fusilamiento, a Adur le habrían permitido despedirse de sus com-

pañeros de infortunio y, en la ocasión, éstos lo habrían visto conducirse con entereza e infundiendo ánimo a los otros prisioneros. Y esta misma informante habría expresado también que Adur se dirigió a la muerte dando muestras de fe y confianza en Dios, que a ella le sirvieron de estímulo. Más tarde, Tolchinsky declaró ante el Juez Claudio Bonadío, en la causa por la desaparición de los militantes montoneros, ocurrida durante la Contraofensiva intentada por la organización en 1980.

El 21 de septiembre de 1980, Araceli Adur recibió en su lugar de trabajo un llamado telefónico anónimo, por el cual una voz femenina le dijo: “Siempre te vas a acordar de este día”, y colgó inmediatamente el tubo (76). ¿Habrá sido ése el día del presunto fusilamiento? Araceli, que alimentaba la esperanza de que los restos de su hermano le fueran restituidos y se los pudiera sepultar con dignidad y sentido cristiano, manifestó que no quería que estos hechos se difundieran.

En el Registro Civil de Brasilia se encuentra un certificado de defunción según el cual Jorge Oscar Adur habría fallecido en ese país en 1978 (77). Por otra parte, en el Registro Civil de Nogoyá (Prov. de Entre Ríos) se encuentra anotada otra acta, en la cual, a pedido de Manuela Adur, se declara la “desaparición forzada” de Jorge Oscar Adur, ocurrida el 26 de junio de 1980 (78).

De la lectura de los documentos citados surgen evidentes contradicciones. No obstante, a partir de ellos y de ciertas coincidencias de éstos con otros testimonios, se debe considerar como más probable que el P. Jorge Adur haya sido secuestrado el 26 de junio de 1980, o por elementos argentinos en Paso de los Libres (Prov. de Corrientes), que parece lo más seguro, o por elementos brasileños en Uruguaiana, que lo habrían entregado después a los argentinos. Las coincidencias halladas hasta ahora entre distintos informantes nos llevan a considerar como probable su traslado a Campo de Mayo, que operaba como lugar de detención y donde se supone que eran enterrados los que allí encontraban la muerte. La fecha de su muerte, el 21 de septiembre de 1980, es meramente aleatoria.

Permanecer con los ojos abiertos

En sí misma, la “causa” perseguida por la subversión parecía tener para la guerrilla un propósito justificado. Pero trajo consigo unas consecuencias terriblemente dolorosas. No se trata de emitir aquí un juicio sobre la actuación de una persona que muchos recuerdan por sus cualidades de sacerdote y religioso, o por la calidez que manifestaba en el trato con sus amigos. Solamente estamos en condiciones de mencionar ciertos hechos, hoy bastante conocidos.

En 1979, una persona amiga de la Asunción -que identificaremos como Blanca G.-, queriendo referirse al clima que se había creado alrededor de la Congregación en la Argentina, expresaba lo siguiente: “Con todo lo que se dice de ustedes, hay que quererlos mucho o conocerlos muy bien para poder aceptarlos”.

Tal vez Blanca G. estaba al corriente de que la casa de Olivos había sido centro de algunos hechos llamativos: Invasión una vez por personas armadas, había sido atacada en otra ocasión, durante una conferencia del Pbro. Varela, Secretario de Mons. Jerónimo Podestá, por un grupo que respondía a un conocido activista de derecha, de apellido Dragani; reporteros y fotógrafos del diario *La Razón*, oportunamente advertidos por gente interesada, se habían apostado libremente para escuchar y fotografiar.

Y además, después del copamiento del Colegio San Miguel, de los Padres Lourdistas, en Buenos Aires había personas que comentaban a viva voz que San Martín de Tours sería la siguiente en ser atacada.

Una madrugada de 1976, a dos días del entierro de los palotinos asesinados en San Patricio, la casa parroquial de Santos Lugares recibió la visita de un grupo armado que se desplazaba en dos camionetas. La persona que los comandaba explicó que se trataba de un operativo conjunto del Ejército y la Policía Federal (79).

Entre la maraña de una época apasionada y violenta como ninguna en nuestra historia, Jorge Oscar Adur pudo ser víctima de una confusión que lo condujo al trágico final. Carlos Antonio Felipe Di Pietro y Raúl Eduardo Rodríguez fueron, sin lugar a dudas, víctimas inocentes en un caso que nada tenía que ver con ellos.

En esos días durísimos, la Congregación tuvo ante sí el desafío de defender la justicia y los derechos personales más sagrados, de ellos y, por derivación, de otras personas. La fuerza de la violencia, con ciertos imponderables propios de la situación que se vivía, frustró los esfuerzos realizados. No obstante, no entró en arreglos cuando los hombres de la dictadura pretendieron que el diario *La Croix*, de París, realizara una campaña de “esclarecimiento” acerca del gobierno del Proceso, duramente atacado en el exterior. Después de este episodio, y cuando se creyó muertos a Carlos Antonio y Raúl (que seguramente lo estaban), el temor impuso la prudencia para evitar que otros religiosos corrieran igual suerte.

El Superior general, de visita en la Región, tuvo palabras que merecen recordarse. “Camino en puntas de pie delante de ustedes -decía el P. Hervé Stéphan-, por todo lo que han vivido y que yo no he vivido. Y me dirijo a su esperanza, a la lectura que han podido hacer de su vida. En la situación presente, ustedes no pueden hacerse ilusiones; pero sepan que Dios no los tienta más allá de sus fuerzas”. En adelante, la oración será el camino para buscar un nuevo equilibrio que se apoye en la fe y la esperanza. Por eso, agregaba el P. Stéphan: “Sean asiduos a la oración, para que los ojos permanezcan abiertos. La actividad debe apoyarse permanentemente en la oración, la fe, la esperanza; pues hay que hacer un equilibrio que se encontrará en la búsqueda de la propia comunidad” (80).

C. TRABAJANDO LA VIÑA



Iglesia Nuestra Señora de Lourdes en Santos Lugares

Ourdes en la piedad popular

También en Santos Lugares, Ourdes fue un lugar de oración y encuentro con la misericordia de Dios Padre, que acoge y perdona. La religiosidad del pueblo argentino, de modo semejante a como sucede en toda América latina, se expresa en forma de devociones mayoritariamente dirigidas a Jesucristo y a María, pero también a los santos, en diversas advocaciones y misterios. Para un asuncionista, resulta interesante relacionar esta piedad popular con lo que dice Manuel d'Alzon respecto de los misterios de Jesucristo; los cuales, "incomprensibles, sin duda, y por eso mismo objeto de mi fe, contienen para mí una enseñanza maravillosa". En efecto, "por su lado humano, poniéndose a mi alcance, se apoderan de mí; y por su lado divino me elevan y transportan a las más íntimas relaciones con Dios" (81).

La pastoral que se realiza en el Santuario de Santos Lugares se inserta, consciente y voluntariamente, en el notable esfuerzo de conjunto de los santuarios argentinos. Pero la experiencia que los Padres Asuncionistas han podido recoger allí, autoriza a hablar de una evangelización y catequesis popular vinculada a la devoción mariana y potenciada por ésta.

Se puede decir que las personas que llegan al Santuario son todas bautizadas, han hecho la Primera Comunión y la gran mayoría de ellas están confirmadas; pero muchos tienen un conocimiento superficial de los fundamentos de la fe, o se cuentan entre quienes han abandonado la práctica sacramental. Con éstos se impone la necesidad de reanudar la evangelización apelando a la "memoria cristiana" del pueblo. Por otra parte, los santuarios son el centro donde habitualmente lleva su vida sacramental una extensa porción de fieles que no lo hacen en su propia Parroquia y lo transforma así en una suerte de parroquia que va más allá de los límites de toda jurisdicción. Junto a éstos, además, se hallan los cristianos prácticos, que lo

visitan esporádicamente para realizar sus devociones o movidos por preocupaciones particulares.

Se entiende así que el Santuario de Lourdes abarca una extensa zona de influencia, que se hace más dilatada aún por el alcance de algunos medios y por la difusión que tiene la devoción a Nuestra Señora de Lourdes entre la población argentina. Lourdes es ciertamente un fenómeno convocante, que ha sido tratado con realismo pastoral y posibilita “un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo”.

El mensaje de Lourdes

Lo que llamamos el mensaje de Lourdes ha sido resumido adecuadamente en estas cuatro palabras: Oración; conversión; salud; solidaridad. Todas ellas son parte del mensaje evangélico pregonado por Jesucristo, y así lo subraya la predicación, la formación que se ofrece al laicado y la celebración de los sacramentos.

En efecto, cuando la Virgen se manifiesta a Bernardita en Massabielle, pide oración por los pecadores, la niña reza el Rosario y con ella rezan todas las personas que la acompañan; pero María misma participa en la oración de todos haciendo la Señal de la Cruz. A partir de ahí, también Santos Lugares ha venido a ser lugar de oración, como respuesta al mandato de Cristo: “Pidan y recibirán; oren sin interrupción”.

Al Santuario llegan los que han hecho la experiencia de los límites humanos y sólo pueden esperar en Dios que no defrauda. La oración es allí reconocimiento, acción de gracias y expresión de la fe del pueblo en la Providencia. Sin embargo, como la auténtica oración cristiana no cae en humanos espejismos, en Lourdes se intenta que ésta sea expresión de la esperanza que tendrá su plena realización en la escatología: “No te prometo hacerte feliz en este mundo, sino en el otro”, dirá María a Bernardita.

Es evidente que en Santos Lugares la oración expresa la piedad de un pueblo sencillo, de corazón humilde, en oposición a las actitudes del hombre autosuficiente o del que posee tal vez una piedad “ilustrada”. La Virgen que viene de parte de Dios es percibida cercana y familiar por este hombre al cual el mundo sobrenatural se le vuelve, por medio de ella, asequible e íntimo. Lourdes es la devoción de los pobres del Evangelio, que han hecho la experiencia de la impotencia humana y el camino de la vuelta a Dios. Los de corazón humilde, con su capacidad de oración y contemplación, lo comprenden con facilidad.

La conversión es percibida por el cristiano como un camino de regreso a Dios en el orden personal; pero es también la búsqueda de la paz y la justicia por parte de la humanidad alejada de Dios pero arrepentida: “Hay más alegría por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no creen necesitar de conversión”. De ahí que, en Lourdes, la Virgen insista fuertemente en la penitencia por los pecadores. Pero debe hacerse notar que la cruz es asumida como un envío al mundo, lo que confiere una dimensión social a la conversión del propio corazón, en vistas de la conversión de la sociedad. Una forma de recoger y expresar la capacidad de nuestro pueblo de sacrificarse por los demás.

En los peregrinos que visitan Santos Lugares, la salud corporal ocupa un aspecto visible espectacular, como signo del amor misericordioso del Padre y como signo de la vida eterna que Él otorga en Cristo. Por medio de María, Dios es percibido como Aquel que nos ama y es capaz de conmoverse ante el dolor humano. La predicación insiste, por eso, en que la salud pedida para el cuerpo tiene que ser signo de la voluntad divina de salvar a todo el hombre, y el agua curativa de Lourdes recuerda a Cristo, fuente de Salvación. Hay aquí, lejos de todo maniqueísmo, una valoración del hombre en su totalidad, como criatura de Dios tanto en su espíritu como en su cuerpo: “Esta hija de Abraham, [...] ¿no podía ser librada de sus cadenas el día sábado?”

Como efecto del pecado, la pobreza descubierta en el prójimo exige luchar contra este mal, que arrebató al hombre su dignidad personal; y reclama también conocer, denunciar y destruir los mecanismos generadores de la pobreza en cuanto mal que afecta a toda la sociedad. Se quiere, pues, que el hecho de compartir lleve a rechazar el escándalo de la pobreza y sea signo de un mundo más justo, gracias a la participación en los bienes materiales y culturales, lo mismo que en los de la vida social y política. “¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!”

En verdad, la pastoral común a todos los santuarios argentinos asume un sentimiento muy profundo de nuestro pueblo; pero ésta es también la línea del Lourdes tradicional: Bernardita es una chica pobre y rechaza los ofrecimientos de dinero; los primeros en acudir a Lourdes son los pobres. En Santos Lugares, esta solidaridad se materializa en las ofrendas que los peregrinos entregan para su distribución a los pobres, pero en este gesto hay también una idea de envío al hermano necesitado, una apertura al pobre y desde el pobre a todos los hombres.

Un lugar de encuentro y de oración

Las modalidades de las prácticas religiosas varían, según la idiosincrasia, las tradiciones, la cultura propia de los diversos pueblos o estratos de la sociedad. No obstante, la piedad popular de América latina (si se excluye a los sectores que han recibido mayor impacto de la cultura secularista) alcanza a todas las clases de la sociedad. Esto permite que el Santuario de Santos Lugares sea visitado, aunque no exclusivamente, sí en significativa proporción por técnicos, empleados, comerciantes, funcionarios, profesionales y miembros de sectores medios, que acuden, confundidos con otros más pobres, a pedir y agradecer favores concernientes a las necesidades que les plantea la vida personal y familiar, con los dolores y alegrías de la existencia humana: Salud, trabajo, armonía familiar, afectos; todo ello con gran apertura de corazón y clara disposición para compartir.

En una nota del diario *Clarín*, del 19 de febrero de 1985, se puede leer que, “según datos policiales, aproximadamente 650 mil personas concurren este año, el lunes 11 de febrero, al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes”. Seguramente se puede pensar que la cifra real fue menor que la señalada por la Policía; pero la citada nota periodística continúa: “Hasta allí llegaron los peregrinos para pedir a la Virgen, en primer lugar salud; pero, además, la intercesión de María para solucionar, con su ayuda, otras dificultades, especialmente de índole familiar, para obtener trabajo o para conservar el que se posee”.

Respecto de la composición social de los concurrentes, expresa el mismo periódico que, “a diferencia de lo que suele ocurrir en San Cayetano, los peregrinos a la Virgen de Lourdes pertenecen a los sectores medios de la sociedad, y entre ellos se descubre la presencia de muchos jóvenes. Obviamente, también es notoria la concurrencia de personas que padecen diferentes grados de discapacidad”.

Entre esta concurrencia, es frecuente observar en Lourdes la presencia de peregrinos de diversa procedencia; como ser, de las distintas colectividades nacionales. Entre éstas se pueden señalar particularmente algunas, como la de los eslovenos, que se destaca por sus cánticos vibrantes, su organización e incluso por el colorido de los trajes típicos, vestidos por jóvenes vigorosos y vitales. Los alemanes no se les quedan atrás; lo mismo que algunas colectividades españolas. Numerosos colegios suelen encontrar el momento apropiado, en medio de las actividades escolares, para llegarse hasta Lourdes y pasar a la sombra de María un rato de meditación, de reflexión y de estudio. Las diócesis y numerosas parroquias del Gran Buenos Aires, de la Capital Federal, de Entre Ríos... suelen llegar, anualmente o para culminar algún tipo de actividades o de festejos propios. En fin, con frecuencia, se pueden observar comunidades de religiosas, deportistas, grupos de niños... que llegan para expresar su fe, su confianza, su gratitud.

Por otra parte, “siguiendo una actitud pastoral ya impuesta en la mayoría de los santuarios del país, también en Lourdes se alienta a los pere-

grinos para que cambien sus ofrendas tradicionales de velas y flores por alimentos que luego serán remitidos a los lugares más pobres del país”. Pero, como reconocen los mismos agentes pastorales que trabajan en el Santuario, “el mayor desafío [...] consiste en rescatar el sentido profundo del llamado de la Virgen en Lourdes a favor de un compromiso evangelizador con los más pobres y los enfermos”; pues, “con este punto de partida, se pretende realimentar la fe de los peregrinos a través de una tarea pastoral auténtica e integralmente liberadora” (82).

En el año 1997 se realizó el recuento de peregrinos y visitantes que acostumbran llegar al Santuario para orar y recibir los sacramentos, o simplemente para admirar su construcción. Aunque se debe asignarle un margen relativo de error, el trabajo fue realizado con rigor y abarcó los tres momentos principales de la actividad de Lourdes (83).

En primer lugar, en los días 11 de cada uno de los meses del año, menos el 11 de febrero, se pudo relevar una asistencia que va de las 150.000 a las 200.000 personas durante el año.

La fiesta del 11 de febrero de cada año reúne una multitud de peregrinos, durante las veinte o más horas que permanece abierto el Santuario, favorecidos por los medios de transporte, que ese día aumentan los servicios, y por el cierre de las calles vecinas al tránsito vehicular, a fin de facilitar el desplazamiento de los peatones. De modo que, en 1997, pudo relevarse que a las celebraciones litúrgicas y otros actos piadosos concurren 30.000 personas, y como peregrinos que pasan por el Santuario y rezan individualmente o como simples visitantes concurren otras 350.000. Sumadas ambas cifras, resulta un número de 380.000 personas en Lourdes, el 11 de febrero de 1997.

En las celebraciones pascuales de 1997 se levantaron los siguientes datos: Domingo de Ramos, 10.900 personas; Jueves y Viernes Santos, 60.000; Domingo de Pascua, 20.000. El conjunto de las personas que en Pascua llegó hasta Lourdes, se eleva a 138.100, según estas cifras.

El total de datos relevados en 1997 para estos tres momentos de la vida del Santuario, se eleva a la no despreciable cifra que oscila entre 668.100 y 718.100. Pero estos datos no incluyen la concurrencia de los domingos ordinarios, de las fiestas que ocurren fuera de los domingos ordinarios, y de los días de semana.

La fiesta anual de la Virgen de Lourdes de Santos Lugares, desde mediados de la década de 1980, además, ha ido dando ocasión para una más estrecha colaboración entre sacerdotes diocesanos y religiosos de otras congregaciones. Pero, agrega *Clarín*, “los agentes [laicos] en número superior a 170 tuvieron a su cargo [en 1985] lo relativo a la animación litúrgica de la fiesta”.

La tradición cristiana de un pueblo

La gracia salvadora de Cristo, la Iglesia la comunica por medio de unos signos privilegiados a los que llamamos sacramentos. Lo sabemos; éstos constituyen el corazón de la liturgia cristiana; pero también hay otros signos que son instrumento de comunicación de gracias.

Entre los signos que tienen en Lourdes un lugar especial, el peregrino encuentra en primer lugar a la persona de María, percibida como la cercanía misericordiosa del Padre; pero también Bernardita, en la que descubre el poder de Dios manifestándose en la precariedad de la existencia humana; y está al mismo tiempo la multitud que se hace pueblo en marcha hacia la casa paterna, donde es recibido y donde encuentra un lugar porque es su casa, habitada por la presencia de Dios.

Además de las personas y los lugares, descubre otros signos que le sirven para expresarse: El agua que limpia y desaltera, la vela que ilumina, la peregrinación que lo encamina por un rumbo de novedad y libertad. A Lourdes se va a buscar, en efecto, la fe que a veces se ha debilitado, pero también la purificación interior de la mente y el corazón, junto con la salud

del cuerpo y la seguridad frente a las incertidumbres de la vida. No obstante, en Lourdes el peregrino no se queda en sí mismo, sino que busca comunicarse y participar, mediante las ofrendas que presenta, la oración por los hermanos y el don que hace de su propia persona con una actitud agradecida.

De este modo, y gracias a la acogida cordial de la que es objeto, a la predicación atenta a la realidad de cada uno y a la celebración cuidadosa de los sacramentos, principalmente de la Reconciliación y la Eucaristía, la visita del Santuario se vuelve ocasión privilegiada de encuentro y de gracia. En Santos Lugares, la fe humilde y a menudo poco ilustrada se encuentra con la raíz muy honda de la tradición y el sentir de un pueblo cristiano. La progresiva maduración de la fe lo va conduciendo a una vida de mayor autenticidad, enriquecida con la fuerza que transforma el corazón y recrea, con un ritmo que también depende de cada uno, las relaciones entre las personas.

Las peticiones que los peregrinos llevan a Santos Lugares podrían reunirse muy bien en tres grandes grupos. Las que miran a *la vida cotidiana*, con sus grandes o pequeñas preocupaciones: El trabajo que permite conseguir el necesario sustento para la vida; las avenencias familiares que entretejen las relaciones dentro del hogar; el amor. Las que miran a *la liberación del mal*: En primer lugar las referidas a la salud y los sufrimientos de orden moral; al pecado que esclaviza; pero también a las influencias maléficas en las que el pueblo es propenso a creer. Empero, van también para expresar *su agradecimiento*: Dar gracias, cumplir promesas e, incluso, simplemente para estar y contemplar.

De esta manera, frente al eficientismo y las posibilidades que ofrecen la técnica y las riquezas, los peregrinos ponen de manifiesto su confianza en la Providencia que no abandona; confianza en el Dios misericordioso que comprende al hombre y se compadece de éste cuando sufre y padece. En una palabra, fe confiada en la Omnipotencia de Dios, que puede lo que los hombres no alcanzan. María, en cuanto a ella, es la intermediaria porque

es Madre, está cerca de Dios y traduce para el hombre el corazón materno de Dios.

Así se robustece en el creyente la idea de un Dios encarnado, que valora el cuerpo, lo material y la vida asumida como un todo sin maniqueísmos donde lo espiritual y lo material se contraponen.

Los sacerdotes y los numerosos laicos que trabajan en la pastoral de Santos Lugares, se esfuerzan por estar disponibles y hacer que los peregrinos se sientan en casa. Esto es importante para un pueblo sencillo, que llega con sus preocupaciones o que quiere manifestar su agradecimiento; para un pueblo necesitado material y espiritualmente. Se esfuerzan para que Lourdes sea un lugar de congregación para un pueblo no pocas veces desarraigado (habitantes de los barrios, personas solas en la gran ciudad, inmigrantes sin inserción en las estructuras de las parroquias de residencia). Se esfuerzan para que esta recepción en Lourdes muestre a los peregrinos un rostro de la Iglesia que les haga desear y buscar algo semejante en sus comunidades parroquiales, se acerquen a las mismas y puedan integrarse en ellas. Se esfuerzan para evangelizar y catequizar de acuerdo a las necesidades reales de la gente: Predicación sencilla y bien preparada, que responda a esa intención, afiches, folletos, librería, santería, revista *Auras de Lourdes*, catequesis especiales para adultos, visitas guiadas, Cáritas, una taza de mate cocido, liturgia inteligible, participada y viva, lugares adecuados para pasar un rato de descanso... Todo lo que sea posible está dispuesto para el servicio.

La Parroquia de Lourdes (1959-1980)

Siguiendo el paso

El 3 de enero de 1958, el P. Dionisio Solano sucedió al P. Carmelo Pémoulié y se mantuvo en el cargo hasta agosto de 1964, en que fue designado Provincial de Chile-Argentina.

De familia española, este religioso había nacido en Chile el 14 de abril de 1917 y se había educado en España. A los 15 años ingresó en el Noviciado asuncionista de Nozeroy (Francia) y recibió la ordenación sacerdotal en Madrid el 24 de junio de 1940. (Su hermano Jesús fue sacerdote jesuita). Licenciado en matemáticas y en cálculo diferencial, fue Profesor en colegios asuncionistas de España (1940-1947) y Francia (1947-1956), hasta que llegó a la Argentina impulsado por el espíritu misionero que lo animaba.

Querido y admirado por las personas que lo rodeaban, el P. Solano se obligó a lo largo de su vida a cultivar aquellas cualidades que hacen de un ser un hombre total y equilibrado, tanto por su aspecto humano como por el espiritual. Hombre de fe, cultivaba una relación íntima con Dios; hermano y compañero servicial, delicado y generoso; austero y trabajador, sabía poner, ciertamente, aquellas cualidades al servicio de sus hermanos.

Dueño de una amplia cultura humanística y muy buena formación teológica, que puso al servicio de la pastoral, supo también adaptarse fácilmente al clima religioso y humano de Santos Lugares. Su trato amable, de hombre culto, hizo que pronto se ganara la confianza y el afecto de los feligreses, que valoraron sus condiciones de pastor. En este sentido, debe mencionarse su dedicación a la formación del laicado y los logros obtenidos en

este cometido. Notable fue su influencia en los integrantes de la Acción Católica, sobre todo en lo que se refiere a la formación espiritual de estas personas, a la adhesión a la Iglesia y al compromiso apostólico que supo suscitar en muchos de ellos, especialmente entre los más jóvenes.

En el aspecto misionero, el P. Solano fue el creador de la Obra Manzanera (que durante el curato del P. De Gasperi pasó a llamarse Obra Misionera). Creada con el propósito de que la acción de la Parroquia llegara hasta cada casa y cada familia, se hacía presente mediante la distribución del boletín parroquial -la sencilla hoja *Bernardita*- para dejar siempre un mensaje, transmitir informaciones, hacer una invitación, despertar quizás una curiosidad. Para facilitar el trabajo, el territorio parroquial se dividió en zonas y sectores que se confiaban a la responsabilidad de una misionera, mientras las demás visitaban las casas una por una, llegando a la gran mayoría de éstas. Las “manzaneras” fueron verdaderas misioneras que, con el correr del tiempo, llegaron a crear en los barrios unos centros de oración donde se reunía la gente para la cual la iglesia parroquial era un lugar o una referencia tal vez alejada. En Santos Lugares, años después, cuando el P. De Gasperi animaba la Obra, llegaron a contarse hasta 12 de estos centros misioneros.

Por otra parte, en 1962 fundó la sección secundaria del Colegio Nuestra Señora de Lourdes, y tres años después comenzó la construcción del nuevo edificio escolar, en la avenida La Plata y calle San Carlos. Conocedor del alma de la juventud, educador y experimentado en el trato con los docentes, ejerció una verdadera influencia en la tarea de educar.

En otro orden de cosas, al P. Solano le correspondió organizar y animar la celebración de las Bodas de Oro de la llegada de los Padres Asuncionistas a Santos Lugares (1910-1960), cuya celebración se realizó en 1961. Esta celebración, que un monolito recuerda a quienes ingresan en el predio del Santuario, adquirió el carácter de una verdadera fiesta de Santos Lugares y fue todo un signo de los profundos cambios que se produjeron a partir de la llegada de los primeros asuncionistas a este pueblo.

Sus condiciones de pastor, unidas a su dinamismo y a su clara percepción de la realidad en la que le tocaba actuar, permitieron al P. Solano dar un impulso renovado a las actividades parroquiales; pero, en lo que toca al Santuario, además, pudo continuar las obras: Continuación del edificio del templo; colocación de los vitrales de los cruceros, del deambulatorio y la girola en torno al presbiterio; ampliación y renovación de la explanada; remodelación del descanso de los peregrinos; construcción del cementerio de los religiosos en uno de los costados de la iglesia; construcción del nuevo oratorio de la comunidad religiosa; construcción de un nuevo local para la santería; venta de la sala del cine-teatro. Junto a estas y otras obras hay que mencionar también su franca apertura y acercamiento a la población en general y a las instituciones de la localidad, representativas del quehacer lugareño.

Este período se completa con la actuación del P. Francisco de Regis Loaëc, que lo sucedió entre 1964 y 1967, continuó con las obras del Santuario e impulsó la pastoral familiar. El P. Miguel H. López fue el Párroco durante los 4 años siguientes, en los cuales la Parroquia prolongó la dinámica que le infundiera el P. Solano. El P. Roberto Favre y el P. Juan De Gasperi cierran el período de este capítulo.

El P. Roberto Favre, originario del interior del país, radicado en su adolescencia en Santos Lugares, fue el primer Párroco cuya vocación sacerdotal maduró en la Acción Católica de la Parroquia. En el lapso de tiempo al cual nos estamos refiriendo, le tocó animar la vida parroquial entre los años 1971-1973 y 1976-1980. Fueron momentos de mucha agitación política en el país y de muchas dificultades para la Iglesia y para el pueblo en general. A pesar de ello, se pudo construir una relación positiva entre las instituciones locales y las personas; como demostración de ello puede señalarse que, en 1979, el Rotary Club de Santos Lugares tuvo la iniciativa de honrar al Párroco designándolo socio honorario, “en reconocimiento de su contribución a la paz y la convivencia”. La vida de la Parroquia y del Santuario siguió su ritmo; y, en lo que se refiere a la construcción del Santuario, cabe mencionar la culminación de su torre central con la colocación de

la cruz que domina Santos Lugares y una extensa zona alrededor de la localidad.

El P. Juan De Gasperi (1973-1976) fue un Párroco dotado de notables condiciones de organizador, que supo hacer frente a los desafíos de su momento, sabiendo orientar, planificar, dirigir y conducir con prudencia y tenacidad. Impulsó las organizaciones clásicas y tradicionales ya existentes en la Parroquia y creó otras, a las que pudo comunicar el mismo dinamismo. Entre unas y otras habría que mencionar la creación del Movimiento Familiar Cristiano, de la Tercera Orden de San Agustín y la Tercera Edad, y el impulso que infundió a la Obra Misionera, a la Liga de Madres de Familia, al Movimiento Scout, a la Acción Católica, a los grupos juveniles, a las distintas asociaciones de piedad y a la renovación de Cáritas.

La Liga de Madres de Familia

Fundada el 8 de septiembre de 1955, la Liga de Madres de Familia de Santos Lugares fue una institución de mucho arraigo en la Parroquia de Santos Lugares, y obtuvo, además, reconocimiento de la Municipalidad como asociación de bien público. Su objetivo era, y sigue siendo, el mismo para el cual fue creada por el Episcopado en el orden nacional, es decir, la defensa y consolidación de la familia como institución fundamental de la sociedad y de la Iglesia.

En la Parroquia demostró poseer un espíritu abierto, colaborador y de gran adhesión a la Iglesia; al mismo tiempo se mantuvo cercana de la población de Santos Lugares y de sus fuerzas vivas, con las cuales mantenía excelente relación.

Debe decirse que sus actividades más destacadas se situaron principalmente en las áreas que mencionaremos a continuación. La formación humana y religiosa, orientada especialmente hacia la familia, pero también de interés general para el conjunto de la sociedad. A ésta se debe agregar la

capacitación de la mujer para el desempeño de su rol en el hogar, la formación de los hijos y el cuidado de la salud en la familia, la prevención del alcoholismo, la asistencia al suicida. Y también las actividades de interés general -que la pusieron en estrecha relación con diversas instituciones de la zona-, como el reparto de juguetes, la ayuda a alguna escuelita de provincia, los concursos para niños de escuelas de la zona. Asimismo, debemos mencionar las clases de cocina, de corte y confección, de contabilidad, de cosmetología, de gimnasia yoga, etc. Y junto a éstas, las actividades artísticas, folclóricas y recreativas, las reuniones abiertas para formación y entretenimiento de señoras, las excursiones y visitas a lugares históricos o de interés cultural y turístico.

Igualmente debe señalarse la ayuda prestada no raras veces por la Liga de Madres a personas que pasaban dificultades materiales y el servicio de una bolsa de trabajo. Pero sus socias gozaban también de descuentos en los comercios locales adheridos. En la Parroquia, hubo épocas en las cuales, con recursos propios, concurría al cuidado de los locales que la Parroquia le destinaba para sus actividades y pagaba aquellos gastos que se hacían necesarios en los mismos.

La Guardería Ángel Larralde

Ya en 1975, la guardería de niños había comenzado modestamente sus actividades en el antiguo local de la Fraternidad de Lourdes (en el lugar donde actualmente se encuentra el Colegio Nuestra Señora de Lourdes). Pero, a medida que la guardería fue ganando el aprecio de las mamás, se fueron agregando más niños y se amplió el horario de servicio, desde la hora 8 a la hora 17. A los niños se les ofrecía el almuerzo que la señora Margarita de Pizzolato preparaba en su propia casa y luego se servía en la guardería. Pero, cuando las dos celadoras, que hacían el trabajo en su condición de voluntarias, necesitaron mayor apoyo, la Liga de Madres se hizo cargo de la guardería.

Los hijos de madres humildes eran recibidos gratuitamente, mientras éstas trabajaban en el servicio doméstico. Pudieron así disponer de comodidades adecuadas, disfrutar de actividades recreativas, incluso de piletas, y contaron con personal idóneo para su cuidado. En los meses de verano funcionó en sus locales una colonia de vacaciones.

Los recursos con que se atendía a estas actividades provenían de una módica suma que se percibía cuando era posible; pero principalmente de beneficios y eventos organizados por la misma Liga y de contribuciones voluntarias de comerciantes de Santos Lugares, de la Asociación de Ex-alumnos del Colegio, del Club de Leones, del Rotary Club y de otros. La Cruz Roja de Santos Lugares, por su parte, ofrecía atención médica gratuita a los niños que la necesitaban.

Al irse desarrollando y cuando los niños que asistían a la Guardería llegaron a 80, la Liga de Madres realizó una gestión ante la Municipalidad y, gracias a la ayuda obtenida, se logró construir un edificio modesto pero suficiente, inaugurado el 15 de agosto de 1969, con entrada por la calle P. Silbermann, en el lugar donde hoy funciona el Jardín de Infantes del Colegio. A la guardería se le impuso entonces el nombre del Coronel Ángel Larralde, Intendente de Tres de Febrero.

En 1974, los docentes que trabajaban en la guardería pasaron a ser remunerados; pero, ya desde los principios, no siempre fue posible evitar las tensiones (en 1972 algunos niños optaron por alejarse de la guardería). A pesar del meritorio esfuerzo de personas e instituciones, en 1981 los ingresos se hicieron insuficientes para enfrentar unos gastos más elevados y la Guardería debió cerrarse.

Otras asociaciones de laicos

En una Parroquia poblada como la de Santos Lugares, y que al mismo tiempo es un Santuario con la importancia que tiene el de Lourdes, se

explica que abundan las asociaciones en las cuales suele agruparse el elemento laico. En ellas, los fieles acostumbran alimentar su piedad y canalizan su vocación de servicio; ésta es la única finalidad que generalmente tienen. Ya hemos mencionado unas cuantas; no obstante, existen otras que merecen recordarse.

El Apostolado de la Oración y la Asociación del Sagrado Corazón se cuentan entre las que deben ser mencionadas especialmente. No sólo llegaron a congregar a cerca de 40 personas, sino que tuvieron también participación activa en la vida parroquial.

Más de 40 personas integraban la Obra de las Vocaciones Sacerdotales diocesanas, fuertemente impulsada por Mons. Manuel Menéndez, que le otorgaba un lugar de primera importancia. Esta asociación desplegó en Lourdes particular dinamismo, orando permanentemente por el incremento de las vocaciones y contribuyendo modesta pero fielmente a los gastos de los seminaristas de la Diócesis. Con parecida finalidad, en las décadas de 1950 y 1960, existió también la Obra de las Vocaciones Asuncionistas, creada por el P. Loæc, primer Director de la Escuela Apostólica San Agustín (en Olivos). Este Padre le dedicaba todo su entusiasmo pastoral, y un grupo selecto, de unas 20 personas de la Parroquia, por medio de la oración trataba de despertar vocaciones asuncionistas entre los niños y adolescentes, y ayudarlos mientras se formaban en la citada Escuela.

La capilla Santa Bernardita

Hacia 1970, siendo Párroco el P. Miguel H. López, en un terreno comprado por la Asociación Cultural Noel en la calle Pelagio Luna, se instaló un centro catequístico para los niños que vivían en ese barrio, un poco alejado del centro parroquial. Poco tiempo después, por exigencias de la labor pastoral en expansión, la casa se adaptó para transformarla en una modesta pero simpática capilla que sirve para el culto eucarístico. Los mismos feligreses eligieron darle el nombre de Santa Bernardita.

Unos locales anexos sirvieron para que pudieran desarrollar su actuación los jóvenes y continuara dándose la catequesis a los niños. Allí encontraron cabida algunos grupos juveniles y la Asociación de Guías Argentinas.

* El lector de estas páginas sabrá tener en cuenta que este capítulo abarca parte de los años duros de la dictadura militar, que condicionó la pastoral de la Iglesia lo mismo que otros aspectos de la vida ciudadana en la Argentina. En efecto, durante estos años las actividades y los movimientos de sacerdotes, religiosos y catequistas eran vigilados de cerca por agentes del Proceso y se sabía que los sermones eran escuchados y gravados, y que dichos agentes se infiltraban en los grupos parroquiales de laicos, lo mismo que en los colegios. Incluso, el Gobierno militar llegó a pretender que los Párrocos les entregaran los nombres de los seglares que colaboraban en las labores pastorales de las parroquias y los colegios.

La Parroquia de Lourdes (1981-2000)

En el capítulo anterior hemos dado cuenta de un período importante en la historia de la Parroquia. Le seguirá ahora otro, de bastante dinamismo pero marcado, sobre todo al final, por la escasez de ministros consagrados. Este capítulo abarcará los últimos veinte años del siglo, desde 1981 hasta 2000.

Los años '90 en la Argentina

En el capítulo 22, ya hemos reseñado algunos hechos sobresalientes, ocurridos entre 1962 y 1983; lo cual se completó, desde otro punto de vista, con los hechos presentados en los capítulos 23 y 24. Se puede agregar a aquellos la convocatoria a elecciones nacionales por parte del Gobierno militar y el triunfo en ellas del doctor Raúl R. Alfonsín, que asumió la Presidencia de la República el 10 de diciembre de 1983. Se puede agregar también el optimismo con que el pueblo argentino recibió el cambio de gobierno y la recuperación de la democracia; pero habría que recordar también la creación de la CONADEP. Aunque ya nos hemos ocupado de esto último en el capítulo 23, señalemos que los asuncionistas aparecen en repetidas ocasiones mencionados directamente en el informe Nunca Más, y varias veces aparecen personas vinculadas con ellos. En medio de la crisis desatada, el Presidente debió adelantar la entrega del mando al Presidente electo, doctor Carlos S. Menem.

Como una proyección de los profundos desajustes que sufría el país, la crisis a la cual nos hemos referido, a pesar de ser visualizada por muchos como un hecho que afectaba al país en el orden económico, tenía ciertamente proyecciones más amplias y venía gestándose desde tiempo atrás.

Ahora se profundizaba y se iba haciendo más abarcadora. Se pueden señalar distintos aspectos característicos de la misma. Entre ellos, los que se refieren a la desarticulación de los valores éticos, culturales y políticos, al lado de los más estrictamente religiosos y cristianos, relacionados de modo particular con el secularismo, el indiferentismo, el crecimiento de las sectas... Por lo que mira a la Iglesia Católica, la crisis afectaba especialmente uno de los factores más sensibles, como es el de las vocaciones religiosas. En el orden económico, se debe mencionar el peso de la deuda externa - pública y privada-, que al ir acrecentándose traía como consecuencia desempleo, problemas en el campo de la salud y la educación, la profundización del fenómeno de la droga y la delincuencia. Todo lo cual llevó, a los espíritus inclinados al pesimismo a formularse preguntas hasta entonces impensables acerca del futuro.

A propósito de la Parroquia de Santos Lugares, en este período de su historia (como ya nos ha sucedido en otros lugares), no hemos podido hallar datos escritos más exactos que los pocos consignados aquí; pues ésta es una época en la cual se ha abandonado la redacción de crónicas (cuando no se han destruido testimonios), no se han conservado boletines con informaciones útiles (aunque es dudoso que éstos informaran con cifras, más allá de la simple referencia acerca de grupos o actividades). Razones de orden práctico, pues, nos han sugerido reunir por áreas afines la variedad de agrupaciones y actividades desarrolladas en conjunto.

Los Scouts Católicos Argentinos

Entre los grupos parroquiales que reunían a los niños y adolescentes, se contaba el de los Scouts. Respecto de ellos, hay que decir que ya en 1974, con el apoyo del Episcopado argentino, se había iniciado un proceso destinado a lograr la unificación de la Unión Scouts Católicos Argentinos (USCA) con la Asociación Scouts de Argentina; lo que dio en 1996 la formación de una sola Asociación Nacional, con el nombre de Scouts de Argentina (S de A). Por la parte católica, este hecho respondió a una política

de apertura hacia otras instituciones, en el marco del diálogo entablado por la Iglesia en el período postconciliar; pero, al mismo tiempo, respondió al deseo de hacer posible la formación de una sola institución que contara con el reconocimiento de la Organización Mundial del Movimiento Scouts (OMMS).

Los grupos de Scouts que desde 1939 habían pertenecido a la USCA se integraron a la nueva asociación, conservando su propia identidad religiosa; pero, siguiendo la orientación impuesta por Baden Powell, los grupos que se definían como heterogéneos -desde el punto de vista religioso-, pudieron optar por una asistencia religiosa adaptada a sus convicciones.

En Santos Lugares, en octubre de 1997, se elaboró el “Proyecto de Apertura 99”, en torno de algunos propósitos: Incorporación y capacitación de nuevos dirigentes; remodelación de las instalaciones del Grupo, facilitadas por la Parroquia; y adquisición de material necesario para las nuevas unidades.

Este escultismo así renovado pudo recrear, insertándose vigorosamente en la vida de la Parroquia, algunos aspectos de su tradición. Entre éstos, la participación activa en el Consejo Pastoral; la revitalización de la catequesis dada en el Grupo; y también la incorporación de la figura del “auxiliar de pastoral”, en apoyo del trabajo pastoral exigido por el programa educativo del Grupo. En esta misma línea, se produjo la incorporación de mayor número de dirigentes dispuestos a trabajar con dedicación en el diseño y aplicación de los programas; pero estos dirigentes se vieron también en la necesidad de mejorar su capacitación, por medio de mayores conocimientos y más intensa dedicación, como lo exigía el trabajo con los chicos, que ahora se volvía mucho más personalizado. Y, además, porque este trabajo se acrecentó también en relación con las familias y la escuela, puesto que la metodología empleada requería del dirigente esos contactos, tan seguidos como posibles.

En otros aspectos, la duplicación del número de patrullas requirió el aumento de locales destinados a éstas, nuevos servicios higiénicos, una cocina, un local más adecuado para el Consejo de Grupo. En efecto, el Grupo que en 1996 se componía de 80 personas en total, pasó a ser de 180 en el año 2000, siendo éste el período de mayor crecimiento en cuanto al número de integrantes, con una rama de Lobatos (de 7 a 11 años), una rama de Scouts (de 12 a 14 años), una rama de Raiders (de 15 a 17 años), una rama de Rovers (de 18 a 21 años). Excepto la rama de los Lobatos, en 2000 todas las demás ya estaban integradas por niños y niñas.

Entre los aspectos más destacables de este período se pueden señalar sobre todo el aumento del número de chicos y de dirigentes; la capacitación lograda por éstos últimos; el acercamiento a las familias, la ampliación de los locales. De modo que en el año 2000 el Grupo Nuestra Señora de Lourdes, siguiendo el impulso del Grupo fundado en 1939, era el más numeroso de su Distrito.

Niñez y Juventud de Acción Católica

En páginas anteriores (capítulo 12) se ha visto que, hasta la década de 1950, la Acción Católica Argentina, impulsada por la Jerarquía eclesiástica y el accionar de las Parroquias, fue una asociación laical que demostró poseer interés y capacidad para movilizar capas selectas del laicado, especialmente de la juventud. Creada para ser “el centro directivo del catolicismo de la Parroquia” y mano derecha del Párroco, fue llamada a auscultar las necesidades del momento y a ser el medio que permitiera a aquel llegar a todas partes. Por esto se insistía en la responsabilidad y el honor que implicaba el hecho de pertenecer a esta asociación. En Santos Lugares, la Acción Católica constituyó ciertamente una presencia calificada en la vida parroquial. Después, con actitud humilde y bajo perfil, pero con perseverancia, continuó su tarea de la formación de las personas, de la catequesis, la niñez, la juventud y el fomento de la piedad cristiana.

En este capítulo vamos a reseñar algunos aspectos sobresalientes, referidos a los jóvenes y los niños que pertenecían a sus filas.

Hacia 1985, el P. Juan De Gasperi se propuso formar de nuevo en Lourdes la rama juvenil. Con este fin, convocó a dos jóvenes, -Rosana Mastropiero y Luis Morelli-. A éstos, pronto se les sumaron algunos jóvenes que, alternando reuniones de formación con actividades deportivas, se fueron integrando en las filas de la institución. Luego, el P. Juan Donoso, siendo asesor de la JAC, ayudó a otros jóvenes a acercarse y tomar contacto con el grupo inicial. Fueron desarrollando varias actividades, como visitas a un hogar de ancianos, formación del coro de la JAC y servicios a los peregrinos y devotos de la Virgen de Lourdes en las fiestas patronales; tenían reuniones de formación personal, retiros y convivencias; y, además, los primeros jueves del mes se congregaban para la adoración del Santísimo Sacramento...

El crecimiento del grupo en sus diferentes secciones (aspirantes, pre-juveniles, juveniles y mayores), hizo necesario intensificar la formación de los dirigentes. Éstos participaron activamente en reuniones formativas de la Diócesis, dejando ver, sin embargo, un profundo sentido de pertenencia a la JAC parroquial.

En 1987 suceden dos hechos de especial significación. La visita del Santo Padre Juan Pablo II, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, celebrada en Buenos Aires, encuentra a la JAC de Lourdes en pleno desarrollo. Junto a otras instituciones de la Parroquia, los jóvenes recibieron y alojaron en dependencias parroquiales a 600 jóvenes llegados desde Tucumán para participar en el encuentro con el Papa. El otro hecho fue la realización de la Asamblea Nacional de la ACA en la Provincia de Mendoza, a la cual concurrió un nutrido contingente de jóvenes de Lourdes.

Con el correr de los años, algunos de los niños que comenzaron en la sección de aspirantes, se convirtieron en líderes parroquiales o diocesanos de la institución. Lo cual habla bien de la formación que recibían en Lour-

des. Muchos de estos niños y jóvenes son hoy padres o madres de familia cristiana; pero vieron también ingresar en la vida religiosa a uno de sus dirigentes, que más tarde sería Párroco de Santos Lugares.

Acerca de la espiritualidad de estos jóvenes, podemos señalar varios de los medios que se pusieron en práctica con buenos resultados para su vida interior. Entre ellos, los campamentos y los retiros; pero también los talleres de formación. Fueron recursos que ayudaron al desarrollo de su piedad, de sus conocimientos y de la afirmación de sí mismos como líderes. Al lado de éstos se pueden señalar también ciertos actos que contribuyeron a desarrollar en ellos la vida de oración. Como ejemplo, tenemos la Noche Heroica, con ocasión de la fiesta de Cristo Rey; o la adoración del Santísimo Sacramento; o el Encuentro Espiritual de los Jueves (ENESJU), que se sigue realizando semanalmente en todo el país.

Desde el punto de vista apostólico, hay que anotar la creación de un grupo de niños y otro de adolescentes en la capilla Santa Bernardita, en un sector que constituía otra realidad en el seno de la población santoslugarense, distinta del “centro” y con mayores necesidades. Además los jóvenes participaban en la Jornada de los Enfermos realizada anualmente en el Santuario de Lourdes, y en la fiesta patronal del 11 de febrero, cuando servían con la mejor disposición a los peregrinos. Con los niños se celebraba el Día del Niño y se representaba el Pesebre navideño en las calles, lo cual fue muy enriquecedor para todos los participantes y produjo buenos resultados en lo pastoral. En 1994, la Acción Católica juvenil de Santos Lugares propuso a la conducción nacional que se juntara ropa para ser distribuida en la Provincia donde tenía lugar la Asamblea Federal; aceptada de buen grado por una parte considerable de los grupos parroquiales, la idea quedó instituida como práctica habitual en el orden nacional. Y si en alguna medida en Santos Lugares se hizo sentir la falta de dirigentes en el número necesario, hay que señalar algo importante, y es que la participación de estos jóvenes en la Junta Parroquial se hizo normal y provechosa para el conjunto de la Parroquia.

Alrededor de 1991, la ACA había concebido un Proyecto que proponía integrar, en todas las Diócesis del país, sus ramas juveniles masculina y femenina. El propósito perseguido era el de adaptar las mismas al modo de estudio, de trabajo y de vida de los jóvenes en el mundo moderno, donde varones y mujeres se codean a diario. El Proyecto demostró tener unos aspectos que resultaron verdaderamente beneficiosos y ayudaron a los jóvenes a crear entre ellos unas relaciones más ricas. No obstante, la implementación de este Proyecto dejó ver que el mismo tenía algunas falencias que frenaron la integración de los más chicos en un solo grupo, por hallarse éstos precisamente en esa edad en que los niños buscan afirmar los rasgos que definirán su personalidad masculina o femenina. El error estuvo en la elección del momento en que esta pedagogía llegó a proponérseles; pero, los acercó entre sí, bajo la guía de los mayores.

Desde otro punto de vista, digamos que, a partir de entonces, no fue fácil hallar los líderes que se necesitaban ahora en mayor número para responder a las exigencias del nuevo método. De hecho, en los años de 1990, en Santos Lugares, se disponía de un número insuficiente de jóvenes en condiciones de asumir plenamente el rol de dirigentes, y se fueron debilitando las enseñanzas que se quería comunicar a los más chicos.

Sin embargo, a esto se debe agregar que, en la última parte del siglo - si se insiste en mirarla como un movimiento importante para asegurar la presencia de la Iglesia en el corazón de la sociedad argentina-, la Acción Católica sufrió, lo mismo que tantas otras instituciones, la crisis padecida por el conjunto de nuestra sociedad y especialmente por su clase dirigente. Sin embargo, esta Acción Católica, que desde sus comienzos supo dar excelente formación a sus militantes, en la década de 1990 pudo también ayudarlos en su apertura hacia los temas y los problemas que se presentaban en el campo de lo social y lo político.

La catequesis

Hasta 1992, la catequesis que se daba en la Parroquia seguía la metodología que era tradicional. Esta labor atraía la preocupación y dedicación de numerosos apóstoles laicos, acompañados por algunas religiosas Carmelitas y de la Congregación del Niño Jesús y asistidos por sacerdotes como el P. Rolando Arrillaga. Pero, siendo Párroco el P. Juan Donoso, este Padre impuso la catequesis familiar, con la participación de los padres y madres mejor dispuestos. Para esto se recurrió a la experiencia de Parroquias vecinas y se utilizó el material proveniente de la Diócesis de Posadas.

Para la catequesis de niños de Primera Comunión se contaba con 14 ó 15 catequistas que atendían a más de 200 chicos en los 2 años de catequesis, a razón de 2 catequistas por grupo. A éstos hay que agregar otro grupo de chicos con capacidad diferente, así como aquellos que se preparaban para recibir la Confirmación. En un primer momento, la catequesis estuvo coordinada por Agustín Lacalle, a quien sucedió Carlos Martín.

Las personas que llegan a Lourdes en busca de catequesis no son siempre de Santos Lugares, sino que vienen muchas veces de otros lugares, atraídos por su devoción a la Virgen. A veces son migrantes llegados de las provincias del interior argentino o de países limítrofes. Pero los chicos son prácticamente todos alumnos de las escuelas estatales, donde no reciben catequesis.

La catequesis para padres y padrinos de niños que se bautizan reunía (y sigue reuniendo) un número considerable de adultos. Pero también a los adultos que no habían hecho la Primera Comunión, o no habían recibido los otros Sacramentos de la Iniciación o del Matrimonio, se les ofrecía la posibilidad de prepararse para recibirlos; lo que es importante en un Santuario que atrae personas de tan diversa procedencia.

Hacia el final del siglo se notaba la acentuación de problemas emergentes de las condiciones de la vida familiar. Muchos de los que piden los

Sacramentos para sus hijos se encuentran en situación irregular, desde el punto de vista del Sacramento del Matrimonio (padres y madres procedentes de un matrimonio anterior, familias promiscuas...), o son madres solteras. Sólo alrededor de 6 de cada 10 de estas familias se encuentran constituidas según los cánones de la Iglesia. Son desafíos urgentes en la formación del hombre cristiano.

Superando, sin embargo, las dificultades mencionadas, se debe reconocer que la catequesis ha alcanzado un nivel bastante bueno en Santos Lugares. Lo han hecho posible la presencia de catequistas laicos con condiciones y dedicación, junto con la valoración de su trabajo por parte de los religiosos y la libertad con que éstos les permiten trabajar. A pesar de ello, al final del siglo los catequistas no se reclutaban, en general, dentro de las asociaciones parroquiales, sino entre los adolescentes de otra procedencia, pero que recibieron la catequesis y los Sacramentos en Lourdes; lo cual permite señalar la debilidad de las asociaciones parroquiales para suscitar vocaciones cristianas fuertemente comprometidas con la educación de la fe.

La familia

Permanentemente, la Iglesia católica ha hecho de la familia un polo de cuidadosa atención pastoral. En este aspecto, en la Parroquia de Santos Lugares, ya hacia 1975, pero hasta el año 2000, se dio una interesante experiencia con el Movimiento Familiar Cristiano (MFC), que convoca a matrimonios generalmente jóvenes. En efecto, -según los recuerdos que pudimos reunir con Mónica y Gustavo González-, entre esas fechas la organización fundada por el pasionista P. Pedro Richards en 1948 se estableció en la Parroquia, gracias a la oportuna iniciativa del P. Juan De Gasperi, que influyó positivamente sobre los varios equipos. Sus iniciadores querían ofrecer una oportunidad a las familias católicas deseosas de integrarse más plenamente en la vida de la Iglesia, pero dispuestas también a intentar la promoción de los valores cristianos más directamente relacionados con

ellas, ayudando a los esposos y padres de familia en los desafíos que la vida moderna les plantea.

En el período señalado, hubo 5 equipos funcionando, y por ellos pasaron más de 60 matrimonios. Varios de estos equipos estuvieron acompañados con dedicación y eficacia por el P. Rolando Arrillaga, mientras el P. Roberto Favre asistía a otros. Entre los resultados obtenidos, deben mencionarse ciertamente aquellos que pasan por el corazón de cada uno; pero junto a éstos se deben citar la búsqueda compartida de respuestas a los desafíos y el intercambio de experiencias sobre la vida de familia. Por otra parte, hay que añadir que fueron numerosos los matrimonios que, al descubrir la fe bajo aspectos más atractivos, hallaron en el MFC el estímulo necesario para incorporarse activamente a la vida parroquial. En muchos de estos casos se produjo una notable comunión de ideales, esfuerzos y simpatía entre los matrimonios entre sí y entre éstos y los sacerdotes que los acompañaban espiritualmente. Personas que, tal vez por experiencias anteriores, habían estado distanciadas de la práctica religiosa, sintieron que la Iglesia y los “curas” perdían el aspecto mítico que solía alejarlos de su frecuentación.

Sin embargo, el MFC no sólo benefició a sus integrantes en lo que respecta al personal interés de éstos. Sus equipos tuvieron también otro campo de acción, como el de la catequesis para los novios que se preparaban a recibir el Sacramento del Matrimonio; como las charlas formativas que daban a los alumnos de colegios católicos, y como la catequesis para adultos (especialmente en temas más propios de la vida conyugal). En algún momento llegaron incluso a sentir el anhelo de crear un hogar de tránsito y una “escuela” para parejas en crisis; valga esto como testimonio de las ambiciones de apostolado y de servicio del MFC de Santos Lugares, sin olvidar otras actividades más modestas y menos conocidas.

El MFC de Santos Lugares tuvo momentos especiales, de particular importancia, como fue el caso de la enfermedad y fallecimiento de uno de sus integrantes. Este hecho, vivido en la fe, provocó el fortalecimiento de

los vínculos grupales, junto con el convencimiento de que, en el dolor, Jesucristo estaba presente de verdad en medio de ellos. “Uno se iba nutriendo -confesaba más tarde uno de los matrimonios- con aquello que descubría en la vida de los otros. Era la ‘sorpresa’ de compartir, desde la fe, lo cotidiano, aparte del dolor; lo que implicaba no sólo un descubrimiento, sino que llevaba a las personas a su crecimiento. Era un robustecimiento de la fe, con libertad, sin pretensiones de tipo intelectualista, sin cohibirse y poniendo la mirada en el propio interior para compartir con los demás las cosas de cada uno”.

Sin embargo, nos preguntamos por qué el MFC de Santos Lugares se fue separando de la conducción diocesana. La respuesta podría indicar la demanda de dirigentes que se le hacía desde aquella conducción, cuando el mismo no estaba en condiciones de ofrecerlos sin el riesgo de desarticularse. Y, en estas circunstancias, con la mejor intención pero sin el resultado esperado, prefirió encontrar la forma de guardar para sí a esos dirigentes que necesitaba.

Pero, ¿por qué se extinguió en Santos Lugares el MFC? Seguramente por varias razones, como siempre ocurre. Entre las más notorias se podría señalar que, siendo una organización con claras exigencias de participación y corresponsabilidad, al MFC no siempre le resulta fácil el reclutamiento masivo de militantes. O que el nivel de exigencias que reclama de éstos le crea algunas dificultades para convocar a un público extensivo. Una razón por la cual, cuando se trataba de formar nuevos equipos, solía encontrarse con cierta falta de ese entusiasmo que contagia a los militantes más decididos y esto lo colocaba en el riesgo de aislarse dentro del propio equipo. Además, desde otro punto de vista, hay que notar también que, en los treinta años finales del siglo, la Parroquia sufrió una considerable disminución del número de sacerdotes.

La educación

El final del siglo encuentra al Colegio de Lourdes con profundas transformaciones. Los tiempos con sus exigencias han ido imponiendo esos cambios que los alumnos y las familias necesitan para responder adecuadamente a nuevos desafíos. Tal vez la más visible de estas transformaciones es la que se refiere a la apertura producida ya en 1973, cuando el Colegio empezó a aceptar a alumnos de ambos sexos. Los argumentos expuestos para este cambio tienen que ver ante todo con la educación, aunque también hayan existido otros, como la necesidad de captar mayor número de alumnos. Pero también se produjeron numerosas transformaciones de otro tipo.

Fiel a sus orígenes, el Colegio de Lourdes busca ante todo, con su propuesta educativa, formar a la persona en su integralidad, ayudándola a desarrollar las virtudes humanas y cristianas. Tanto el aspecto humano como el cristiano, concebidos como un todo inseparable, van juntos en la formación de los alumnos. Por eso, el Colegio pone todos sus esfuerzos para que éstos lleguen a ser hombres y mujeres sanos, honestos, con una cultura humana, técnica y científica a la altura de la época, capaces de convivir en una sociedad con visión amplia al mismo tiempo que crítica. Pero, siendo un colegio católico, imparte los conocimientos y la formación cristiana de acuerdo con esta condición.

Los tiempos difíciles y a veces la falta de adhesión de algunos padres de alumnos son dificultades a las que el Colegio debe hacer frente en ciertas ocasiones. Pero también se hace sentir la falta de agentes pastorales que aseguren una presencia más activa en la tarea de formar al alumnado.

Sin olvidar lo que constituye la marcha normal del Colegio en su actividad cotidiana, donde se forman los adultos del mañana, se pueden señalar otros cambios que ponen de manifiesto la transformación del edificio del Colegio de Lourdes.

Por lo que hace al Jardín de Infantes, en 1987 éste contaba con tres salas, de 3, 4 y 5 años; pero en 1995 pudo agregar la sala de 2 años y comenzar ese desarrollo que, en el año 2000, lo llevó a tener que abrir otro turno por la tarde. Hoy, al lado de las maestras jardineras, tiene las imprescindibles profesoras especiales de música, educación física, computación, idioma inglés y catequesis. Por otra parte, también en el año 1987, el Jardín se trasladó a la calle P. Antonio Silbermann, N° 1726, donde lo esperaba un nuevo edificio, apartado del local donde se hallaban las aulas del Primario y del Secundario.

En 1980, se celebraron los 50 años de existencia del Colegio. Un acontecimiento que permitió expresar el reconocimiento debido a docentes antiguos y a otros que se hallaban en plena actividad. Pero también, en 1995, después de trabajar 33 años en el Colegio con total capacidad y dedicación, se jubiló la Directora del Primario, señorita Josefina Seijas.

La sección del Secundario, a partir de 1980, realizó la Feria de Ciencias; un hecho destacable en la vida del Colegio, que en años posteriores pasó a realizarse con la participación de alumnos de otros colegios. En 1990, el Club de Ciencias del Instituto Nuestra Señora de Lourdes organizó la 10ª. Feria de Ciencias, -se levantaron 50 *stands*-, que fue al mismo tiempo la 4ª. Feria Interscholar de Ciencias, en la que participaron el Instituto Niño Jesús y el Instituto Santa Teresita, y en el año 1991 concurrió a la 3ª. Feria Interprovincial de Ciencias de Concordia (Entre Ríos), donde obtuvo el Primer Premio con el *stand* “1982-Islas Malvinas”, en el área de Ciencias Sociales.

El edificio de la sección del Primario, había comenzado en unos locales más o menos provisorios, en la manzana donde se levanta el Santuario; luego pasó a un local propio en la calle P. Antonio Silbermann, N° 160. De allí, fue autorizada en 1966 a trasladarse a un nuevo edificio, en San Carlos, N° 140, levantado en terrenos de propiedad de la Asociación Cultural Noel, donde se construyó también la sede propia de la sección del Secundario. Eran los terrenos donde había funcionado la Fraternidad de Lour-

des, que desde los inicios de la obra había colaborado eficazmente con el Colegio.

Con la promulgación de la Ley Federal de Educación (la Ley n° 24.195, promulgada en 1993), el Colegio Lourdes debe adaptarse a las nuevas disposiciones impuestas por el gobierno nacional, que en la Provincia de Buenos Aires comenzaron a aplicarse de inmediato. Esto implicó la preparación del personal docente y administrativo, para que estuviera en condiciones de responder a las nuevas exigencias del Estado. La Ley Federal de Educación, fruto del Congreso Pedagógico realizado unos años antes, fracasó en todo el país; pero obligó a realizar cambios profundos en los programas y en la división de las secciones en que se imparte la educación, desde el Jardín hasta la terminación del Secundario. En el Polimodal (el Secundario), el Instituto Lourdes adoptó la modalidad de Humanidades y Ciencias Sociales.

En un Colegio como el de Lourdes, como es lógico, existen numerosas otras actividades, de las cuales, en una historia que no es exclusivamente la suya, se deben mencionar al menos algunas. En este sentido, debe destacarse la actuación del coro dirigido por el Prof. Isidro Castellaro. Un conjunto de voces admirables, compuesto por alumnos, exalumnos y padres de alumnos. Mientras existió, su actuación no sólo era conocida en la zona, donde se destacaba y daba prestigio al Colegio, sino también en otras provincias. Y lo mismo ocurría con la actividad deportiva de los alumnos. En efecto, por lo que hace a esta área, el Instituto Nuestra Señora de Lourdes participó en la Federación Nacional y su equipo de *hand ball* llegó a jugar en la Primera de este deporte.

Otro aspecto de la actividad escolar que merece destacarse es el papel de la Unión de Padres del Colegio entre las décadas de 1970 y 1980. Estos padres de alumnos constituyeron un grupo de apoyo que dio una valiosa colaboración para las actividades educativas del Colegio de Lourdes, acercó a él a numerosas familias, contribuyó a crear un clima de participa-

ción y colaboración, permitió el diálogo entre los padres y las autoridades del Colegio y dio así un respaldo notable a los alumnos.

En el año 2000, el Colegio de Lourdes tenía 605 alumnos, distribuidos como sigue: 180 en el Nivel Inicial (Jardín de Infantes), 304 en Educación General Básica (Primario), y 121 en Polimodal (Secundario).

“Mar adentro”

En los comienzos de la Parroquia, los asuncionistas se habían encontrado con la presencia de unas ideas que ciertamente no simpatizaban con la religión. Ellos respondieron con un apostolado capaz de llegar a los pobres con el testimonio más poderoso, que es el de la caridad, a la cual juntaban la educación, la congregación de los niños, la catequesis. Respondieron también fomentando la vida sacramental y la piedad hacia la Santísima Virgen, que en Francia se había dirigido preferentemente a una niña de las más pobres.

Las dificultades se fueron superando con prudencia, con tacto, con perseverancia, con discreción no exentas de tensiones y sufrimientos. Lo que, se ha dicho, pone en evidencia el valor que se le otorgaba al diálogo, y estos esfuerzos ayudaban a recuperarlo -si alguna vez se lo consideró afectado-. Pero el diálogo y las prácticas de la buena vecindad eran posibles porque en los espíritus existía la voluntad de apertura que lleva a las personas a encontrarse entre sí. Las instituciones vecinales se beneficiaban y se beneficiaba la Iglesia, porque en definitiva se beneficiaba el hombre. Pero este diálogo se abrió también para el mundo de la cultura y del arte, por medio de conciertos, concursos, exposiciones, patrocinados también por la Municipalidad de Tres de Febrero, unas veces, y por instituciones vecinales, en otras ocasiones. Era un diálogo que permitía a la Parroquia estar presente, modestamente, en el mundo de la cultura y en otras actividades de los vecinos. Y de este modo, al tiempo que se favorecía el desarrollo de los

vínculos sociales, siguiendo las orientaciones del Vaticano II, se abría un espacio para la palabra evangélica.

También debe decirse que, en sus comienzos, la Parroquia ocupaba un territorio muy extenso; pero el crecimiento de la población y el desarrollo de las actividades pastorales fueron exigiendo la creación de nuevas Parroquias. La primera de éstas fue Nuestra Señora de la Merced de Caseros (1942), cuyo templo fue construido bajo la dirección de los asuncionistas P. Luis Folliard, P. Antonio Berthou y otros, con la ayuda de bienhechores que pusieron trabajo personal y aportes materiales. Otras se fueron creando más tarde, por subdivisión de las primeras.

La Parroquia de San José Obrero, en Villa Mathieu, fue creada el 1° de mayo de 1957; pero antes de que llegaran a Santos Lugares el Pbro. Anzola y el Pbro. Yani, ya habían actuado allí y en Santos Lugares los jesuitas del Colegio Máximo de San Miguel y los franciscanos de El Palomar. Una breve reseña histórica inédita de la Parroquia de Villa Mathieu recuerda que, en el lugar donde ahora se levanta el templo parroquial, había un viejo galpón “otrora salón de baile y habitáculo de vidas licenciosas” -se lee en ese texto-, en el cual “funcionaba desde 1926 un Centro Catequístico dirigido por las religiosas Misioneras de San Francisco Javier, de Villa Raffo, Sáenz Peña (una congregación argentina fundada por la Madre Isabel Fernández en 1925, religiosa que se encuentra actualmente en el proceso diocesano de beatificación). Estas religiosas se ocuparon de Villa Mathieu a pedido de los Padres Asuncionistas de la Parroquia de Lourdes, ya que no había capilla ni oratorio para que las familias de la zona dieran cumplimiento a sus deberes religiosos”. En 1939, Magdalena de Elía de Ezcurra, propietaria de los terrenos, donó el galpón. Don Juan Bautista Pizzarello y otros feligreses comenzaron entonces a levantar la capilla, que fue bendecida en 1942 por Mons. Juan Chimento, Arzobispo de La Plata. El Pbro. Juan Savio, los asuncionistas de Lourdes, los franciscanos de El Palomar y los jesuitas de San Miguel celebraban los Oficios religiosos, y la Hna. Leocadia, de las Misioneras de San Francisco Javier, fundó unos años después el colegio parroquial. Ya hemos dicho, al comienzo de esta obra,

que la señora de Ezcurra estaba muy relacionada con los asuncionistas; pero hay que agregar que algunas integrantes del Movimiento Noelista Argentino, como las hermanas Beláustegui y la señorita Elena Molteni desarrollaron un fecundo apostolado en este barrio, donde estuvieron en los orígenes de la actual Parroquia de San José Obrero.

Santa Teresita del Niño Jesús, en Sáenz Peña, empezó como centro catequístico, en el cual se celebraba también la Misa, en una casa que los Padres de Lourdes alquilaron para este fin, hasta que en 1946 los Padres Scalabrinianos se hicieron cargo de este sector y se creó la nueva Parroquia.

Respecto de la actual Parroquia del Sagrado Corazón, de Caseros Norte (1958), se puede decir lo siguiente. La Asociación Cultural Noel -que trabaja mancomunadamente con los Religiosos Asuncioncitas- poseía en este barrio un terreno de 20.000 metros cuadrados, comprado en 1938 y ubicado en la calle Bonifacini (entonces Dolores). Según Acta N° 52 de la mencionada Asociación, este terreno “se había comprado con la finalidad de construir en él la escuela que actualmente se ha edificado [...] en Palermo Chico”, es decir, la Escuela Apostólica San Martín de Tours. Por esta razón, la Asociación consideró oportuno desprenderse del terreno; lo que hizo en 1945, vendiéndolo al Arzobispado de La Plata, que más tarde edificó en él la iglesia parroquial.

Renovación de los espacios

Con el objeto de responder a las exigencias que plantea normalmente la necesidad de servir mejor a los feligreses y peregrinos, desde mediados de la década del '60 se venían realizando diversos trabajos de renovación de algunos espacios y construcción de otros, que se juntaron a los de este período de 1981-2000.

En la Gruta y la explanada fue necesario renovar el piso de la Gruta; ampliar el acceso a ésta desde la explanada; ubicar la Piedra procedente de

Massabielle en un lugar más cómodo para los fieles que desean acercarse a ella; ampliar y trasladar la Fuente de Agua de Lourdes; ubicar el Cristo a la entrada de la explanada; construir unos canteros en el espacio de la Gruta; renovar el presbiterio de la Gruta.

En la cripta, después de un atentado con bomba, se debieron rehacer 2 puertas y 4 vitrales totalmente destruidos y reparar otros 8 vitrales dañados. Más tarde se remodeló el presbiterio, y debido al hundimiento natural de los terrenos, hubo que poner también nuevos fundamentos a la sacristía.

En la basílica se construyeron los arbotantes entre la torre central y las laterales; la torre central recibió la cruz que preside el conjunto y se le puso el techo de cobre; se reforzaron las rampas que conducen a la basílica; se construyó un altar lateral con la imagen de Santa Bernardita, se instaló el Vía Crucis y la imagen de Nuestra Señora de los Dolores.

En el descanso de los peregrinos se hizo el piso, se renovaron bancos y mesas, se hicieron los canteros y se construyeron nuevas instalaciones higiénicas.

El edificio de la calle A. Silbermann, en lo que fue alguna vez el patio de la antigua escuela, se construyó el Ateneo P. Manuel d'Alzon, y los locales de esta misma escuela se acondicionaron para que sirvieran -como Ateneo P. Antonio Silbermann- a las diversas agrupaciones de laicos para la realización de sus encuentros, cursos y reuniones. En este mismo local, Cáritas encontraría un lugar amplio y suficiente para desarrollar sus actividades con comodidad; lo mismo que el Movimiento Scout y otras instituciones parroquiales.

En el Colegio se termina la construcción del edificio existente en Av. La Plata y calle San Carlos; se construye la Guardería Larralde, en P. Antonio Silbermann.

En la calle Pelagio Luna, se completaron la Capilla Santa Bernardita y las salas destinadas a la catequesis de los niños y a reuniones.

Una vez reciclada la antigua casa de los religiosos, ésta se transformó en las nuevas oficinas parroquiales y salas de reunión. Junto a ella, se remodeló la antigua Capilla de San Antonio de Padua, destinándosela para Capilla de los Bautizos y, una parte del viejo edificio, para la nueva librería. La antigua casa de los religiosos fue reemplazada por otra, nueva, sobre la calle Pío XII.

Al final de esta época, con la intención de satisfacer los sentimientos de piedad de los vecinos, se colocaron imágenes de la Santísima Virgen en las plazas del barrio.

El laicado

Entre los feligreses de la Parroquia y aquellos que desde otros lugares concurren al Santuario, Lourdes contó y sigue contando, con el apoyo de un número de personas que merece ser destacado especialmente. Lo forman no menos de 200 personas comprometidas de una o de otra forma, que constituyen su sector más dinámico.

En el período que nos ocupa, el laicado fue asumiendo en la catequesis una actuación cada vez más destacada. La necesidad de catequistas está lejos de ser colmada; pero los laicos han venido adquiriendo mayor comprensión del campo que está abierto para ellos en este aspecto de la actividad eclesial, y se han venido preparando para un desempeño más activo. Ya se trate de la catequesis inicial de los niños o de los adultos que no recibieron los sacramentos en su momento; de los novios que van a contraer matrimonio, lo mismo que de los adolescentes o adultos que buscan mejor formación cristiana.

Al lado de las agrupaciones que realizaban esa acción a la que podríamos llamar preferentemente externa, estaban las otras, más típicamente piadosas, entre las que se pueden mencionar la Hermandad de Nuestra Señora de Lourdes, las Hijas de María, la Escolta del Santísimo Sacramento, el Apostolado de la Oración, la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, la Obra de las Vocaciones Sacerdotales, los Amigos de la Escuela Apostólica San Agustín, la Tercera Orden de San Agustín... Si bien la mayor parte de éstas han hallado que su misión debía adaptarse a los nuevos tiempos, hoy se percibe que la participación en la Liturgia y la animación de la misma, por parte de laicos piadosos y mejor preparados, ocupa un lugar mucho más destacado en la Parroquia. Esto se hace evidente sobre todo en el notorio impulso que ha recibido la renovación de la piedad eucarística entre los laicos, la dedicación de éstos a la catequesis y a otras actividades pastorales y misioneras.

Las cifras que aquí podemos dar manifiestan la variación que en esta época se produjo en la recepción de algunos sacramentos, al menos entre las personas que concurrían a Santos Lugares; ya sea debido a una disminución de esta práctica en el pueblo cristiano en general o como consecuencia de la política pastoral que en cierto momento se creyó oportuno seguir. (Nótese que, según datos del Registro Civil, en estos años disminuyó también sensiblemente el número de casamientos por civil). En efecto, en el año 2000, asistían a Misa, los sábados por la tarde y los domingos, aproximadamente 3000 personas; y de lunes a sábados por la mañana lo hacían aproximadamente 900 personas (no tenemos los datos correspondientes a 1980). En este mismo año, hubo 560 Bautismos (cuando en 1980 éstos habían llegado a 1128), se dieron 88 Confirmaciones (en 1980 se dieron 190), y contrajeron matrimonio 32 parejas (en 1980 se casaron 206 parejas). Las Primeras Comuniones realizadas en la iglesia parroquial y en la capilla Santa Bernardita (sin contar las de los Colegios Nuestra Señora de Lourdes, Niño Jesús y Santa Teresita), llegaron aproximadamente a 250 (no tenemos los datos de 1980).

Una Parroquia y un Santuario que deben responder a requerimientos numerosos y exigentes como los de Lourdes, también tienen la necesidad de recursos materiales. En parte, éstos llegan por las ofrendas espontáneas de peregrinos y feligreses; pero, al menos en el caso de Lourdes, lo que estas ofrendas representan no alcanza para cubrir todos los gastos, especialmente en los años de crisis económica como las sufridas por el país en los 30 ó 40 años finales del siglo. Aproximadamente hasta 1950, se contaba con el apoyo de bienhechores que los primeros Padres habían sabido interesar en las obras del Santuario, y que contribuían para el sostenimiento de las mismas, según sus posibilidades e inclinaciones; pero los tiempos y las disposiciones fueron cambiando. Sin embargo, cuando era Párroco el P. Jorge Neusch, se comenzó a realizar una kermesse que, con algunas interrupciones, se mantuvo en funcionamiento hasta 1998. Durante todo ese largo período, un grupo de hombres y mujeres sacrificaba generosamente todas las noches de los sábados y domingos de verano, para allegar fondos con los cuales mantener estas obras y la marcha de la Parroquia.

Es preciso advertir que las actividades desarrolladas por laicos, reseñadas brevemente en este apartado, no existieron todas al mismo tiempo ni tuvieron todas la misma continuidad. Sin embargo, el conjunto de ellas, su vitalidad y el solo hecho de haberse podido realizar en una población como la de Santos Lugares, que según el censo nacional (INDEC) de 1991 tenía 17.388 habitantes (al lado de Sáenz Peña, con 12.249 y Caseros, con 94.810), demuestra el impulso y el dinamismo existentes en la Parroquia. Estos laicos habían recibido el carisma abierto y participativo de la Asunción, y como discípulos del P. Manuel d'Alzon se dejaron contagiar por el ansia de apostolado del Fundador, heredaron su espíritu, supieron encontrar un lugar en el apostolado por el Reino de Dios y se formaron para los compromisos que asumían. Pero, en medio de todo, lo más significativo fue el respeto a la libertad, a las iniciativas y a la generosidad de cristianos en que pudo crecer su vocación.

Los desafíos siguen hoy presentes -como en toda comunidad cristiana que se esfuerza por crecer-, y nos encontramos con los requerimientos

de un laicado asuncionista que, asumiendo el espíritu de la Congregación y nutriéndose de su savia, sea capaz de prolongar el espíritu del Fundador en la construcción de una Iglesia y una sociedad renovadas con el espíritu del Evangelio.

Organización de la Parroquia

Aparte de la organización correspondiente a cada uno de los equipos, agrupaciones e instituciones de la Parroquia, ésta contaba, como es natural, con su propia organización general, cuya función es la de animar el conjunto de la vida parroquial y coordinar el quehacer de los feligreses.

La Asamblea periódica tenía lugar cada tres años y era la ocasión para revisar el trabajo realizado, proyectar nuevos objetivos y designar a los responsables. Una Junta Parroquial y un Consejo Pastoral, entre una y otra Asamblea, congregaban a los responsables de las instituciones y los grupos mencionados. Pero, si en general éstos no constituyen ninguna novedad en la vida de una Parroquia, lo importante es saber que en este caso fueron instancias efectivas de participación, que funcionaron con regularidad y constituyen un lugar privilegiado de encuentro y colaboración, donde los laicos se sintieron aceptados y valorados como tales, según expresión de algunos de ellos.

El Santuario al terminar el siglo

La pastoral

Dos hechos, nuevos y distintos entre sí, se producen en el Santuario de Lourdes en la parte final del siglo. En primer lugar, la detención - coyuntural, pero prolongada- de la construcción del templo; y también la ampliación del horizonte en el cual se mueve la pastoral del mismo, integrada a partir de esta época en la pastoral de conjunto de los Santuarios argentinos.

La primera generación de asuncionistas en Santos Lugares, al mismo tiempo que se consagró por entero a construir la comunidad cristiana de la Parroquia naciente, con no menor dedicación puso manos a la obra de edificar el templo. En efecto, recordando al P. Antonio Silbermann y sus sobresalientes condiciones de pastor, el historiador de Santos Lugares, Luis E. Comandi, escribe que el Padre “vino con la misión de colocarse al frente de la Capellanía y con el destino de realizar grandes obras”. De este modo, a pesar de la crisis de vastas proporciones que afligió al país a causa de la Primera Guerra Mundial, como “hombre de clara visión, pudo percibir el mejor camino para lograr la realización de los proyectos fundamentales en el santuario: La conquista de los vecinos cercanos a la capilla, para formar una bien unida y fiel familia”, y echar “los cimientos para la gran obra religiosa que habría de representar el funcionamiento de la gruta, primero, y del gran templo, después. Ambas realizaciones [es decir, la comunidad parroquial y el edificio de la iglesia], costaron pruebas extremas de fe, voluntad y confianza, manifestaciones en las que descolló este religioso, por la decisión y el coraje de iniciarlas” (84). Sin embargo, en los últimos veinte años del siglo, la construcción se detiene de hecho; lo cual no obedece a decisiones explícitas, pero tiene explicaciones que deben buscarse sobre

todo entre las de orden financiero, más severas que las de los primeros tiempos; pero también en la mudable opinión de los tiempos.

En septiembre de 1969 tuvo lugar en Reducción (Provincia de Córdoba), el I Encuentro Nacional de Santuarios. Después de ésta vinieron otras reuniones; las cuales siguen realizándose en la actualidad. En estos Encuentros participan sacerdotes a los que muy pronto se agregaron laicos integrantes de los equipos pastorales de los diversos Santuarios. El objetivo perseguido es una puesta en común de las observaciones recogidas en cada uno de estos lugares, para someterlas a una reflexión enriquecedora, a fin de hallar líneas comunes de pastoral para unos centros privilegiados por la fe del pueblo cristiano. De los encuentros han salido numerosas conclusiones, a modo de sugerencias y orientaciones; pero el trabajo realizado permitió sobre todo valorar los Santuarios como lugares privilegiados de culto, surgidos de la iniciativa de Dios mismo, que se manifiesta en ellos de un modo particular. En efecto, en los Santuarios se da una experiencia de encuentro con Dios y entre los hombres, la que es preciso respetar, estudiar y llevar a una creciente maduración en la fe. Pero los Santuarios son sin duda un bien del pueblo argentino, que como tales deben estar abiertos a la realidad del mundo y a las exigencias de la hora presente, obteniendo así un lugar fundamental dentro de la pastoral de conjunto (85).

Lourdes y los pobres

En esto del trabajo realizado en auxilio de los pobres, es preciso decir que no se trata de una acción exclusivamente parroquial ni privativa del Santuario. Llevado adelante por gente que en buena medida pertenece a la Parroquia, otros colaboradores son peregrinos que visitan a la Virgen en Lourdes; las ofrendas, por su parte, provienen en mayor medida de los peregrinos, pero también de muchos parroquianos.

Según el informe de la Lic. Liliana Ghiglino al autor, a partir de 1994, después de la visita pastoral realizada en ese año por el Obispo dio-

cesano, el servicio de la Obra Social del Santuario pasa a denominarse Cáritas Lourdes. La actividad desarrollada sigue siendo la misma: Distribución de alimento, ropa, calzado, útiles escolares, productos de limpieza, etc. También existe una venta de ropa, abierta a toda la comunidad, con cuya recaudación se compran alimentos y se solventan algunos gastos, como los de teléfono, limpieza y portería; pero los días 11 de cada mes (dedicados a la Virgen de Lourdes en la devoción popular) se realiza una feria cuyos ingresos se destinan a la compra de ropa que se distribuye gratuitamente.

A cierto número de familias o personas que habitan la zona de la Parroquia -que abarca 144 manzanas- la ropa se le distribuye sin cargo; por los alimentos, en cambio (una bolsa con 15 productos por mes) se les solicita un aporte de \$ 2,50, cuando están en condición de darlo. Pero, en general, la ayuda la reciben familias o personas desocupadas. En 1996, por ejemplo, se atendía a 40 familias; en 2001 (año de la gran crisis, que provocó la caída del Presidente Fernando de la Rúa), éstas pasaron a ser 120, más los jubilados cuyos ingresos son insuficientes para cubrir sus necesidades mínimas, y los indigentes que viven de la mendicidad. Además, cuando es posible, se presta algún apoyo a las Cáritas de otras Parroquias que suelen solicitarlo.

Además de la indispensable ayuda en el orden material, realizada con delicada caridad y transparencia en el actuar, Cáritas Lourdes brinda otras formas de apoyo, no menos necesarias: Asesoramiento espiritual, asesoramiento jurídico, atención psicológica personal y grupal en casos de violencia familiar, bolsa de trabajo.

En el año 2001, Cáritas Lourdes ya podía disponer de suficiente espacio para su trabajo, con lo cual habían desaparecido algunas de las dificultades con que se solía tropezar en determinados momentos. Pero el mayor éxito estuvo en el crecimiento logrado por la calidad y la cantidad de los voluntarios, por el desarrollo de nuevos servicios, el acompañamiento de los religiosos que estuvieron al frente de la Parroquia y los numerosos feligreses que comprendieron las necesidades de los más desprotegidos.

El grupo que integra la Cáritas Juvenil está formado por chicos y chicas de entre 16 y 25 años. Se trata de una iniciativa relativamente reciente, cuyo objetivo principal es la formación de los mismos como voluntarios, a fin de que puedan prepararse para este servicio. Empezaron por conocer una comunidad de religiosas ancianas y luego un hogar de tránsito para niños, que la Parroquia viene ayudando desde tiempo atrás. El primer resultado al que apunta con satisfacción es la integración entre los mismos voluntarios que forman el grupo.

Las personas que trabajan en Cáritas Lourdes constituyen un voluntariado sin ningún tipo de remuneración, compuesto por integrantes de otros grupos parroquiales o no. En 2001, cuando recibimos el informe del cual nos estamos sirviendo, eran 22 personas adultas y 10 jóvenes, a los cuales se agregaban 3 profesionales (1 especialista en violencia familiar, 1 abogada y 1 licenciada en servicio social). El público era atendido dos mañanas completas cada semana; pero el trabajo de los voluntarios requería, además, otros momentos, a puertas cerradas, para la recepción y ordenamiento de los materiales recibidos.

La librería y la santería

Desde los inicios de la Congregación, los asuncionistas se interesaron en la difusión de la palabra escrita, incluso en Buenos Aires, donde crearon la primera librería católica de la ciudad, de la que ya hemos hablado. En Santos Lugares impulsaron a los jóvenes varones de la ACA, que comenzaron ofreciendo publicaciones católicas en unos escaparates que instalaban los domingos en el camino de la avenida La Plata a la cripta. Allí exponían pequeños libros, revistas y folletos destinados a un público sencillo, que podían adquirirse a precios accesibles para todos. El autor puede atestiguar que en 1950 ya lo hacían, pues él mismo fue invitado a integrarse a las filas de los jóvenes de Acción Católica (JAC) junto a esos escaparates. Pero en 1970, cuando era Párroco de Lourdes, pudo interesar a los Hombres de Acción Católica (AHAC) para que resucitaran la “empresa”. Algu-

nos de ellos se interesaron especialmente, hasta que, visto el nuevo éxito, se ocupó un local debajo de la rampa derecha. Luego, ante la creciente demanda, la librería pasó a un local que había sido parte de la antigua capilla y de las oficinas parroquiales, ahora refaccionado. La librería era atendida por una empleada y dirigida con entusiasmo y dedicación por don José Mirco.

Pero la librería de Lourdes fue más allá del período que estamos historiando. Desde 1992, está en manos de particulares y ha venido experimentando un paulatino pero constante crecimiento, tanto en la cantidad como en la calidad del material que ofrece. En efecto, en ella es posible encontrar Biblias -desde las más accesibles a los bolsillos modestos, hasta las de mejor calidad y presentación-. Además, allí se hallan comentarios de la Sagrada Escritura, obras de teología, espiritualidad, catequesis, vidas de santos, mariología, doctrina social de la Iglesia, documentos del Magisterio, etc. También tiene a disposición de los lectores otra variada gama de temas y autores que pueden satisfacer los requerimientos de un público exigente. Paralelamente ha ido introduciendo mejoras en varios aspectos del servicio; todo lo cual hace que la Librería del Santuario pueda ser considerada actualmente un importante referente entre las librerías católicas, para una extensa zona del Gran Buenos Aires y aun para las zonas cercanas de la Capital Federal.

Los peregrinos que visitan un santuario experimentan la necesidad de satisfacer sus aspiraciones religiosas, referidas a sí mismos o a otras personas; lo cual plantea a los encargados de estos lugares la necesidad de brindar algunos servicios, complementarios de aquellos que son estrictamente sacramentales. Viendo, pues, que su atención reclamaba también este tipo de respuestas adecuadas a las exigencias de la piedad popular, los Padres crearon la santería. Primero, ésta funcionó de una manera muy modesta, en un pequeño local pegado a una construcción actualmente inexistente, que se hallaba enfrente del que ocupa en la actualidad. En 1960, para adaptarla a las necesidades planteadas por la mayor afluencia de peregrinos, fue trasladada al local que ocupa ahora, más tarde ampliado. La mayor parte del

tiempo, la santería estuvo atendida por dos empleadas, ayudadas en los fines de semana y en las fiestas principales por otras personas que cooperaban desinteresadamente.

La santería sigue funcionando con el mismo objetivo inicial; pero transformada, con el tiempo y las exigencias de los peregrinos, en lo que debe considerarse un verdadero “complemento” del Santuario. En efecto, en ella se pueden hallar, generalmente a precios que se adaptan a las posibilidades de los bolsillos de todos, los objetos piadosos exigidos por su devoción. Por otra parte, la santería ha venido a ser un servicio para los peregrinos a la vez que una ayuda material para los Padres del Santuario.

Clase media y barrios pobres

En 1968, según la *Répartition des Religieux 1967-1968*, la Comunidad asuncionista de la República Argentina contaba con 30 religiosos. De éstos, 23 eran sacerdotes (J. O. Adur, M. Álvarez, E. Tiscornia, E. E. Estramiana, R. López Sotelino, R. A. Arrillaga, G. Kearney, D. Bergeron, A. Le Borgne, T. Couvert, A. Luchía-Puig, R. M. D'Orta, M. Rodríguez, R. Favre, M. H. López, J. De Gasperi, A. Berthou, C. Péroulié, R. Marc, R. Quelven, P. Reynaud, J. C. Massaldi, V. Zea); 3 hermanos coadjutores (M. A. Lizano, N. de la Torre, J. Fornés); 3 hermanos de coro en formación (V. De Luca, L. R. Rendón, A. Gomes). Todos éstos se encontraban distribuidos en las cuatro comunidades que existían entonces (Olivos, Belgrano, San Martín de Tours y Santos Lugares). A ellos se agregaba 1 hermano de coro que vivía con su familia por razones de salud (F. López).

Curiosidad histórica: La totalidad del territorio sobre el cual se levanta la Parroquia San Martín de Tours y una extensa parte del que ocupa la Parroquia Nuestra Señora de las Mercedes, se sitúan en unos terrenos que fueron propiedad de don Juan Manuel de Rosas. Donde el rico y poderoso aristócrata, amigo de las clases populares, solía encontrarse con lo de más arriba y lo de más abajo de la escala social de su época, vinieron a constituirse estas Parroquias, a poco menos de 80 y poco más de 60 años del derrocamiento del Restaurador. En alguna medida, estos terrenos siguieron siendo una demostración de la facilidad con que, los diversos elementos que componen la sociedad argentina, se aproximan entre sí. En la actualidad, esta persistente mezcla social se reviste con otras características; pero también se la encuentra entre los habitantes de ambos barrios de la ciudad. Tal vez como la demostración de un llamado que lleva a acercarse a los diversos elementos que componen el pueblo argentino.

San Martín de Tours: Parroquia y colegio

En 1968, la Comunidad asuncionista de San Martín de Tours se hallaba integrada por un grupo de religiosos jóvenes: Los Padres Ramiro López Sotelino, Agustín Luchía-Puig, Roberto D'Orta, Manuel Rodríguez y Roberto Favre.

El P. Ramiro López Sotelino supo tener la lucidez y la fuerza de voluntad que se requerían para impulsar una profunda renovación de los métodos pastorales. Con decisión y firmeza, reemplazó las antiguas asociaciones de laicos por unos grupos más dinámicos que, al influjo de la teología y la pastoral inspirada en Medellín, constituyeron unas de las primeras Comunidades Eclesiales de Base de la Ciudad (si no las primeras). Pero también, cuando las Religiosas de la Asunción dejaron su Colegio en manos de laicos, la Parroquia debió hacerse cargo de la catequesis en este Colegio, que pasó a llamarse Colegio San Martín de Tours para Niñas.

El P. Luchía-Puig, aparte de algunos trabajos en la Parroquia, siguió dedicándose a lo que fue siempre su vocación y dirigía el semanario católico Esquiú, de propiedad de su familia; pero siguió dirigiendo también las peregrinaciones internacionales a las que acompañaba siempre que su actividad periodística se lo permitía. Anteriormente, el P. Luchía-Puig había sido director de la revista *El Eco de Lourdes*, en Santiago de Chile, y del diario católico *El Pueblo*, de Buenos Aires. Había editado también la biografía titulada *El Padre Román*, citada en nuestra bibliografía, y sus charlas radiales *Ante el dolor* (2 ediciones), *Figuras de ayer y de hoy*, *Lourdes y Bernardita*, *Media hora con los chicos*, así como los opúsculos *Un Jefe* (episodios y anécdotas de la vida de Manuel d'Alzon), *José Manuel Estrada, el católico*, el folleto titulado *El suicidio* y sus propias memorias tituladas *Medio siglo y con sotana*. Además tradujo y publicó *Cristo ha venido*, del P. Gervasio Quenard, y *Aurora de un alma*, vida del primer asuncionista norteamericano.

El P. Roberto D'Orta era Rector del Colegio San Martín de Tours (de varones), al que dio un notable impulso; pero al mismo tiempo, se ocupaba de la Villa Saldías (pastoral, escuela, centro de salud, promoción humana), aportando una invaluable contribución a esa obra que el P. Enrique Tiscornia había comenzado algunos años antes.

El P. Manuel Rodríguez, en el nivel parroquial, se ocupaba de los Scouts y de las Guías. Pero también, en el orden nacional, entregaba a los Scouts una considerable dedicación; para ellos elaboró y tradujo bastante material de apoyo (subsidios). Y era él, además, quien tenía entre sus manos la pastoral de los niños y adolescentes de la Parroquia, así como la atención espiritual de los chicos del Instituto Oral Modelo, para sordomudos, y la de las Martas (empleadas del servicio doméstico).

En 1974 sucedió un hecho que produjo enorme conmoción; fue el asesinato del Pbro. Carlos Mujica, un sacerdote amigo de la comunidad, encargado de un sector de la villa de emergencia contigua a Villa Saldías. La repercusión de este hecho fue muy grande, especialmente en aquellos sectores de la Iglesia que veían en él a un líder y lo seguían en su compromiso con los más pobres y postergados; pero también en el mundo político, en el cual el P. Mujica no dejaba de incursionar, lo mismo que en la sociedad a la cual por su origen familiar pertenecía.

En 1976, el P. Vicente De Luca sucedió brevemente al P. Ramiro. Dotado de buena formación, era también hombre de decisiones arriesgadas. En su período tuvo lugar la supresión del Grupo Scout, de intensa trayectoria en San Martín de Tours, y la de la Asociación Guías Argentinas, que venía haciendo un camino semejante.

Siendo Párroco el P. De Luca, se produjo en el Colegio de Niñas un conflicto en torno de la Biblia Latinoamericana. Cuestionada por los sectores de ideas más tradicionales, muchos padres de familia no toleraron que la misma fuera impuesta para la catequesis del Colegio. La discusión que se suscitó dentro del Colegio acerca de esta traducción de la Biblia y de su

uso, ocupó abundante espacio en los medios; lo cual hizo que llegara al seno del Episcopado. La prudencia y la mano segura del Presidente de la Conferencia Episcopal logró encaminar el debate después de un oportuno saludo del Papa a la Asamblea de la Conferencia.

El colegio para varones fundado en 1960 por el P. Juan De Gasperi (Ver capítulo 14) había alcanzado un notable desarrollo, tanto en lo pedagógico como en el desarrollo del edificio que lo alberga. Con esfuerzo perseverante y buena conducción, en los primeros quince años había podido incorporar los principales servicios exigidos por una institución de esta naturaleza: Gabinete psicopedagógico, biblioteca, laboratorios, unas 6 aulas, patios de recreo, juegos para los más pequeños, etc. Pero había incrementado también las actividades extra-curriculares, como deportes, campamentos, viajes de estudio, cursos de apoyo e investigación, etc. Por otra parte, en 1971 un equipo de alumnos dirigidos por el Prof. Carlos A. Tapia construyó una computadora que mereció el Primer Premio de la Feria Nacional de Ciencias “Córdoba 71”. Mientras que otros alumnos guiados por sus profesores realizaron una película de largometraje que mereció los elogios del diario Clarín en su sección de crítica cinematográfica del 7 de diciembre de 1974, y varios audiovisuales de notable calidad.

En marzo de 1964 se había constituido la primera Comisión Directiva de la Unión de Padres de Alumnos. La misma -igual que las Comisiones que le siguieron- desarrolló desde su comienzo una labor intensa para acercar a padres, docentes y alumnos y favorecer de este modo el clima indispensable para una educación exitosa.

Sucediendo al P. Couvert, durante todos estos años el P. Rolando Arrillaga dedicóse a la atención espiritual de los alumnos. Pero en 1970 se puso en práctica en la catequesis del Instituto San Martín de Tours una metodología por medio de la cual se intentaba responder de modo más adecuado a las necesidades de la juventud y a las orientaciones pastorales de esos años. De manera que se formó un equipo de catequistas integrado por el P. Roberto Favre, la señorita Mariela Gutiérrez (más tarde Secretaria de

Estado de Educación en su Provincia natal de Tucumán), el Hno. Vicente De Luca y los religiosos en formación Hno. José I. Giménez y Hno. Paul Smolders.

La novedad se manifestó tanto en lo formal (un equipo de tres catequistas para cada curso, horario, distribución de clases, convivencias...), como en lo metodológico (empleo de métodos como el *role-playing*, la discusión dirigida, el periodismo escolar, la música, el cine-debate y el libro-debate y otros, como el Phillips 6,6, las encuestas, etc.). Se trataba de formar a los adolescentes para el testimonio de una vida cristiana comprometida; pero lo fundamental fue el hecho de que todo este esfuerzo se apoyaba doctrinalmente en los lineamientos de la teología de Medellín. De este modo se pretendía impartir una catequesis que favoreciera el desarrollo integral de la persona humana y sirviera de apoyo para una vocación libremente elegida. Se esperaba despertar en esos jóvenes la conciencia de su responsabilidad cristiana; pero sin olvidar los tiempos del crecimiento humano y de la gracia. La evaluación de esta experiencia, ya desde el primer año de emprendida, permitió descubrir unos logros que, en referencia a los métodos anteriores, resultaban positivos; así lo dejaba entender la respuesta de los alumnos y, en medida alentadora, también la de sus padres (86).

En 1980, debido a la disminución de las vocaciones religiosas y sacerdotales, pero también con el deseo de acercarse más a otros medios, la Congregación inició una reestructuración de sus obras en la Argentina. Esto la llevó a entregar la atención de la Parroquia y el Instituto San Martín de Tours a la Orden de San Agustín. De parte de la Congregación habían transcurrido 48 años bien llenos al servicio de esta porción de la Iglesia.

Cuando se celebraban los 25 años del Instituto, evocando aquellos años de excelente labor educativa, el Prof. Andrés Reale decía que “el trabajo fue duro pero muy gratificante, pleno de satisfacciones. No nos deteníamos nunca. Nuevos planes de estudio, la construcción de nuevas aulas, campamentos, excursiones, viajes de formación por todo el país, deportes,

campeonatos, club de los domingos, centro de exalumnos, Unión de Padres...”

La Parroquia de Belgrano

En la Parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes, del Bajo de Belgrano, en 1968 y hasta 1972 era Párroco el P. Macario Álvarez. Anteriormente lo habían sido los Padres Román Heitman (1914-1925), Antonio Silbermann (1925-1930), Agapito Genevès (1930-1936), Luis Folliard (1936-1947), Gabriel Kearney (1947-1959), Carmelo Péroulié (1959-1960), Enrique Tiscornia (1960-1964), Rogelio Quelven (1964-1967), Ramiro López Sotelino (1967-1968). Otros Párrocos fueron los Padres Rolando Arrillaga, Juan De Gasperi, Vicente De Luca, Luis R. Rendón y Roberto Favre. Éste último fue quien debió realizar el traspaso de la Parroquia al clero diocesano (1994).

Convocada por el Superior general, en 1992 se llevó a cabo en Roma una reunión de asuncionistas que trabajaban pastoralmente en Parroquias de clase media. Del informe del participante argentino, P. Roberto Favre, se pueden extraer algunas constataciones (87). En primer lugar, porque los asuncionistas fueron los creadores de la Parroquia del Bajo de Belgrano, a la cual nos estamos refiriendo; y en segundo lugar, porque en ese año hacía 78 que estaban al frente de la misma.

Nuestra Señora de las Mercedes -se lee en el citado informe- es una Parroquia de clase media con unos 25 mil habitantes adultos. Se recordará que el barrio había comenzado estando habitado por gente muy pobre, que se fue elevando cultural y socialmente. Ahora tiene una población de clase media integrada por profesionales, funcionarios, técnicos, comerciantes, pequeños o medianos propietarios, artistas, estudiantes; pero también hay algunos nuevos ricos que se han ido agregando. La gran mayoría de esta población es católica; pero también hay cristianos no católicos y personas no cristianas, como judíos y budistas, provenientes éstos de Taiwán. En el

barrio viven igualmente algunos coreanos del Sur, muchos de ellos de religión católica, pero que tienen capellanía propia en otro barrio de la ciudad.

Entre los aspectos positivos de la vida parroquial, dice el informe que se deben mencionar la catequesis familiar (de los niños y sus padres, o al menos de la madre), la pastoral de la familia y la visita de los hogares; pero también el celo apostólico demostrado por los laicos y los catequistas de niños y de adultos. Un Consejo Pastoral integrado por religiosos y laicos planifica y programa las actividades pastorales y las celebraciones especiales. La caridad hacia los pobres, tan efectiva como puede serlo, es una preocupación permanente (Ver más adelante, en este mismo capítulo).

Se señala también el esfuerzo que se realizaba para dar mayor vida a la Parroquia, mediante la utilización del método del Movimiento para un Mundo Mejor (P. Lombardi). Pero, en general, los sacerdotes -que son solamente 2- intentan una presencia más visible y activa de la Iglesia en el barrio, junto a las familias, los jóvenes, los niños y los pobres, e intentan formar comunidades de base.

Por otra parte, entre los aspectos negativos relevados figuran mensajes agresivos hacia la fe de los católicos y ciertos aspectos de la moral práctica. Estos mensajes, provenientes de las sectas y del ambiente dominado por la indiferencia o la increencia, encuentran mayor penetración en personas y grupos sociales con menor o muy débil formación cristiana. De este modo, se vuelve más fácil la introducción de otros modelos culturales (especialmente entre los jóvenes), el debilitamiento de los vínculos familiares y el avance de un pluralismo a menudo reñido con los principios católicos. La Iglesia no tiene la misma audiencia en el clima actual, incluso para hacer comprender los aspectos sociales y morales del Evangelio, sobre todo cuando se trata de practicantes rutinarios o conservadores, o de los alejados. Igualmente, hay que decir que los grupos laicales más antiguos han perdido toda presencia.

Desde otro punto de vista, para los laicos se presentan nuevas dificultades, provenientes de la situación económica actual. Pero, para los religiosos, “lo que hace interesante el trabajo con la clase media es el nivel cultural de ésta, su sensibilidad, su generosidad para dar tiempo, su menor dependencia de ciertas taras”. Sin embargo, para conocerla y servirla mejor, los religiosos “no deben acomodarse a las ventajas de nivel y de estilo de vida de sus sectores más acomodados”. El apostolado en clase media exige a los religiosos: Profesionalismo y eficiencia, actitudes claras delante de la sociedad actual, lucidez ante los cambios en el mundo, información y conocimiento, actitudes eclesiales y testimonio de vida religiosa, junto con las virtudes humanas tan recomendadas por el P. d’Alzon. En estas condiciones, y si la Parroquia es un lugar de evangelización, de crecimiento de la vida cristiana y de irradiación hacia otros ambientes, “el apostolado parroquial [en clase media] es un campo válido para los asuncionistas”.

El informe constata que “el futuro [de la Parroquia de Belgrano] depende de nuestra capacidad de comprometer y de formar a los laicos y de la capacidad de movilización de la Iglesia”; pero también, como en todas partes, este futuro depende de la apertura de los pastores y de la participación en la vida de la Iglesia que éstos permitan a los laicos tener. En el caso de los asuncionistas, depende también “de una irradiación de la espiritualidad asuncionista”, como lo demandan los mismos laicos.

Entre los más pobres

En la memoria de la Asociación Cultural Noel, del año 1970, leemos que, “en la Escuela Estrella de Belén, sita en la villa de emergencia del Bajo de Belgrano, se han desarrollado este año numerosas actividades culturales y sociales. La post-escuela ha funcionado todos los días en horas de la tarde. Unos 200 alumnos que concurren a distintos colegios primarios de la zona se reúnen bajo la dirección de 6 maestras, “2 de éstas pagadas por las religiosas Hijas de Santa Ana, de la Academia Santa Teresita”, para adelantar en los estudios y hacer los deberes escolares. Un Jardín de Infan-

tes recibía a 40 niños. Al finalizar los deberes se servía la merienda a todos los alumnos presentes”.

Por otra parte, se agrega en dicha memoria que “el Club de Leones de Belgrano, que se interesa por las obras sociales de la villa, se ha comprometido a construir para el año próximo una nueva aula, lo que permitirá recibir un mayor número de niños en el Jardín de Infantes. Ya en años anteriores, gracias a la generosidad del mismo Club de Leones, se pudo concretar la pavimentación de la mayor parte del patio, y realizar la Fiesta del Niño, con un reparto abundante de juguetes y golosinas”.

En las aulas de la escuela, por la noche, “se dictan cursos de alfabetización para adultos, con maestros que dependen de la Dirección Nacional de Enseñanza del Adulto. Este año, además de los tres niveles que abarca el ciclo primario, se ha agregado un curso de peluquería para señoritas y un curso de radio-electricidad para muchachos”. Las integrantes de un Comité Noelista (88) mantenían un taller de costura para señoras de la villa.

El catecismo en la Escuela Estrella de Belén estaba a cargo de 3 catequistas de la Parroquia; en otro sector de la villa lo daban 2 Hermanas de las Religiosas Esclavas, que hacían también un trabajo muy provechoso con las mamás de los chicos.

“Desde el comienzo del año 1969, la Secretaría de Salud Pública de la Municipalidad de Buenos Aires ocupaba diariamente una de las aulas, con la esperanza de construir en corto plazo, en el mismo terreno, un Centro de Salud más amplio para la atención médica del vecindario. Mientras tanto, el Centro de Salud, aunque provisorio, realizaba una obra de suma importancia para el barrio. El personal estaba compuesto por 2 enfermeras y 4 asistentes sociales. La Parroquia se hacía cargo del mantenimiento de los locales y los gastos de electricidad; lo demás corría por cuenta de la Municipalidad de Buenos Aires. Se repartía leche en polvo a las madres embarazadas y a los lactantes; se administraban vacunas a los niños, especialmente a principios del año escolar y en épocas en que existía riesgo de

epidemias. Las asistentes sociales realizaban visitas domiciliarias con el fin de atender las necesidades de las familias, controlando cuidadosamente la salud de los niños”.

En la memoria de la Asociación Cultural Noel, de 1969, se subrayaba, por otra parte, el impulso dado al Centro Estrella de Belén. “La Secretaría de Salud Pública de la Ciudad de Buenos Aires estableció allí un Centro de Salud para la atención del vecindario. En el transcurso de ese año se administraron vacunas de varias clases”, dándose la cantidad de 5.458; pero, además, se practicaron 113 curaciones, se pusieron 512 inyecciones y se repartieron 6.513 kilos de leche en polvo.

Es de notar también que muchos de los vecinos estaban comprometidos en los gremios obreros o actuaban en agrupaciones dedicadas a solucionar los problemas de los habitantes de las villas de emergencia de la ciudad.

El deporte no permanecía extraño, como elemento de formación para los jóvenes y de cohesión social. En efecto, leemos también que “los jóvenes del barrio han formado un Club Deportivo que se dedica especialmente al *wolley-ball*. En la actualidad, el club cuenta con dos equipos masculinos y dos equipos femeninos. Frecuentemente se realizan campeonatos inter-villas, congregándose en esas ocasiones centenares de jóvenes de ambos sexos, entre deportistas y espectadores”. El club fue organizado por los vecinos y estaba dirigido por ellos mismos.

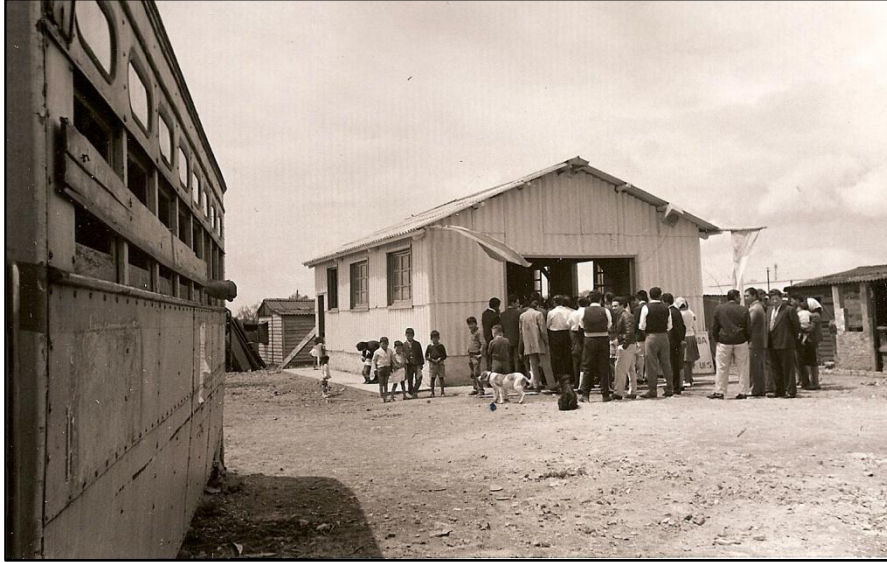
El Censo Nacional de 1970 dio la cifra de 7.500 habitantes en esta villa de emergencia del Bajo de Belgrano, los que eran mayoritariamente inmigrantes bolivianos, paraguayos y, un poco menos, personas provenientes de las provincias argentinas. Los asuncionistas, entre los cuales se debe mencionar especialmente al P. Agustín Le Borgne, trabajaban mancomunadamente con las religiosas Hijas de Santa Ana, con instituciones de la sociedad civil y con numerosos laicos que actuaban a título personal; pero también lo hacían con organismos de la administración pública. De este

modo, venían realizando desde tiempo atrás una preciosa labor social, educativa y evangelizadora en el Bajo de Belgrano. Sin embargo, ante la cercanía del Campeonato Mundial de Fútbol (1978) y la consecuente visita de aficionados del exterior, en 1977 un decreto de la dictadura militar mandó erradicar las villas de emergencia de la Capital Federal y las trasladó a la Provincia de Buenos Aires. Fue un hecho arbitrario, que al dismantelar el barrio puso fin a la obra. Los materiales recuperables de las construcciones existentes se repartieron entre los habitantes desalojados, como ayuda para su futura instalación en otros lugares (89).

En jurisdicción de la Parroquia de San Martín de Tours, se venía realizando una obra similar, aunque de mayores proporciones.

En efecto, entre las vías de los ferrocarriles que se llamaban Belgrano y San Martín y el Río de la Plata, existe una estación de trenes de carga llamada Villa Saldías, perteneciente al primero de estos ferrocarriles. Con la afluencia de migrantes de las provincias del Norte argentino, comenzada con la industrialización de la década de 1940, se fue estableciendo, desde la calle Salguero y en dirección de la estación Retiro, una villa de emergencia.

El crecimiento de esta villa hizo que surgiera un problema social de solución siempre compleja. La Municipalidad de Buenos Aires supo colaborar para mejorar las condiciones de vida de estas personas. La atención pastoral y asistencial de Villa Saldías por los asuncionistas comenzó siendo Párroco de San Martín de Tours el P. Enrique Tiscornia y tomó fuerte impulso con el P. Roberto D'Orta, que desarrolló una excelente obra de promoción y supo organizar a los vecinos de modo que pudieran buscar y hallar solución a sus problemas más apremiantes, con ayuda de la Parroquia y de otras instituciones, pero también por iniciativa y esfuerzo propios. Es interesante notar que gracias a esta acción, bien organizada y conducida, fracasaron muchos intentos de penetración de agitadores políticos extraños a los intereses de los pobladores.



1960. Capilla y sala de usos múltiples de Villa Saldías, Capital Federal

El P. Juan De Gasperi, que en su condición de Párroco de San Martín de Tours había sido parte en los trabajos realizados en Villa Saldías, dijo al autor que fue el P. Enrique Tiscornia quien tuvo la iniciativa de levantar la capilla (1952) donde se comenzó a celebrar Misa los domingos. Pero, a medida que crecía el número de pobladores, la Parroquia organizó enseguida un ropero que realizaba ventas que las señoras de la villa aprovechaban para adquirir a precios módicos las prendas que necesitaban. Luego, con la colaboración de médicos relacionados con la Parroquia, se montó una farmacia social. Esta farmacia funcionó primeramente en dos salas que habían sido de la Escuela Apostólica, hasta que pudo ser trasladada a otros locales situados en la misma villa.

En 1962, el P. Agustín Le Borgne consiguió de la Municipalidad de Buenos Aires la donación de cinco tranvías en desuso, para ser utilizados en la obra. Ésta iba tomando mayor importancia y se desarrollaba sin interrupción, de modo que en los tranvías se pudo instalar un taller de costura, donde las madres de familia recibían enseñanza de corte y confección; el taller se completaba con una guardería para niños y un consultorio atendido por tres médicos.

Las religiosas de la Pequeña Compañía de María, una comunidad norteamericana que poseía el Sanatorio *Little Company* -hoy *Mater Dei*- frente a la iglesia de San Martín de Tours, cooperaban diariamente en el dispensario y pagaban dos enfermeras que atendían a niños y adultos dos veces por semana. En el año 1964, en estos servicios fueron atendidas más de 700 personas, y en 1975 el Hospital de Niños de la Capital Federal estableció allí un centro de salud. Por otra parte, gracias a la colaboración del Rotary Club de Buenos Aires, el P. Roberto D'Orta obtuvo la donación de cañerías y los mismos vecinos instalaron canillas cada 50 metros, a fin de que la población pudiera proveerse de agua.

La villa, alejada de las escuelas y aislada de la ciudad por avenidas de intenso tránsito, necesitaba una escuela propia. Bajo la dirección del P. D'Orta, los tranvías fueron adaptados para que sirvieran de aulas y la Es-

cuela Provincias del Norte (después se llamó Instituto Villa Saldías) abrió sus puertas en marzo de 1964. En 1965 la escuela recibió 218 alumnos de 1° a 4° Grados y contaba con 7 maestras; pero más tarde los requerimientos de la población en edad escolar exigieron que los cursos se desdoblaran en dos turnos diarios en la Sección Primaria, y se creara el Jardín de Infantes. En 1966, con la colaboración de la Asociación San Benito, fue creada la Escuela Nocturna para Adultos, que llegó a contar 250 alumnos. Pero las condiciones de este servicio mejoraron sensiblemente en 1967, cuando los tranvías fueron reemplazados por un amplio edificio escolar con capacidad suficiente.

El desarrollo de la obra trajo otros beneficios. El Servicio Social contaba en 1967 con una sede que funcionaba en el mismo barrio; se ocupaba de tramitar documentos de identidad, brindar asesoría jurídica, internar a niños en colegios, realizar campañas sanitarias y antialcohólicas, realizar encuestas que permitían conocer mejor las necesidades de la gente del lugar... Este Servicio brindaba también el apoyo necesario para que los vecinos pudieran construirse su casita en terrenos propios. Y, además, logró despertar el interés de los pobladores para que asumieran sus propias responsabilidades en el barrio, creando la Unión Vecinal, el Club de Madres y el Club Juvenil.

La labor evangelizadora y catequística se desarrolló también con mucho provecho. En este aspecto, las Religiosas de la Asunción, que asistían semanalmente con algunas alumnas mayores de su Colegio, desarrollaron una intensa actividad entre los niños. Además, en la pastoral, y sobre todo en la promoción social de la villa, colaboraron con los asuncionistas el Pbro. Carlos Mugica y el religioso jesuita P. José Meissegeier, que desarrollaban su apostolado en una villa vecina.

¿Cuántas personas habitaban en Villa Saldías? Aproximadamente 10 mil. Lo cierto es que, los traslados que suelen ser habituales entre los religiosos, gracias a la unidad de criterios y de espíritu existente entre ellos, las obras nunca sufrieron tropiezos o detenciones innecesarias. Pero la feli-

gresía de Palermo Chico, donde se encuentra el centro de la Parroquia, contribuyó eficazmente cuando hubo que construir o mantener edificios y mejorar las condiciones de habitabilidad del barrio.

No obstante, en previsión del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978, la dictadura militar produjo el desalojo de Villa Saldías, lo mismo que el de la villa de Belgrano Bajo (90). Con el desalojo de la villa tuvieron que desaparecer también la escuela, el centro social, la atención de la salud y la capilla. En consecuencia, la mayor parte del personal que trabajaba en estos lugares fue indemnizado por la Parroquia; otra parte, los menos, pudo ser ubicada en otros empleos. Respecto del personal asalariado, sin embargo, hay una nota que puede ser destacada y que revela la calidad de las relaciones existentes. Es la que se refiere a la buena disposición de casi todos ellos, afectados en medida importante por el cierre de su fuente de trabajo.

Al desaparecer la obra de Villa Saldías se clausuró también una etapa de la comunidad asuncionista de San Martín de Tours; un tiempo durante el cual trabajaron con ardor varios religiosos. Los aspectos humanos y cristianos que caracterizaron las relaciones de personas y sectores tan diversos entre sí, constituyen un testimonio de unidad entre sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Sin duda, fue el fruto de una labor de años, perseverante y bien conducida, constructora de cohesión social y de comunidad eclesial.

La visita del Superior general

En marzo de 1976, el boletín *Asunción* publicó una síntesis acerca de la visita realizada a la Región por el nuevo Superior general, el P. Hervé Stéphan. La misma podría considerarse una evaluación de ese momento y una señal puesta hacia el futuro, que a la distancia se nos hace necesario volver a leer. Aunque no usemos en general el encomillado, recurriremos a ella.

Deseoso de “conocer la situación socio-política de la Argentina, en medio de la cual nuestra vida apostólica se desenvuelve”, el Superior general “mostró especial interés en conocer todo lo relativo a las comunidades que se han formado en los últimos tiempos en la Región”. En ellas ve un signo alentador; pero subraya también que es preciso que “ese paso hacia adelante sea dado por el conjunto de los religiosos”. Los miembros de las nuevas comunidades deben mantenerse atentos a la marcha de aquellos que llevan otro ritmo y otro tiempo. Y se preguntaba también, el Superior general, por el significado de la presencia de las nuevas comunidades, para el futuro de la Región.

En reunión con los responsables de la Región, el P. Hervé Stéphan señaló lo que él llamó “caminos de gracia de la Región”. En este sentido recalcó la juventud de la Asunción argentina, las vocaciones con que cuenta y la presencia de religiosos que han significado tanto en la vida de la Región; el buen entendimiento de los religiosos entre sí y la caridad que existe entre ellos; la voluntad de concretar algo nuevo, que se ve en la Región, manifestada en la renovación de las comunidades existentes y la creación de otras; en la presencia del Santuario de Lourdes con sus potencialidades y su posibilidad de renovación pastoral.

Pero subrayó también “esfuerzos por hacer”. Los cuales consisten en buscar decididamente que la renovación de las comunidades se realice especialmente desde la reflexión y la oración comunitarias; dar a los jóvenes el lugar que deben tener en el esfuerzo por recrear la vida religiosa, pero sabiendo aprovechar la riqueza que aportan los mayores; evitar que puedan surgir diferencias entre algunos más “renovadores” y otros “más inclinados a determinado tipo de presencia pastoral”; hacer que los laicos participen siempre más en nuestra labor pastoral y puedan enriquecerse con el espíritu de la Asunción; tener en cuenta las prioridades pastorales señaladas en el último Capítulo de la Provincia; mantener en el Santuario de Lourdes una comunidad y un equipo creativos.

En la síntesis de la cual nos servimos, se expresaba también que, una vez regresado a Roma, el General envió una carta en la cual se refería a “las horas difíciles que vivimos en nuestra Iglesia”, las que sin duda habrán de marcar nuestro porvenir; pero la Asunción, después de su último Capítulo, deberá aprovechar la suerte que se le brinda para renovarse y adaptarse a un mundo en plena mutación. Y agregaba que de ahí se sigue la necesidad de encarnar la vida asuncionista en la realidad del país; de tener muy presente que la liberación, en su sentido cristiano, se concreta también en el esfuerzo de los hombres por crecer como tales; de valorar el servicio que la vida religiosa representa en el campo de lo político.

Desde otro punto de vista, el P. Hervé Stéphan exhortaba a las nuevas comunidades para que, “por la creatividad y por el testimonio de la vida comunitaria y apostólica, sean un estímulo para las comunidades más antiguas, suscitando entusiasmo y contagio en toda la comunidad regional. En efecto, habría que evitar que la creatividad y la vitalidad fueran especialidad de las generaciones jóvenes, a riesgo de dividir la Región. La diversidad de obras no excluye la comprensión mutua ni la ósmosis permanente entre las comunidades fundadas por nuestros pioneros y las que surgen ahora”.

“El porvenir de la Región depende ampliamente de las comunidades -agregaba-. Es una responsabilidad de la que ellas deben tomar conciencia. Pero este porvenir está fuertemente marcado también por la dimensión apostólica de la pastoral en el Santuario de Lourdes”.

En el mismo número del boletín *Asunción*, el P. Dionisio Solano, Vicario general de la Congregación, comentaba en carta al Regional: “Cuando uno compara la mentalidad de hace algunos años con la actual, se ve el progreso que se ha ido produciendo poco a poco. La llegada de algunos jóvenes, aunque no sean muy numerosos, es muy esperanzadora. No hay que lamentar que se retiren aquellos que no inspiran un mínimo de garantías para llevar nuestra vida religiosa, aunque sea con formas muy distintas de las que hemos llevado hace años”.

Estas palabras que terminamos de citar se parecen mucho a una evaluación y una confesión de esperanza, a las puertas de lo desconocido. Una suerte de evaluación que podría ser ampliada con el testimonio del P. Hervé Stéphan, dado en el Coloquio de Historia del 150° Aniversario de la Congregación (Lyon-Valpré, Francia, 22-26 de noviembre de 2000). En efecto, en aquella ocasión se exhibió un testimonio filmado, de los ex Superiores generales de la Congregación. En ese film, el P. Stéphan, respondiendo a una pregunta decía, con manifiesta emoción, que el mayor dolor que le tocó experimentar, mientras era Superior general, fue sin lugar a dudas el que le produjo la crisis de 1976 en la Asunción argentina, con la desaparición de nuestros hermanos. Un dolor muy profundo por lo sucedido a la comunidad asuncionista, de la que tantas esperanzas se tenían, y que debió atravesar aquella prueba con tanto padecimiento. Para la Asunción argentina, “las puertas de lo desconocido” comenzarían a abrirse tres meses más tarde; pero la historia, para que pueda darnos una respuesta debe ser leída con los ojos de la fe. Y para que la respuesta se vuelva realidad, se necesita la osadía de un Manuel d’Alzon; una osadía que nace de la fe vivificada por el amor sin límites.

D. AL SERVICIO DEL REINO

Las empresas humanas encuentran su razón de ser en los frutos que están destinadas a producir; pero son los hombres que ellas convocan, los que lo explican todo: Empresas, éxitos, fracasos... En esta sección reuniremos unos temas capitales para el apostolado de la Asunción. Me refiero a la vida consagrada tal como ésta se va encarnando día a día en la persona de los religiosos, para lo cual me detendré en algunos testimonios acerca de tres de ellos, y luego al cultivo de las vocaciones asuncionistas argentinas.

Figuras Asuncionistas

P. Antonio Berthou

El P. Antonio Berthou había nacido en Daoulas, Bretaña (Francia), el 26 de julio de 1896. (91). Su padre y uno de sus tíos eran marineros. Él, un bretón de voluntad granítica, era un intrépido que había heredado de sus antepasados el coraje y el valor con que éstos acostumbraban domar las tempestades. En el alumnado (seminario menor asuncionista), le dijeron un día: “El próximo año no regreses”. Pero él, hombre tenaz, regresó, se quedó y fue el gran misionero que conocimos en la Argentina y Chile.

Habiendo cursado los estudios de gramática y retórica en Bélgica y Suiza, el 14 de agosto de 1913 ingresaba en el Noviciado en Luxemburgo. Pero los alemanes se habían apoderado del Gran Ducado, cortando toda relación con la Congregación. Había allí unos sesenta religiosos sin recursos ni posibilidad de obtenerlos; todos eran extranjeros, menos el Hno. Eustaquio Bach, un luxemburgués que años después estuvo en la Argentina. Intensificaron entonces el cultivo de las tres o cuatro hectáreas que poseían y, durante la primavera y especialmente en el verano, un equipo de cinco hermanos regaba hasta la media noche o la una de la mañana todo lo que tuviera alguna posibilidad de transformarse en comestible. El jefe incuestionable de este equipo era el Hno. Antonio. En aquellos días se pasó hambre, tuvieron que vestir ciertas prendas confeccionadas con un papel especial y se sufrió miseria; pero puedo afirmar -dice el P. Carmelo- que el Hno. Antonio fue uno de los que más sufrieron.

Cuatro novicios habían muerto tuberculosos y el Superior, para evitar una tragedia mayor, transformó a los novicios en labradores, en tres granjas alejadas de la capital. En esa aventura, al Hno. Antonio le tocó el papel de

albañil; lo cual le hizo contraer “la enfermedad de la piedra”, como decía él mismo refiriéndose a las numerosas construcciones que debió realizar siendo Superior. Recién el 21 de diciembre de 1917 pudieron trasladarse a Lovaina para empezar los estudios de filosofía y hacer la Primera Profesión, casi cuatro años después de haber terminado el noviciado.

En noviembre de 1918 se firmó el armisticio pero todos debieron marchar al cuartel. Casi un año después fueron desmovilizados y pudieron volver a Lovaina para continuar filosofía y teología. El 6 de noviembre los “luxemburgueses” podían hacer la Profesión Perpetua, encabezados por el Hno. Antonio, que era el veterano. En Lovaina se vivía entonces una atmósfera enrarecida. Poco antes se habían realizado -por primera vez- las elecciones en vistas del Capítulo general y en ellas participaron todos los Profesos Perpetuos; pero hubo “campañas electorales” y se produjeron resultados imprevistos. Por fin, el 5 de agosto de 1923 tendría lugar su ordenación sacerdotal en la capilla de la comunidad, que sería totalmente destruida en la Segunda Guerra Mundial.

El 20 de octubre de 1923, el P. Antonio se embarcaba en Marsella con el P. Carmelo Péroulié, el P. Luis Folliard, el P. Estanislao Piton y otros. Desde Buenos Aires siguió rumbo a Chile y en Los Andes se encontró con una comunidad a la que varios religiosos le habían dado la fama de ser un centro notable de espiritualidad. El P. Antonio fue designado capellán de las Carmelitas; pero sus ardores juveniles no cuadraban bien con la serenidad contemplativa del monasterio. Las hijas de Santa Teresa apreciaban el fervor y la piedad del capellán; pero se sorprendían de sus pocos pelos en la lengua, de su habla poco castiza y de sus modales.

Su primera estadía en Chile fue interrumpida en 1925, cuando regresó a la Argentina. Aquí fue ecónomo de Santos Lugares y capellán de Caseros, donde se hizo cargo de la construcción de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Merced y levantó una capilla provisoria en Villa Mathieu. Dedicado sin descanso a estas tareas, su salud se resintió y en 1927 tuvo que regresar a Chile.

En Los Andes, su regreso y su insistencia pesaron para que se creara la Parroquia de Nuestra Señora del Tránsito, en la cual encontró el campo de apostolado a su medida: La inmensa Cordillera hasta la frontera con la Argentina, primero como Vicario cooperador y luego como Párroco (1931-1936). Se internó en todos los rincones de la Cordillera buscando a sus feligreses -que nunca habían visto a un “cura”-, preparando a los chicos para la Primera Comuni3n, regularizando matrimonios... y levantando la capilla de Río Blanco en plena montaña. Su actividad desordenada y su despreocupaci3n por sí mismo lo agotaron y cay3 víctima de una septicemia que sólo pudo superar gracias a su robusta constituci3n. La convalecencia fue larga y, como consecuencia, una afecci3n a sus piernas lo acompañ3 durante toda la vida.

El P. Antonio Berthou no poseía una inteligencia especulativa, pero era hombre práctico y previsor. En Chile, además de la construcci3n de la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Tránsito, fund3 un colegio para niñas, ayudado por una Congregaci3n de origen chileno, las Hermanas del Amor Misericordioso. “Cada vez que pude pasar por Los Andes -escribe el P. Péroulié-, llegué a preguntarme cómo en tan poco espacio pudieron convivir un colegio floreciente (quizá con más de doscientas niñas) y una casa de religiosas, no sabiendo qué era de más admirar, si la audacia del Párroco o la abnegaci3n y el desprendimiento de las religiosas”.

En marzo de 1936 regres3 a Santos Lugares como Superior, Párroco y Ec3nomo, sin saber que estaba inaugurando su más larga y fecunda etapa, que sería también la última.

En Santos Lugares lo esperaba la continuaci3n del grandioso templo iniciado por el P. Silbermann, la construcci3n del edificio del colegio (donde hoy se encuentran los Ateneos M. d’Alzon y A. Silbermann), y la del cine-teatro parroquial (actualmente desaparecido). Hombre previsor, como debe serlo todo buen director, adquirió el terreno donde por muchos años funcion3 la Fraternidad de Lourdes y ahora se halla el Instituto Nuestra Señora de Lourdes. Pero las obras materiales que emprendía tenían como

objetivo cobijar a las de orden espiritual. Numerosas y florecientes, las asociaciones de la Parroquia habían sido fundadas en su mayoría por el P. Jorge Neusch, que las seguía animando y les comunicaba su impulso; pero los scouts, sin embargo, llegaron a ser dominio exclusivo del P. Antonio Berthou hasta su fallecimiento. Por otra parte, con gran entusiasmo, en la Diócesis se creó hacia 1940 la JOC (Juventud Obrera Católica), con sus ramas masculina y femenina. El Párroco de Santos Lugares acompañó a sus jóvenes en todas sus manifestaciones, que fueron por cierto numerosas y ruidosas. No obstante, si había buena voluntad y entusiasmo, faltaba formación y preparación; lo cual, unido a las circunstancias políticas de esos años y a las promesas que las acompañaban, hizo que esta organización católica, nacida como una gran esperanza, tuviera corta duración.

El 1° de enero de 1945, el P. Antonio pasó la conducción al P. Carmelo Péroulié; pero por espacio de casi dos años tuvieron que llevar entre los dos, casi solos, las labores de la Parroquia, del Santuario y del Colegio, dada la edad avanzada y la salud precaria de los otros tres sacerdotes de la comunidad.

Cuando el P. Jorge Neusch fue trasladado a Chile (1945), el P. Antonio lo sucedió en la dirección de la escuela y, a pesar de las dificultades políticas de esos años, fue éste un período exitoso, gracias a la capacidad y energía del Director y de sus colaboradoras. A partir de 1947, cuando llegaron nuevos refuerzo desde Francia, se dedicó preferentemente a la escuela primaria y a la Academia (hasta 1962) y a los scouts (hasta su fallecimiento). El día lo pasaba prácticamente en la escuela, que durante un decenio tuvo la fama de ser la mejor de todas las escuelas del inmenso Partido de San Martín. La Academia funcionaba por la tarde en el mismo edificio, y en ella se enseñaba inglés, francés, radio y dactilografía a jovencitos de familias pobres, con la ayuda de amigos profesionales que colaboraban gratuitamente o por una muy modesta retribución. Entre éstos figuraba don Carlos Righini, que además de dar cursos de radio conseguía buenos empleos en *Radio París*, donde trabajaba, y donde varios de sus alumnos hicieron carrera. Para sostener la Academia, además de la módica cuota que

pagaban los alumnos, el P. Antonio vendía útiles escolares (cuadernos, lápices, gomas, etc.) y realizaba rifas.

Respecto de su actuación junto a los scouts, aunque dijéramos mucho, siempre sería poco. Realizó más de cuarenta campamentos; como capellán scout batió todos los records nacionales de permanencia sin interrupción en ese puesto. La USCA le entregó una medalla especial, premiando con esta distinción la labor eficaz realizada en la asociación. Pero, podríamos agregar que el mejor testimonio de lo que el P. Antonio fue para esos chicos se reflejaba cuando éstos, ya hombres, llegaban, lo besaban como al padre o al abuelo que se ama, y le presentaban a sus propios hijos. Su permanencia de treinta y cinco años ininterrumpidos, los miles de niños que formó en la escuela, en la Academia y los scouts, y los obligados contactos con los padres y familiares de éstos, hacían de él el hombre popular de Santos Lugares y sus alrededores. Tenía la fama de saber curar las *bubas* de los niños mejor que los médicos, pero sabía reconocer hasta dónde podía llegar y los enviaba al médico cada vez que descubría un problema serio.

El P. Antonio Berthou era un hombre franco y derecho. Los niños sabían que los amaba de veras y en cuanto lo veían corrían para abrazarlo como a un abuelo. Pero su cariño no era débil y en ciertas oportunidades un buen coscorrón ayudaba a alguno a encontrar su lugar; después del incidente nadie hablaba más del asunto. Dotado de gran espíritu sobrenatural, era duro consigo mismo pero siempre estaba dispuesto a ayudar y a dialogar, interesándose por los problemas de los jóvenes. El sacerdocio le permitió alcanzar la condición del hombre maduro y la plenitud de su sensibilidad humana: Por eso era un padre para todos.

Afectado por un ataque de diabetes, a fines de 1970, y luego por un inexplicable dolor de espalda, su médico le permitió satisfacer el deseo de acompañar a los lobatos en su campamento anual. (Hubiera sido la primera vez que faltara a uno de ellos). A principios de 1972 se renovó en él la misma preocupación; para evitarle molestias se le ofreció conducirlo en automóvil, pero su respuesta fue clara: “Si no puedo ir con ellos en el tren,

prefero no ir de ningún modo”. Después de otras alternativas dolorosas, Dios lo llamaba el 22 de febrero. Al despedir sus restos, el antiguo Jefe Nacional Scout, M.S. Humberto Astelli -uno de sus primeros discípulos- anunció que la Tropa, alrededor de su Capellán, iba a rezar la oración de la noche como durante tantos años lo había hecho en los campamentos.

P. Carmelo Péroulié

El P. Carmelo Péroulié nació en la población bearnesa de Nay, al pie de los Pirineos franceses, el 28 de mayo de 1897. Era hermano del P. Vicente, muerto prematuramente después de enseñar teología con rara competencia en Lovaina y Lormoy, durante once años. (92).

Pasados cuatro años de estudios primarios en Elorrio (España), ingresó en 1911 en el alumnado de humanidades de Taintignies (Bélgica). A los 14 años era un buen condiscípulo, joven de edad y de carácter alegre. El 14 de agosto de 1913 recibió el hábito asuncionista en el noviciado de Limpertsberg (Luxemburgo) con otros cuarenta postulantes. Tenía 16 años y en ese tiempo el noviciado duraba dos años. Mientras hacía el noviciado, las tropas alemanas invadieron Luxemburgo y los novicios que tenían la edad exigida para tomar las armas fueron movilizados; los demás, unos sesenta, entre los que se contaba el Hno. Carmelo, quedaron en la casa.

Por exigencias de la guerra, en septiembre de 1915 la casa debió transformarse en escolasticado de filosofía. Pero, como estos estudiantes carecían de los elementos necesarios para estudiar, copiaron (¡a mano!) y policopiaron el único ejemplar del curso de filosofía de C. Zigliara, que existía en la biblioteca. El Hno. Carmelo, sin tener el vuelo intelectual de su hermano, era un estudiante aplicado. Sus estudios se vieron favorecidos por la atmósfera de forzado recogimiento impuesta por la imposibilidad de salir de la propiedad y de recibir correspondencia; solamente se oían los cañones alemanes que tronaban intensamente sobre Verdún, a 40 km. en línea recta. Al empezar, las condiciones alimentarias eran satisfactorias, gracias a las

abundantes reservas hechas al principio de la guerra; pero en los comienzos de 1917, la disminución de las mismas trajo angustia. La base de la alimentación eran unas habas harinosas usadas comúnmente en la alimentación de los caballos, y unos nabos amarillos que no se destacaban por su calidad alimenticia. Como la carne era lo que más faltaba, si algún gato se aventuraba a circular por las inmediaciones, acababa siempre en la cacerola. Era el hambre; pero mientras muchos jóvenes morían en los campos de batalla, entre los asuncionistas de Luxemburgo había alegría, recuerda uno de ellos. Y el trabajo que realizaban en la chacra era también ocasión para dar curso a esa alegría. En efecto, entre los distintos oficios establecieron una jerarquía: Labradores, vaqueros, porqueros... ¡Uno de éstos había puesto a sus cerdos los nombres de los dioses del Olimpo, y otros entonaban las melodías de Vísperas mientras ordeñaban las vacas! En las tardes de invierno organizaban veladas recreativas y se ha conservado el recuerdo -declara el mismo testigo- de un Capítulo de Fiesta en pleno campo, al anochecer. Seguramente, una alegría que no era gratuita ni tan sólo expansión juvenil.

El 18 de mayo de 1918, el Hno. Carmelo hizo la Profesión Perpetua. En septiembre comenzó los estudios de teología, interrumpidos en seguida por algunos meses de servicio militar y proseguidos en septiembre u octubre de 1919. El 5 de agosto de 1923 recibió la ordenación sacerdotal y el 20 de octubre se embarcó en Marsella rumbo a la América del Sur. Llegó a Buenos Aires el 7 de noviembre y aquí tuvo la suerte de ser iniciado en el ministerio sacerdotal por el P. Serafín Protin, un guía de hombres inteligente, afectuoso y abnegado.

Buenos Aires fue el campo de apostolado de toda su vida de sacerdote. Muchas de sus actividades han sido mencionadas en capítulos anteriores; pero cuando falleció, el P. Carmelo pudo ser considerado un pedazo de la historia asuncionista en la Argentina, a la que llegó junto con su compañero, el P. Antonio Berthou, unos meses después de la ordenación sacerdotal de ambos. Aquí derrochó energías y generosidad incontables. El Movimiento Noelista, precursor de la Acción Católica de mujeres en la Argentina, alcanzó con él una importancia de primer orden y una proyección casi

nacional, llegando a constituir una de las páginas más destacables de la acción asuncionista en nuestro país. Sin embargo, el P. Carmelo supo dejarlo desaparecer para que, en su momento, las mujeres formadas en este Movimiento pasaran a integrar la Acción Católica, que siguiendo las directivas de la Santa Sede impulsaba el Episcopado Argentino. Un ejemplo de renunciamiento en el servicio de la Iglesia, hay que decir.

Cuando falleció el P. Carmelo, una excelente religiosa, a la que yo conocía muy bien, me hizo una confidencia. Yo me confesaba con él, me dijo, pero dentro de mí llevaba algo que frenaba toda mi vida espiritual, y de lo que no podía desprenderme aunque muchas veces me lo había propuesto. En una oportunidad en que fui a confesarme, el Padre me dijo que se iba de vacaciones a Córdoba, pero que lo hacía por obediencia. Sus superiores le habían ordenado tomar ese descanso, creyendo que su estado de salud se lo hacía indispensable; pero él pasaría esos quince días -le dijo a la religiosa- haciendo penitencia por su conversión. Entonces la penitente se retiró llorando, incapaz de tomar una decisión que tanto le costaba. Al llegar a una o dos cuadras de la iglesia, no pudiendo seguir adelante, volvió llorando para decir al Padre que haría lo que éste le sugería. Después de Dios, a él le debo mi conversión y la paz de mi alma, concluyó.

La Parroquia San Martín de Tours, que lo tuvo por fundador y primer Párroco (1931-1945), conservó siempre un lugar de privilegio en su corazón de sacerdote. Allí mismo, secundado por otros religiosos, volcó su celo por las vocaciones asuncionistas en la Escuela Apostólica que luego se prolongó en la de Olivos. Lourdes (desde 1945) y su amor filial a María, las Peregrinaciones a Pie al Santuario de Luján, la asistencia espiritual de las Hermanitas de la Asunción y de numerosas comunidades religiosas femeninas ocuparon un lugar importantísimo en su cariño y su actividad. Como Delegado provincial en la Argentina, fue el líder natural de los asuncionistas en nuestro país, que lo apreciaban y respetaban su palabra, por las calidades personales y la intensidad de vida que ponía de manifiesto. Y lo mismo en aquel período en que fue llamado a desempeñarse como Asistente provincial.

El P. Carmelo era considerado, sobre todo, un religioso y un sacerdote de fe inquebrantable, manifestada en una vida de oración particularmente intensa, de una delicada abnegación al servicio de los demás en el ministerio y de una extraordinaria confianza en Dios. Por otra parte, era muy austero y exigente para consigo mismo, pero de una extraordinaria delicadeza y sensibilidad para con los otros. Cuando falleció, en su cuarto sólo se encontró el Breviario, la Biblia y dos mudas de ropa (la que tenía en uso y otra para cambiarse). El impulso renovador comunicado por el Concilio lo encontró en sus años maduros, pero abierto al nuevo paso del Espíritu y completamente dispuesto a aceptar todo lo que esto podía significar.

Pocos meses antes de morir, cuando ya se encontraba muy debilitado, debió recorrer la noche oscura, por la cual Dios lo conducía a la última purificación. Con plena lucidez pidió la Unción de los Enfermos, y antes de recibirla, en presencia de toda la Comunidad reunida en la capilla, pidió “perdón por sus pecados y malos ejemplos”, repitió su compromiso bautismal y renovó su consagración religiosa, ofreciendo su vida a cambio de las vidas de Raúl y Carlos Antonio, con el deseo más sincero de que Dios se la tomara... ¡Qué escena aquella, llena de fe y de confianza, y qué sincero amor a los hermanos y a la Congregación en su alma grande!

Se puede decir que con el P. Carmelo Pémoulié terminó una etapa de la Asunción Argentina, marcada por su presencia junto a la de otros religiosos que han merecido tanto. Superior, Párroco, Delegado provincial, fundador de Parroquia, Director de Noel, Asistente Provincial... en su largo apostolado entre nosotros dio el testimonio de una dedicación total y abnegada y el estímulo de su vida religiosa. Para los asuncionistas de la Argentina y para los Superiores fue el referente obligado. El primer Provincial de Chile-Argentina, P. Regis Escoubas, confesaba que el P. Carmelo lo ayudó mucho en la Argentina y en Chile, en la organización y animación de la Provincia. En efecto, decía éste que el Padre era un hombre de profunda vida interior y enteramente asuncionista. Se puede decir que en el transcurso de su largo ministerio, sólo vivió para Dios y la Asunción, y que sólo tenía amigos que lo querían y veneraban un poco como al que salva y man-

tiene la unión entre todos. Tuvo que resolver problemas numerosos y difíciles, de personas sobre todo; pero, su abnegación, su sentido sobrenatural, su bondad sencilla y afectuosa le permitieron abordarlos y darles una solución feliz, sin dejar jamás en nadie sentimientos de amargura y, menos aún, de rencor. Nunca se negó a nada, incluso cuando sólo a duras penas lograba moverse. Optimista por temperamento, derramaba entusiasmo en torno suyo. Me parece que formó parte de los gigantes que he podido conocer en la Argentina y en Chile, concluye el P. Escoubas.

Seguramente, los que conocieron al P. Carmelo le agradecieron haber encontrado en él la experiencia y la cercanía de Dios. Nunca fue mediocre porque era hombre de oración. Él supo articular el retiro y la soledad con la vuelta a los hombres, como lo hacía el Señor. Conservó un prudente equilibrio entre el *no quieras andar afuera* de San Agustín y la extroversión. Así debe ser, porque no puede haber acción auténtica ni experiencia seria si el hombre no desciende hasta la zona profunda y solitaria de su corazón, que es la *última soledad del hombre*, en la expresión de Escoto.

Por su parte, el P. Solano, Vicario general de la Congregación, expresaba: “No exagero diciendo que es el religioso que más he admirado y querido (con haber otros que también he admirado). Más de una vez he repetido lo que pensé a los pocos meses de llegar a Santos Lugares en 1956, que merecía la pena dejar Europa para irse a América, aunque sólo fuera por conocer al P. Carmelo, pero conocerlo vislumbrando lo que era su vida interior y su entrega al Señor en sus hermanos. He pasado con él muchos años; lo reemplacé como Párroco y Superior en Santos Lugares, y poco después como Superior regional. No tengo el menor recuerdo de nada que le haga desmerecer en mi estima. Los defectos humanos que todos le conocíamos desaparecían ante la realidad profunda del hombre de Dios que se revelaba en todo. Pero había que vivir muy cerca de él para ver lo que era su vida de oración, su entrega a la voluntad de Dios, su mortificación, su caridad que hacía imposible criticar a cualquiera delante de él. Cuando en diciembre [de 1976] estuve ahí tuve dos largas conversaciones con él. El Padre sufría. Estoy seguro de que era la prueba de la purificación que Dios

le mandaba. Los sufrimientos corporales no le preocupaban tanto; pero en el último año de su vida pasó por períodos de oscuridad, de aridez, de no sentir más en Dios al *Padre*... Me alegró muchísimo poder conversar con él de todo esto y asegurarle que rezábamos por él. La despedida, antes de ir al aeropuerto el 23 de diciembre, fue realmente la última. Los dos lo sentíamos así y no tuvimos ningún reparo en hablar de ello; de su próximo fallecimiento. Me costó no llorar cuando nos dimos el abrazo de despedida”.

El P. Carmelo Péroulié transitó por muchos caminos, sus ojos vieron muchas cosas, su alma fue testigo de innumerables dramas y congojas. En su largo caminar enseñó a muchos cómo se vuelve a la casa del Padre. Incontables son los que encontraron en él el consejo, la palabra oportuna, el acento que devuelve la confianza perdida, la paciencia para escuchar a los que tenían necesidad de contar esa historia muy personal que nos acapara tanto en ciertos momentos de la vida. Sin pensarlo, y como algo muy natural en él, ejerció lo que se suele llamar la crítica vertical. Fue profeta que predicó de muchas maneras la trascendencia de Dios. Nadie podrá decir que el P. Carmelo no nos haya dejado el testimonio de la afirmación de lo sobrenatural. Sin caer jamás en el angelismo desencarnado, toda su vida fue una constante denuncia de cualquier interpretación que pudiera reducir al hombre y su vida a dimensiones horizontalistas. Porque reflejó el lado humano y cristiano de la vida, la suya fue un prédica contra la absolutización de lo relativo. Fallecido el 15 de febrero de 1977 en el Sanatorio San José (de Buenos Aires), fue sepultado en el cementerio del Santuario de Santos Lugares.

El P. Enrique Tiscornia

El P. Enrique Tiscornia nació en Buenos Aires el 19 de junio de 1908 (93). Era hijo de un matrimonio de inmigrantes genoveses. Su madre hizo el viaje entre Génova y Buenos Aires estando embarazada. Su padre puso comercio en la Capital Federal e importaba de Europa los muebles que ofrecía a sus clientes, pero no disfrutó de prosperidad. Cursó los estudios

primarios en la escuela estatal (1916-1921) y los secundarios en el Colegio de La Salle (1922-1926). Siguió medicina en la Universidad de Buenos Aires, pero en el tercer año abandonó los estudios para ingresar en la Asunción. En Francia, hizo el noviciado en Nozeroy (7 de marzo de 1932); cursó la filosofía en Scy-Chazelles (1933-1935) y la teología en Lormoy (1935-1938). Ésta última, sin embargo, debió terminarla en el Seminario Conciliar de Buenos Aires, donde recibió la ordenación sacerdotal el 25 de marzo de 1939.

El P. Enrique, por su testimonio de religioso y por el ministerio sacerdotal que fue llamado a ejercer, hizo de su paso por la Congregación un instrumento de salvación y de vida para los demás. En una ocasión, cuando al ver flaquear sus fuerzas ya disminuidas, uno de los sacerdotes de la comunidad, que se ofreció para reemplazarlo en el confesionario, le oyó esta respuesta: “¡No, por favor! Dejame que lo haga yo. ¡Quiero ser sacerdote hasta el final!”

Sacerdote fue toda su vida. Y esto se manifestó desde sus comienzos, cuando recién ordenado sacerdote celebró una de sus primeras Misas por las Orantes de la Asunción, que aspiraba traer a la Argentina. En efecto, siendo “muchachito de 12 años, en un supremo anhelo de oblación, ofreció su vida para la salvación de la República Argentina [...] Luego esperó la muerte día por día. Con un poco de desilusión se miró crecer fuerte y sano, corajudo y alegre; sin renegar nunca, sin embargo, de su ofrenda heroica.

“Así llegó a los veinte años, plenitud de vida, de ilusiones y de posibilidades. Veinte años intactos. Veinte años sonoros [...] Y ¡le llamó el Señor! ‘¡Ven, hijo! Los anchurosos campos de la Patria ya comienzan a blanquear. ¿Quién recogerá la mies abundosa? Tu cántico nuevo ha de resonar en las grandes extensiones argentinas como una triunfal melodía de consagración. Te me diste cuando niño; ahora te tomo en esa juventud perfecta que mi bendición de Padre libró de todo mal y preparó para todo Bien’” (María Didda Agüero) (94).

Sacerdote fue toda su vida. Lo fue cuando fundaba el Grupo Scout Nuestra Señora de Lourdes (1939), con el afán de acercar a los niños y jóvenes a Cristo. Lo fue cuando, junto con otros asuncionistas, se puso al frente de la primera librería católica de Buenos Aires, para ofrecer así a los católicos de la ciudad esas lecturas gracias a las cuales podrían encontrar formación más sólida. Lo fue cuando desde la radio anunciaba la palabra evangélica a las multitudes. Pero el P. d'Alzon había señalado el cultivo de las vocaciones como una característica propia del religioso y el sacerdote de la Asunción; por eso, junto con el P. Carmelo Pémoulié se lanzó a la creación de la Escuela Apostólica San Martín de Tours (1943), cuando ambos comprendieron que la Iglesia y la Congregación debían buscar en el país a los muchachos dispuestos a consagrarse para el servicio del Reino de Dios. Sin contar otras vocaciones que se orientaron a otras Congregaciones, masculinas y femeninas, en la Asunción hubo cinco religiosos que decidieron su orientación vocacional en diálogo con él. Por eso -confesaba María Isabel Olmedo, Hermanita de la Asunción-, “cuando hacia el año 40 llegaba a la Parroquia de Belgrano Bajo este joven sacerdote con rostro de niño bueno pero blanco en canas, los jóvenes de entonces no tuvieron el menor problema para lograr un encuentro profundo con quien debía marcar sus vidas”.

Entre sus actividades pastorales de joven sacerdote, hay que recordar que estuvo al lado de la rama juvenil masculina de la Acción Católica, que nacía en la Argentina. Más tarde, participando en el Movimiento Familiar Cristiano, acompañó decididamente a varios equipos de este movimiento laical. Pero también supo dedicarse a otras actividades, menos encuadradas dentro de lo formal de una institución, y creó unos grupos de reflexión integrados por matrimonios o sólo por mujeres. Éstos eran grupos de formación, que estudiaban temas de teología, filosofía, literatura, arte y, en general, temas de cultura que permitían a esos hombres y mujeres alcanzar una mejor formación en las ideas que tenían relación con el pensamiento cristiano. Él preparaba primero el tema, sirviéndose de algún libro de actualidad, y hacía unos cuadernillos de alrededor de veinte páginas o más, muy bien presentados, para que sirvieran a esos laicos de “cartilla” de estudio.

Luego de estudiar el tema lo debatían en los grupos hasta agotar las consideraciones posibles.

En la historia espiritual del P. Enrique se descubre claramente el hilo conductor de la gracia divina en un alma creyente y generosa. Un hilo que, partiendo de una primera experiencia de Dios -cuando él recién estaba por entrar en la adolescencia-, lo llevó a la oblación de su propia vida para la salvación de las almas y le descubrió la vocación sacerdotal. El Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires (1934) -que vivió a la distancia pero al cual se sintió y estuvo íntimamente unido- lo condujo a profundizar en el sentido de esta oblación. Todo esto hará que después, con lógica sobrenatural, florescan su trabajo por las vocaciones sacerdotales y religiosas; la llamada de las Orantes de la Asunción a la Argentina, después de largo tiempo de preparación; la dirección espiritual de las almas llamadas a una vida de mayor exigencia; la Cofradía de Nuestra Señora de las Pampas, que agrupaba a estancieros católicos; y, en lo personal, una profunda vida de oración, las exigencias de la pobreza y el desprendimiento de las cosas materiales, y una gran dedicación al trabajo. A partir de ello se puede hallar y explicar el sentido de su apostolado sacerdotal. Sin embargo, hay una observación que no es posible evitar, y es la presencia de la madre en el despertar de su vocación, narrada por él mismo: “Mi vocación nació desde muy chico, con las oraciones que me enseñó mi madre. Se manifestó en la lectura de una revista misionera que me infundió el deseo de ir a las misiones africanas”; pero yo “no manifestaba a nadie esta intención. La vocación se fue consolidando al leer una vida de Jesucristo, que leía y releía muchísimas veces. Lo que me impulsó a dedicarme a trabajar para la salvación de la Argentina e impedir las apostasías.

“Terminado el secundario, me ocupé de las familias pobres asistidas por las Conferencias Vicentinas, junto con otros amigos con quienes se fundó la Juventud Católica en el año 1930. Participé en la organización de la Misa anual del estudiante, [con la cual se intentaba] nuclear a los muchachos en unos círculos de piedad que se nutrían en la adoración nocturna del Santísimo Sacramento. A los 22 años conocí a un grupo de señoras, discí-

pulas del P. Serafín Protin. Este grupo, llamado Noelista, era muy activo y se estaba difundiendo en varias provincias del interior de la República. Todas estas actividades, y sobre todo el círculo de Adoración del Santísimo Sacramento, impulsaron mi resolución de optar por el sacerdocio en la vida asuncionista.

“Cuando decidí ser religioso lo participé en primer lugar a mi padre, porque aunque él no practicaba era muy respetuoso de las opciones ajenas. Yo sabía cuánto le iba a costar a mi madre mi resolución. Sucedió así: Un día, durante el almuerzo, mi madre se levantó llorando y se fue a su habitación. Mi padre me hizo señal de que la siguiera. Allí le pregunté qué le pasaba y ella me respondió: ‘¡No sé, no sé! ¡Me va a pasar una desgracia!’ Entonces yo le hablé de mis proyectos. Ella no los discutió, y a los pocos días fue con papá a Santos Lugares, donde yo debía incorporarme a la comunidad. Delante de la Virgen de la Gruta se sintió conmovida y le dijo a María Santísima: ‘¡Te lo doy!’”

El apostolado que lo absorbió durante la mayor parte de su vida, fue el del ministerio parroquial, como Vicario y, la mayor parte del tiempo como Párroco. San Martín de Tours y Belgrano Bajo lo recuerdan como tal; pero trabajó también algún tiempo en el barrio de la Av. Mitre y Moreno, en Munro, donde inició la construcción del templo que hoy es iglesia parroquial. En el aspecto social debe destacarse su accionar en Villa Saldías, donde echó los cimientos de lo que sería años después, con la colaboración de otros religiosos y laicos, una realización ejemplar en muchos aspectos.

Su formación teológica y humanística, su conocimiento de la cultura clásica los puso siempre al servicio de la misión del sacerdote. Iba al cine, analizaba las películas que veía y organizaba debates de rara profundidad. A pesar de todo lo que trabajaba, era mucho lo que leía y estudiaba, y mientras tuvo fuerzas físicas tomaba notas. Leía los mejores libros de teología de ese momento. Leía novelas; pero no con la fantasía de ciertos lectores de novelas, sino acompañando esta lectura con el análisis de las ideas que en

ella descubría, y en dirección de lo que estas ideas representaban para la fe del cristiano y para el hombre.

Tal vez al P. Enrique Tiscornia, como a muchos otros hombres, se le hubieran podido señalar ciertos defectos que se originaban en su temperamento nervioso e impulsivo. Aquellos que lo trataban de cerca lo consideraban una persona de carácter fuerte y se podía admitir, incluso, que cuando joven solía excederse en el uso de las palabras. Sin embargo, quien esto escribe pudo comprobar que existían personas respecto de las cuales nunca se dejó vencer por la pasión. ¿Estima?... ¿Afinidad?... ¿Afecto?... Creo que una suerte de valoración, por algo que él apreciaba, y que se transformaba en una mezcla de respeto y de aprecio a la persona misma. Estos últimos eran personas que lo tenían en gran estima. Pero lo que se destacaba en él era sobre todo el hombre apostólico, el pastor, el director de almas. El hombre que amaba a la Iglesia de Cristo y a la Congregación se revelaba en la preocupación permanente por suscitar vocaciones religiosas y sacerdotales.

La larga y penosa enfermedad que aquejó al P. Enrique fue realmente su pasión. Lo persigió siempre, pero especialmente en sus últimos años, bajo la forma de un asma que lo hizo sufrir mucho, del Mal de Parkinson, de osteoporosis y artrosis. Aunque en los últimos tiempos de su vida difícilmente se le podía entender lo que decía, nunca perdió la lucidez. Más aún, cuando conseguía darse a comprender, por lo primero que preguntaba era por la Congregación, las personas, las novedades. Si se le hablaba de la Asunción parecía revivir y nunca se privaba de hacer alguna reflexión. Cuando la salud le permitía ir en silla de ruedas a compartir los actos comunitarios, nunca dejaba de hacerlo. En comunidad recibió la Unción de los Enfermos y regularmente la Eucaristía.

Pero la cruz más grande la llevó sobre todo al final de su vida, cuando el temor se apoderó de él. Era el temor prendido a la raíz de las cosas y de la fe; el temor a la nada, al vacío, a la disolución en el no ser. Pero, al final, la única ciencia que nos queda es la de saber en quién hemos creído.

Y toda fe, todo dolor, acaba en eso. En el momento de la decisión suprema, el P. Enrique, de la mano de Dios, se abandonó en Aquel al que había creído. Falleció en Santos Lugares el 21 de diciembre de 1993. Su rostro de muerto es el rostro más dolorido que he visto. Pero “en sus últimos años - dice la Hna. María I. Olmedo-, el vía crucis de su enfermedad no le impidió, aunque sólo fuera por breves momentos, llegar hasta las profundidades y mostrar el camino a quienes tuvimos la gracia de acercarnos a él: ‘¿Qué quiere el Señor?’ ‘¡Ya vendrá!’ Éste fue el testamento que recogí de él unos días antes de su partida”.

Las Vocaciones Argentinas

El desarrollo vocacional de la Asunción en la Argentina pasó por diversos momentos; cada uno de ellos con su peculiar característica, como es natural.

Los primeros misioneros y las vocaciones

Como ya hemos dicho, los primeros misioneros se establecieron en Buenos Aires en 1910, después de algunos intentos sin éxito en La Plata. Estoy convencido de que es errónea la sospecha levantada por algunos, en el sentido de que esta decisión la tomaron porque Buenos Aires resultaba ser un lugar más cómodo para los desplazamientos entre Chile y Francia. Ese gran misionero que fue el P. José Maubon, al tomar la decisión de fundar tenía unas miras menos triviales en su dilatado corazón de apóstol; lo mismo el P. Román Heitman y otros. Aparte de todo ello, ha quedado aclarado que muy pronto hubo religiosos que entendieron que esta ciudad les ofrecía un campo de apostolado de primera importancia. Buenos Aires, según el P. José Maubon, les brindaba todas las condiciones para crear una misión de calidad, y por eso reclamaba -según el P. Blachère- personal bien preparado. La contrapartida fue que la Asunción se quedó encerrada en la gran ciudad “europea” y no salió al interior, al encuentro del elemento criollo; lo cual revela la existencia de una opción por la ciudad porteña, que marcó hasta el presente a la Asunción argentina.

Desde que llegaron a Buenos Aires, los asuncionistas desarrollaron un interesante y fecundo apostolado entre la juventud de clase media. De allí surgieron vocaciones que más tarde demostraron poseer condiciones sobresalientes; pero estos jóvenes, al no hallar lugar en la Asunción que

nacía en la Argentina, canalizaron sus inquietudes apostólicas hacia las filas del clero diocesano. Con la ayuda de religiosos mayores, yo mismo he podido hacer el recuento de por lo menos 12 ó 14 excelentes sacerdotes que decidieron su vocación en contacto con asuncionistas de esa época, sin que ingresaran en la Congregación. En vistas de ello, en 1923 crearon el primer noviciado de América latina, de donde salieron 2 sacerdotes y 2 hermanos coadjutores; y sin embargo, esta prometedora iniciativa se interrumpió muy pronto, cuando el noviciado fue trasladado a Santiago de Chile. En efecto, aplicando una política que fue asimismo la de otras Congregaciones extranjeras, nuestros primeros misioneros, fuera de este breve período del noviciado de Santos Lugares, no reclutaban en el país. Esto fue así, no obstante el deseo del P. José Maubon y de que, en 1938, habían adquirido en la localidad de Caseros Norte un terreno de 20.000 metros cuadrados para construir en él la Escuela Apostólica. Ésta se creó, en realidad en 1943, en San Martín de Tours. Por otra parte, hasta el año 2002, la Parroquia de Santos Lugares dio a la Congregación 10 vocaciones que llegaron a los votos perpetuos (G. Kearney, J.C Massaldi, R. Favre, J. Fontán: sacerdotes; J. Fornés: coadjutor; M. Nace, J.C. Marzola: en camino hacia la ordenación; P. Soares: pasó al clero diocesano siendo sacerdote; M. González, R. Novoa: se retiraron sin llegar a la ordenación); a las que se deben agregar otras 6 que recibieron la ordenación sacerdotal en el clero diocesano (P. Fortuny, G. Svacina, R. Fiordalisi; J. Propato, M. Bertone, J. Comandi: los tres últimos dejaron después el estado clerical). Pero hay también otros 2 (Pbro. Erdocia: natural de Santos Lugares, y Pbro. Giordano: hijo de una socia de la Acción Católica) de los cuales no hemos podido obtener otros datos. Esto representa 30 vocaciones en 92 años, es decir, casi 1 (una) vocación cada 3 años; lo que es más que suficiente para atender las necesidades de la feligresía local.

Buscando explicaciones, no es posible pensar que los religiosos se dejaban guiar por consideraciones de tipo nacionalista. En Europa abundaban las vocaciones sacerdotales y religiosas; lo cual permitía no sólo atender a las necesidades de aquellos países, sino que hacía posible destinar personal a los países de misión. Pero, a pesar de lo que se pueda pensar

respecto de este tema, tampoco hay que olvidar una circunstancia que se producía en la misma Argentina, que era el ánimo inamistoso que las Congregaciones extranjeras encontraban en el país, debido a prejuicios que se manifestaban a veces, incluso entre miembros del clero y de Órdenes religiosas antiguas, sin contar los ataques de la prensa liberal y masónica, que decía defender al clero nacional (95).

Si bien los religiosos asuncionistas pudieron acercarse fácilmente a las clases media y alta, débese recordar que no se produjo entonces una real inculturación. De ahí, quizás, ciertas distancias que existieron entre ellos y los “hijos del país” (96). Uno se inclinaría a pensar que allí podría encontrarse cierta explicación al hecho de que, aquellos que ingresaron en la Congregación, fueron hijos o nietos de inmigrantes o, algunos, inmigrantes ellos mismos. Llamativamente, además, los asuncionistas, que llegaron a la Argentina para atender a la burguesía culta, no le pidieron a ésta las vocaciones que ella les hubiera podido dar. Pero esto lo vemos hoy, después de otras experiencias.

Las vocaciones nativas

Las primeras vocaciones surgidas en la Argentina fueron: Agustín Luchía-Puig, Gabriel Kearney, Enrique Tiscornia, un joven italiano que ingresó en Santos Lugares, otro postulante extranjero que estuvo en Belgrano, Pablo Soares (brasileño de origen portugués), José C. Massaldi, Antonio Pereyra (éste pasó después al seminario diocesano y perteneció al clero de San Isidro), José Fornés (español), Norberto de la Torre y otros dos postulantes que se retiraron. Soares, Massaldi, Pereyra y los dos postulantes mencionados en último lugar fueron enviados a la Escuela Apostólica del fundo Mendoza, cercano a Rengo, en Chile.

Como ya se ha dicho, después de la clausura del noviciado de Santos Lugares, el primer semillero se estableció en 1943 en San Martín de Tours, y en 1953 se trasladó a Olivos; pero, según testimonio recogido por el au-

tor, el P. Zenobio Goffart, a la sazón Vicario provincial de América del Sur, había autorizado antes de 1943 la creación de una Escuela Apostólica que no llegó a fundarse debido a la opinión adversa del Superior de la casa donde la misma hubiera debido establecerse. En San Martín de Tours, la Escuela Apostólica comenzó gracias a un “golpe de mano” debido a la prudencia del P. Carmelo Péroulié y a la tenacidad del P. Enrique Tiscornia, y favorecido por las dificultades de comunicación con Europa, provocadas por la Segunda Guerra Mundial. Por ella pasaron: Sebastián Madeira, Roberto D’Orta, Juan De Gasperi, Manuel Rodríguez, Miguel H. López y Manuel González (que se retiró más tarde). Otros empezaron allí y concluyeron en Olivos.

La formación comenzaba entonces cuando el niño que presumía tener vocación religiosa cursaba la escuela primaria, aproximadamente en los que serían los años 4° a 7° de la Educación General Básica de hoy. Empero, en 1951 y 1952 ingresaron en San Martín de Tours los primeros 7 jóvenes y adolescentes (uno de ellos se retiró al poco tiempo) de los que se decía que eran “vocaciones tardías”, es decir, que ya tenían 14 años o más y habían concluido la escuela primaria.

En Olivos, la nueva Escuela Apostólica San Agustín fue edificada en el terreno situado en la esquina de las calles Paraná y Monteverde, donde el Movimiento Noelista Argentino había tenido la Casa de la Obrera; al cual una de las noelistas, Panchita Beláustegui, agregó el terreno donde se edificó la iglesia de Nuestra Señora de la Unidad. El primer Superior fue el P. Francisco de Regis Loaëc, a quien secundaron como profesores los Padres Alberto Le Guen, Pedro Reynaud y Rubén Mella, en un comienzo. Por esta Escuela pasaron 5 estudiantes que luego fueron sacerdotes asuncionistas, más 1 -chileno- que recibió la ordenación en la Congregación de los Salesianos. Otros 2 asuncionistas no llegaron al sacerdocio, uno por haber fallecido y el otro debido a que su mala salud le impidió seguir estudiando.

Desde que la Escuela fue trasladada a Olivos, el reclutamiento vocacional y la dedicación a la enseñanza permitieron asignar destino a uno u

otro religioso que no encontraba cabida en otras tareas pastorales. Por otra parte, al no contarse con una política vocacional bien definida el “reclutador” se veía obligado a ser menos exigente para aceptar a los niños y adolescentes que se presentaban. De estos niños y adolescentes sólo uno llegó a profesar los votos perpetuos -el Hno. Félix López- y nunca hubo en Olivos más de 33 alumnos.

Respecto de las vocaciones surgidas de los colegios de la Congregación, nos quedamos con un interrogante. Sabemos que varios exalumnos se orientaron hacia el clero diocesano o hacia alguna otra congregación, pero sólo hemos podido contar a 4 exalumnos que ingresaron a la Asunción hasta el año 2000, en que termina esta historia. Sin embargo, tampoco podemos decir que algunos más no hayan sentido el llamado vocacional una vez egresados de nuestros colegios.

No obstante, desde 1953, cuando fue creada la Provincia, y hasta mediados de la década de 1970, la Congregación experimentó en la Argentina un desarrollo sostenido. Si bien, desde que se fundó la casa de Olivos, el número de comunidades no experimentó ningún crecimiento. De éstas, 3 fueron comunidades de obras establecidas -Santos Lugares, San Martín de Tours y Belgrano- y 1 fue siempre, a pesar de sus variantes y a veces incluso con algún grupo vinculado, comunidad de formación -Olivos / Villa Tesei / La Manuelita / Caseros Norte / Berazategui / Mendoza-, en cambio hubo cierto crecimiento en el número de religiosos nativos.

Si contabilizamos a aquellos que a partir de 1930 recibieron la ordenación sacerdotal o hicieron profesión perpetua o fallecieron en la Congregación como profesos temporales, tenemos lo siguiente (siendo la *Répartition des Religieux* nuestra fuente de referencia, en razón de la diferencia estacional existente entre el hemisferio Sur y el hemisferio Norte, el año que aparece en la *Répartition* a veces no coincide con el que damos en las listas siguientes):

- En la década de 1930 fueron 4 Padres: A. Luchía-Puig (1937), G. Kearney (1938), E. Tiscornia (1939), P. Soares (brasileño, hijo de inmigrantes portugueses) y 2 Hermanos: J. Fornés (inmigrante español) y N. de la Torre.
- En la década de 1950 fueron 6 Padres: J. C. Massaldi (1952), J. S. Madeira (1952), R. D'Orta (1952), J. De Gasperi (1954), M. Rodríguez (1954), M. H. López (1955) y 1 Hermano: H. Pinocci (1955), fallecido cuando cursaba teología.
- En la década de 1960 fueron 6 Padres: E. Estramiana (1961), J. O. Adur (1961), R. A. Arrillaga (1962), M. Álvarez (1962), R. Favre (1964), Ramiro López Sotelino (1965), y 1 Hermano: F. López (1963), que interrumpió sus estudios por motivos de salud.
- En la década de 1970 fueron 2 Padres: V. De Luca (1972), L. R. Rendón (1978) y 4 Hermanos: C. A. Di Pietro (1976), R. E. Rodríguez (1976), desaparecidos cuando cursaban teología, y J. I. Giménez (1977), fallecido cuando cursaba filosofía. R. Novoa se retiró siendo profeso perpetuo.
- En la década de 1990 fue 1 Padre: N. J. Fontán (1999).

En resumen, al 31 de diciembre de 2000:

- Del total de 27, 6 vivían y eran religiosos asuncionistas.
- De 1910 a 2000 hubo:
 - En 43 años (1910-1953) (en 1953 se abre Olivos como Escuela Apostólica), 10 religiosos (1 cada 4 años y 3 meses).
 - En 25 años (1954-1979), 15 religiosos (1 cada año y 8 meses).
 - En 20 años (1980-2000), 1 religioso (1 cada 20 años).

En 2000 había, además, 1 profeso temporal (M. Nace) y 1 novicio (J. C. Marzolla), que recibirán la ordenación sacerdotal en 2006.

Buscando nuevos rumbos

En razón de una nueva política que se juzgó oportuno aplicar, en 1968 se establecieron dos casas de formación para la Provincia, una en Chile y otra en la Argentina; pues se pensaba que era conveniente que los jóvenes en formación se prepararan en el mismo ambiente donde más tarde probablemente desarrollarían su apostolado. Una forma, si se quiere, de evitar alguna dosis de desarraigo y de distanciamiento de la cultura propia. La Escuela Apostólica de Olivos se transformó en la casa de formación para los religiosos estudiantes argentinos, y pasó a llamarse Centro Vocacional Asuncionista. Los alumnos mayores que se encontraban en ella, mientras proseguían el colegio secundario en otras instituciones, pudieron continuar viviendo en la misma casa con los religiosos jóvenes que regresaban de Chile, y la comunidad fue puesta bajo la dirección del P. Jorge O. Adur, en calidad de Superior.

Después de esto, en la casa de Olivos:

- En 1971 funcionó un noviciado con el P. Jorge O. Adur como Maestro de novicios y 4 novicios (P. Smolders, J. I. Giménez, C. A. Di Pietro y R. E. Rodríguez).
- En 1973 funcionó de nuevo el noviciado, con el mismo Maestro y 2 novicios (G. Burton y A. Iribarne).
- En 1975, otro noviciado, con el P. Ramiro López Sotelino como Maestro de novicios, reunió a 3 novicios (Héctor Sosa, que antes de profesar pasó a la Diócesis de Morón, donde fue ordenado sacerdote; Juan Isla Casares y Alejandro A. Duarte, que no llegaron a profesar).

En 1972 un grupo de religiosos jóvenes de Olivos (L. R. Rendón, P. Smolders y C. A. Di Pietro) pasó a vivir en una pequeña comunidad inserta en un barrio popular (Barrio Luna, de Villa Tesei (Hurlingham), pero continuando como parte integrante de la comunidad de Olivos y dependiendo del Superior de ésta. En 1973, buscando un lugar más adecuado, este grupo

se trasladó a La Manuelita (Partido de San Miguel), agregándosele R. E. Rodríguez y el P. Jorge O. Adur, que se desempeñó como Superior.

Con la intención de acentuar la presencia en un medio más pobre, el 1º de diciembre de 1975 se cierra definitivamente la comunidad de Olivos, y el 1º de mayo de 1976 se crea la comunidad San Agustín, en Caseros Norte, para recibir a los jóvenes aspirantes (calle Wenceslao de Tata 4070).

El 4 de junio de 1976 se extingue de hecho la comunidad de La Manuelita, tras la desaparición forzada de Carlos Antonio F. Di Pietro y Raúl Eduardo Rodríguez y la expatriación obligada de J. O. Adur y L. R. Rendón.

El 15 de junio de 1976, a consecuencia de la inseguridad existente en el país bajo el régimen militar, se cierra temporariamente la comunidad San Agustín y sus religiosos se refugian en la comunidad de Santos Lugares. Uno de los religiosos en formación (G. Burton) se retira por razones personales y el otro (José Giménez) fallece. Pero en 1978 esta comunidad se rehace en Caseros Norte (calle Amadeo Sabattini 4171), donde llegó a recibir algunos aspirantes.

Cómo era la formación

Los datos que se han consignado en las páginas anteriores ponen de manifiesto una realidad que zigzagueaba entre perspectivas que inspiraban mayor confianza y otras menos alentadoras. No obstante, aún en los años duros de la década de 1970, la formación era una opción prioritaria; los religiosos estaban entregados a esta tarea, unos dedicándole la mayor parte de su tiempo y otros colaborando con los primeros; pero esta preocupación alcanzaba a todos y los responsables le consagraban una atención prioritaria. Una manifestación del espíritu que los animaba a todos era el buen nivel de integración y la calidad de las relaciones que existían entre los jóvenes estudiantes y los religiosos mayores de las diversas comunidades,

así como la colaboración que los encargados de la formación prestaban a las comunidades de obras (catequesis, pastoral juvenil, colegios, scouts, etc.).

Que afirmemos lo anterior no significa, sin embargo, que desconozcamos la existencia de dificultades. En efecto, un factor que no ayudaba era cierta falta de claridad acerca de las prioridades. Sin embargo, las dificultades más importantes, a nuestro entender, aparecen cuando se manifiestan en la Región ciertas diferencias ideológicas que obstaculizaron el mantenimiento de una línea común.

Por otra parte, se debe reconocer que, en general, durante la crisis que siguió al Concilio, la politización malentendida que sobrevino en las filas del clero y de los religiosos, hizo que en varios de éstos las opciones de orden político desplazaran, en alguna medida, la preocupación más definitivamente pastoral, y se produjera incluso una baja en la vida de oración y la disciplina religiosa. Por lo que hace a los asuncionistas, éstos conservaban el entusiasmo y trabajaban con dedicación; pero es posible preguntarse en qué medida estos hechos pudieron influenciarlos.

Hasta fines de 1972, en la Región Argentina no había una “comisión especial” para la formación de los religiosos jóvenes. Lo que vendrá después de las reformas introducidas en el tiempo que siguió al Concilio. El 17 de noviembre de 1972 fue creado un equipo integrado por los Padres Jorge O. Adur, Roberto Favre y Ramiro López Sotelino. Y el 30 de marzo de 1973 fue creada una Comisión de Formación integrada por el P. Roberto Favre, el P. Vicente De Luca y el Hno. Raúl E. Rodríguez.

El panorama trazado en este capítulo podría parecer que nos deja con algunos interrogantes; pero no se debe olvidar la importancia que tienen, para un balance general, los dos aspectos positivos de los que también hemos hablado. En efecto, en todos los momentos llegaron de Europa religiosos de primer nivel, generosos, trabajadores, piadosos, de espíritu abierto y con buena formación; pero, además, en lo que puede tenerse por un

segundo período, la Asunción logró tener en la Argentina promociones de calidad, en número no ideal pero sí razonable para los tiempos.

La historia se ocupa de los hechos que ella encuentra en su camino, de las causas que los motivaron y de las consecuencias que ellos trajeron. Por eso, nos permite señalar también ciertos interrogantes. Para nosotros, estos interrogantes rondarían en torno de:

- La *inculturación del misionero* en el país que lo recibe, y su permanencia en él por un tiempo razonable.
- La *elección y preparación del personal destinado a la formación* de los jóvenes.
- La creación y el mantenimiento, desde el primer momento, de una *política vocacional*.
- El establecimiento de *planes que aseguren la estabilidad de los proyectos formativos* para los jóvenes.



1975. Religiosos y novicios con el P. Dionisio Solano, Asistente general

E. ENTRE 1962 Y 2000

Puntos de vista

En las partes primera y segunda de nuestro trabajo, hemos dejado asentadas algunas comprobaciones. En efecto, ya nos ha sido posible comprobar la *fuerte identidad asuncionista* de la que daba muestra el conjunto de los religiosos de la Congregación en la Argentina, por su formación, su espiritualidad, su desvelo apostólico, su vida austera, su generosidad... Pero también dijimos que la *formación de laicos*, deseosos muchos de ellos de participar del carisma de la Asunción, fue una realidad (Movimiento Noelista Argentino, retiros, dirección espiritual, Unión Scouts Católicos Argentinos, Cursos de Cultura Católica, etc.). Las *Parroquias* (Santos Lugares, Belgrano Bajo y Palermo Chico), por otra parte, fueron centros de evangelización, de espiritualidad y apostolado laical, que gozaban de notable dinamismo. La *preocupación por el apostolado social*, que en los comienzos llevó a los asuncionistas a aceptar la capellanía de las Hermanitas de la Asunción, fue el primer paso enderezado hacia la promoción de las clases pobres, que conocería un importante desarrollo. Parecida intención los llevó a empeñarse en la *educación popular y en la educación de los hijos de la clase media* en 5 colegios, y a atender otros colegios pertenecientes a Institutos religiosos femeninos. La *religiosidad popular* los vio dedicados en el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, en la Sociedad de Peregrinos a Pie al Santuario de Luján, y por medio de la devoción a Santa Teresita en la capilla consagrada a esta santa en Belgrano Bajo. Pero deben citarse finalmente los *medios de comunicación social*, con la publicación de la revista *Noel*, la Librería Católica Noel, el apoyo dado a la revista *Ichthys*, algunas publicaciones parroquiales que en realidad eran periódicos barriales, las charlas radiales, la dirección del diario *El Pueblo* y del semanario *Esquiú*, la publicación de once títulos, entre libros y folletos de autor asuncionista argentino o traducciones de obras de autor asuncionista. No obstante todo este dinamismo, por razones de diverso origen desaparece el Movi-

miento Noelista Argentino, pierde fuerza la presencia asuncionista en el escultismo (97), y entra en crisis la Acción Católica (1955). Por otra parte, la politización de los años 1960-1985 y la crisis de la vida religiosa y eclesial produjeron un clima desfavorable para la pastoral vocacional.

Otras comprobaciones nos llevan a los años de 1962 a 2000, en los cuales hallamos la marca de los hechos característicos de la época. Los mismos se insertan en el clima general de un mundo que se va transformando; pero también forman parte de las condiciones peculiares de nuestro país. Ellos irán dando acentuaciones y color propios al devenir de la Congregación. Son hechos que se pueden hallar tanto en el terreno de lo político como en el eclesial; pero también en lo económico y lo social. Vienen *a posteriori* del mayo francés de 1968, de Mao, de la revolución cubana, de las luchas revolucionarias en América latina y otros lugares, de las nuevas formas de pensamiento y de teología... Cronológicamente, en lo que interesa a la Argentina, estarán marcados por la violencia y la represión de esos años. Son fenómenos que traen sobre todo un cambio cultural, ideológico, de valores, de roles, de modos de vida, de relaciones entre los diversos actores sociales... En ellos tenemos que situar a la Asunción de estos años.

1. *Algunos revisten un aspecto más bien negativo*, como los siguientes:

- * Envejecimiento y disminución del número de religiosos, abandono de algunos de ellos y merma de las vocaciones;
- * Ciertas formas por las que se expresa el espíritu de fe en la vida y en el servicio pastoral;
- * Algún debilitamiento de las fuerzas del Instituto, debido a la descentralización del mismo.

2. *Pero otros sobresalen por sus aspectos positivos*. Entre éstos debemos destacar:

- * La fidelidad a su compromiso, a veces con rasgos de heroísmo, por parte de muchos religiosos;

- * La caridad fraterna y la tolerancia que se puede observar a pesar de las diferencias;
- * El espíritu abierto a las nuevas formas de vida religiosa y a las nuevas características de la vida de los hombres en general;
- * La preocupación permanente por el porvenir de la Congregación;
- * La aspiración por adquirir una formación más sólida y adecuada a las exigencias de los tiempos;
- * La acentuación del carácter internacional del Instituto y el acercamiento y la colaboración dentro de América latina;
- * El sensible aprecio de la espiritualidad asuncionista manifestado por los laicos y la colaboración entre religiosos y laicos.

3. *Los reclamos con que la crisis desafía a los religiosos* parecen relacionarse con factores de orden general y de orden interno:

- * La Congregación no puede controlar los factores que se producen fuera de ella, pero debe ensayar actitudes que contrarrestan la influencia negativa de los mismos;
- * En los de orden interno, la respuesta se relaciona con la vivencia de las que se suelen llamar “virtudes asuncionistas”, o sea, las que dan al asuncionista su perfil propio;
- * Estas consideraciones constituyen un llamado a concentrarse en aspectos como la vida espiritual, la formación, un modo muy asuncionista de situarse en el corazón del mundo contemporáneo, unas formas actualizadas de asociación con los laicos, cierta revalorización de algunas formas de apostolado típicamente asuncionistas, etc.

Notas correspondientes a la Parte III:

- 1) P. SIWAK, *500 años de evangelización americana*, Del Encuentro y Paulinas, Bs. Aires, 1992, t. III, p. 136. Ver p. 136-144.
- 2) Ver *La Prensa*, 3 de julio de 1925. p. 10 y p. 15. La cita es mía.
- 3) M. I. DE RUSCHI CRESPO, *Criterio / Un periodismo diferente*, Centro Editor Latinoamericano, Bs. Aires, 1998. p. 135, nota 238.
- 4) F. DE PAULA BLACHÈRE, *Génesis de la Asunción Argentina*, traducción de J. DONOSO ZAVALA, Asuncionistas, Bs. Aires / Santiago de Chile, 1990, p. 43.
- 5) N. T. AUZA, *La Iglesia argentina*, Ciudad Nueva, Bs. Aires, 1999, p. 15.
- 6) La Comisión Directiva fundadora la integraban: Atilio Dell'Oro Maini, Tomás D. Casares, Faustino J. Legón, Samuel W. Medrano, Rafael Ayerza, Juan A. Bourdieu, Uriel O'Farrell, Octavio Pico Estrada y Eduardo Saubidet Bilbao.
- 7) DE RUSCHI CRESPO, o. c., p. 16.
- 8) El P. Querubín Artigue permaneció en Bs. Aires entre 1935 y 1936. Al no concretarse la misión para la cual había venido, fue trasladado a Río de Janeiro, donde falleció el 24 de marzo de 1964, después de haber sido el iniciador de la Asunción en Brasil.
- 9) Ver *Criterio*, N° 345, del 11 de octubre de 1934.
- 10) F. M. MALLIMACI, *El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)*, Editorial Biblos, Bs. Aires, 1988, p. 10.
- 11) M. GÁLVEZ, *Entre la novela y la historia*, Hachette, Bs. Aires, 1962.
- 12) Ver E. POULAT, *Intégrisme et catholicisme intégral*, Casterman, París, 1977, y otros trabajos de este autor, que es quien mejor ha estudiado este asunto. Ver también Mallimaci, o. c.
- 13) Ver V. CÁRCEL, *Historia de la Iglesia*, t. III, *La Iglesia en la época contemporánea*, Palabra, Madrid, 1999, p. 515-533.
- 14) Ver M. AZEVEDO, S.J., *Inculturación del Evangelio y carisma*, en boletín *Crecer*, Bs. Aires, 4 de octubre de 1994, p. 25-28.
- 15) AZEVEDO, o. c., p. 29.

- 16) Acerca de Pablo VI y el Concilio Vaticano II, se puede ver la vida de este Pontífice, escrita por P. HEBBLETHWAITE, *Pablo VI / El primer Papa moderno*, Javier Vergara Editor, Bs. Aires. Hebblethwaite es también autor de una biografía de Juan XXIII.
- 17) VATICANO II, *Prefectae caritatis*, 2.
- 18) C. FREITAS, F.J., *Identidad de la vida religiosa*, en boletín *Crecer*, Bs. Aires, 3 de agosto de 1994, p. 5.
- 19) MEDELLÍN, *Pobreza*, 16.
- 20) FREITAS, o. c., p. 8 y 9.
- 21) Ver E. RIVAS G., en EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Río de Janeiro. Medellín. Puebla. Santo Domingo / Documentos pastorales*, p. 7-32, *Introducción*, San Pablo y Santiago de Chile, 1993. Ver también A. QUARRACINO, *Historia y fases principales de la nueva conciencia eclesial en América latina*, en *Puebla: El hecho histórico y la reflexión teológica*, Sígueme, Salamanca, 1981.
- 22) AUGUSTINS DE L'ASSOMPTION, *Répartition des Religieux 1961-1962*.
- 23) G. T. FARRELL, en VARIOS AUTORES, *Presente y futuro de la teología en la Argentina*, Paulinas, Bs. Aires 1997, p. 107-120.
- 24) Ya en el Congreso de los Estados de Perfección (Roma, 1950) se había apuntado a la renovación de la teología, la vida y el apostolado de los Institutos; pero se había apuntado al mismo tiempo a la organización de las Órdenes y Congregaciones. Hacia este mismo objetivo se orientaban los encuentros de Superiores generales (Roma, 1952) y otros de similar naturaleza.
- 25) El tema propuesto por el Papa -la "renovación de los Estados de Perfección adaptada a los tiempos y las circunstancias actuales"-, procuraba que éstos pudieran ponerse a tono con las exigencias de la sociedad moderna. Se trataba de una renovación que el Secretario del Dicasterio romano de los religiosos, P. Arcadio Larraona definía como una renovación "que nos fuerce a hacer con fidelidad filial, en ascética, en formación y en apostolado, todo aquello que nuestros santos fundadores, generosos y audaces precursores en sus tiempos, hubieran hecho y harían si volvieran a ponerse al frente de nuestro Instituto".

- 26) Ver *Actas del Congreso de los Estados de Perfección*, t. II, San Pablo, Bs. Aires, 1954.
- 27) A. QUIÑONES, S.T.J., *Del "estado de perfección" a "seguir a Jesús con el pueblo pobre"*, CONFAR, Bs. Aires, p. 13-29.
- 28) Ver J. DONOSO, en boletín *Chile-Argentina*, N° 124, 15 de agosto de 1993, p. 4-10.
- 29) Como hecho particularmente impactante se puede mencionar que el anterior Provincial, por esa fecha dejaba la vida religiosa y el sacerdocio para volver al estado laical.
- 30) Ver DONOSO, a. c.
- 31) D. SOLANO, *Recuerdo de algunos acontecimientos importantes*, en boletín *Chile-Argentina*, N° 124, 15 de agosto de 1993, p. 4-13. En este mismo boletín puede verse M. FUENTEALBA, *La vida de la Provincia*, p. 21-25.
- 32) Ver *Formación asuncionista*, La Cruz del Sur, N° 1, 1975. Con el título de La Cruz del Sur se pensó iniciar una serie de cuadernillos que, sin embargo, sólo tuvo dos números: el N° 1 de 1975 y el N° 2 de 1979, cuyo título es *Formación Asuncionista 1979* (contiene tres partes: Plan de Pastoral Vocacional; Plan de Formación; Orientaciones para el Noviciado).
- 33) El folleto titulado *Formación asuncionista*, publicado en 1975 por la Provincia Chile-Argentina, al cual nos estamos refiriendo, había sido precedido por el *Plan de formación al sacerdocio y a la vida religiosa*. Este último era un plan de formación estructurado y elaborado, que ocupaba 6 y ½ páginas mecanografiadas, tamaño carta, bien llenas. El P. Julio Navarro, al referirse a las "experiencias existentes entre nosotros sobre formación", está mencionando aquellas experiencias que dieron origen a este *Plan de formación al sacerdocio y a la vida religiosa*. El plan en cuestión fue elaborado en 1970 por el equipo de formadores de la casa de Olivos, después de recibir el aporte de todas las comunidades de la Provincia, y fue ratificado por el Consejo de Provincia. Fue el primer plan de formación con que contó la Provincia y es la primera planificación sistemática de la formación asuncionista en el posconcilio. Una copia de su texto se encuentra en el archivo del autor: Ver Carpeta 31, *Textos legislativos*.
- 34) Véase P. VARGAS, *Algunos aspectos relevantes*, en boletín *Chile-Argentina*, N° 124, 15 de agosto de 1993, p. 14.

- 35) Véase J. NAVARRO, *Al servicio de la Provincia*, en boletín *Chile-Argentina*, N° 124, 15 de agosto de 1993, p. 15-20.
- 36) Boletín *Asunción*, 1972, 18, p.1. Boletín de la Región Argentina.
- 37) NAVARRO, a. c., p. 19.
- 38) En su edición del 25 de noviembre de 2002, el diario *Los Andes*, de Mendoza, traía la fotocopia de la pág. 120 de un diccionario español de 1919, del cual no da más referencias. Bajo la voz *Argentina*, después de consignarse las generalidades sobre nuestro país, se lee lo siguiente: “Todo hace creer que la República Argentina está llamada a rivalizar en su día con los Estados Unidos de América del Norte, tanto por la riqueza y extensión de su suelo como por la actividad de sus habitantes y el desarrollo e importancia de su industria y comercio, cuyo progreso no puede ser más visible”.
- 39) Véase J. P. PÉRIER-MUZET, *Notices biographiques des Religieux de l'Assomption*, t. 4, p. 2533-2534, *Séraphin Protin*.
- 40) Esta asamblea latinoamericana del AMI fue preparada por un equipo integrado por el doctor Rufino Varela y el arquitecto Paul Amette (argentinos), las señoras Lucy Trefoglie (de Perú) y Teresa Vidal (de Uruguay), y el P. Roberto Favre (argentino).
- 41) Boletín *Asunción*, 1976, 29, p. 5.
- 42) Boletín *Asunción*, 1975, 27, p. 3.
- 43) Boletín *Asunción*, 1974, 24, p. 1-6; 1976, 30, 5, carta de D. Solano; 32, p. 1-8; 33, p. 1-3; 34, p. 2-8; 1977, 40, p. 1-4; etc.
- 44) Véase boletín *Asunción*, 1970-1978.
- 45) Ver R. POTASH, *El Ejército y la política argentina. 1928-1945: De Irigoyen A Perón.- El Ejército y la política argentina. 1945-1962: De Perón a Frondizi.- El Ejército y la política argentina. 1962-1973: Perón y el GOU (4 tomos).- La Argentina de Alfonsín en una perspectiva histórica*, serie de notas publicadas en 1998 en el diario *La Nación* y reproducidas en *La Argentina en el siglo XX*, p. 234 y ss por E. MAYOCHI y otros.
- 46) En cierta ocasión, yo mismo fui sondeado acerca de la oportunidad de que determinada persona, que carecía del correspondiente título académico, ocupara una cátedra en

- la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. El fin buscado era el adoctrinamiento de los estudiantes.
- 47) E. M. MAYOCHI y otros, *La Argentina en el siglo XX*, editado por el diario *La Nación*, Bs. Aires, sin fecha, 252.
 - 48) MAYOCHI y otros, o. c., p. 260.
 - 49) Este atentado fue perpetrado por una joven de nombre Ana María González, dirigida espiritual de un sacerdote hoy desaparecido.
 - 50) Ver E. KIMEL, *La masacre de San Patricio*, Lohlé-Lumen, Bs. Aires, 1996.
 - 51) Ver G. MOCHKOFISKY, *Timerman / El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Sudamericana, Bs. Aires, 2004. Ver también las producciones cinematográficas *La noche de los lápices*, *En algún lugar del mundo*, *La historia oficial*, etc.
 - 52) MAYOCHI y otros, o. c., p. 267.
 - 53) MAYOCHI y otros, o. c., p. 293.
 - 54) Citado por Mayoichi y otros en o. c., p. 302.
 - 55) Las siguientes citas relativas a la organización de la Región Argentina corresponden al Capítulo provincial de 1978, realizado en La Falda (Córdoba) entre el 26 de septiembre y el 3 de octubre de 1978.
 - 56) La diferencia entre las Promesas y la Profesión de los votos temporales consistía en que, de las primeras, el joven podía desligarse por renuncia comunicada por escrito al Superior mayor o por renuncia comunicada de la misma manera por éste al interesado. Las Promesas, además, eran siempre temporales.
 - 57) Las Conferencias Argentinas de Religiosos y Religiosas distribuyeron, con fecha del 7 de julio de 1976, las "*Palabras pronunciadas por el P. Roberto Favre, A.A., Vicepresidente 2º de la CAR, en ejercicio de la Presidencia, en nombre de los Religiosos y Religiosas de la Argentina, en la Misa celebrada en la Parroquia San Patricio, ante los cuerpos de los sacerdotes palotinos Alfredo Leaden, Pedro Dufau y Alfredo J. Kelly y los seminaristas Salvador Barbeito Doval y José E. Barletti, asesinados el 4 de julio de 1976*". Esas palabras fueron las siguientes: "Un sentimiento de estupor nos conmueve en esta hora, en que un nuevo crimen se agrega a la interminable lista de muertes injustas y sin sen-

tido. Los Religiosos y Religiosas del país quieren unir hoy su voz dolorida, a la plegaria y el llanto con que se expresa a la vez nuestra impotencia humana y la cristiana confianza en el Señor de la misericordia y de la paz. / Estas muertes vienen a sumarse a otras, de todos los días, y a los innumerales desaparecidos de los que nadie sabe dar razón. Son hechos que constituyen una injuria a Dios y a la humanidad, y por eso no pueden dejarnos indiferentes en cuanto Iglesia. / Frente a hechos como éstos, no pueden darse entre nosotros voces discordantes. A los religiosos nos mueven a un nuevo compromiso en el servicio del Pueblo de Dios. Servicio que se traduce en una búsqueda de la justicia, de la verdad y del amor; y que es, por eso mismo, un servicio a la paz. Ésta es la respuesta que esperan los sencillos y los de limpio corazón. / Un deber de caridad nos exige estar en este momento junto a aquellos que sufren en la propia carne y el propio espíritu. Pero queremos también que el Pueblo de Dios y todos los hombres de buena voluntad sepan que estamos junto a ellos. Lo hacemos con la fe puesta en Dios, de quien nos viene la misericordia; lo hacemos con la inmovible esperanza de quienes creemos en el Señor de la Paz; lo hacemos con el amor de quienes creemos que éste es el camino cierto para que reine la justicia. / Porque somos hombres y mujeres de fe, nos sentimos capaces de esperar y de amar por encima de las contrariedades y los pecados de los hombres. Pero, con la serenidad y la fuerza que nos vienen de esa misma fe, queremos también reclamar de todos aquellos que tienen alguna responsabilidad, las actitudes que conduzcan finalmente a la defensa y el enaltecimiento de las formas y el derecho propios de la convivencia civilizada. / A los Padres Palotinos y a los familiares y amigos de estos queridos hermanos muertos, vaya lo mejor de nuestros sentimientos de cristianos y de religiosos, y toda la solidaridad que este momento nos exige. / A quienes hoy despedimos, un doloroso adiós, en la confianza de que sus muertes, junto a las de otros tantos, serán prenda de la paz que nuestro pueblo ansía.”- Se pueden ver los diarios de Bs. Aires, del día 5 de julio, especialmente *La Nación* y *La Opinión*.

- 58) P. Soares, R. D'Orta, A. Luchía-Puig, V. Zea, M. López, M. Rodríguez, M. Álvarez, R. López Sotelino, E. Estramiana, V. De Luca, R. Quelven: 11 sacerdotes.
- 59) T. Couvert, P. Reynaud: 2 sacerdotes.
- 60) J. Flaccavento, A. Gomes, P. Smolders, G. Burton, R. No-voa: 5 estudiantes profesos.
- 61) J. Adur, C. A. Di Pietro, R. E. Rodríguez: 1 sacerdote y 2 profesos desaparecidos.
- 62) A. Iribarne, J. Isla Casares, A. Duarte, H. Sosa (éste último fue ordenado sacerdote en la Diócesis de Morón): 4 novicios, a los que se agregan otros 2: W. Ocampo y P. Lamas, que se habían retirado poco antes por decisión personal.
- 63) J. I. Giménez.
- 64) T. Bachard, R. Loaëc, A. Le Güen: 3 sacerdotes.
- 65) Para la primera parte de este capítulo me serviré de lo que tengo escrito en *En memoria de ellos*, Asuncionistas, Santiago de Chile y Bs. Aires, 1996, que podrá consultarse para una visión más completa.
- 66) Lo que seguirá recoge lo que yo mismo expresara el 9 de junio de 2001, en los 25 años de la desaparición de Carlos Antonio y Raúl, en la Eucaristía celebrada en el Santuario de Lourdes.
- 67) El 11 de julio de 1995, el Juez doctor Horacio Alejandro Liberti, Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil N° 33 de la Capital Federal, Secretaría Única, declaró la desaparición forzada de Carlos Antonio Felipe Di Pietro con muerte presunta el 4 de junio de 1976.
- 68) C. ZUKER, *El tren de la victoria*, Sudamericana, Bs. Aires, 2003. Hasta ahora no existe ningún trabajo profundo acerca de la actuación de J. O. Adur. Sobre los “movimientos” a los cuales hacemos alusión, se puede rastrear en la obra de Zuker. Lo mismo en M. Larraquy, *Fuimos soldados / La historia secreta de la contraofensiva montonera*, Aguilar, Bs. As., 2006.
- 69) Jefe del denominado Ejército Montonero.
- 70) Revista *Proceso / Semanario de información y análisis*, N° 88, Méjico, 10 de julio de 1978, pág. 23 y 24.
- 71) Acerca del papel de animador, que Adur se atribuye aquí, puede hacerse un rastreo en la obra de Zuker, citada más arriba.

- 72) Archivo del autor.
- 73) ZUKER, o. c., p. 173-174, trae el siguiente testimonio: “En 1979 se encuentran los tres grupos de Tropas Especiales de Infantería [de los Montoneros], que operan luego en la Argentina, realizando entrenamiento militar. Uno de ellos en Siria y dos en el Líbano. El primero a cargo del Coronel Abu Yihad, palestino del Ejército Jordano. El segundo en Damour y el tercero en Saharani. En mayo del 79 viajan al Líbano Firmenich, Yager y Fernando Vaca Narvaja. Ingresan por Damasco, se entrevistan con Abu Yihad y se intenta una entrevista con Yasser Arafat, que no les es concedida debido al enfrentamiento de relaciones por unas declaraciones de Mendizábal, formuladas anteriormente. Visitan las bases de entrenamiento, y en esa ocasión realizan demostraciones y reuniones políticas. Yager queda una semana más en el Líbano, en contacto con dichas bases”. [El encomillado es de Zuker y son palabras pertenecientes a un tal Fito. Zuker continúa diciendo lo que va a continuación]. “No mencionan al padre Jorge Adur, que dio una Misa para los reclutados, ni a Mario Montoto, que como siempre se ocupaba de la seguridad de la Comandancia. Raúl Clemente Yager era el jefe militar de la contraofensiva, y fue con el único que tuvimos bastante contacto”.- Nosotros podemos conjeturar que, al no desempeñar funciones políticas o militares, sino religiosas o de apoyo espiritual, por un lado, y de reclutamiento, por otro, el rango del P. Adur era de orden inferior al de los “jefes” y ésta sería la explicación de su menor exposición, a pesar del impacto público que podía producir su condición de sacerdote.- Sobre Mario Montoto, “próspero hombre de negocios, dueño de una empresa de productos y servicios bélicos”, cuyos “antiguos enemigos se han convertido en sus clientes y empleados”, ver J. URIEN BERRI en *La Nación*, suplemento *Enfoques*, pág. 6, del Domingo 14 de mayo de 2006.
- 74) Hijo del escritor David Viñas. Entre Adur y Viñas no habría existido conocimiento previo alguno; una mera casualidad habría querido que ambos tuvieran el mismo final.
- 75) V. GRINZBERG, en *Página 12*, domingo 17 de noviembre de 2002, pág. 16.
- 76) Testimonio de Araceli Adur al autor.

- 77) Publicado en el *Diario Oficial de la Unión*, DF, el 5 de diciembre de 1995.
- 78) Protocolo 81, folio 81, fecha 30.01.1996.
- 79) Muy penoso fue también el ataque que el Santuario recibió años después, cuando una bomba arrojada en medio de la noche causó enormes destrozos. Ver la revista *Auras de Lourdes*, julio-agosto de 1986, p. 5.
- 80) Boletín *Asunción*, 1977, 40, p. 6.
- 81) M. D'ALZON, *Guía espiritual*, parte I, Cap. IV.
- 82) W. URANGA, *La devoción popular*, diario *Clarín*, Bs. Aires, 19.02.1985, p. 12.
- 83) Ver Archivo del autor.
- 84) L. E. COMANDI, *Capellanía de los Santos Lugares / Historia de las tierras, pueblos y ferrocarriles*, Archivo Histórico Dr. Ricardo Levene, La Plata, 1969, p. 176.
- 85) Boletín *Asunción*, septiembre de 1971, p. 3-5.
- 86) Boletín *Asunción*, 1970, N° 5, p. 4 y 5.
- 87) Ver Archivo del autor.
- 88) Probablemente este Comité y otro que quedaba en la ciudad de San Luis, fueron los últimos que sobrevivieron hasta ese momento en el país, pero ambos desconectados de la Congregación.
- 89) Ver boletín *Asunción*, 1970, N° 5.
- 90) Ver boletín *Asunción*, 1975, N° 28, p. 3.
- 91) Lo que aquí se leerá sobre el P. Antonio Berthou fue resumido de un escrito del P. Carmelo Péroulié, publicado en el boletín *Asunción*, 1972, N° 14, p. 3-10.
- 92) Lo que diremos aquí acerca del P. Carmelo Péroulié ha sido extraído de varios testimonios y otras expresiones de religiosos asuncionistas publicadas en el boletín *Asunción*, 1973, N° 20, p. 1-4; 1977, N° 36, p. 4-7; 1977, N° 37, p. 1-4.
- 93) Todo lo que diré sobre el P. Enrique Tiscornia ha sido tomado del boletín *Asunción Chile-Argentina*, febrero de 1994, N° 129, o se debe a testigos.
- 94) Firmado *Alma Mater*, este escrito debe ser de 1934. Perteneció a la señora María Didda Ángela Agüero de Correa Llanos, que conoció al estudiante de medicina Enrique Tiscornia en 1928, en la Obra Cardenal Ferrari, y lo alentó espiritualmente. Con el tiempo, el P. Enrique llegaría a ser di-

- rector espiritual de esta persona, en cuya espiritualidad aparecían notables rasgos de misticismo.
- 95) Entre los papeles históricos conservados por el autor en su Archivo, se encuentra un testimonio impactante de lo dicho en el texto. Se trata del relato que el P. Román Heitman hace de su primera entrevista con el Arzobispo Espinosa. En un breve escrito, de estilo casi telegráfico, con alguna explicable ironía, cuenta el Padre que el 1° de octubre hizo la primera visita oficial al Arzobispo y éste, al verlo, “se muestra espantado por la presencia en Buenos Aires de un individuo tan peligroso como el P. Román”. Le “recomienda prudencia, diciendo: ‘Disimule su hábito religioso, escóndase lo más que pueda, sea prudente, los tiempos son muy malos, el clero secular y el gobierno son hostiles a los religiosos’”. Y agrega el Padre que “la visita [la primera que el misionero hace al pastor después de un largo viaje para trabajar aquí] “dura tres minutos exactamente”. Un poco más adelante agrega el asuncionista, como explicación: “Desde la Revolución de Portugal, las pobres cabezas de los valientes argentinos se han levantado especialmente contra los jesuitas, pero también contra los religiosos en general. La prensa sectaria trata de asestar un golpe decisivo a la religión en este país”.
- 96) Un laico que frecuentaba una Parroquia asuncionista, señalando la puerta donde se leía la palabra *Clausura*, solía decir en tono de broma pero movido también por sus sentimientos nacionales: “Ése es el límite donde termina la Argentina y empieza Francia”.
- 97) El autor conoció personalmente a 8 jóvenes que, habiendo sido scouts en San Martín de Tours o Santos Lugares, fueron más tarde sacerdotes asuncionistas o diocesanos. Pero también otros 2 frecuentaron por algún tiempo a los scouts de las mencionadas Parroquias. Al menos 5 del total de éstos fueron conocidos por su destacada actuación pastoral.
- 98) R. GILLESPIE, *Soldados de Perón / Historia crítica sobre los Montoneros*, Ed. Sudamericana, B. As, 2008. En pág. 384, Gillespie escribe: “...tampoco contestó El Vaticano a la carta que el “comandante” Mendizábal dirigió en 1978 a su eminencia el cardenal Jean Villot, [Secretario de Estado de

El Vaticano], para informarlo de que, con el fin de animar a los católicos a unirse al Ejército Montonero, éste (sin convertirse en una entidad confesional) había establecido una capellanía y designando al padre Jorge Adur como capellán de la misma”. Más adelante, en pág. 410, nota 89, este historiador de nacionalidad inglesa escribe lo siguiente: “... Los casos a los que los Montoneros dieron publicidad con el fin de demostrar la existencia de un “terrorismo de Estado internacional” contra sus activistas fueron los referidos a continuación. 1978: [...] el capellán Montonero, el padre Jorge Adur, secuestrado en el Brasil, a donde había ido con motivo de la visita papal”.

APÉNDICES

La Asunción en la Argentina.

ACTIVIDAD	FECHA	DESCRIPCIÓN	REFERENTES
FUNDACIÓN	1910	La Congregación se establece en el país	Maubon, Heitman, Protin, Silbermann.
PARROQUIAS	1914	Belgrano	Heitman.
	1920	Santos Lugares	Silbermann.
	1932	San Martín de Tours	Pémoulié.
PASTORAL POPULAR	1916	Bendición de la Gruta de Lourdes	Silbermann, Neusch, Pémoulié, Solano.
EDUCACIÓN	1916	Belgrano	Heitman.
	1930	Santos Lugares	Neusch, Berthou, Solano.
	1960	San Martín de Tours	De Gasperi, D'Orta.
NOELISMO	1920	Apostolado laical femenino	Protin, Pémoulié, Henquinet.
FORMACIÓN	1926	1° Noviciado	Piton.
	1968	Casa de estudiantes (Olivos)	Adur.
	1971	2° Noviciado	Adur, R. López.
ESCULTISMO	1939	Formación de la niñez y juventud	Tiscornia, Berthou, De Gasperi, Rodríguez, Álvarez.
VOCACIONES	1943	Escuela Apostólica	Pémoulié, Tiscornia, Loaëc.

ACTIVIDAD	FECHA	DESCRIPCIÓN	REFERENTES
PROMOCIÓN HUMANA	1945? 1952	Belgrano Bajo Villa Saldías	Le Borgne. Tiscornia, D'Orta.
AUTONOMÍA PROVINCIAL	1953	Creación de la Provincia	Escoubas.
AUTONOMÍA REGIONAL	1970	Creación de la Región Argentina (Proceso militar: 1976-1983)	Favre, Adur, R. López.
FINAL DE SIGLO	1984	Crisis vocacional	

Religiosos Asuncionistas en la Argentina hasta el 31.12. 2000.

Comprende a los que, hasta esta fecha, hicieron la profesión perpetua o fallecieron teniendo votos temporales; pero no a los que se retiraron antes de emitir los votos perpetuos. (Ag : argentino; Bg : belga; Bs : brasileño; Cn : canadiense; Cr : costaricense; Ch : chileno; Ep : español; Fr : francés; Gr : griego; Hl : holandés; It : italiano; Lx : luxemburgués; Pt : portugués). En bastardilla, los que dejaron la Congregación después de haber hecho los votos perpetuos.

Agapito Genevès (Fr); Agustín Le Borgne (Fr); *Agustín Luchía-Puig* (Ag); *Alberto Le Guen* (Fr); Alfredo Goetelmann (Fr); Antonio Berthou (Fr); Antonio Silbermann (Fr); *Armando Perales* (Ch); Augusto Rojas Valdivia (Ch); Bertín Liébaux (Fr); Carlos Antonio Felipe Di Pietro (Ag); Carmelo Pé moulié (Fr); *Daniel Bergeron* (Cn); Demetrio Pipinos (Gr); Dionisio Solano (Ep.); Edgardo Muñoz (Ch); Enrique Tiscornia (Ag); *Ernesto Eladio Estramiana* (Ag); Estanislao Piton (Fr); Esteban Monsalves (Ch); Eutimio Herbel (Fr); Félix López (Ep); Fernando Castel (Fr); Francisco Javier Marchet (Fr); Francisco de Paula Blachère (Fr); Francisco de Regis Loäec (Fr); Gabriel Kearney (Ag); Godofredo Pierson (Fr); Guenäel Le Viavant (Fr); Horacio Pinocci (Ag); *Humberto Palma* (Ch); Jacinto Hannebique (Fr); Jorge Neusch (Fr); Jorge Oscar Adur (Ag); José Allavena (It); José Carlos Massaldi (Ag); José Isidro Giménez (Ag); José Fornés (Ep); José Sebastián Madeira (Pt); Juan de Dios Danset (Fr); Juan De Gasperi (It); Juan Donoso Zavala (Ch); *Juan Miranda* (Ch); Justiniano Henquinet (Bg); Luis Alfredo Rodríguez (Ch); Luis Folliard (Fr); Luis Fuenzalida (Ch); Luis Ramón Rendón (Ag); *Macario Álvarez* (Ep); *Manuel González* (Ag); *Manuel Rodríguez* (Ag); Marcos Terraz (Fr); María Eusta-

quio Bach (Lx); Mariano Le Bourhis (Fr); *Mario Rojas* (Ch); Mario Del Canto (Ch); Miguel Ángel Gabory (Fr); *Miguel Ángel Lizano* (Cr); Miguel Berrueta (Ep); Miguel Campos (Ch); *Miguel Héctor López* (Ag); Miguel Kleverlaan (Hl); Nelson Egaña (Ch); Nelson Javier Fontán (Ag); Norberto de la Torre (Ag); *Pablo Soares* (Bs); Pedro Claver Pinto (Ch); Pedro Floridor Vargas (Ch); Pedro Reynaud (Fr); Querubín Artigue (Fr); *Ramiro López Sotelino* (Ep); Raúl Eduardo Rodríguez (Ag); Regis Escoubas (Fr); *Ricardo Suárez Anzorena* (Ag); Roberto Favre (Ag); *Roberto Mario D'Orta* (Ag); *Roberto Novoa* (Ag); Rolando Alberto Arrillaga (Ag); Rolando Marc (Fr); Román Heitman (Fr); Rubén Mella (Ch); Serafín Protin (Fr); Tarcisio Lorente (Ep); Teófano Bachard (Fr); *Teófano Couvert* (Bg); *Vicente De Luca* (Ag); *Victorino Zea* (Ep); Vital Chaffard (Fr); Walter Quennehen (Fr).

N.B.: En 1908, el P. Crispín Esgueva (Ep) y el P. *Luis [Aloys] Bellot* (Fr), estuvieron alrededor de tres meses en La Plata, examinando las posibilidades de una fundación que no fue posible en esa fecha.

N.B.: El P. Floribert Struyf (Bg), después de unos años en Chile (1906-1909), llegó a Buenos Aires, donde falleció el 20 de mayo de 1909. (Ver J. P. PÉRIER-MUZET, *Notices Biographiques des Religieux de l'Assomption 1850-2000*, t. IV, p. 241-242).

Residencias asuncionistas en la Argentina hasta el 31.12.2000.

Las numeradas de 6 a 10 fueron exclusivamente comunidades de formación; también fueron en algún momento casas de formación, las numeradas 2 y 5.

1. *Antes de contar con residencia fija*, uno o más religiosos habitaron en Buenos Aires en “diversos conventillos” (P. Román). Uno de éstos, ciertamente en el barrio de Floresta (Capital Federal): 1910-1911.
2. *Santos Lugares*: 1911-2000.
3. *Buenos Aires-Centro*: 1913-1932. Tuvo domicilio en las calles Chacabuco (1913), Lavalle (1921) y Presidente Luis Sáenz Peña (1929). Desde Presidente Luis Sáenz Peña se trasladó a Bs. Aires-Palermo Chico, iniciando allí una nueva etapa.
4. *Buenos Aires-Belgrano*: 1914-1994.
5. *Buenos Aires- Palermo Chico* (San Martín de Tours): 1932-1980.
6. *Olivos*: 1953-1976. Fue sucesivamente Escuela Apostólica (1953), Casa de Formación (1968) y Noviciado (1971; 1973; 1975). Tuvo un grupo de religiosos en formación residiendo por breve tiempo en Villa Tesei, el cual se trasladó después a La Manuelita.
7. *La Manuelita* (San Miguel): 1973-1976. Comenzó como grupo dependiente de Olivos (al trasladarse de Villa Tesei a La Manuelita), y luego se constituyó comunidad independiente.

8. *Caseros*: 1978-1982. Tuvo domicilio en las calles W. De Tata 4070 y A. Sabattini 4233.
9. *Berazategui*: 1987-1993.
10. *Mendoza*: 1994-2000.

N.B.: En *Montevideo* (Uruguay), en la Parroquia San Lorenzo, desde marzo hasta diciembre de 1954, hubo una comunidad integrada por dos religiosos argentinos: P. Agustín Luchía-Puig (Superior y Párroco) y P. José C. Massaldi (Vicario), y un religioso chileno: P. Armando Perales (Vicario).

Evolución del número de religiosos

AÑO	EXTENSIÓN DEL PERÍODO	SACERD.	HNOS.	ESTUDIANTES	NOVICIOS	SITUACIONES PARTICULARES	TOTAL
1927	17 años	14	1	0	6 ó 7	0	21 ó 22
1962	35	18	2	7	0	0	27
1966	4	23	3	0	1	1	28
1968	2	23	3	3	0	1	30
1972	4	19	2	2	4	1	28
1975	3	15	1	7	0	2	25
1977	2	14	1	2	0	1	18
2000	23	6	1	2	0	0	9

1) La irregularidad en la extensión de los períodos se debe al hecho de no contar, al momento de hacer el cuadro precedente, con datos ciertos sobre los años faltantes.

2) En 1927, por primera vez se erigen canónicamente casas asuncionistas de la Argentina.

3) 1968 es el año que registra mayor número de religiosos en la Argentina. A partir de este año se produce el gran éxodo de los que dejan la Congregación.

4) En 1977 deberían agregarse 2 desaparecidos y 1 exiliado no incluidos en este cuadro, y muertos bajo la tiranía militar 1976-1983.

5) El año 2000 marca el fin del siglo. Entre 1976 y 2000 se produce la gran disminución de ingresos.

Delegados, Vicarios y Superiores Regionales de la Argentina.

- 1910-1923: No se halló constancia.
- 1923-1929: P. Serafín Protin: Vicario del Provincial de Burdeos para Chile y la Argentina, tuvo su residencia en Buenos Aires.
- 1929-1934: No se halló constancia.
- 1934-1941: P. Román Heitman: Delegado en la Argentina, del Vicario Provincial residente en Chile. Al parecer, se trató de una Delegación informal.
- 1941-1945: No se halló constancia.
- 1945-1953: P. Carmelo Péroulié: Delegado en la Argentina, del Vicario Provincial residente en Chile.
- 1953-1958: P. Carmelo Péroulié: Delegado en la Argentina, del Provincial de América del Sur.
- 1958-1964: P. Dionisio Solano: Delegado en la Argentina, del Provincial de América del Sur.
- 1964-1967: P. Juan De Gasperi: Delegado en la Argentina, del Provincial de América del Sur.
- 1968-1969: P. Jorge O. Adur: Delegado en la Argentina, del Provincial de América del Sur.
- 1969-1970: P. Miguel H. López: Superior Regional. (*Se inicia la etapa de la Región Argentina*).
- 1970-1979: P. Roberto Favre: Superior Regional.
- 1979-1985: P. Ramiro López Sotelino: Superior Regional.
- 1985-1988: P. Vicente De Luca: Superior Regional.
- 1988-1994: P. Luis R. Rendón: Superior Regional. (*Termina la etapa de la Región Argentina*).
- 1994-2000: P. Roberto Favre: Delegado en la Argentina, del Provincial de Chile-Argentina.

Superiores de la Misión, Vicarios y Provinciales de Chile y la Argentina.

(Las comunidades asuncionistas de la Argentina formaban parte de la Misión Chile-Argentina, al frente de la cual se hallaba un Superior de la Misión. En 1923 se crea el Vicariato de América del Sur, con un Vicario dependiente del Provincial de Burdeos. La Provincia de América del Sur, con Chile, Argentina, Colombia y Costa Rica, se crea en 1953; después, cerrada la casa de Costa Rica y separada Colombia de la Provincia sudamericana, ésta pasará a llamarse Provincia Chile-Argentina).

- 1890-1898: P. Esteban Chaboud: Superior de la Misión.
- 1898-1900: P. Tomás Darbois: Superior de la Misión.
- 1901-1917: P. José Maubon: Superior de la Misión. (Siendo Superior de la Misión el P. Maubon, se funda la primera comunidad en la Argentina).
- 1918: P. Rafael Doassans: Superior de la Misión.
- 1919-1921: P. Feliciano Vandenkoornhuysse: Superior de la Misión.
- 1922: P. Rafael Doassans: Superior de la Misión.
- 1923: P. Feliciano Vandenkoornhuysse: Superior de la Misión.
- 1923-1929: P. Serafín Protin: Vicario Provincial. (Reside en Buenos Aires).
- 1929-1953: P. Zenobio Goffart: Vicario Provincial.
- 1953-1958: P. Regis Escoubas: Provincial.
- 1958-1964: P. Andrés Duret: Provincial.
- 1964-1969: P. Dionisio Solano: Provincial.
- 1969-1974: P. Pedro F. Vargas: Provincial.
- 1974-1983: P. Julio Navarro: Provincial.
- 1983-1989: P. Miguel Fuentealba: Provincial.
- 1989-1995: P. Julio Navarro: Provincial.
- 1995-2000: P. Miguel Fuentealba: Provincial.

Religiosos argentinos en Chile y chilenos en la Argentina.

Comprende a los religiosos que ya habían terminado su formación inicial y emitido los votos perpetuos. Se mencionan solamente los años y la comunidad a la que cada uno perteneció.

Argentinos en Chile:

- P. Gabriel Kearney: 1936: Mendoza-Rengo; 1937-1944: Lota.
- Hno. Norberto de la Torre: 1948: Santiago-Lourdes; 1966-1967: Santiago-Lourdes y Mendoza-Rengo.
- P. Agustín Luchía-Puig: 1948-1952: Santiago-Lourdes; 1953: Vaparaíso.
- P. Miguel H. López: 1956: Mendoza-Rengo; 1957: Santiago-El Golf.
- P. José C. Massaldi: 1957: Mendoza-Rengo; 1958-1959: Santiago-Lourdes; 1960-1961: Lota.
- P. Pablo Soares: 1958: Los Andes-Noviciado; 1959-1960: Valparaíso; 1961: Santiago-Lourdes.
- P. Roberto Favre: 1966-1967: Santiago-Lourdes, Santiago-Las Condes y Santiago-El Golf.
- P. Jorge O. Adur: 1967-1968: Santiago-El Golf.
- H. Luis Ramón Rendón (después ordenado sacerdote): 1976-1977: Santiago-Robert Kennedy.

Chilenos en la Argentina:

- P. Pedro Claver Pinto Olivares: 1915-1925: Bs. Aires-Belgrano y Santos Lugares.
- P. Luis Alfredo Rodríguez: 1942: Santos Lugares.
- P. Armando Perales: 1944-1950: Bs. Aires-Palermo Chico y Bs. Aires-Belgrano.
- H. Pedro F. Vargas (después fue sacerdote): 1945-1946: Bs. Aires-Palermo Chico.
- P. Humberto Palma: 1945-1946: Bs. Aires-Palermo Chico.
- P. Luis Fuenzalida: 1947: Bs. Aires-Palermo Chico.
- P. Rubén Mella: 1953-1957: Olivos.
- P. Juan Donoso Zavala: 1956-1959: Bs. Aires-Belgrano; 1986-1992: Santos Lugares.
- P. Mario Del Canto: 1957-1960: Olivos; 1996-2000: Santos Lugares.
- P. Juan Miranda: 1960: Olivos.
- P. Augusto Rojas: 1989-1990: Santos Lugares.
- P. Nelson Egaña: 1994-1996: Mendoza; 1999-2000: Santos Lugares.
- P. Edgardo Muñoz: 1994-1999: Mendoza.

Indice

Prefacio	3
Introducción	5
Bibliografía	9
<i>I. Período fundacional (1910-1926)</i>	11
1. Buenos Aires en la mira	13
2. “La Nueva Colmena”	19
3. Breve panorama de la época	23
4. Por las comunidades	27
5. Los Fundadores	43
6. Espíritu de los primeros tiempos	53
7. La obra de la educación	57
8. Importancia de la fundación.....	61
<i>II. Arraigo y desarrollo (1927-1961)</i>	71
9. Una Argentina compleja.....	75
10. El mundo de la cultura	81
11. El Santuario de Lourdes	85
12. La Parroquia de Lourdes (1910-1958)	101
13. Boletines de Santos Lugares	121
14. San Martín de Tours	129
15. El Movimiento Noelista argentino	145
16. Otros aspectos de la historia asuncionista	155
17. Algunas conclusiones posibles.....	171
<i>III. Terminando el Siglo (1962-2000)</i>	179
A. UN ESPÍRITU NUEVO.....	181

18. La Iglesia hasta el Congreso Eucarístico	185
19. Cambios en la Iglesia	195
20. En la transición	201
21. Una Asunción joven y abierta	211
B. EL SIGNO DE LA CRUZ.....	221
22. La Argentina del '62 al '83	223
23. Muere la vida, y renace	235
24. En la gran vorágine.....	245
C. TRABAJANDO LA VIÑA.....	261
25. Lourdes en la piedad popular	263
26. La Parroquia de Lourdes (1959-1980).....	273
27. La Parroquia de Lourdes (1981-2000).....	281
28. El Santuario al terminar el siglo	303
29. Clase media y barrios pobres.....	309
D. AL SERVICIO DEL REINO.	327
30. Figuras Asuncionistas	329
31. Las Vocaciones Argentinas	347
E. ENTRE 1962 Y 2000.	357
32. Puntos de vista.....	359
APÉNDICES	373